Libros del Asteroide

Maggie O'Farrell

El retrato de casada

Traducción de Concha Cardeñoso

Maggie O'Farrells

El retrato de casada

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide

Primera edición, 2023
Título original: *The Marriage Portrait*
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Copyright © 2022 Maggie O'Farrell
© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Imagen de cubierta: © Jingna Zhang / Trunk Archive
Fotografía de la autora: © Murdo MacLeod, 2017
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º-1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-54-0
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

A Mary-Anne y Victoria

REFERENCIA HISTÓRICA

En 1560, a los quince años de edad, Lucrezia di Cosimo de' Medici salió de Florencia para iniciar su vida de casada con Alfonso II d'Este, duque de Ferrara.

Moriría antes de cumplirse un año.

La causa oficial de su muerte sería «fiebres pútridas», pero se rumoreaba que la había asesinado su marido.

He aquí a mi última duquesa pintada en la pared, como si estuviera viva.

Robert Browning, «Mi última duquesa»

[...] las mujeres, sometidas a la voluntad, los gustos y los mandatos de padres, madres, hermanos y maridos, viven la mayoría del tiempo encerradas en el reducido círculo de sus estancias, sentadas y casi ociosas, queriendo y no queriendo al mismo tiempo, entregándose a diversos pensamientos que no siempre pueden ser alegres.

Giovanni Boccaccio, *El Decamerón*[*]

Un lugar agreste y solitario

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Lucrezia se sienta a la larga mesa del comedor, tan pulida que reluce como el agua y cubierta de fuentes, tazas invertidas y una coronita de ramas de abeto trenzadas. Su marido ocupa una silla, pero no en su sitio de costumbre, en la otra punta, sino a su lado, tan cerca que podría apoyar la cabeza en su hombro si quisiera; él desdobla la servilleta, endereza un cuchillo, acerca una vela y de pronto, con una claridad particular, como si le pusieran un cristal de color ante los ojos, o tal vez se lo retiraran, a ella se le ocurre que tiene intención de matarla.

Ha cumplido dieciséis años, no hace ni uno que contrajo matrimonio. Han pasado gran parte de la jornada en los caminos, aprovechando las pocas horas de luz propias de la estación, después de salir de Ferrara al amanecer y cabalgar hacia lo que, según él, era un refugio de caza, lejos, al noroeste de la provincia.

Pero esto no es un refugio de caza, le habría gustado decir cuando llegaron a su destino: un edificio de altos muros de piedra oscura, flanqueado por un bosque denso a un lado y un retorcido meandro del río Po al otro. Le habría gustado volverse en la silla y preguntarle ¿por qué me has traído aquí?

Sin embargo, no dijo nada y dejó que su yegua siguiera el camino tras él, entre árboles que goteaban, hasta cruzar el arqueado puente y llegar al patio del extraño alcázar en forma de estrella; desde este primer momento le llamó la atención la inusitada ausencia de gente.

Se han llevado los caballos, ella se ha despojado del sucio manto y del sombrero, y él, de espaldas al resplandor de la chimenea, ha mirado cómo se los quitaba; ahora, con un gesto, indica a los criados del campo, que aguardan entre las sombras exteriores del comedor, que se acerquen y les sirvan de comer, que corten el pan, que escancien vino en las copas, y de repente ella se acuerda de las palabras que su cuñada, en un ronco susurro, le dedicó: Te echarán la culpa.

Lucrezia agarra el borde del plato con los dedos. La certeza de que él pretende acabar con su vida es como una presencia a su lado, como si un ave rapaz de negro plumaje se hubiera posado en el brazo de su silla.

He ahí la razón del repentino viaje a un sitio tan agreste y solitario. La ha traído aquí, a este alcázar de piedra, para asesinarla.

La estupefacción la arranca de su cuerpo y casi se echa a reír; flota en el techo abovedado mirando hacia abajo, a sí misma y a él, sentados a la mesa, llevándose a la boca el caldo y el pan salado. Él se

inclina hacia ella y le toca la piel desnuda de la muñeca mientras le dice algo; se ve asintiendo, tragando la comida, pronunciando unas palabras sobre el viaje y los amenos paisajes por los que han transitado como si no pasara nada entre ellos, como si se tratara de una cena normal y después fueran a retirarse al lecho.

En realidad —piensa, todavía en lo alto de las piedras húmedas y frías del techo del comedor—, la jornada desde la corte hasta aquí ha sido aburrida, entre campos desolados y helados, bajo un cielo tan plomizo que parecía abatirse, agotado, sobre las copas de los árboles deshojados. Su marido había impuesto una marcha al trote, millas y millas rebotando en la silla, con la espalda dolorida y las piernas irritadas por el roce de las medias húmedas. A pesar de los guantes forrados de ardilla, los dedos con que sujetaba las riendas se le habían quedado rígidos de frío y las crines del caballo no habían tardado en cubrirse de hielo. Su marido iba delante, escoltado por soldados. Cuando la ciudad dio paso al campo le habría gustado espolear a su montura, clavarle los talones en los flancos y volar por encima de las piedras y la tierra, avanzar por el paisaje llano del valle a gran velocidad, pero sabía que no debía hacerlo, que su sitio estaba detrás o cerca de él, si la invitaba, jamás delante, y así siguieron, al trote.

En la mesa, mirando al hombre del que sospecha que va a matarla, se arrepiente de no haberlo hecho, de no haber puesto a la yegua al galope. Se arrepiente de no haberlo adelantado como una flecha, crepitando de regocijo transgresor, con el pelo y el manto azotando el aire detrás de ella y levantando barro con los cascos. Se arrepiente de no haber llevado las riendas hacia las montañas lejanas, donde se podía haber perdido entre los pliegues rocosos y las cumbres para que nunca pudiera encontrarla.

Él apoya los codos a los lados del plato y le cuenta que venía a este refugio —como insiste en llamarlo— cuando era niño, que su padre lo traía aquí de caza. Le cuenta que lo obligaba a disparar una flecha detrás de otra a una diana colocada en un árbol, hasta que le sangraban los dedos. Ella asiente y murmura palabras de comprensión cuando es preciso, pero lo que de verdad quiere hacer es mirarlo a los ojos y decirle: sé lo que te propones.

¿Se asombraría, lo desconcertaría? ¿La considera una esposa inocente e ingenua que apenas ha salido de la niñez? Lucrezia ve todas estas cosas. Ve que su marido lo ha pensado con esmero, con diligencia, separándola de todos, asegurándose de que su séquito quedara atrás, en Ferrara, de que esté sola, de que no haya nadie aquí del *castello*, solo ellos dos, un par de soldados fuera y unos pocos criados del campo para servirlos.

¿Cómo querrá hacerlo? Por una parte, le gustaría preguntárselo. ¿Un puñal en un pasadizo oscuro? ¿Apretándole la garganta con sus propias manos? ¿Una caída del caballo que parezca un accidente? Está segura de que habrá pensado en todas estas cosas. Le aconsejaría que procurara hacerlo bien, porque su padre no va a considerar el asesinato de su hija con indulgencia.

Deja la copa; levanta la barbilla; vuelve los ojos hacia su marido, Alfonso, duque de Ferrara, y se pregunta qué va a pasar a continuación.

Las desventuradas circunstancias de la concepción de Lucrezia

El palazzo, Florencia, 1544

Eleonora habría de lamentar la forma en que fue concebida su quinta hija. Imaginémosla en el otoño de 1544: se encuentra en la sala de cartografía del *palazzo* florentino, sujetando un mapa muy cerca del rostro (es un poco corta de vista, pero jamás lo reconocería ante nadie). Sus damas guardan las distancias junto a la ventana, lo más lejos posible; aunque ya es septiembre, hace un calor sofocante en la ciudad. Da la sensación de que el rectángulo del pozo del patio desprenda más y más calor y recueza el aire. El cielo está plomizo e inmóvil; ni una leve brisa mueve las cortinas de seda, las banderas de las murallas del *palazzo* cuelgan exánimes y fláccidas. Las damas de compañía se abanican, se enjugan la frente con pañuelos y suspiran en silencio; todas se preguntan cuánto tiempo más tendrán que estar aquí, en esta estancia forrada con paneles, cuánto tiempo más querrá Eleonora examinar el mapa y qué será lo que tanto le interesa mirar en él.

Eleonora escudriña la representación a punta de plata de la Toscana: las cumbres de los montes, el curso sinuoso de los ríos, la aserrada línea costera que asciende hacia el norte. Pasa la mirada por el dédalo de caminos que se apiñan en las ciudades de Siena, Livorno y Pisa. Eleonora es consciente de su singularidad y de lo mucho que vale. No solo tiene un cuerpo capaz de procrear un sinfín de herederos, sino también un bello rostro, una frente como cincelada en marfil, unos grandes ojos de color castaño y una boca bonita tanto si sonríe como si no. Además de todo esto, posee una inteligencia aguda y rápida. Mira las rayas del mapa y, al contrario que la mayoría de las mujeres, sabe interpretarlas como campos llenos de grano, bancales de viñas, cosechas, granjas, conventos y arrendatarios de tierras de labor.

Deja el mapa y, en el momento en que las damas hacen recrujir las faldas disponiéndose a ir a una estancia mejor ventilada, ella coge otro. Estudia la tierra firme de la costa; al parecer, no hay nada señalado en esa parte de la carta más que unas zonas de agua indistintas e irregulares.

No soporta lo inútil. Bajo su mando se ha renovado y puesto en funcionamiento hasta el último cuarto, pasillo y antecámara del *palazzo*. Se ha adornado y embellecido hasta la última pared enlucida. No consiente que sus hijos, sus criados y sus damas tengan un minuto de holganza ningún día. Desde que se despiertan hasta el momento en que reposan la cabeza en la almohada, siempre tienen una tarea asignada en el horario que dispone ella. Salvo cuando duerme, está ocupada en algo: escribir cartas, recibir clases de lenguas, hacer planes

o listas de cosas o supervisar el cuidado y la educación de sus hijos.

Empiezan a bullirle en la cabeza mil y una ideas para aprovechar esas marismas. Hay que drenarlas. No, hay que irrigarlas. Podrían convertirse en tierras de labor. Podrían convertirse en una ciudad. Podría instalarse un sistema de lagos para criar peces. O un acueducto o un…

Le interrumpen el pensamiento una puerta que se abre y el ruido de botas en el suelo; son unos pasos firmes, seguros. No se vuelve, pero sonríe para sí, levanta el mapa hacia la luz y observa el resplandor del sol que ilumina las montañas, las ciudades y los campos.

Una mano se le posa en la cintura y otra, en el hombro; nota el roce hirsuto de una barba en el cuello, la presión húmeda de unos labios.

—¿Qué estás tramando, laboriosa abejita mía? —le murmura su marido al oído.

—Estoy pensando en estas tierras —dice, con el mapa todavía en la mano—, estas de aquí, a la orilla del mar, ¿ves?

—Hummm —dice él, rodeándola con un brazo, hundiendo la cara en el cabello recogido, apretándola con todo el cuerpo contra el duro borde de la mesa.

—Si las drenáramos, acaso fuera posible sacarles algún rendimiento, ya fuera cultivándolas, construyendo y… —no termina la frase porque él le hurga entre las faldas y se las levanta para pasarle la mano sin ningún impedimento por la rodilla, por el muslo y más arriba, mucho mucho más arriba—. Cosimo —lo regaña en un susurro.

Pero no tenía por qué preocuparse: las damas salen de la estancia barriendo el suelo con los vestidos y los ayudas de Cosimo también, apelotonándose todos en el umbral, ansiosos por desaparecer.

La puerta se cierra tras ellos.

—Ahí el aire no es bueno —continúa ella, desplegando el mapa entre los blancos y afilados dedos como si no pasara nada, como si un hombre no estuviera detrás de ella intentando abrirse paso entre las capas de ropa interior—, es maloliente y malsano y, si quisiéramos…

Cosimo le da media vuelta y le quita el mapa de las manos.

—Sí, amor mío —le dice, inclinándola sobre la mesa—, lo que tú digas, lo que tú quieras.

—Pero, Cosimo, mira un momento…

—Después. —Suelta el mapa en la mesa y deposita a Eleonora encima al tiempo que le levanta el montón de ropa de las faldas—. Después.

Ella suspira con resignación y entrecierra los oblicuos ojos de

gato. Comprende que no hay forma de distraerlo de su afán. A pesar de todo, le sujeta la mano.

—¿Me lo prometes? —dice—. Prométemelo. ¿Me das licencia para hacer algo útil en esas tierras?

Lucha contra la mano que lo sujeta. Fingen, es un juego y ambos lo saben. Un solo brazo de Cosimo es el doble de ancho que los de ella. Podría arrancarle el vestido en un momento, con su consentimiento o sin él, si fuera un hombre completamente distinto.

—Te lo prometo —dice, y la besa, y ella le suelta la mano.

Mientras él se prepara ella piensa que nunca lo ha rechazado en esto. Ni lo rechazará jamás. Lleva las riendas del matrimonio en muchos otros aspectos, en más que otras mujeres de su misma posición. Según su punto de vista, darle acceso a su cuerpo sin ponerle trabas es un precio pequeño a cambio de las muchas libertades y poderes de los que goza.

Ya ha tenido cuatro hijos; y piensa tener más, tantos como su marido engendre en ella. Lo que se necesita para proporcionar estabilidad y longevidad a una provincia es una gran familia que la gobierne. Antes de contraer matrimonio con Cosimo, esta dinastía estaba en peligro de desaparecer, de disolverse en la historia. Y ¿ahora? Cosimo tiene asegurados el poder y la soberanía de la región. Gracias a ella cuentan ya con dos herederos varones en las habitaciones de los niños, que serán educados para seguir los pasos de Cosimo, y dos niñas, que pueden aliarse en matrimonio con otras familias poderosas.

Se concentra en esta idea porque quiere concebir otra vez y porque no quiere pensar más en el alma que perdió hace un año. Nunca habla de ello, nunca le cuenta a nadie, ni siquiera a su confesor, que aquella carita gris perla y aquellos deditos doblados todavía la rondan en sueños, que los echa de menos y los quiere incluso ahora, que su ausencia le ha hecho una herida que la atraviesa de parte a parte. Se dice a sí misma que la cura de esta melancolía consiste sencillamente en tener otro hijo cuanto antes. Tan pronto como conciba de nuevo todo se arreglará. Tiene un cuerpo fuerte y fértil. Sabe que la gente de la Toscana la llama «La Fecundissima», y es muy cierto: ha descubierto que dar a luz no es la tortura infernal que le habían hecho creer. Cuando se fue de la casa de su padre se llevó consigo a su aya, Sofia, y esta mujer es la que cuida a sus hijos. Eleonora es joven, es bonita, su marido la ama, le es fiel y haría cualquier cosa por complacerla. Va a llenar las habitaciones de los niños, que están debajo de los aleros del *palazzo*; las va a llenar de herederos; tendrá un hijo detrás de otro. ¿Por qué no? No perderá

ninguno más antes de tiempo: no lo consentirá.

Mientras Cosimo se desahoga laboriosamente en la asfixiante *Sala delle Carte Geografiche* y sus ayudas y las damas aguardan fuera, indiferentes, intercambiándose bostezos y miradas de resignación, Eleonora aparta el recuerdo del hijo perdido y piensa otra vez en las tierras de las marismas pasando por encima de los cañaverales, los lirios, los matojos y la maleza. Se pasea entre las brumas y los vapores. Se imagina que llegan constructores, artefactos y canalones, que drenan y quitan toda la humedad y toda el agua innecesaria. Esto da lugar a cosechas abundantes, reses cebadas y pueblos habitados por súbditos agradecidos y bien dispuestos.

Apoya los brazos en los hombros de su marido y fija la mirada en los mapas de la pared de enfrente mientras él se aproxima a su momento de placer: la Grecia Antigua, Bizancio, la gran extensión del Imperio romano, constelaciones celestes, mares ignotos, islas reales e imaginarias, montañas que desaparecen entre cielos de tormenta.

No se le ocurre prever que todo esto es un error, que tendría que haber cerrado los ojos y centrarse en la estancia, en su deber marital, en su fuerte y atractivo marido, que todavía la desea después de tanto tiempo. ¿Cómo podía haber sabido que la hija que concibiera de esta unión sería diferente a los demás, tan dulces de natural y tan agradables de temperamento? Cuán fácilmente había olvidado, en ese momento, el principio de la impresión materna. Más tarde se castigará por semejante distracción, por la falta de atención. Médicos y sacerdotes por igual le han grabado en la cabeza que el carácter de los hijos lo determinan los pensamientos de la madre en el momento de la concepción.

Pero ya es tarde. Los pensamientos de Eleonora aquí, en la sala de cartografía, vagan a rienda suelta, inquietos, indómitos, mirando mapas, paisajes, naturalezas salvajes.

Cosimo, gran duque de la Toscana, concluye el acto con el acostumbrado gruñido, estrechando a su mujer en un tierno abrazo, y ella, conmovida pero un tanto aliviada (al fin y al cabo, hace un día tórrido), se deja bajar de la mesa. Llama a sus damas para que la acompañen a sus habitaciones. Les dice que le gustaría una tisana de menta, una siesta y tal vez unas enaguas limpias.

A los nueve meses, cuando le enseñan a la recién nacida, que aúlla y se retuerce y se arranca las ropas que la envuelven, una niña que no descansa ni duerme, que no se calla si no es moviéndola sin cesar, una niña que a veces acepta el pecho del ama de cría —escrupulosamente elegida por Sofia— unos momentos pero que no mama ni cinco minutos seguidos, una niña que nunca cierra los ojos,

como si buscara un horizonte lejano, a Eleonora le remuerde la conciencia. ¿Este carácter tan rebelde de la pequeña es por su culpa? ¿Se lo debe a ella? No se lo cuenta a nadie, y menos a Cosimo. La aterroriza la existencia de esta niña, le mina la convicción que tiene de ser una madre excelente, de dar a luz vástagos sanos de cuerpo y mente. Que uno de sus hijos sea tan difícil, tan intratable, mella la quintaesencia de su función aquí, en Florencia.

Durante una visita a las habitaciones de los niños en la que se pasa la mañana intentando abrazar a la pequeña, que no deja de berrear, se da cuenta de que el alboroto afecta a los otros cuatro hermanos, que se tapan los oídos y quieren salir de la habitación. Teme que la conducta de esta niñita influya en ellos. ¿Se volverán insoportables e inconsolables de repente? Sin pensarlo más, decide trasladar a Lucrezia de las habitaciones de los niños a otra parte del *palazzo*. Una temporada nada más, se dice, hasta que la niña se apacigüe. Hace algunas averiguaciones, busca los servicios de otra ama de cría, una de las cocineras: una mujer campechana de anchas caderas que acepta el encargo de mil amores; su propia hija, que ya tiene casi dos años y se tambalea por el suelo enlosado, está lista para el destete. Eleonora manda todos los días a una de sus damas a las cocinas a preguntar qué tal va la niña; cumple sus deberes con la pequeña, de eso está segura. El único inconveniente es que Sofia, la vieja aya de Eleonora, no comulga con la situación, protesta a voces de lo que denomina el «destierro» de Lucrezia y además no tiene nada que reprochar al ama de cría que había elegido ella. Pero Eleonora, extrañamente, insiste en separar a la niña de sus hermanos, en bajarla a las cocinas, con los criados, las doncellas, el ruido de cazuelas y el calor de los grandes fogones. Los primeros meses de Lucrezia transcurren en un balde de la ropa, bajo la vigilancia de la hija menor del ama de cría, que acaricia los diminutos puños de la niñita y llama a su madre en cuanto esta hace un mohín como para ponerse a llorar.

Cuando empieza a dar los primeros pasos sucede un incidente con una olla de agua hirviendo del que se libra por muy poco y la mandan de nuevo arriba. Al verse fuera del conocido ambiente de vapores y jaleo de las cocinas y rodeada por cuatro niños de los que no guarda memoria alguna, se pasa dos días llorando. Llora por su ama de abajo, por las cucharas de madera que le daban para morder cuando le dolían los dientes, por los ramilletes de hierbas cuya silueta se recortaba en los cuarterones de las ventanas, por la mano que se le acercaba con una rebanada de pan caliente y con un trocito de queso para masticar. No quiere saber nada de las habitaciones de arriba, con tantas camas seguidas, con niños idénticos de ojos negros que la

miran, impasibles, que murmuran entre ellos y se levantan de repente y se van. Conserva un recuerdo inquietante de una olla negra, inmensa, que cae muy cerca de ella, y luego un río de líquido ardiente. Rechaza los brazos y el regazo de estas cuidadoras; no les deja que le den de comer ni que la vistan. Quiere a la cocinera de abajo, a su madre de leche; quiere retorcer entre los dedos un mechón de su suave pelo mientras se adormece, sana y salva, en su amplio regazo. Quiere la dulce cara de su hermana de leche, que le canta y le deja dibujar con un palo en las cenizas del fuego. Sofia hace gestos de desaprobación con la cabeza y musita que ya le dijo ella a Eleonora que mandar a la niña abajo no era una buena medida. Solo consigue que coma algo dejándole los alimentos en el suelo, a su lado. Como un animal salvaje, remata Sofia.

Cuando Sofia, que se empeña en ir a las habitaciones de su antigua pupila, se planta con los puños en las caderas y la informa de estas cosas, Eleonora suspira y se lleva a la boca una almendra recién cascada. Le faltan unos días para dar a luz de nuevo, su vientre es una montaña debajo de las sábanas; espera que sea niño. Esta vez no se arriesgó, ordenó que llenaran una cámara de cuadros de hombres jóvenes entregados a viriles actividades masculinas: arrojando lanzas o luchando en justas. Solo en esta estancia consiente en consumar el acto conyugal, para gran decepción de Cosimo, que siempre ha gustado de una cópula presurosa en cualquier pasillo o subterráneo. Pero no está dispuesta a cometer el mismo error que la vez anterior.

A los cuatro años, Lucrezia no juega con muñecas, como hicieron sus hermanas, ni se sienta a la mesa a comer ni participa en los entretenimientos de sus hermanos menores; prefiere pasar el tiempo sola, corriendo como una salvaje de punta a punta del adarve o arrodillada en la ventana desde la que contempla la ciudad y las montañas del fondo durante horas. A los seis, se revuelve, no para quieta cuando tendría que posar para el pintor como una niña buena, hasta que Eleonora pierde la paciencia y dice que no le harán el retrato y que vuelva a las habitaciones de los niños. A los ocho o nueve, se niega a ponerse calzado de cualquier clase, incluso cuando Sofia la abofetea por desobedecer. A los quince, a punto de contraer matrimonio, arma un gran alboroto por el vestido de bodas, que la propia Eleonora ha encargado: una bellísima combinación de seda azul y brocado de oro. Lucrezia entra intempestivamente en las habitaciones de su madre, sin llamar, gritando a pleno pulmón que no se lo va a poner, que no se lo pondrá, que le queda enorme. Eleonora, que está al *scrittoio* escribiendo a una de sus abadesas predilectas, procura contenerse y le dice con firmeza que se lo están arreglando y

que lo sabe de sobra. Pero, como era de esperar, Lucrezia sobrepasa el límite. Enfurecida, pregunta por qué tiene que llevar el vestido que era para su hermana Maria, la que murió, que ya es bastante desgracia tener que emparejarse con su novio, que no quiere ponerse su vestido, además. Mientras Eleonora posa la pluma, se levanta del escritorio y cruza el arco para acercarse a su hija, piensa una vez más en el momento en que la concibió, en cómo miraba los mapas de tierras antiguas, fijándose en mares salvajes e ignotos, repletos de dragones y monstruos y barridos por unos vientos que podían desviar a los barcos de su rumbo y llevárselos muy lejos. ¡Qué gran error cometió! ¡Cuánto la ha obsesionado esta falta y qué castigo ha recibido a cambio!

Ve entonces, en el otro lado de la estancia, que el rostro huesudo de su hija, anegado en lágrimas, se abre como una flor, esperanzado, expectante. Sabe que está pensando: «Aquí está mi madre. Tal vez me salve del vestido y del matrimonio. Tal vez todo se arregle».

El primer tigre de la Toscana

El palazzo, Florencia, 1552

Un dignatario extranjero llegó a Florencia y obsequió al gran duque con un cuadro de un tigre. A Cosimo le entusiasmó el regalo y poco después expresó el deseo de poseer un ejemplar de tan cruel y singular fiera. En el sótano del *palazzo*, para solaz de sus visitas, conservaba una colección de animales y le pareció una gran idea ampliarla con un tigre.

Dio orden a Vitelli, su *consigliere ducale*, de que se capturara a un tigre y lo mandaran a Florencia. Vitelli había previsto que sucedería esto desde el momento en que el cuadro había llegado a la corte, y, suspirando hondamente para sí, tomó la debida nota en su libro mayor. Albergaba la esperanza de que el gran duque se desdijera de la idea o incluso la olvidara, atareado como estaba en esos momentos debido a los disturbios republicanos en Siena.

Sin embargo, Cosimo no respondió a la esperanza secreta de Vitelli.

—¿Alguna nueva del tigre? —preguntó un día de repente, en la entrada, mientras se preparaba para salir a hacer sus ejercicios diarios.

Se quitó el *lucco* y se ciñó las armas. Vitelli, desprevenido, abrió el cierre del libro torpemente y consiguió musitar algo sobre unas dificultades con determinadas rutas marítimas de oriente. Pero no engañó a Cosimo, que miró al *consigliere* con el ojo izquierdo mientras el derecho, desviado, vagaba por otra parte, por algún sitio justo detrás de Vitelli.

—Me defraudáis —dijo, deslizándose en las botas dos dagas envainadas, como era su costumbre siempre que iba a salir de entre los muros del *palazzo*—. Me defraudáis sobremanera. Sabéis que el recinto ya está preparado en el sótano: lo han limpiado y han reforzado los barrotes. —Recogió un cinturón de cuero que le ofrecía un criado y se lo ciñó—. Es una lástima que esté vacío. Algo… o alguien tendrá que ocuparlo.

Levantó la espada, ligera y fina, con adornos en la hoja; Vitelli sabía que esa era su preferida. La blandió en el aire y, por un breve instante, clavó ambos ojos en Vitelli con sorna y dureza.

Después la insertó en la vaina del cinturón y salió; Vitelli oyó los pasos, que bajaban las escaleras con un revuelo de pisadas firmes. A su espalda, los secretarios se movieron y murmuraron con curiosidad, se imaginó, por haber presenciado esta pequeña demostración: oyó claramente una risita contenida.

—A lo vuestro —ordenó secamente, dando una sonora palmada —. ¡Todos!

Los secretarios se dispersaron y Vitelli se dirigió a su pupitre, se dejó caer en el asiento con todo su peso y se quedó pensando un momento antes de acercarse la pluma y el tintero.

El peculiar capricho del gran duque pasó a un emisario y después a un embajador, a un capitán de barco, a un mercader de sedas, a un consejero de un sultán, a un virrey, a un mercader de especias, a un subsecretario del palacio de un maharajá, al primo del maharajá, al propio maharajá, a su mujer, a su hijo y de nuevo al subsecretario, y de ahí a un grupo de soldados y a los aldeanos de un lugar remoto de Bengala.

Capturaron un tigre, lo envolvieron en una red, lo ataron a un mástil y de esta guisa viajó desde su selva tórrida, lluviosa y frondosa. Pasó semanas y meses en el mar, debajo de la cubierta, en una bodega húmeda con sal incrustada en las paredes, hasta que lo desembarcaron en el puerto de Livorno. Allí lo metieron en una jaula de madera remolcada por un carro del que tiraban seis mulas aterrorizadas.

Cuando Vitelli tuvo noticia de que la compañía que transportaba a la fiera se acercaba a Florencia, mandó recado de que aguardaran fuera de las murallas de la ciudad hasta el anochecer. «Bajo ningún concepto —fueron sus instrucciones— lo traigáis a la ciudad a la luz del día; ocultad el carro en un bosque frondoso y escondeos allí hasta que caiga la noche.»

Sabía que nunca se había visto un tigre en Florencia. La gente se alborotaría y gritaría al ver a semejante animal entre ellos; las señoras se desmayarían del susto; los jóvenes se pelearían por molestarlo al pasar a su lado, querrían pincharlo con palos y picas. Y ¿si la fiera se enfurecía y lograba romper las cadenas? Echaría a correr por las calles devorando niños y ciudadanos. Mejor esperar, pensó Vitelli, a las horas negras de la medianoche: nadie los oiría; nadie lo descubriría jamás.

Salvo la pequeña Lucrezia, arropada en la cama con sus dos hermanas, en las habitaciones de debajo de los aleros del *palazzo*; Lucrezia, la de la mirada solemne y el pelo claro y fino, por incongruente que fuera, puesto que el de sus hermanas tenía el mismo brillo y el mismo tono cobrizo oscuro que el de su madre, que era española. Lucrezia, pequeña para su edad, a la que todas las noches Maria, la mayor, empujaba hasta el borde del colchón a codazos porque le gustaba ocupar el centro de la cama y estirar los brazos y las piernas. Lucrezia, a la que siempre le costaba dormirse.

Solo ella oyó el grito de la tigresa cuando el carro entró por las puertas del *palazzo*: un aullido grave, como el viento al pasar por un canalón. El tono lastimero rasgó la noche dos veces antes de morir en

un ronco rugido.

Lucrezia se sentó en la cama bruscamente, como si la hubieran pinchado con una aguja. ¿Qué era ese ruido, ese grito desconocido que se había colado en su sueño y la había despertado de repente? Volvió la cabeza a uno y otro lado.

Tenía una capacidad auditiva extraordinaria: a veces oía hasta lo que se decía en el piso de abajo o en el otro extremo de la estancia más grande de la casa. La acústica del *palazzo* era curiosa: los sonidos y las vibraciones, los susurros y los pasos se transmitían por las vigas, por detrás de los relieves de mármol, trepaban por la columna vertebral de las estatuas, viajaban en las burbujas del agua de las fuentes. Ya a los siete años sabía que si pegaba los pliegues externos de la oreja al revestimiento de las paredes o al marco de las puertas podía averiguar toda clase de cosas. Por ejemplo, que se iba a investir a un cardenal, que iba a nacer otro hermano, que había un ejército extranjero en la otra orilla del río, que un enemigo había muerto repentinamente en las calles de Verona o que estaba a punto de llegar una tigresa. Estas conversaciones, que no eran para ella, se le colaban en la cabeza y allí arraigaban.

¡El grito otra vez! No era un rugido, no, que era lo que esperaba ella: este parecía más bien un ronquido de anhelo y desesperación, pensó, como se lamentaría un ser al que aprisionan contra su voluntad, un ser cuyos deseos han sido desatendidos.

Se desenredó las sábanas y los pliegues del camisón de Maria y se levantó de la cama. A pesar de lo torpe que era en las clases de danza —motivo por el que el tutor la reprendía a menudo—, siempre podía escabullirse sigilosamente de las habitaciones de los pequeños y nunca pisaba baldosas que hicieran ruido o se movieran. Pasó de puntillas junto a la cama en las que sus hermanos dormían unos encima de otros en un enredo de brazos y piernas y junto a la estrecha carriola de Pietro, el menor, que descansaba entre los firmes brazos de su *balia*. Cerca de la puerta dormían otras dos ayas, pero Lucrezia pasó por encima de ellas y descorrió los dos pestillos de la puerta sin dificultad.

Salió al pasillo y se detuvo a comprobar si Sofia, el aya mayor, roncaba con la regularidad de costumbre, y luego recorrió con la mano el panel de la pared. La primera vez no encontró el pomo de cobre, pero la segunda sí. El panel se abrió hacia dentro y Lucrezia desapareció del pasillo por un hueco estrecho, del mismo tamaño que ella.

Había multitud de pasadizos ocultos en el palacio. A veces Lucrezia se imaginaba este edificio enorme de gruesas paredes como

una manzana comida por los gusanos. Había oído muchas veces —a Sofia, que no tenía la menor idea de que Lucrezia entendía el dialecto napolitano que hablaban las tres ayas entre sí— que los pasadizos servían para que el duque y su familia pudieran huir en caso de que el *palazzo* sufriera un ataque. Le habría gustado preguntar quién podía atacarlo, pero tuvo la sensatez de abstenerse: estaba muy bien entender lo que se decían las ayas unas a otras por encima de las cabecitas de los niños, y era una habilidad que no debía dar a conocer.

Este pasadizo era un atajo para llegar al patio grande por unas resbaladizas escaleras de caracol de peldaños irregulares. Ella no tenía miedo; no, ni pizca. Pero contuvo el aliento y se recogió el orillo de la camisa con una mano para no tropezar. ¿Quién sabe cuánto tardarían en encontrarla si se cayera y se hiciera daño aquí, encerrada entre las paredes? ¿Cómo iban a oír sus voces?

Los peldaños se curvaban sobre sí mismos como una cuerda enroscada. El aire era húmedo y rancio, como si algún ser vivo llevara mucho tiempo atrapado allí. Se obligó a levantar la barbilla y a seguir moviendo los pies; se dijo que se había visto en peores bretes. La estimulaba pensar en la fiera. Vería a esa tigresa… tenía que verla.

Cuando más cerrada se hizo la oscuridad y más irrespirable el aire, una fina rendija de luz le indicó que había llegado a su destino. Palpó buscando el pomo de la puerta —un pestillo frío y pequeño—, lo corrió y se encontró en las escaleras cubiertas y con ventanas inclinadas que se asomaban al patio. No había guardianes ni criados a la vista a esta hora nocturna de terciopelo negro; miró y remiró atentamente y después se aventuró a salir.

Abajo se oía el quejido nervioso de las mulas, el roce de los cascos y también un rugido furioso como una tormenta a lo lejos.

Apoyó las manos en el alféizar de mármol y se asomó a mirar.

Abajo, el patio era una bóveda oscura, iluminada solamente por unas antorchas que bailaban en los tederos de las columnas. Ahí estaban las mulas, seis en total, alineadas, con los arreos puestos. Unos cuantos hombres de su padre, con su librea roja y dorada, trajinaban junto a ellas. Rodearon el carro, cada uno con un palo afilado, y empezaron a hablar entre ellos. Atrás, decían, no tan cerca, aguantad ahora, cuidado esa mano, sujetad las riendas, suave.

Uno de ellos sacó una antorcha del tedero y la agitó enfrente de la jaula, describiendo un fiero arco en la oscuridad. El animal respondió a las llamas con un siseo. Los hombres se rieron. Movieron la antorcha otra vez y Lucrezia volvió a oír la furia y el temor de la tigresa.

Y, agarrada al alféizar, la vio: una silueta ágil y sinuosa que se movía en la jaula, de un lado a otro. Más que andar parecía

derramarse, como si su misma esencia fuera líquida e hirviera, igual que la lava que supuran los volcanes. Las oscuras rayas de la piel se repetían y se confundían con los barrotes de la jaula. La tigresa era de color anaranjado matizado de oro, fuego hecho carne; era fuerza y furia, era despiadada y exquisita; llevaba en el cuerpo las señales listadas de la cárcel, como si la hubieran marcado justamente para esto, como si su destino siempre hubiera sido el cautiverio.

Las mulas, aterrorizadas, forcejeaban en los arreos, sacudían la cabeza, ponían los ojos en blanco y levantaban los belfos enseñando los dientes. Aunque las anteojeras les impedían ver a la tigresa, la olían, la percibían; sabían que estaba ahí, sabían que estaban confinadas con ella en ese espacio. Sabían que, de no ser por la jaula de madera, habría descuartizado todo y a todos los que estaban en el patio: a ellas y a los hombres.

De repente tiraron hacia delante y un arco se tragó el carro y la jaula: una boca que acepta un bocado. Lucrezia se quedó mirando un patio vacío, con los braseros aún llameando, como si no hubiera sucedido nada importante.

El *palazzo* del padre de Lucrezia era un edificio cambiante, inestable como una veleta. A veces le parecía el sitio más seguro del mundo, una fortaleza de piedra con un perímetro de altos muros para guardar a los hijos del duque como en una vitrina para figuritas de cristal; otras, en cambio, le parecía opresivo como una cárcel.

Ocupaba una esquina de la plaza más grande de Florencia, de espaldas al río, los lados elevándose por encima de los ciudadanos como peñascos imponentes. Las ventanas eran altas y estrechas, nadie podía ver lo que había dentro. Desde el tejado se alzaba una torre cuadrada con unas campanas enormes que tocaban las horas y se oían en toda la ciudad. Las murallas, erizadas de almenas, recorrían los lados como el ala de un sombrero; muy raras veces se permitía a los niños subir allí, pero salían a diario a tomar el aire al adarve con Sofia, porque su madre, les explicaba, creía que el ejercicio los fortalecía; por eso los animaba a perseguirse y a correr de tronera en tronera para mirar desde la altura lo que pasaba abajo, en la plaza.

Desde el rincón del fondo del adarve se divisaba la estatua de la entrada del *palazzo*, una figura blanca que miraba a un lado, como si no quisiera enterarse de lo que había enfrente, y con una honda en el hombro. A veces Lucrezia veía pasar a sus padres al lado de la estatua y dirigirse al carruaje cerrado, su madre envuelta en pieles si era invierno o en sedas de colores si era verano. Sus vestidos eran amarillos, rojos o morados como las uvas. Cuando veía que se acercaba el carruaje, se asomaba al parapeto todo lo posible para oír

el ruido de los pasos de Eleonora y Cosimo: la pisada leve de ella y la zancada decidida de él, con la pluma del sombrero moviéndose al compás.

Sofia, que presumía de haber estado en todas las salas del *palazzo*, les contó que los muros eran tan gruesos como tres hombres tumbados pies con cabezas. Que había una estancia solo para las armas, con espadas y armaduras alineadas contra las paredes, y otra llena de libros. Libros y más libros —les decía mientras les frotaba la cara con un paño húmedo o les abotonaba la casaca— en unas repisas que llegaban hasta mucho más arriba que su cabeza. Y que se tardaría una vida entera en leerlos todos, o más a lo mejor. Y que otro salón estaba adornado con mapas de todos los rincones del mundo y de todas las estrellas del cielo. Y que había una cámara forrada de hierro, con muchos candados en la puerta, en la que su madre guardaba las joyas, todas las que había traído consigo de la corte española y todas las que le había regalado su padre, aunque ella no la había visto nunca con sus propios ojos: bueno, nadie la había visto, porque la única mano que podía abrirla era la de su padre. Y que había otra habitación tan grande como la plaza con todo el techo pintado. ¿Qué hay pintado allí?, preguntó Lucrezia, zafándose del paño húmedo para mirar al aya y saber si decía la verdad, si era cierto que había visto los frescos. Ah, pues, ángeles y querubines, grandes guerreros y batallas —dijo el aya, poniéndole la cabeza recta otra vez—, cosas así.

Cuando a Lucrezia le costaba dormirse, cosa que le sucedía a menudo, se imaginaba esas habitaciones perfectamente apiladas, como las piezas de las torres que les gustaba construir a sus hermanos menores. La habitación de las armas, la de los mapas, la pintada, la de las joyas. Su hermana Isabella decía que lo que más le gustaría ver eran las joyas; Maria, que los querubines dorados del techo. Francesco, que algún día sería duque, decía con arrogancia que él ya las había visto todas. Y varias veces. Giovanni, que había nacido un año después que Isabella, ponía los ojos en blanco, y por eso Francesco le daba patadas en la espinilla.

Nadie preguntó a Lucrezia qué habitación le gustaría ver, y tampoco lo dijo. Pero, si se lo hubieran preguntado, habría dicho la *Sala dei Leoni*: la habitación de los leones. Decían que su padre tenía una colección de fieras en alguna parte de los sótanos, en una habitación reforzada solo para eso. Le gustaba sobre todo exhibir los leones ante huéspedes honorables y enfrentarlos a veces a otros animales por diversión: osos, jabalíes, un gorila en una ocasión. Una criada que les subía la comida de las cocinas les contó en voz baja que los leones estimaban tanto al duque que le permitían entrar en su

jaula. Y que él entraba con un pedazo de carne pinchado en una vara en una mano y un látigo en la otra. Los niños nunca habían visto la *Sala dei Leoni* —aunque Francesco insistía en que él sí—, pero cuando el viento soplaba en determinada dirección, oían los aullidos apagados de los animales. Los días más cálidos, un olor muy específico llegaba hasta el adarve, sobre todo en la parte de atrás del *palazzo*, que daba a la *via dei Leoni*, un tufo intenso a excrementos y sudor del que se quejaban Maria e Isabella al tiempo que se cubrían la cara con el pañuelo; Lucrezia, en cambio, se quedaba en la parte de adarve que daba a la calle con la vana esperanza de llegar a divisar una cola en movimiento o una melena oscura y enredada.

La mañana siguiente, después de que llegara la tigresa, Lucrezia se despertó en un dormitorio tan silencioso que por un momento creyó que le habían taponado los oídos con cera. Tenía la cara hundida en la almohada y, al levantar la cabeza, se encontró tumbada en el centro de la cama, sola, sin hermanas que la empujaran hacia el borde, sin hermanos en la cama de enfrente, sin hermanitos menores en la carriola.

Perpleja ante tanta paz, contempló la habitación: las paredes encaladas, las colchas dobladas, los peldaños de piedra del asiento de la ventana, el jarro de agua en una repisa.

Por la puerta abierta llegaban las voces de sus hermanos, sentados a la mesa del desayuno: los chillidos y los gritos de los tres menores, el ruido de las cucharas contra los platos.

Movió los brazos y las piernas entre las frescas y vacías sábanas como si nadara. Sintió la tentación de volver a la almohada, a ver si podía dormirse otra vez, pero de pronto se acordó de un hombro de rayas oscuras, flexible y cimbreante. Se hizo un propósito claro: tenía que ver a ese animal de cerca. Tenía que verlo. Por encima de todo. Quería plantarse delante de él, ver cómo se mezclaban las rayas negras con el pelaje anaranjado. ¿Podría colarse en la *Sala dei Leoni?* No había pasadizos para llegar allí, que ella supiera, y si iba por los corredores y los pasillos seguro que alguien se lo impedía. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo, cómo, cómo?

Estimulada por esta idea, se levantó. Tuvo la sensación de que la superficie fría y rasposa de las baldosas se arqueaba contra las plantas de los pies. Se vistió a toda prisa, se puso la *sottana* de lana encima de la camisa al tiempo que metía los pies en los zapatos. El aire estaba quieto y friísimo, era como andar por un lago helado.

Se detuvo en el umbral de la habitación contigua, barajando mentalmente diversas formas de ver a la tigresa. A un lado de la mesa estaban sus hermanos y hermanas mayores: cuatro niños con idéntico

pelo castaño rojizo ordenadamente sentados, de mayor a menor. Se llevaban un año exacto entre ellos: Maria tenía doce años; Francesco, once; Isabella, diez; Giovanni, nueve: seguidos, como los peldaños de unas escaleras. Esta mañana estaban muy juntos, las cabezas casi se tocaban, y susurraban mientras comían el pan y la leche.

En el otro lado de la mesa, las ayas con los pequeños, niños los tres, ordenados de la misma manera: Garzia, de tres años; Ferdinando, de casi dos, y Pietro, el menor, que no llegaba al año.

Sin embargo, alrededor de Lucrezia había un desconcertante vacío de dos años y medio, tanto por delante como por detrás. Ningún niño ocupaba los años entre el nacimiento de Giovanni y el suyo ni el hueco que había entre ella y Garzia. En una ocasión le había preguntado por qué a Sofia. Por qué no tenía hermanos ni hermanas más cerca de su edad. Sofia, que estaba forcejeando con Ferdinando para que se quedara sentado en el orinal porque había decretado que tenía que mover las tripas en ese momento, respondió con desesperación, tal vez tu pobre madre necesitaba un descanso.

Lucrezia se acercó a la mesa con disimulo, poniendo un pie al lado del otro. Se imaginaba que era la nueva tigresa, que andaba sobre unas patas fuertes y aterrorizaba a cuantos la veían.

Al parecer no tenía sitio en la mesa. La silla en la que solía sentarse estaba ocupada en ese momento por el ama de cría, que tenía a Pietro envuelto en la mantilla, dándole de mamar; Lucrezia le vio los pies que sobresalían, encogía y estiraba los dedos a medida que chupaba.

Se quedó de pie un momento entre el ama de cría y Giovanni, que le daba la espalda, y después alargó el brazo y cogió un trozo de pan. Se lo llevó a la boca y lo mordió. Era la tigresa devorando a un enemigo. Los miró a todos, casi sonriendo. Había una tigresa entre ellos y ninguno se daba cuenta: Maria, con un brazo sobre los hombros de Isabella, le decía algo a Francesco; Garzia, a horcajadas en el regazo de Sofia, esperaba a que lo bajara para echar a correr.

Lucrezia no se hizo visible hasta que se sirvió leche en un tazón y empezó a lamerla.

—¡Lucrè! —gritó Sofia—. ¡Deja de hacer eso ahora mismo! ¡Por Dios santo! ¿Qué diría tu madre? —Soltó a Garzia, que se dirigió inmediatamente a sus piezas de madera, y se acercó a ella—. Y ¿qué te pasa en el pelo? ¿Te ha pillado una tormenta? ¿Por qué llevas la bata al revés? ¡Esta niña va a acabar conmigo! —exclamó, apelando a las otras ayas y quitándole la bata a tirones.

Lucrezia se quedó tan quieta como la estatua de las puertas del *palazzo* mientras Sofia empezaba a desenredarle los nudos del pelo y

le limpiaba la leche de la barbilla; no podía hacer otra cosa: Sofia era casi tan ancha como alta, tenía las palmas duras y los hombros fuertes. Su sonrisa, que pocas veces se veía, era amplia y llena de huecos, apenas le quedaban dientes. No consentía la desobediencia ni la rebeldía. En las habitaciones de los niños mandaba ella, se lo recordaba constantemente, y las cosas se hacían a su manera. En una ocasión, Isabella musitó: es mi madre la que manda, so vacaburra, y Sofia la castigó al instante y con contundencia: seis golpes con la vara y a la cama sin cenar.

Por otra parte, tampoco toleraba el resentimiento. Al día siguiente Lucrezia vio con el rabillo del ojo que Isabella, sorprendentemente escarmentada, abrazaba a Sofia y le daba un beso en la mejilla mientras le susurraba algo junto a la toca. El aya sonrió enseñando los huecos negros de las encías, le dio unos golpecitos en el brazo y le indicó que se sentara a la mesa.

Sofia le pasaba el cepillo a Lucrezia por el pelo, sujetaba unas horquillas en la boca y le agarraba la oreja del otro lado con la mano.Al mismo tiempo, le decía a la *balia* que no diera más de mamar a Pietro, que le sacara el aire; ordenaba a Francesco que no se tragara los bocados enteros, que los masticara bien; y respondía a las preguntas de Maria sobre las clases de la mañana.

Lucrezia se estremecía cada vez que las cerdas del cepillo encontraban un nudo; no gritaba. No valía de nada. Si te quejabas, Sofia podía levantar el cepillo del pelo y estampártelo en las piernas. La oreja le ardía en la mano del aya.

Se imaginó lejos de esta situación, de este momento. Se imaginó en los sótanos, en la *Sala dei Leoni*. La tigresa se acercaría a ella gruñendo bajito, pero no la mordería, no; la miraría con calma y Lucrezia emitiría un ronquido parecido y…

Un fuerte tirón de oreja la devolvió a las habitaciones de los niños. La rodeaba un griterío de voces y carcajadas. Se había perdido algo, eso seguro. Sus hermanos mayores la miraban por primera vez desde que se había despertado, se reían y la señalaban; Isabella se tapaba la boca tronchándose de risa.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucrezia frotándose el lóbulo de la oreja.

—Has… —Giovanni estalló en carcajadas.

—¿He qué? —insistió, hecha una fiera.

No entendía por qué la miraban. Impulsivamente se abrazó al vientre de Sofia y allí hundió la cara.

—Has gruñido —oyó decir a Maria en un tono helado de reprobación.

—¡Como un oso! —dijo Isabella—. ¡Ay, qué rara eres, Lucrè!

Los oyó levantarse de la mesa y salir de la habitación sin dejar de hablar de ella, diciendo que se creía que era un oso.

Sofia le frotaba la espalda, entre los omoplatos, con firmes pasadas de arriba abajo. Lucrezia apretó la nariz contra el delantal del aya e inhaló el olor que la identificaba solo a ella: levadura, sal, sudor y un matiz especiado que se parecía a la canela.

—Vamos —dijo Sofia—. Suéltame ya.

La niña echó la cabeza atrás para mirar al aya, abrazándola todavía por la cintura. El secreto de la tigresa se le removió por dentro como una cinta brillante entre las costillas. ¿Debía contarle a Sofia lo que había visto? ¿Se atrevería?

—¿Por qué no tienes dientes? —le preguntó, en cambio.

Sofia le dio un golpecito en la cabeza con el cepillo.

—Porque —dijo— alguien tenía que alimentar a tu madre y a sus hermanas y hermanos, y cada criatura te cuesta un diente. A veces dos o tres.

Lucrezia no lo entendió. Miró a la nodriza, que se estaba abotonando la bata, con Pietro echado al hombro. ¿Se le caerían los dientes? ¿Eso pasaba enseguida? Niños de pecho y dientes, leche y hermanos. ¿Maria, Francesco, Isabella, Giovanni y ella le habían costado a las *balie* uno o tres dientes?

Sofia se agachó para ponerse a Garzia en la cadera y Lucrezia se fijó en que su hermano inmediatamente menor la agarraba por el cuello y empezaba a balbucir.

—Pero… —insistió Lucrezia—, ¿por qué…?

—Se acabaron las preguntas —dijo Sofia—. Ahora, a estudiar. Hala, vete.

Lucrezia entró en el aula; el preceptor de historia de la Antigüedad desenrollaba mapas y cartas sin dejar de hablar, señalando con la vara. Francesco miraba por la ventana; Maria agachaba la cabeza aplicadamente hacia la pizarra, escribiendo lo que el preceptor decía sobre la guerra de Troya; a su lado, Isabella hacía mohínes a Giovanni cada vez que el preceptor se daba la vuelta. Unos mohínes, observó Lucrezia, que Isabella completaba poniendo los dedos como garras y, con un leve desánimo, comprendió que todavía se estaban burlando por el gruñido involuntario.

Se sentó en su sitio, al fondo de la habitación, en un pupitre pequeño, detrás de otro mayor que compartían Maria e Isabella. Solo llevaba unos meses asistiendo a las clases, desde que había cumplido siete años, la edad que a su padre le parecía adecuada para iniciar la educación de sus hijos.

El preceptor, un hombre joven con una barba puntiaguda, hablaba frente a ellos con un brazo estirado, moviendo la boca sin parar. Ella sabía que después llegaría el preceptor de música y tendrían que sacar los instrumentos, y después ocuparía su lugar el de dibujo, y ella tendría que escribir el alfabeto mientras los demás recibían su clase de dibujo. Había preguntado si podía ir a esa clase —era la que más le interesaba, aprender a transferir el mundo al papel, llevar lo que uno ve con los ojos y el cerebro a la mano y luego a la tiza— pero le dijeron que tenía que esperar hasta que cumpliera diez años. Los días, los meses y los años que faltaban para eso se amontonaban ante ella, repetitivos y completamente predecibles.

Siguió dándole vueltas al asunto de amamantar a los niños de pecho. Y al de los dientes que le faltaban a Sofia. Y al de la tigresa. Y a sus diversos anhelos: ver a la fiera, que le permitieran tomar parte en las clases de dibujo, ir otra vez a las villas del campo en las que los enseñaban a montar y les dejaban correr por los jardines. Sin querer, se desenganchó del discurso del preceptor y los pensamientos se le fueron a la deriva. Se imaginó que era otra vez una niña de pecho y que la amamantaba una tigresa sin dientes, una criatura tierna de pelaje sedoso y zarpas que acariciaban, y esa Lucrezia de pecho pasaba todos los días en la casa de los leones, arropada en el cálido flanco de la tigresa, adonde nunca iba nadie y nadie iba a buscarla…

Un varazo en el mapa la arrancó de la visión y la obligó a centrarse brevemente en la Antigüedad de la que hablaba el preceptor.

—Y ¿dónde se encalmaron las naves con rumbo a Troya?

Francesco parpadeó, Maria frunció los labios como si le pasara un pensamiento despectivo por la cabeza; tenía el codo apoyado en la manga de Isabella mientras esta le decía algo al oído.

Aulis, pensó Lucrezia. Cogió su estilo y trazó, en la otra cara del papel que tenía delante, una larga línea del horizonte interrumpida por mástiles de embarcaciones inmóviles; las dibujó altas, con las velas aferradas y unos cabos tirantes en la proa que sujetaban las anclas ocultas en las aguas. Después dibujó un altar y gente de pie en los escalones. Y, mientras dibujaba, recordaba la lección de perspectiva que el preceptor de dibujo había dado a sus hermanos mayores la semana anterior, cuando ella debería haber estado aprendiendo a escribir las letras. La teoría consistía en que el mundo tenía distintas capas y profundidades, como el mar, y se podía construir mediante líneas que convergían y se cortaban. Lucrezia tenía ganas de ponerlo en práctica.

—¿Isabella? —dijo el preceptor entrecerrando los ojos.

—¿Sí? —respondió Isabella volviendo la cabeza.

—El sitio en el que se encalmaron las naves con rumbo a Troya, por favor.

Aulis, pensó Lucrezia otra vez, sin dejar de dibujar. Añadió a una niña con una túnica larga que se dirigía al altar y, frunciendo el ceño, intentó aproximar las líneas que marcaban el camino, tal como mandaban las leyes de la perspectiva, lo que el preceptor había llamado un punto de fuga.

Isabella sopesaba la respuesta con mucha reflexión.

—¿Empieza tal vez por *y*? —preguntó, inclinando la cabeza a un lado con gracia y dedicándole la más radiante de las sonrisas.

—No —dijo el preceptor, impertérrito—. ¿Giovanni? ¿Maria?

Los dos negaron con un gesto de la cabeza. El preceptor suspiró.

—Aulis —dijo—. ¿Os acordáis? Lo vimos la semana pasada. Y ¿qué hizo Agamenón, el poderoso rey, para convencer a los dioses de que le mandaran vientos favorables?

Una pausa. Isabella se llevó la mano al pelo para colocarse un mechón suelto detrás de la oreja; Francesco se retorcía la manga.

Sacrificó a su hija. Lucrezia lo sabía. Puso cortinajes en el altar, que colgaban tan inertes como las jarcias de las naves. No dibujaría a Aquiles fingiendo que aguardaba en el altar; no, no lo dibujaría.

—¿Qué hizo Agamenón —insistió el preceptor— para que el viento le fuera favorable y las naves griegas pudieran seguir navegando hasta Troya?

Le cortó la garganta a su hija, se dijo Lucrezia. Se acordaba de todas las palabras de la historia que les había contado el preceptor la semana anterior: así le funcionaba la cabeza. Las palabras se le incrustaban en la memoria como la suela de los zapatos en el barro blando, que después se secaba y se solidificaba y la huella del zapato quedaba allí para siempre. A veces tenía la sensación de que la cantidad de palabras, rostros, nombres, voces y diálogos la desbordaba, le dolía la cabeza y el peso que acarreaba le hacía perder el equilibrio y tropezar con las mesas y las paredes. Sofia la llevaba a la cama, corría las cortinas y le daba a beber una tisana, y Lucrezia se dormía. Cuando se despertaba, notaba la cabeza como un armario recién arreglado: seguía llena, pero estaba ordenada.

En el aula, el preceptor hacía preguntas sobre Agamenón y el viento. Lucrezia apoyó la cabeza en los brazos y advirtió en silencio a la niña del dibujo, que se llamaba Ifigenia, un nombre que no había oído nunca: Ten cuidado —le dijo sin hablar—, ten cuidado. Era insoportable que el padre la sacrificara con un engaño, diciéndole que fuera al altar para celebrar su matrimonio con Aquiles, el gran guerrero despiadado que era hijo de una ninfa del mar. Ifigenia iba

alegremente hacia el altar, creía que a la ceremonia de boda, pero al final fue el altar del sacrificio. Agamenón le degolló la garganta con un puñal.

Lucrezia no quería pensar en eso, no le gustaba la idea de la niña que no sabía lo que iba a pasar, del destello del puñal, de la calma onerosa y del mar ardiente detrás, de la doblez del padre, de la sangre y la espuma inundando el altar. Sabía que no olvidaría esta historia, que volvería a ella en medio de la noche. Ifigenia con la garganta cortada, como un pañuelo vibrante al cuello, se acercaría a la cama en la que dormía ella y tocaría las mantas para rozarla con unos dedos fríos y ensangrentados.

Estaba a punto de echarse a llorar; guardó el dibujo debajo de un libro y apretó los párpados hasta que empezó a ver puntos de colores; oyó pronunciar al preceptor las palabras «Ifigenia», «sacrificio», «hija», y también: «¿qué le pasa a vuestra hermana? ¿Está enferma?»

—¡Ah! No hay que hacerle ningún caso —respondió Maria con prontitud—. Solo quiere llamar la atención. Madre dice que es mejor no hacerle caso cuando se pone así, y enseguida se le pasa.

—¿Es eso cierto? —dijo el preceptor con voz insegura, muy distinta de cuando hablaba de los griegos y los troyanos, de sus naves y sus asedios—. ¿Avisamos a…, bueno, al aya?

Lucrezia se apartó las manos de los ojos y la escena era tan luminosa que tardó un poco en acostumbrarse a la luz. Después distinguió a sus hermanos y al preceptor, y todos la estaban mirando.

Y detrás de él, Lucrezia fue la primera en ver entrar a su padre en el aula.

Lo primero que pensó al verlo fue: tigresa, tiene una tigresa escondida en el sótano. Isabella enderezó la espalda inmediatamente, como si se hubiera tragado un sable. Giovanni se aplicó con la pizarra. Francesco levantó la mano.

—Sí, Francesco —dijo el preceptor en un tono neutro.

Pero Lucrezia vio que se sonrojaba, que se le tensaban los hombros: sabía tan bien como los niños que el gran duque Cosimo I, gobernador de la Toscana, estaba en la habitación.

El padre era un apasionado del mundo clásico y exigente en la materia. Él mismo había contratado al preceptor. Lucrezia le había oído decir que todos sus hijos tenían que educarse en la historia de Grecia y Roma desde la edad de siete años: las niñas y los niños por igual. El preceptor les había explicado que el gran duque tenía una colección impresionante de manuscritos antiguos que le habían traído de Constantinopla, y que le había permitido verlos e incluso leer algunos; esto último lo había dicho con un tímido orgullo.

Cosimo dio unos pasos más con las manos a la espalda. Se paseó entre los pupitres mirando lo que escribían sus hijos. A Francesco le tocó la cabeza; a Maria le hizo un gesto de asentimiento; a Isabella le dio unas palmaditas en el hombro; pasó por el de Lucrezia a pasos lentos intencionadamente. Ella vio las punteras levantadas de sus zapatos y las puntillas de los puños de la camisa. Comprobó que el dibujo estuviera bien oculto. El gran duque se acercó a la ventana y se quedó allí un momento antes de decir: «Continuad, *signore*, por favor. —Sonrió enseñando unos dientes blancos y regulares—. Como si yo no estuviera».

El preceptor carraspeó, se pasó la mano rápidamente por la barba y volvió a señalar el mapa de la antigua Grecia.

—Isabella —dijo, y a Lucrezia le pareció una elección curiosa: ¿había elegido a propósito a la favorita de Cosimo para hacerle una pregunta? ¿Sabía que lo más probable era que Isabella no fuera capaz de responder? ¿Le preguntaría algo fácil?— Contadnos, por favor —continuó—, por qué Agamenón se vio arrastrado a la guerra. ¿Qué relación tenía con Helena de Esparta?

Lucrezia se fijó en la espalda de Isabella: la columna erguida y recta a propósito, el pelo perfectamente recogido, los codos pegados al cuerpo. Miró a su padre, que estaba junto a la pared, que se levantaba sobre las puntas de los pies y volvía a bajar. De repente se le ocurrió una idea brillante.

—¿Isabella? —El preceptor se daba golpecitos en el muslo con la vara. ¿Qué relación tenía con Helena?

Lucrezia se estiró hacia delante como si fuera a coger el estilo. Se llevó una mano a la boca con disimulo y musitó a sus hermanas desde atrás: «Helena estaba casada con Menelao, el hermano de Agamenón».

Se retiró de nuevo hacia atrás. Le pareció que Isabella, sorprendida, le prestaba atención. Maria se volvió ligeramente y le echó una mirada de incredulidad, ceñuda y cauta. Entonces Isabella, con voz alta y clara, dijo: «Estaba casada con el hermano de Agamenón… Mene…no sé qué».

Lucrezia observaba. El preceptor sonrió de alivio; su padre asintió en dirección al preceptor, el cual alabó a Isabella diciendo que había respondido muy bien y que el nombre era «Menelao», que se escribe así en griego y por favor copiadlo todos en la pizarra.

Lucrezia copió rápidamente las letras griegas y, cuando terminó, volvió a estirarse hacia delante.

—¡Maria! —susurró—. ¡Isabella! Padre tiene una tigresa. Llegó anoche.

Una vez más, Maria se volvió ligeramente hacia ella, pero

enseguida lo pensó mejor. El preceptor paseaba entre sus pupilos mirando las pizarras; indicó a Giovanni que perfeccionase tal letra y tal curva. El padre ya estaba mirando la puerta y Lucrezia contuvo el aliento. ¿Se iba ya?

El preceptor pasó al lado de Isabella sin decir nada y justo cuando se acercaba a la pizarra de Lucrezia, Isabella dijo: «¡Padre!».

—¿Sí? —dijo él, volviéndose, con una mano ya en el pomo.

—He oído un rumor —dijo Isabella poniéndose un dedo en la mejilla.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—¡Que ha llegado un tigre! —saltó Maria.

El padre las miró asombrado. Se quedó callado un momento y luego sonrió.

—Increíble. ¿Lo habéis oído, *signore*? Mis hijas se enteran de todo lo que sucede. —Señaló a Maria y a Isabella con un dedo—. Vosotras dos sois como vuestra madre, igualitas en todo.

—¿Podemos verlo, por favor? —rogó Isabella con las manos juntas—. ¿Nos dejas, *babbo*, por favor?

—Tal vez —dijo el padre riéndose—. Os llevaré a todos si el *signore* me dice que habéis aprendido la lección de hoy.

Termina la clase y los niños se van abajo a buscar al maestro de música, cada cual con su instrumento bajo el brazo; el preceptor da una vuelta por el aula limpiando las pizarras y los estilos. Le duelen los pies y piensa en el plato de alubias con pan que le van a dar en las cocinas antes de retirarse a su escueta habitación, que es como una celda. Se apura en terminar esta última tarea de su horario escolar porque ansía dedicarse a sus propios estudios. Sin embargo, cuando llega al pupitre de Lucrezia, al final del aula, se detiene, confuso, y, con dos dedos, levanta una hoja de papel y mira atentamente lo que hay: no unas letras griegas sino un estudio perfectamente ajustado a los principios de la perspectiva. Ve Aulis y no lo puede creer: las naves encalmadas, el mar inmóvil, y también Agamenón, que aguarda junto al altar con malas intenciones ocultas, y la pobre Ifigenia acercándose a él.

Le asombra tanto que mira a todas partes, como si sospechara que se trata de una broma.

¿Cómo puede ser esto obra de una niña tan pequeña, tan callada que a menudo se olvida de que está en el aula? Parece imposible, pero no se le ocurre ninguna otra explicación. Cree que debe enfadarse —que la niña tenía que haber estado atenta a la clase, no dibujando—, pero la imagen es tan conmovedora, tan llamativa, que disuelve la falta de disciplina.

Enrolla el dibujo y se lo guarda en el jubón, donde se quedará todo el día, olvidado temporalmente. Por la noche, cuando se desviste, se le cae al suelo y vuelve a examinarlo a la luz de la vela; de nuevo se transporta a Aulis, donde no hace viento. Al día siguiente, de vuelta en los pasillos, se encuentra con el maestro de dibujo, un joven ligeramente afeminado y muy aficionado a las gorras de terciopelo; es de la escuela de Giorgio Vasari, el pintor de la corte.

—Creo que debéis ver esto —le dice, y saca el dibujo de Lucrezia de una carpeta de piel—. ¿Qué os parece?

El maestro de dibujo sonríe y se para: tiene una querencia latente por ese hombre tan estudioso, tan interesado, cuyos lentes captan la luz. Recoge la hoja con una floritura y la sonrisa más radiante al tiempo que se retira de la frente la borla de la gorra. No espera gran cosa: está pensando en la conveniencia de invitarlo a salir del *palazzo* una noche, a que deje sus estudios polvorientos y vaya a pasear con él por las calles estrechas de la ciudad. Sus claros ojos verdes repasan la página mientras sopesa cómo formular la invitación. Pero enseguida se le olvida. La mirada salta del horizonte a las naves, al altar, a las cortinas; se fija en la sensación de movimiento y levedad que transmite la figura que camina, la enorme amenaza que representa el hombre que aguarda; advierte la convergencia que inician los bordes del camino, el tamaño y la posición de las naves, cómo están plasmadas para dar una sensación óptica de cercanía y lejanía.

—¿Quién lo ha hecho? —pregunta, dando la vuelta al dibujo—. Maria no, sin duda. ¿*Il principe*, Francesco?

El preceptor hace un gesto negativo con la cabeza.

—Lucrezia —responde.

El maestro de dibujo lo piensa un momento.

—¿La niñita que se sienta al final?

—Sí, esa misma —asiente el preceptor con gesto grave, y añade —: Me pareció que debíais saberlo.

Y sigue su camino por el pasillo, sujetando los libros y los mapas contra el pecho. El maestro de dibujo se queda mirándolo y comprende que ha vuelto a perder la oportunidad. Mira una vez más el dibujo que tiene en la mano. Hay indefensión y animación en el conjunto. Algo imprevisto. Los criados y los guardianes pasan a su lado mientras él sigue allí de pie, pensando en qué hacer con el dibujo y la niña que lo ha hecho.

Los cinco niños nunca olvidarán el paseo nocturno a la *Sala dei Leoni*, cada cual por un motivo. Francesco recordará a los soldados guardianes de cada una de las puertas, sus armas y sus puños, saludando a su padre a medida que pasaba con sus hijos. Maria

pensará una y otra vez en el agua que salía de las fuentes y lo mucho que la sorprendió que siguieran manando por la noche, como el delfín que tragaba el agua y la regurgitaba sin cesar. Lo que mejor recordará Giovanni será las imitaciones que hacía Isabella de la expresión solemne de los retratos que vieron al pasar: el del antepasado de mirada impaciente y sombrero tricorne; la mujer que acariciaba un collar de perlas, tan satisfecha de sí misma; el hombre altivo con un perrito ridículo a los pies; los dos niños pálidos delante de un globo terráqueo. Isabella los imitó a todos y los ojos, burlones, le brillaban.

Lucrezia se agarraba con fuerza a la capa de su padre y andaba a paso rápido; volvía la cabeza de un lado a otro procurando verlo todo. Las anchas escaleras de piedra, los pasamanos empotrados en las paredes, las habitaciones que daban a otras habitaciones, los techos pintados con estrellas o lirios dorados, los escudos familiares esculpidos en los dinteles, los criados que se arrimaban a las paredes arrastrando los pies y bajando la mirada al ver al duque y a sus hijos, las macizas puertas que su padre abría y empujaba para pasar. La luz opalina del ocaso que caía desde el cielo oblicuamente en el primer patio, aunque el segundo patio era mucho más grande y oscuro, todo rodeado de puertas y arcos, y las espitas para el agua escondidas en los rincones. Y cómo era posible percibir que se acercaban a la *Sala dei Leoni* antes de verla.

Cuántas cosas había en el *palazzo*. Y qué bien lo conocía su padre, con qué seguridad recorría las salas y los patios.

Cosimo se detuvo ante una puertecita medio escondida entre otras dos y esperó a que un criado se adelantara a abrirla. Después bajaron por unas escaleras estrechas que descendían más y más. Al final había otra puerta, forrada de hierro y reforzada con tachones. El padre sacó una daga pequeña de la bota y llamó con la empuñadura.

Esperaron. Lucrezia vio que Isabella se acercaba a Maria, vio que Giovanni le cogía la mano. Francesco apretaba el gesto de la cara, estaba pálido y miraba a su padre como esperando una indicación de lo que debía hacer.

La puerta se abrió y el olor les dio en la cara: un tufo asfixiante a excrementos y carne madura. Los animales —¿cuántos habría?— aullaban, gemían, roncaban y, hablando en lenguas que Lucrezia no entendía, le contaban cosas que no alcanzaba a comprender.

Pasaron ante una jaula en la que había dos monos sentados, agarrados el uno al otro con sus largos brazos, mirándolos con ojos brillantes. Los niños iban en camisa de dormir, toquilla y zapatillas. En la siguiente, un lobo marrón plateado estaba tumbado en el suelo de piedra como si fuera una alfombra; un oso se desplomó contra la

pared, tenía las cuatro patas atadas juntas y bajaba el hocico. Más allá había una cisterna llena de agua, pero nada movía la superficie: fuera lo que fuese, esa noche quería ocultarse. El padre se detuvo ante una jaula que estaba casi al final de la fila. Vieron la imponente estampa de dos leones que daban vueltas uno alrededor del otro, un macho y una hembra y, a cada cuatro pasos —Lucrezia los contó—, el león echaba la cabeza atrás y soltaba un gruñido. La leona movió la cabeza hacia ellos, los miró con sus ojos de color castaño limón y se alejó dando media vuelta.

Lucrezia miró a su padre. ¿Esta era la leona a la que tanto quería? ¿A la que daba de comer carne pinchada en una vara de hierro?

El padre miraba a la fiera, seguía sus pasos alrededor de la jaula con la vista. Chasqueó la lengua contra el cielo del paladar. Lucrezia vio que la leona movía las orejas hacia ese sonido, pero no dejó de andar ni se acercó a los barrotes.

—Hummm —dijo el padre—. Hoy están inquietos.

—¿Por qué, padre? —preguntó Maria.

—Huelen al tigre. Saben que está cerca.

Y por fin, por fin, su padre siguió andando. Una jaula vacía, otra jaula vacía —Lucrezia se preguntó qué les habría pasado a los animales que vivían allí— y de pronto se detuvo.

Era la última jaula de la fila. Lucrezia vio que un lado era el muro exterior del *palazzo*. Estaban al final del todo, en un extremo del edificio. Luego ya estaba la calle, después otra y otra más; y luego el río, cuyo curso ocre discurría por el centro de la ciudad.

Los barrotes de la jaula eran de hierro, verticales. El fuego de la antorcha de la pared iluminaba un espacio triangular en la boca de la jaula, pero dejaba a oscuras todo el fondo. En el suelo se veía una tajada de carne veteada de grasa, estaba intacta. Por lo demás, no había rastro de la tigresa por ninguna parte.

Lucrezia miraba y miraba buscando en la oscuridad; forzaba la vista esperando ver un destello anaranjado, un brillo de ojos, cualquier movimiento o señal de que el animal estaba allí. Pero no había nada.

—Padre —dijo Isabella al cabo de un rato—, ¿seguro que el tigre está aquí?

—Sí —dijo el padre, echando la cabeza hacia delante—, en alguna parte.

Otra pausa. Lucrezia se llevó las manos al pecho. Por favor, dijo para sí a la criatura que había visto en el carro, prisionera en una burda jaula de listones horizontales de madera, por favor, déjame verte. Estoy aquí. No voy a poder volver. Por favor, sal.

—¿Estará durmiendo? —preguntó Giovanni inseguro.

—Es posible —respondió el padre.

—¡Despierta! —exclamó Isabella bailoteando—. ¡Vamos, gatito, despierta ya!

El padre sonrió a su hija y le puso una mano en la cabeza.

—¡Qué gatito tan holgazán —dijo al fin—, que no quiere venir a hacerse amigo tuyo!

—*Babbo* —dijo Isabella, cogiendo la mano a su padre—, ¿podemos ir a ver los leones otra vez? Son los que más me gustan.

—Sí, claro —respondió el padre, encantado—. Es una gran idea. Son mucho más interesantes que un tigre dormilón. ¡Hala, vamos a verlos!

Se llevó a sus hijos de la jaula de la tigresa y volvieron por el pasillo a la de los leones; cerraba la marcha un criado alumbrando el camino con una antorcha.

A Lucrezia le resultó muy fácil dar un par de pasos, quedarse detrás del criado y dejar de andar hasta que la oscuridad la envolvió como un manto. Después solo tuvo que volver atrás, atrás y un poco más atrás, hasta los barrotes de la jaula de la tigresa.

Se agachó y se sentó sobre los talones. Ahora solo el tedero de la pared arrojaba algo de luz. Oyó el barullo de los demás acercándose a los leones, que seguían rugiendo y dando vueltas. Oyó la voz aguda de Isabella, que hacía preguntas sobre la leona y quería saber si tendría cachorros pronto y si podría quedarse con uno, porque le encantaría tener un leoncito propio. Giovanni y Maria dijeron que ellos también, padre, por favor, ¿podemos?

Se quedó mirando la oscuridad. Parecía que latiera y murmurara. Pasó la vista de una punta a la otra. Intentó proyectarse hacia el animal que estaba allí dentro, imaginarse lo que habría sido ser capturada en un lugar lejano, transportada en barco hasta la Toscana y encerrada finalmente en una celda de piedra.

Por favor, suplicó otra vez con mucho más fervor que en los reclinatorios de la capilla, por favor.

La carne entreverada de grasa soltaba un olor rancio y ferruginoso. ¿Por qué no se la había comido la tigresa? ¿No tenía hambre? ¿Tan triste estaba? ¿Temía a los leones?

Siguió mirando las negras profundidades en busca de movimiento, color o lo que fuera, pero no tenía fuerza suficiente en los ojos o no miraba donde debía, porque, tras un indicio de movimiento cerca de la pared de piedra, cuando volvió la cabeza para verlo, se encontró con la tigresa casi encima de ella.

Sus movimientos eran líquidos, como la miel al gotear de una

cuchara. Emergió de las sombras de la jaula como si tuviera bajo su mando una gran porción de la selva, como si pisara el sucio barro del suelo de Florencia con las zarpas. No era un gatito. Parecía que fuera a estallar, vibraba, borboteaba como si ardiera por dentro, la cara lívida, asombrosamente simétrica. Era lo más hermoso que había visto en su vida. La espalda y los lomos brillantes como la boca de un horno, el vientre claro. Vio que las rayas del pelaje no eran tales, no: esa palabra no servía para describirlas. Eran puro encaje oscuro que adornaba, que ocultaba; la definían, la salvaban.

La tigresa se acercó un poco más, y otro poco más, hasta ponerse debajo del triángulo de luz. Miraba a Lucrezia a los ojos, fijamente. Por un momento, la niña tuvo la sensación de que iba a pasar de largo, como la leona. Pero se detuvo justo enfrente de ella. No estaba pensando en otra cosa, como la leona. La había visto, estaba allí con Lucrezia; tenían muchas cosas que decirse la una a la otra. Lucrezia lo sabía… y la tigresa también.

La niña se acercó, se puso de rodillas. Ahí tenía el flanco de la tigresa, a su lado: incisiones y elipsis de negro y ámbar que se repetían. Veía entrar y salir el aire de su cuerpo; veía la parte en la que el torso descendía y se perdía en el blando vientre, las suaves zarpas, el temblor de las patas. Vio que levantaba el lustroso hocico, que olisqueaba el aire y filtraba cuanto pudiera contarle. Lucrezia sintió la tristeza, la soledad que emanaba, el impacto de ser arrancada de su hogar, el horror de las semanas y más semanas en el mar. Percibió los mordiscos de los latigazos que le habían dado, el amargo anhelo del vaporoso y húmedo dosel de la selva y los irresistibles túneles verdes del sotobosque que eran sus dominios; el dolor ardiente en el pecho por los barrotes que ahora la encerraban. ¿No había esperanza?, parecía preguntarle la tigresa. ¿Me quedaré aquí para siempre? ¿Jamás volveré a casa?

A Lucrezia se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Estar tan sola en semejante sitio! Era una injusticia, no había derecho. Le pediría a su padre que la devolviera a su lugar. Que la llevaran en barco al mismo sitio en el que la habían encontrado, que abrieran los barrotes de la jaula y la vieran volver a los altísimos árboles cubiertos de líquenes.

Lentamente, muy lentamente, estiró la mano. La metió con cuidado por un hueco entre los barrotes de hierro y la alargó más, con los dedos separados, hasta tocarle el hueco del hombro, y volvió a estirarla hasta rozar la jaula con la cara.

El pelaje era flexible, cálido, suave como el plumón. Le pasó la punta de los dedos por el lomo, notó el temblor de los músculos, la flexibilidad de las cuentas de la columna vertebral. El pelaje negro y el

anaranjado no se diferenciaban, no se unían en una línea, como se había imaginado. Los dos colores se superponían y se fundían sin dejar rastro.

La tigresa volvió la vívida y compleja cara como para examinar a la persona que le prodigaba esas caricias, como si quisiera comprender su significado. Mirarla a los ojos era como contemplar el rostro de una deidad incandescente, prohibida.

Lucrezia y la tigresa se miraron un largo momento, la niña tocándole la espalda, y el tiempo se detuvo para ella, el mundo dejó de girar. Su vida, su nombre, su familia y todo lo que la rodeaba retrocedió y desapareció en el vacío. Solo era consciente del latido de su corazón y del de la tigresa, del pulso entre las costillas que inundaba las venas de sangre escarlata impulsándola y expulsándola. Casi no respiraba; no parpadeaba.

De repente, un grito; Maria chilló, padre, padre, mira, y el mundo y el *palazzo* volvieron de nuevo. Maria la miraba, era una silueta sobresaltada impresa en la oscuridad, un brazo levantado que señalaba a Lucrezia con un dedo acusador. Ruido de pies, gente gritando, agarraron a Lucrezia por la espalda y la arrancaron de allí, separándola de la tigresa, golpeándole la muñeca contra los barrotes. Oyó las órdenes que daba su padre a voces; uno de sus hermanos lloraba y ella gritaba, no, no, suéltame.

Y se la llevaron rápidamente por el pasillo, sujeta entre los brazos de un soldado de su padre. Maria estaba cerca y, con su voz fría y aleccionadora, dijo qué estupidez, qué estupidez tan grande, podía haberla matado. Os dije que era muy pequeña para venir aquí, a ver qué dice madre cuando se entere. A Lucrezia le dolía la muñeca que se había rozado, notaba los dedos despellejados, en carne viva: todavía tenía en ellos la sensación del pelaje cálido, de las rayas flexibles.

No se acordaba de sus hermanos ni de su padre: no sabía si estaban con ella o detrás o delante, o si se habían quedado con los leones. Lo único que sabía era que se la llevaban lejos de algo que amaba más que cualquier otra cosa en el mundo, que la distancia entre ellas aumentaba a cada paso. Lloró, gritó, rogó que la soltaran, que la dejaran volver, pero nadie le hizo caso. Siguió mirando la jaula por encima del hombro del soldado que la llevaba, forzando la vista en la oscuridad, y distinguió —lo supo con seguridad después— a la tigresa, que la miró un instante por última vez y, con un latigazo seco de su cola rayada, desapareció otra vez en el oscuro cubil.

Venado al vino

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

—Y tal vez mañana —dice su marido, e inclina el cuenco de sopa para apurar las últimas cucharadas— salgamos a cabalgar por la orilla del río. Las vistas del oeste son muy hermosas. Me ocuparé de que te coloquen bien la silla: hoy me he dado cuenta de que estaba un poco ladeada. Y cuando volvamos habrá que mirarle los cascos a la yegua, me temo, y…

Lucrezia lo mira fijamente y las palabras se van desintegrando hasta que lo único que le llega a los oídos es una ristra de balbuceos e incoherencias, de cacareos animales. ¿Por qué dice esas cosas? ¿Cómo puede estar tan tranquilo, comiendo y hablando de mozos de cuadra y de herraduras, cuando en algún rincón de su cabeza acecha el propósito de acabar con ella?

Lucrezia oye otra vez la voz ronca de su hermana Elisabetta diciéndole al oído: No tienes ni idea de lo que es capaz.

A pesar del fuego que crepita y chisporrotea en la gran chimenea, a pesar del aliento de su marido, del suyo propio, del de los criados que están entre las sombras, el aire del comedor es más helador que el hierro. Ha sido un invierno particularmente frío que todavía no da señales de remitir. Hasta las velas, colocadas en ornamentales candeleros de latón, parecen temblar; desprenden una luz incierta que no llega a las paredes y que a veces le permite ver la cara de su marido y a veces no. Mira fascinada los cambios de expresión con cada temblor de las velas: primero, pensativo; después, amable, y luego, severo; animado un momento e imponente al siguiente; hermoso, amoroso y, de pronto, distante. Es cierto: no tiene ni idea de lo que es capaz y no quiere averiguarlo.

Una vez más la incredulidad se le acumula debajo de las costillas como una burbuja de risa. Si no tiene cuidado, lo absurdo de su discurso, el fingimiento, el disimulo, esas miradas engañosas le harán estallar en carcajadas.

Su marido, que tiene intenciones de matarla por su propia mano u ordenándoselo a otro, levanta una esquina de la servilleta y se limpia la mejilla dándose toquecitos con la punta como si una gota de sopa en la cara fuera cosa de importancia. Su marido, que busca su muerte, dedica un momento a apartarse de la frente un mechón suelto y finalmente se lo pone detrás de la oreja. Su marido, el asesino, vuelve la cabeza, dice a los criados que comuniquen a las cocinas que pongan más sal. Como si el aderezo fuera importante para ellos en este instante. Su marido, que va a matarla dentro de poco, alarga la mano como si fuera a envolver con la palma los fríos dedos de Lucrezia. Esto

ya le resulta excesivo: vuelve a la vida con un sobresalto y la retira so pretexto de coger la cuchara y hundirla en el cuenco de sopa.

En un instante la risa se encoge y estalla en llamas, se transforma alquímicamente en pura furia ardiente. ¿Cómo te atreves?

Se lleva la cuchara a la boca, la mano le tiembla por el esfuerzo de no transmitirle sus pensamientos. Es fundamental ocultarlos en este caso. En el caldo flotan redondas gotas de aceite de color amarillo. Fija en ellas la mirada, en vez de en su marido. Tiene la sensación de que si lo mira a la cara, al pelo, con una perfecta raya en medio, a los blancos dientes, se le derramará la furia y empezará a gritar o a golpearlo, o huirá del comedor.

No consentirá que la mate, que ponga fin a su vida. Pero es una esposa de dieciséis años, pequeña para su edad, sin amigos ni aliados cerca, ¿cómo va a poder ganarle la partida a un soldado, a un duque, a un hombre de veintisiete? Recuerda las clases de combate que han recibido sus hermanos, las horas y más horas de práctica con la espada, con la lanza, con el arpón, con cuerdas para estrangular, con garrotes para golpear, con dagas para rajar y clavar; recuerda cómo han aprendido a defenderse, a atacar, a cercenar, a parar un golpe con una mano atacando al mismo tiempo con la otra, a volverse, a esquivar, a librarse de las garras de otro, a matar, a sobrevivir. Les habían enseñado todas estas cosas, como a Alfonso, seguro, mientras Isabella, Maria y ella, enclaustradas arriba, aprendían a replicar flores con hilos de seda de colores.

—Necesitas un plan —oye decir (o así lo cree) a Sofia, su vieja aya, muy cerca, junto al codo—. Si pierdes los estribos, pierdes la batalla.

Algo que hacer. Una estrategia. Sofia siempre tenía ideas en la cabeza. Habría sido un excelente *condottiero*, le decía Lucrezia a menudo, si hubiera nacido hombre.

Así sea, le dice a la invisible Sofia que está a su lado. Así sea.

Lentamente exhala por la nariz el aliento que contenía. Se obliga a sonreírle, a levantar la cuchara, a llevársela a la boca.

Tres años antes había ido al despacho de su padre con un plan (y ya ves cómo ha salido todo, le gustaría decirle a Sofia, si estuviera allí con ella y no le fuera a tirar de las orejas por impertinente): cruzó el sagrado umbral con determinación, con las manos juntas, la barbilla alta y la idea muy clara.

Varios secretarios y escribanos levantaron la cabeza, atónitos al verla allí, y volvieron a agacharla calculadamente hacia sus papeles. Por las ventanas se veía una porción de cielo despejado, blanco como un pergamino. De la plaza, unos cuantos pisos más abajo, llegaban

ruidos a retazos y fragmentos: con su fino oído captó el canto de un grupo de gente, una canción un tanto grosera y simplona; los gritos cada vez más fuertes de un niño cansado; la risa aguda y descendente de una mujer joven.

—Padre —le dijo.

El padre estaba de pie ante un atril, leyendo algo, moviendo el dedo por la página con rapidez y precisión.

—¡Padre!

No levantó la vista. Vitelli, que estaba a su lado examinando el documento por encima del hombro del gran duque, levantó la mano enseñándole la palma para indicarle que no se le debía interrumpir.

Pero Lucrezia no pudo contener la lengua. Terminarían de redactar el contrato matrimonial, lo sellarían y lo remitirían a la corte de Ferrara; si no hablaba en ese momento, pronto sería tarde.

—*Babbo* —dijo, recurriendo al apelativo cariñoso que le dedicaba Isabella e intentando acordarse de las frases que había repetido en su habitación—: No deseo contraer matrimonio con ese hombre. Lamento defraudarte en esto, pero…

Sin levantar el dedo de la página, el padre le murmuró a Vitelli algo inaudible y solo entonces se volvió hacia ella.

—Querida mía —dijo; se apartó del atril y se acercó a su hija con la cabeza ladeada, como sopesando su inesperada presencia en su despacho privado.

Lucrezia vio inmediatamente que el ojo bisojo, el del lado derecho de la cara, se desviaba más de lo normal, lo cual significaba que estaba cansado o enfadado. ¿Cuál de las dos cosas sería?

—Ven —le dijo, indicándoselo también con un dedo—, ven aquí.

Lucrezia se acercó sin saber muy bien si la iba a abrazar o a castigar, mientras él la seguía con un ojo y el otro bailaba de una pared a otra como si pudiera prestar atención a varias cosas a la vez.

Cuando llegó, el padre le puso las manos en los hombros, de modo que se quedó encerrada entre las alas de la capa.

—Lucrè —le dijo, bajando la cabeza hasta poder mirarla directamente a la cara, dentro del espacio privado que había creado con la capa—, comprendo que el matrimonio es un gran paso para una joven. Es una idea temible, ¿verdad? Lo sé, lo veo. Pero no debes preocuparte. Tu madre te preparará como conviene en todos los aspectos. Y ¿yo? Yo solo elegiría para ti al mejor de los hombres. ¿Cómo, si no, podría separarme de ti? —Le dio un pellizquito en la barbilla y los dos ojos se unieron por un breve instante—. Confías en tu padre, ¿verdad?

—Claro, yo… —asintió Lucrezia.

—¿Acaso no he cuidado siempre de ti, no te he cuidado muy bien?

—Sí, pero…

—¡Pues eso! Te preocupas por nada. Alfonso es un hombre excelente. Será duque en el futuro, es un hombre cultivado y…

—¡Es muy viejo! —lo interrumpió Lucrezia— y además…

—No tiene ni treinta años. ¿Eso te parece ser viejo? Entonces, según tú, ¿yo qué soy? —Le quitó las manos de los hombros fingiendo que se ofendía—. ¿Un anciano decrépito con un pie en la tumba?

Lo dijo en son de broma y los ayudantes y los secretarios se rieron obedientemente, pero sus palabras no engañaron a Lucrezia, que lo miraba, seria y atenta.

—No te preocupes más —le dijo; le cogió la mano, la apoyó en su brazo y empezó a conducirla hacia la puerta—, porque tu matrimonio va a ser un gran acierto, eso seguro. Fíjate en tu madre y yo. Apenas nos conocíamos, como bien sabes, y sin embargo…

Lucrezia lo interrumpió de nuevo para seguir con la idea que se le había ocurrido por la mañana, sentada en su cámara.

—¿No podríamos casarlo con mi prima, padre?

Cosimo se detuvo y se puso serio; acababa de entender la fuerza y el profundo alcance de la reticencia de su hija.

—¿Con tu prima? —repitió él, en un tono como si hubiera dicho «¿con tu perro?».

—Podemos decir que no me encuentro bien, que estoy enferma o cualquier otra cosa. Dianora ya está en edad de casarse y es hermosa. Estoy segura de que a Alfonso y a su padre les agradaría mucho, si la vieran. ¿No se la podríamos ofrecer en lugar de…?

—Dianora —dijo el padre, pronunciando cada sílaba— se comprometerá con tu hermano Pietro.

—¿Con Pietro? —se asombró Lucrezia. ¿La adorable Dianora y el irascible Pietro? Parecía un emparejamiento imposible—. Pero ¿y si nos…?

—Ya está decidido —dijo Cosimo, mirando con ambos ojos detrás de su hija para dar una señal indescifrable a alguien a quien ella no veía.

—Entonces, quizá…

Lucrezia vio que la vía de escape llegaba a su fin, que se le cerraba una puerta de golpe. Intentó pensar en una alternativa rápidamente, en otra solución. ¿Qué haría Sofia? ¿Qué propondría? Si Dianora iba a ser para Pietro, entonces…

—Fíjate en tu hermana Isabella —dijo el padre, dándole una firme palmadita en la mano—. Estaba muy nerviosa antes de casarse,

¿verdad? Y ya ves lo mucho que ha prosperado.

—Ya, sí —respondió ella sin ningún convencimiento.

Porque Isabella no se había puesto nada nerviosa y en realidad esa boda no le había cambiado la vida apenas: le habían permitido vivir en Florencia, en tanto su marido volvía a Roma, y la pareja solo se veía unas pocas veces al año. Sin embargo, Lucrezia tendría que irse a vivir a Ferrara, un sitio que no conocía, con un hombre al que no conocía. Pero Cosimo, como muchos adultos, razonaba según su propia versión de las cosas y que ella señalara estas circunstancias no serviría para apoyar su causa.

—¿Acaso no es feliz con el matrimonio que le arreglé?

—Sí, pero…

—Tú también lo serás, Lucrè, te lo prometo —le aseguró sonriendo, como si la discusión se hubiera resuelto ya satisfactoriamente—. El padre de Alfonso y yo hemos mantenido una intensa correspondencia y ambos estamos convencidos de que muchos se alegrarán de este matrimonio. Dentro de un tiempo recordarás esta conversación y…

—Padre —dijo ella, y la voz se le quebró. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar—, no quiero desposar a ese hombre. Por favor, no me entregues a él.

Como si el significado y el fervor de sus palabras exhalara vapores nocivos, todos los que estaban en la estancia se alejaron de ella. El padre giró sobre sus talones y volvió al atril, con Vitelli convertido en su sombra y los secretarios refugiándose detrás de los pupitres.

—Esto es intolerable —le oyó murmurar, no supo si a Vitelli, a ella o a todos los presentes. Tampoco estaría segura jamás de si quería que oyera lo que dijo a continuación—: Siempre he percibido en ella un algo que me hace sospechar que no es apta para el matrimonio… será un milagro si no rechazan esta unión y no nos la devuelven antes de que se cumpla un mes.

Alfonso demuestra mucho interés en que cene abundantemente, pero ella ha perdido el apetito pensando en la proximidad de la muerte. A pesar de todo, él insiste en que pruebe el venado al vino, en que coma otro bocado y otro más. Le dice que está delgada, quiere que recupere las fuerzas después de su reciente enfermedad. Le dice que el venado es bueno para la sangre, que las personas necesitan ingerir los jugos de la carne. Ella come un par de bocados, pero corta casi toda su tajada en pedacitos y los deja caer en la servilleta. Él arranca un trozo de pan con la mano y, después de quitarle la corteza con cuidado, lo empapa en la salsa y, goteando, se lo da a la boca. Ella no quiere decir que el líquido que sale de la tajada de venado, con las fibras entreveradas de

grasa, y forma charcos rojos, que podrían ser vino o sangre, le pone el estómago del revés.

Lucrezia abre la boca, toma el pan empapado de la mano y obliga a los músculos de la garganta a tragárselo.

Alfonso le cuenta que, cuando era pequeño, con ocho o nueve años, fue de caza un día con su padre y se encontró con un jabalí en un claro, levantó el arco, pero no fue capaz de disparar la flecha.

—Era una hembra —le dice—, y tenía cuatro jabatos que eran completamente distintos: pequeños, claros y marrones, con rayas en el lomo. Yo sabía que tenía que disparar, que mi padre se enfadaría si descubría que perdía la oportunidad, pero no podía soltar la flecha. Así que me quedé mirándolos desde el caballo hasta que desaparecieron entre la maleza.

—Y ¿tu padre se enfadó?

Un tembloroso círculo de luz envuelve la parte inferior de la cara de Alfonso. Tiene los labios separados: imposible saber si sonríe o es una mueca.

—Ordenó al mayordomo que me azotara. Estuve tres días sin poder sentarme. Me dijo que así recordaría para siempre que jamás debo permitir que el sentimiento me impida cumplir con una acción necesaria.

Lucrezia sopesa este consejo del difunto padre: sentimiento y acción necesaria. Le gustaría preguntar si acaso ambos no podrían coexistir. Si el sentimiento ha dictado alguna vez una acción necesaria. Si el corazón no tiene derecho a hablar. Levanta la copa para tomar un sorbo de vino y se lo imagina de pequeño, en un claro inundado de sol, mirando con embeleso a la jabalina que hoza en busca de comida, seguida por sus tres crías, que pisotean la tierra con sus pezuñitas. Después se lo imagina cuando lo azotan bajo la mirada de su padre.

—Mi padre —se oye decir Lucrezia— tiene una colección de animales salvajes… en el *palazzo*. Tiene una casa de fieras en los sótanos.

—¡Ah! —dice Alfonso—. Algo había oído. ¿Los has visto pelear alguna vez?

—No, nunca… Eso se lo enseñaba a las visitas. Y tal vez a mis hermanos, no sé. Cuando era pequeña nos llevó una vez a verlos a mis hermanos mayores y a mí. Me puse muy contenta porque a mí también me dejó ir, porque me consideraba mayor… todos mis hermanos pequeños se quedaron en la habitación. Había una tigresa y yo…

Lucrezia se para: tal vez ya ha hablado demasiado. Y ¿por qué le

cuenta estas cosas? Jamás habla de la tigresa; no lo ha hecho nunca ni lo hará.

Alfonso, inclinándose hacia delante, hacia la luz, la mira con interés, moviendo los ojos por toda su cara, de esa forma que lo hace él, recogiendo información y adivinando pensamientos. ¿Qué puede significar esto?, porque está pensando, de eso está segura. Me está hablando de un tigre, sí, pero ¿qué quiere decirme en realidad? Y ¿por qué ha dudado? ¿Qué me oculta?

Podría contarle todo lo que sabe, desde la feroz sensación del pelaje hasta el crujido del barrote contra su muñeca cuando la arrancaron de la jaula. Podría describirle la fetidez del aire de la casa de fieras, los tobillos encadenados del oso. Podría decirle que pocas semanas después de haber ido a la *Sala dei Leoni* consiguió reunir el valor necesario para acercarse a su padre durante una clase de música, a la que él asistía a veces si podía permitírselo, y le preguntó si le dejaría volver a verla, y que su padre le había dicho unas cosas que se le habían clavado como dagas en el corazón.

Con una despreocupación aparente le había dicho que, por desdicha, habían matado a la tigresa.

¿La han matado?, había repetido ella, como si no entendiera esa palabra, como si perteneciera a una lengua que nunca había oído. ¿Cómo podía morir, extinguirse una criatura semejante, que era la esencia misma de la vida? Era imposible.

Su padre le explicó que el león y la leona la habían atacado a la vez en un descuido de un criado, que había dejado abierta la puerta de comunicación entre las jaulas. La tigresa había peleado con valentía, añadió, y volvió la página de música que estaba mirando, y había causado graves heridas a la pareja de leones. Defendió su vida, pero al final, dos leones fueron demasiado y pudieron con ella. Los criados no consiguieron separarlos, dijo, encogiéndose de hombros con fastidio. Y lo que es más, estropearon la piel por completo y no fue posible separarla del cuerpo, para gran decepción de la madre de Lucrezia.

Podía confiarle que aquella tarde cayó enferma. Que llamaron al médico; que le hizo una sangría, le puso una cataplasma en el pecho, le administró un sedante y una tintura de valeriana. Le diagnosticó fiebre nerviosa y la puso en cuarentena en un piso más bajo. Lamentaba decir que no sabía si Lucrezia sobreviviría o no.

Pasó varias semanas sola en la habitación del piso más bajo, sin ver a nadie más que al médico y a la criada encargada de darle sopa y cambiarle las sábanas. No empezó a recuperarse hasta que fue a verla su madre. Lucrezia se despertó de un sueño inquieto y se encontró a

Eleonora junto a la cama; se tapaba la parte inferior de la cara con un pañuelo para no inhalar la enfermedad. Lucrezia la miró con asombro: estaba abriendo unos paquetes diminutos envueltos en papel y atados con cuerda, que contenían muchos *animaletti* de cristal de diferentes colores. Los iba colocando alrededor de las sábanas —un zorro azul, un oso amarillo, un pez con la cola dorada en forma de abanico— mientras le decía que los había encargado personalmente solo para ella en una ciudad famosa por su cristal. Y también, que el maestro de dibujo había visto un boceto que había hecho Lucrezia y que se lo había llevado a su maestro, el pintor de la corte, el *signor* Vasari, quien a su vez se lo había enseñado a ella. Según la opinión del *signor* Vasari, dijo, debían permitir a Lucrezia asistir a las clases de dibujo. Por encima de la mascarilla, a Eleonora le brillaban los ojos de apremiante esperanza cuando le preguntó: ¿Te gustaría asistir a esas clases, Lucrè?, haciendo bailar al oso de cristal delante de los ojos de su hija. Lucrezia no sabía a qué boceto se refería su madre ni de qué le estaba hablando. Pero dijo, sí, madre, gracias, porque sabía que era la respuesta que tenía que darle para que se pusiera contenta. Entonces, Eleonora, con una voz emocionada, dijo: Tienes que ponerte buena enseguida, ¿eh? Para poder empezar las clases de dibujo.

Cuando volvió a la habitación de los niños y al aula, estaba más delgada y silenciosa que nunca. Pasaba las horas colocando y volviendo a colocar sus *animaletti* en el alféizar de las ventanas de la habitación. Se le permitió asistir a las clases de dibujo; unas semanas después, el maestro empezó a quedarse después de la clase para enseñarle a ella y solo a ella. No es que le enseñara, sino que se sentaban juntos a dibujar y de vez en cuando le decía: Así, ¿lo ves? ¿Así es como ves tú un caballo o una mariposa? Piénsalo otra vez, míralo otra vez, míralo bien, y ahora, ¿se parece más a esto o a esto otro?

Nunca más volvió a la *Sala dei Leoni*.

Podría contarle todo esto a Alfonso, pero entonces le daría claves, puertas y pasadizos para llegar a su interior. Por eso no se lo contó. No quería darle permiso para que llegara a su interior. No le diría que, sin las clases de dibujo, que continuaron hasta el día de la boda, cree que no se habría recuperado ni habría sobrevivido, sino que se habría hundido bajo una superficie oculta. Guardará las palabras, las pondrá a salvo donde nadie pueda verlas ni leerlas.

Y así, cuando Alfonso le pregunta qué pasó con la tigresa, ella responde con una sonrisa blanda:

—No tengo la menor idea, me temo. Tal vez mi padre la vendiera. Mi madre aborrece la casa de fieras, le disgustan el olor y el ruido, y

mi padre siempre lo hace todo por complacerla.

Él la mira un momento más, después le coge la mano y entrelaza los dedos con los de ella.

—Tienes frío, querida mía —le dice—. Come un poco más de venado. Te dará calor.

Siete galeras cargadas de oro

El palazzo, Florencia, década de 1550

Cuando era pequeña, Lucrezia tenía la curiosa costumbre de pedir a sus padres, siempre que podía, que le contaran cómo se habían conocido. Se lo rogaba a Eleonora, después a Cosimo y nuevamente a Eleonora, hasta que se les agotaba la paciencia. Lo cierto es que a ellos les gustaba contarlo y les complacía que su latosa quinta hija disfrutara tanto de la historia: era romántica y hablaba de la sensibilidad femenina que a menudo le faltaba a ella, aunque en realidad los motivos de Lucrezia no tenían nada que ver con el sentimiento ni con el romanticismo. Esta insistencia en que le contaran su primer encuentro era su forma de intentar entender a las misteriosas y sofisticadas personas de las que había nacido y con las que tenía tan poco en común. Escuchaba la versión de Cosimo y la comparaba con la que, pocos días después, le contaba Eleonora; después le pedía a su padre que se la contara otra vez y así iba extrayendo sus propias conclusiones. Era también una forma de averiguar lo que significaba el matrimonio, lo que acarreaba este contrato entre un hombre y una mujer.

Por la noche, en la cama, mientras llegaba el sueño, o arrodillada en el suelo en misa, repasaba los detalles y los fragmentos de la historia que le contaban, como un jugador que baraja las posibilidades del juego, las sopesa e intenta ordenarlas. Mientras sus hermanos menores dormían, roncando o suspirando, o la familia murmuraba respuestas en latín a las palabras del sacerdote, ella se imaginaba a su padre a los quince años, un simple paje, de visita en Nápoles, en casa del virrey del santo emperador católico de España, atisbando a través de una vaporosa cortina y descubriendo a la hija menor, Eleonora, de solo trece años de edad. Se imaginaba columnas y gruesas colgaduras a ambos lados de una chimenea esculpida. La joven Eleonora tal vez llevaba el pelo recogido en una lustrosa trenza que le colgaba por la espalda y levantaba la barbilla un poco más de lo estrictamente estipulado, mirando al techo incansablemente, pero no como si soñara. Lucrezia conocía tan bien todos los elementos de la historia que eran como joyas familiares, que han pasado tantas veces de mano en mano que se les han desgastado las esquinas y han perdido brillo.

Sabía lo curiosa y atractiva que le habría parecido Eleonora a su padre: su estilo foráneo en el vestir, los adornos de la trenza. Él habría vuelto a Florencia y habría conservado dos años en el corazón la imagen de esta joven española y, cuando fue elegido gran duque de la Toscana y jefe de la dinastía, la pidió en matrimonio. No, no quiso aceptar las ventajas que le ofrecía la mano de una princesa holandesa,

ni la de la hija de otros gobernantes vecinos: quería a la joven que había visto en Nápoles. El virrey español tuvo en cuenta sus deseos y le ofreció a la mayor de sus hijas, pero no, Cosimo no la quiso: se casaría por amor y la única mujer a la que deseaba era Eleonora. Finalmente el virrey se avino a la petición y se casaron por poderes; Eleonora empezó a aprender la lengua de la Toscana para poder escribir a su marido, en vez de recurrir a un traductor para que le transcribiera las cartas.

Cuatro años después de que Cosimo la viera por primera vez Eleonora embarcó en Nápoles en compañía de cinco doncellas, su antigua aya, Sofia, y siete galeras cargadas con su dote de oro, vajilla, sedas, brocados, joyas y aceites. Lucrezia sabía —porque a su padre le gustaba contárselo— que esperaba noticias suyas con impaciencia, que no dormía por si llegaba un mensajero por la noche y que rezaba por que los vientos le fueran favorables. Tan pronto como le informaron de que había amarrado en Livorno hizo preparativos para irse a la costa al encuentro de su mujer. Los consejeros de la corte censuraron un proceder tan impetuoso: era impensable, nada propio de un hombre, viajar para recibir a una mujer. A ella le daría una falsa impresión del equilibrio de poderes en su matrimonio: Cosimo debía quedarse en el *palazzo* y esperar a que fuera ella la que fuese hacia él. Pero no hizo caso. Emprendió el viaje a Livorno y se reunió con Eleonora en la mitad del camino para llevarla a Florencia como un tesoro. Cuando llegaron, la población de la ciudad se alineó en las calles; todo el mundo quería ser el primero en ver a esta nueva y exótica gran duquesa.

Lucrezia vio a su futuro marido una sola vez antes de la boda, cuando era el prometido de su hermana Maria.

Pasaron los dos a su lado en la muralla más alta que rodeaba la torre del campanario: Maria y su prometido, él con la cabeza inclinada hacia ella, escuchando su cháchara nerviosa. Lucrezia tendría unos diez años entonces y un cuerpo infantil, liso y sin formas; allí estaba, con su ratoncito en el cuenco de la mano. El prometido dejó de mirar a Maria —toda arrebolada, con la barbilla trémula— y se fijó en Lucrezia, en el ratón y otra vez en Lucrezia, y le dedicó una sonrisa escueta. Maria se sujetaba al terciopelo verde de la manga del prometido con una mano, con la otra puesta encima de la tela, como si temiera que fuera a escaparse. Lucrezia se aplastó contra la cruda piedra de la pared al verlos acercarse y protegió al ratoncito acercándoselo al pecho. El prometido, que algún día sería duque y procedía de una familia muy antigua —que se remontaba a los tiempos del Imperio romano, según había oído decir a su padre varias

veces—, acortó los pasos y preguntó: ¿Quién es esa niña?

Maria miró a Lucrezia y enseguida apartó la vista. Una de mis hermanas, respondió, y, alejándose un poco de ella, siguieron andando más allá de las columnas, hasta el lado opuesto de la torre, desde donde se podía contemplar la cúpula, le explicó Maria.

Al alejarse, el prometido cuyos antepasados habían defendido al emperador le rozó la mejilla a Lucrezia con un dedo y luego, rápidamente, tanto que después no podía estar segura de que hubiera pasado, arrugó la nariz y puso cara de ratón (de eso sí estaba segura). Un ratón que olisqueaba algo apetitoso, queso tal vez, o unas sabrosas migas de pan.

La niña se echó a reír allí arriba, en la torre, por la precisión de la imagen, por lo inesperado que era que un hombre tan respetable pusiera esa cara. ¿Cómo sabía tan bien la cara que tenían los ratones? Y además la había puesto solo para ella, sin que Maria lo viera. Y se quedó encantada viendo alejarse a su hermana con su futuro marido.

El final de la comida

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

—Estás helada, amor mío.

Lucrezia hace un gesto negativo con la cabeza, pero se estremece. Alfonso la mira fijamente, inclinado hacia ella, con el pelo sobre la frente y una expresión solícita.

Después se levanta, empuja la silla hacia atrás, le toma la mano y la lleva hacia la chimenea. Por debajo de las faldas y dentro de las húmedas medias, percibe que se le tensan los músculos de las piernas, que quieren echar a correr, alejarse a toda velocidad.

Va a sentarse en el sillón más pequeño que hay junto al fuego, pero él la atrae hacia sí, la sienta en el regazo, la rodea con los brazos. Ella se lo permite, pero es un momento extraño. Nota el ceñido abrazo y se pregunta si será verdadero afecto o si pretende matarla ahí mismo.

Le resulta difícil mirarlo a los ojos, contemplarlo tan de cerca, pero se obliga a levantar la vista hacia él y ve que la está mirando con una sonrisa amable. Sabe que su rostro es hermoso. Lo dicen todos constantemente. Y que tiene una buena constitución física, hombros anchos y piernas y brazos fuertes. Sin embargo, sentada en su regazo, con esa luz tan incierta, no ve, no puede decir si el rostro es agradable o amenazador. Solo distingue partes: la frente, la mejilla o la espiral de la oreja.

¿Se habrá equivocado, habrá juzgado mal la situación aquí, en la *fortezza*? Tal vez sea cierto lo que le ha dicho; tal vez la haya llevado allí para cambiar de aires, para que descanse. ¿Será todo cosa de su imaginación —tan activa, tan excesiva, según le han dicho siempre— o un engaño de la mente para convencerla de que pretende hacerle daño?

La sostiene en las piernas y le rodea la cintura con los brazos; ella apoya los dedos en la parte de atrás de la gorguera. A la luz ambarina del fuego, mirando con el rabillo del ojo, está casi convencida de que las mangas son otra vez de terciopelo verde, acuchilladas, a pesar de que sabe que va vestido con ropas de viaje, de estameña.

Impulsivamente se inclina hacia él y le besa la mejilla. La piel pica porque hace un día que no se afeita y, cuando se yergue otra vez, le ve una expresión satisfecha e intrigada en la cara.

—¿A qué viene esto? —le pregunta.

—Es para… —improvisa— darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por… por traerme aquí. —Rebusca en la cabeza rápidamente, necesita palabras que le convenzan de que no la mate, si es esa la

intención que tiene—. Por cuidarme. Por…

La estrecha con más fuerza; ella oye crujir las ballenas del corpiño.

—No hace falta que me des las gracias —dice él—, pero puedes darme otro beso.

Vuelve la cabeza hacia la sombra para poner la otra mejilla. Un momento después, ella se inclina y le da otro beso. Entonces él se vuelve de nuevo y levanta la boca hacia ella.

Lucrezia se obliga a sonreír. Se obliga a acercarse. Cuanto más se acerca a la cara, más se mezclan las facciones, y baja los párpados. No es posible que quiera hacerle daño, porque quiere que lo bese, y ahí están los labios, debajo de los suyos en este momento, y la presión; Alfonso le tapa la boca con la suya, le envuelve la nuca con su gran mano; nadie que tuviera malas intenciones, que quisiera acabar con ella, que lo tuviera en mente haría eso… No, es imposible, seguro que se ha equivocado, seguro que la quiere después de todo, tiene que adorarla y respetarla, porque nadie besaría de esa forma, con pasión, con ardor, con la boca, con el látigo de la punta de la lengua, ¿verdad que no? Nadie pensaría en matar al mismo tiempo que besa como si quisiera entregar hasta el alma.

Seguro que se ha equivocado. El viaje y la reciente enfermedad la han agotado. Ha dado rienda suelta a la imaginación y se ha dejado llevar. Su atractivo y refinado marido no tiene malas intenciones. La quiere. Tiene que quererla. Se complace en el largo beso. Es afortunada por haberse casado con una persona tan entregada.

El beso continúa. No cesa. Ella lo consiente. Entrelaza las manos por detrás de su cuello y deja que los pensamientos salgan por sí solos. Hay una incompatibilidad entre las distintas temperaturas del comedor. Una parte del cuerpo le arde, la mejilla y el brazo de la izquierda se tuestan al calor de la lumbre. La otra parte, la que da al comedor, está muy fría, los miasmas heladores de la *fortezza* se le posan encima.

Alfonso le acaricia la tela de las mangas y, de repente, se aleja.

—Vamos —le dice—. Voy a enseñarte tu habitación.

Lucrezia se levanta y decide abordar la cuestión que la preocupa desde que salieron de la corte por la mañana.

—Me pregunto —dice en el tono más ligero que puede, al tiempo que levanta la vela de la mesa y le da la mano, como si el asunto no tuviera la menor importancia— cuándo llegarán mis doncellas. Ya es muy tarde y…

—Espero que mañana o pasado mañana —dice él sin mirarla a los ojos.

—Pero creía que venían directamente detrás de nosotros, porque dijiste…

—¿No puedes sobrevivir sin tus mujeres? —Parece que le hace gracia—. ¿Ni siquiera esta noche?

Se acerca a la puerta, la abre y se queda a un lado para dejarla pasar.

—Supongo que sí —dice, y pasa al corredor.

No quiere hacerme daño, se dice. Me quiere, sí, me quiere… dice que me quiere.

—Llegarán lo antes posible. —Alfonso la sujeta por el codo, y echa a andar por el pasillo, rodeado por el tembloroso círculo de luz; ella tiene que alargar los pasos para no quedarse atrás—. Los caminos son peligrosos para viajar de noche. No querrás que tus mujeres se arriesguen viajando en la oscuridad, ¿verdad?

Le acaricia la barbilla, se la sujeta entre el pulgar y el índice y le levanta la cara hacia la luz. Le dice que está preciosa, que el aire del campo ya le ha hecho efecto.

—Echo de menos tu pelo —le dice, pasando la palma de la mano por la trenza recogida—, pero aun así, es adorable.

—Gracias —dice ella, asintiendo.

La lleva por una escalera de caracol húmeda, resbaladiza, musgosa. Tiene que agarrarle la mano con fuerza para no resbalar, para no tropezar con el orillo del vestido. Ve dónde se encuentra a la débil penumbra amarilla de la vela, ve los muros y pasillos de este sitio. Suben un tramo de escaleras, recorren un pasillo, suben otro tramo más estrecho. Lucrezia se da cuenta de que intenta recordar el camino, crearse un mapa mental del edificio, por si acaso; salir del comedor, luego las escaleras, luego el pasillo de techo bajo, después un arco y…

—Aquí es —dice él, y se detiene justo delante de ella para abrir una maciza puerta de madera—. Aquí es donde dormirás. Ordené que encendieran el fuego, así que estará caliente y aireada. Después de ti, querida mía.

Todo cambia

El palazzo, Florencia, 1557

Cuando los cuatro hijos mayores de la familia del gobernante se acercaban al final de la infancia ya se les había trazado todo el futuro. Sus padres y los emisarios, secretarios y consejeros de estos habían pensado en ello desde el mismo día en que nacieron.

Maria contraería matrimonio con el hijo del duque de Ferrara. Isabella se prometería con Paolo Giordano Orsini de Roma. Francesco heredaría el título de gran duque de Florencia. Giovanni se convertiría en un excelente cardenal.

Los hermanos mayores de Lucrezia fueron saliendo de la habitación de los niños de uno en uno. Si antes se encontraba sola, no podía imaginarse lo que sería cuando los menores crecieran. Cuando Isabella y Maria se prometieron se les asignó una habitación a cada una en el segundo piso. También a Francesco y a Giovanni, el día en que cumplieron trece años, y se esperaba que Francesco acudiera al despacho de su padre todos los días para aprender de asuntos de Estado.

Así pues, Lucrezia dormía sola en una carriola estrecha y sus hermanos menores ocuparon la cama grande. Se sentaba en un pupitre en el lado contrario que Pietro, Ferdinando y Garzia, que estaban aprendiendo las letras y los números. Por la noche se quedaba escuchando las conversaciones de Sofia y las demás ayas, que hablaban en su lengua materna, llena de vocales maleables, acentos interesantes y algunas palabras que el oído florentino de Lucrezia empezaba a reconocer. En el *palazzo* se sabía perfectamente que Sofia solo admitía entrar con ella al servicio de la habitación de los niños a jóvenes de su pueblo napolitano. A veces Lucrezia se preguntaba si de verdad lo hacía por el motivo que alegaba —que estas muchachas eran las mejores ayas— o si en realidad era porque de este modo podía hablar con ellas en su propio dialecto secreto, convencida de que nadie más lo entendía.

Veía muy poco a los cuatro hermanos mayores: a veces alcanzaba a entrever el vuelo de unas faldas cuando bajaban las escaleras u oía sus pasos cuando recorrían los pasillos, o la risa de Isabella en una reunión en el salón o la tos seca de Francesco a través de las paredes del despacho, donde trabajaba con su padre. Ya nunca subían a la habitación de los niños. Lucrezia recogía fragmentos de información al pasar por los corredores: que la boda de Maria sería suntuosa, que la iglesia de Santa Maria Novella estaría profusamente adornada con ramas de mirto y que después, por la noche, cien damas florentinas bailarían ocupando todo el gran salón, y que habría máscaras y

acróbatas orientales. Sin embargo, nada superaría la opulencia del vestido que llevaría la novia, según oyó, escuchando detrás de los paneles de las habitaciones de su madre. Se hilaría en tela de oro puro recubierto de seda del insectario de su madre. La propia Eleonora supervisaría todo el proceso. Maria resplandecería al avanzar por el pasillo de la iglesia entre el oro, que favorecería el tono cremoso de la tez, y el azul, que resaltaría los reflejos castaños del cabello.

El día en que todo cambió amaneció húmedo y tormentoso. Había llovido toda la noche y el agua había tamborileado en el tejado del *palazzo* sin cesar. Cuando Lucrezia se asomó a las ventanas de la habitación de los niños, la plaza estaba lustrosa bajo una capa de agua, los adoquines parecían reptiles brillantes y las hojas secas atascaban los sumideros. Sabía que el Arno habría crecido y bajaría saturado de limo. Maria, la sana y fuerte Maria, había contraído una contagiosa dolencia de pulmón, les contó Sofia, y estaba guardando cama. El aire no es bueno hoy, dijo, moviendo una mano como si así pudiera limpiar la habitación de miasmas.

Lucrezia se encontraba en el aula copiando un mapa de Mesopotamia, rellenando los anchos espacios del mar con olas encrespadas. Empezó a dibujar un monstruo de cuerpo sinuoso que salía del agua y se imaginó cuánto más quedaría oculto por debajo de la superficie. De pronto oyó un ruido, un aullido doliente que le hizo levantar la cabeza. Al principio pensó que sería un perro, que lo habrían apaleado o que se habría herido, pero un grito humano lo remató, repitiendo una palabra: No, no, no, no.

Empezó a levantarse y el estilo se le cayó de la mano. ¿Su madre? ¿Isabella? Venía del piso de abajo, eso lo sabía, y subía por las paredes y los techos.

El grito se repitió. No, no, no. Después, un gemido.

Salió corriendo del aula y se inclinó por el hueco de la escalera. ¡Madre!, gritó.

Silencio abajo. Luego, un portazo. Unos pies presurosos por el pasillo, un vestido que arrastraba la cola.

—¿Isabella? —dijo—. ¿Eres tú?

Se oyó un leve murmullo, a continuación se abrió una puerta y el eco de unos gemidos subió hacia ella como el humo, además del runrún de una oración: el sacerdote del *palazzo* recitaba en latín.

—¡Madre! —la llamó Lucrezia otra vez.

Pero la única respuesta fue un graznido. La embargó una sensación de que había sucedido algo terrible, la envolvió entre sus fauces con total certidumbre. Abajo, en alguna parte, se oyó un revuelo de varias personas bajando escaleras velozmente. Alguien

gritaba, ¿dónde está su excelencia? ¿Lo habéis visto? Que venga inmediatamente.

Poco después Sofia encontró a Lucrezia agarrada a los balaústres de las escaleras. Tuvo que soltarle los dedos de la piedra labrada para llevársela a la habitación de los niños. Sus hermanos menores estaban arrodillados ante una estatua de madera de la Virgen y, siguiendo su costumbre, Sofia había abierto todas las ventanas para que el alma de Maria volara al Cielo.

Las fibras de la alfombra se le clavaban en las rodillas. Juntó las manos, pronunció las palabras de la oración; por no mirar los ojos pintados de la Virgen de madera miró las ventanas, abiertas de par en par, y la ciudad que se extendía al fondo. El cielo estaba gris, de un gris amenazador que prometía más lluvia. Se estremeció: no quería que Maria se fuera volando sola por las ventanas, hacia el imponente cielo. Tenía que quedarse en su sitio. Quería volver la cabeza y verla allí, entrando en la habitación con la barbilla firme y los brazos cruzados, hablando de la tela de su vestido de bodas, de los preparativos del baile. ¿Cómo era posible que una persona estuviera aquí un día y al siguiente desapareciera?

Sofia le tiró de la manga, sabía que eso significaba que mirase a la Virgen, que tenía una expresión de tristeza y perdón universal y los pies rodeados de temblorosas velas. Pero fue incapaz de dejar de mirar las ventanas, el fragmento oblongo de cielo, las entrelazadas bandadas de pájaros.

No vio nada que pudiera ser el alma de Maria. Ni una brizna de brisa, ningún movimiento, ningún temblor luminoso. Solo la lluvia, que no cesaba: miles y miles de agujas plateadas que caían de arriba y salpicaban el alféizar de las ventanas de la habitación de los niños, el suelo y los cristales verdosos, las calles y las casas de toda la ciudad.

Un mes después del entierro de Maria, alguien que pegara el oído a la astillada madera de un pasadizo que corría por detrás de los aposentos privados del gran duque habría podido oír lo siguiente: el ruido amortiguado de unas botas que paseaban de un lado a otro del aposento, el rasgueo de una pluma sobre papel, un carraspeo contenido, una respiración justo al otro lado del panel. Y después, la voz de Vitelli, el consejero del gran duque Cosimo:

—Es una verdadera lástima —dijo, y luego añadió—: Pero nada comparado con la trágica pérdida de nuestra Maria.

Cosimo asintió sin palabras.

—La carta de Ferrara —continuó Vitelli— es justa, no se puede pedir más. —Un crujido de papel, como si repasara la carta—. Como veréis —dijo, más cerca del panel, porque se habría situado al lado de

Cosimo para leer por encima de su hombro—, tanto el joven como su padre lamentan la pérdida profundamente al tiempo que expresan con elegancia su dolor por vos y por la madre de Maria.

—Sí, sí —respondió Cosimo, un poco impaciente.

Si ese alguien que escuchaba se hubiera movido un poco a la izquierda, habría podido encontrar un rayito de luz que entraba por una rendija del panel. Y si hubiera acercado un ojo a la rendija cuanto pudiera, habría distinguido el brillo de los candelabros, la forma de las sillas, a una persona de pie, seguramente Vitelli, y a otra sentada, que llevaba algo brillante y marrón: el gran duque Cosimo con la bata de marta que se ponía en sus aposentos los días fríos.

—Ha llegado otra carta más —continuó Vitelli poco después, porque sabía cuándo debía callarse y cuándo hablar— de una persona del séquito de Ferrara.

—¿Y? —replicó Cosimo, recostándose pesadamente en el sillón.

—Viene a decir que el duque lamenta tanto como vos que se pierda la oportunidad de la unión entre los hijos de ambos. Añade además, con total delicadeza, es justo reconocer, que el duque padre no goza de buena salud y que solo es cuestión de tiempo que su hijo Alfonso lo suceda en el cargo. Por lo tanto, huelga decir lo importante que es que respondamos cuanto antes. Hay muchas deseosas de ocupar la vacante que…

—Sí, pero, ¿qué podemos hacer? No es que…

—Han insinuado —dijo Vitelli— que podría contemplar la posibilidad de un matrimonio entre su hijo y alguna otra de vuestras hijas.

—Pero… —Cosimo se rascó la barba— Isabella ya está prometida y sería difícil deshacer el compromiso, así que, ¿cómo supone que…?

—Creo, su excelencia —dijo Vitelli carraspeando respetuosamente —, que podría referirse a vuestra hija Lucrezia.

La persona que escuchaba en el pasadizo podría haberse retirado de la rendija de luz. La impresión fue tan grande como si los hombres de la habitación se hubieran vuelto y, a través de la sólida pared de madera, lo hubieran visto todo: a ella mirándolos por la rendija.

—¿Lucrezia? —repitió Cosimo—. Pero, si es solo una niña, una…

—Pronto cumplirá trece años —dijo Vitelli, carraspeando de nuevo.

—¿Trece? ¿No son… diez los que tiene? Todavía está en la habitación de los niños, todavía juega con muñecas. ¿Cómo se le ocurre a Ferrara que…?

Un movimiento de Vitelli lo hizo callar.

—Sí, es joven y de pequeña estatura, pero no tardará en cumplir

trece años, mi señor. Sería un matrimonio muy ventajoso, como habéis dicho vos muchas veces. Pensad solamente que tenéis otra oportunidad de formalizar la unión entre nuestra región y la de Ferrara. El hijo pronto será duque. Sí, está el inconveniente de las tendencias religiosas de su madre, pero eso se puede arreglar, si el hijo es tan capaz como asegura mi informador. Y si dejamos pasar esta oportunidad, serán muchos los que se apresuren a aprovecharla. Y dentro de poco Lucrezia… —Vitelli hace una meticulosa pausa— será mujer. Si no lo es ya. Puedo averiguarlo, si su señoría desea considerarlo.

En otra parte del edificio se podría oír otra voz más cruda y exasperada:

—¡Lucrezia! ¡Lucrezia! ¿Dónde se ha metido esta chiquilla?

La persona que escuchaba se ha retirado del pasadizo y ha subido corriendo al piso siguiente, veloz, muy asustada.

Sofia estaba repartiendo la sopa cuando Lucrezia entró como un rayo en las habitaciones de los pequeños, como si la persiguiera una manada de lobos, con el pelo alborotado; cerró la puerta de golpe.

—¡Oye! —dijo Sofia blandiendo el cazo—. ¿Dónde te habías metido? Te he llamado mil veces. Siéntate ahora mismo.

Lucrezia se sentó en su sitio y cogió la cuchara. Sofia siguió regañándola, pero a ella le resbalaban las palabras. No comió, pero paseó la cuchara por el cuenco como un remo que impulsa una nave en el mar. Al cabo de un rato, Garzia le quitó la sopa y se la comió.

Pensó en la conversación entre Vitelli y su padre que acababa de escuchar. Pensó en el hijo del duque de Ferrara, en el lustre de sus botas, en la forma en que había pasado a su lado en la torre, en el roce de esos dedos en la mejilla. Pensó en Maria, en los médicos que pasaron dos noches entrando y saliendo de su habitación, en el murmullo de pies en los pasillos… Y al final, guardaron lo que quedaba de su hermana mayor en una caja larga de madera y la cerraron con clavos. Maria ya no estaba con ellos. Habían perdido a la mayor de los hijos del *palazzo*. Lucrezia había oído a su padre ordenar que retiraran su retrato del entresuelo y lo colgaran en sus aposentos privados. Pensó en Maria, en sus bonitos e imperturbables ojos contemplando la cámara eternamente. ¿La miraría su padre todos los días? ¿Aprendería de memoria los contornos del rostro de la hija perdida? ¿Leería ante el retrato la carta del padre de su prometido, en la que le preguntaba si Alfonso podría contraer matrimonio con otra de sus hijas?

¿Qué habría dicho Maria?

La idea de tener que prometerse a ese hombre, a ese hijo de

Ferrara, era tan impactante e inesperada que Lucrezia no sabía qué hacer. No sabía cómo afrontarla. La inquietaba de una forma terrible, la paralizaba que se pudiera esperar que ocupara el lugar de su difunta hermana. Empezó a pensar en las muchas diferencias que había entre ellas: era más menuda que su hermana; la música y la danza no se le daban tan bien; nunca sabía qué decir a las visitas ni a los cortesanos; solía perderse en ensoñaciones en vez de prestar atención a la conversación; no era tan guapa, ni mucho menos; no tenía gracia para vestirse y engalanarse.

Apoyó los codos en la mesa de la habitación de los niños, donde había vivido siempre, con la sensación de que no reconocía su propio cuerpo, de que no era el suyo, de que esos brazos, esas piernas, esa cabeza eran de otra persona; como si ya no supiera sentarse en una silla, ni llevarse la cuchara a la boca ni cómo respirar, siquiera. Empezó a sentir miedo: el miedo la cubrió como el musgo a las piedras. Era como si algo o alguien se le hubiera acercado sigilosamente y ahora lo tuviera en la espalda. Se quedó allí sentada, frente al plato vacío, con un horror creciente a lo que se había colocado a su espalda. Era algo oscuro y gelatinoso, con una forma indefinida y cambiante; no tenía ojos, pero sí una boca abierta que emitía un aliento húmedo y gaseoso. Sin mirar atrás, supo que era la muerte. De repente comprendió que moriría si este matrimonio seguía adelante, en ese instante quizá o tal vez después, pero pronto. Jamás se libraría de ese espectro, de esa sombra de su propia muerte.

Se apoyó con fuerza en el borde de la mesa. Le pareció que la luz de la habitación brillaba mucho más, de una forma inso-portable, y que después se apagaba. Tenía una sensación de entumecimiento, de falta de aire en el pecho: esa cosa la había agarrado por la garganta, ya le había tapado la boca con unos dedos fríos.

Sin previo aviso, se deslizó entre la silla y la mesa para refugiarse debajo del mantel. Era la única forma posible: no podía huir de la mesa porque la cosa estiraría un brazo y la retendría. No, solo podía zafarse así, hundiéndose para desaparecer de la vista y gateando después entre las patas de las sillas y los pies de los que estaban enfrente.

Reapareció en la habitación. Todas las ayas se pusieron a dar voces y Sofia empezó a regañarla, pero, ¿qué haces ahora, por todos los santos del Cielo? Lucrezia comprendió que no veían esa cosa horrible, ni la veían ni la percibían como ella. Echó a correr, pero alguien la atrapó por el brazo. ¿Sería el espectro? ¿Tan pronto llegaba su fin? ¿Ahora la meterían en una caja de madera, la cerrarían con clavos y la depositarían en el panteón familiar al lado de la pobre

Maria?

Se soltó de un tirón y quiso alejarse por encima de la alfombra, hacia la puerta, pero no podía respirar y la cabeza le ardía. La chimenea, los tapices, el arca, la puerta, todo parecía flotar ante ella en un piélago de luz cegadora. Y de pronto todo cesó, como si hubieran corrido una cortina, y Lucrezia se desvaneció.

Volvió en sí con la sensación de haber dormido profundamente muchas horas. Pero entonces vio que se encontraba tumbada en el suelo, en la misma habitación, y que Sofia estaba de pie a su lado, mirándola con el ceño fruncido, con las otras ayas y sus hermanos apiñados alrededor, que decían, ¿está muerta, se va a despertar, le decimos a padre que avise al médico?

Al ver que Lucrezia abría los ojos Sofia chasqueó los dedos y los echó a todos. «¡Fuera! —les ordenó—. ¡Fuera todos, ahora mismo!»

Las ayas y los hermanos se fueron de mala gana hacia la puerta y Sofia volvió con un cojín en las manos. Levantó la cabeza a la niña con cuidado, con todo el cuidado del mundo, y se la puso en el cojín.

—Siempre es lo mismo contigo —murmuró—, nunca se sabe qué va a pasar.

Cogió agua de la mesa, se agachó con dificultad hasta la alfombra, se sentó con las faldas hinchadas alrededor, como una paloma en el nido, y se la puso a la niña en los labios. Le aflojó las cintas del delantal y le apartó el pelo de la frente.

—A ver —le dijo—, cuéntame. ¿Qué te ha pasado?

Lucrezia hizo un gesto negativo con la cabeza y miró a otra parte, aunque sabía perfectamente que Sofia se lo sacaría.

Como era de esperar, cuando volvió la cabeza, Sofia la estaba mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Te duele el estómago? —le preguntó—. ¿Te duele la cabeza? No has comido, lo he visto. ¿Qué te pasa?

Lucrezia cerró los ojos con fuerza para que no se le escaparan las lágrimas, pero notó que se le escurrían entre las pestañas. Lo que le pasaba le parecía tan enorme, tan imposible, que no sabía por dónde empezar: ¿por la carta, por la muerte de Maria, por el hombre de la torre?

—Vamos —le dijo Sofia, y le cogió la mano con una dulzura insólita—, cuéntaselo a tu querida Sofia.

—Van a… —lo intentó, escondiendo la mano en la ruda palma de Sofia—. Es decir, mi padre… o tal vez Vitelli… No sé… quieren que…

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Sofia, mirándola de cerca.

Lucrezia tomó aire. Percibía la presencia cercana del monstruo otra vez, pero sabía que no se atrevería a avanzar más estando allí

Sofia.

—Quieren que… el hijo del duque, con el que Maria se habría… es decir, quieren… mi padre y Vitelli creen que el padre del duque va a…

Sofia escuchaba inclinada hacia ella, como si cada sílaba que pronunciaba fuera un frágil filamento de oro en el aire que hubiera que atrapar para que no se fuera volando.

Se quedaron las dos calladas un momento. Sofia la miraba frunciendo el ceño de preocupación. Y dijo: ¿Tú?

Lucrezia asintió, aliviada al ver que no tenía que pronunciar las palabras, que la perspicaz Sofia lo había entendido.

—¿Quieren casarte con el hijo del duque? ¿Lo han dicho, los has oído?

Sofia se quedó pensándolo; movía la cabeza y la boca como si probara algo por primera vez. Estaba furiosa cuando volvió a mirar a la niña. Empezó a murmurar en su dialecto unas palabras, «Virgen» y «diablo» entre otras.

—Tienes doce años —dijo como para sí—. El heredero de Ferrara es un hombre de veinticuatro. —Guardó silencio otra vez y después le tocó los nudillos a Lucrezia—. Supongo que debería preguntarte cómo lo has averiguado —dijo—, pero no lo haré.

Le soltó la mano, se puso de pie con gran esfuerzo, jadeando. Se acercó a la ventana con su andar irregular, como siempre, con una mano en los riñones, y miró a la plaza. Después fue hasta la chimenea, cogió un badil y lo metió en el centro del fuego; la leña crepitó y protestó por la intrusión y despidió una constelación de chispas que se fueron chimenea arriba, por el centro del cañón impregnado de hollín.

—Vamos a tener —dijo, como si hablara con los troncos— que andar listas en este asunto tú y yo. Como un par de zorros. ¿Entiendes lo que digo?

Lucrezia dijo que sí, pero no tenía la menor idea de lo que quería decir Sofia. Se puso de lado y se incorporó sobre los codos. Sofia se acercó, la agarró por debajo de un brazo y la ayudó a levantarse. Después le tomó la cara entre las manos.

—Vitelli no tardará en subir aquí —susurró—. Querrá hablar con las dos.

—¿Ah, sí?

Sofia le apretó más la cara. Era una forma peculiar de abrazarla, incómoda pero amable, apremiante pero cariñosa.

—Diga lo que diga, le responda como le responda, tú sígueme la corriente. ¿Me oyes? —Lucrezia asintió, pasmada—. Nos hará preguntas, pero contestaré yo, no tú. Diga lo que diga, tú asiente. Y no

se lo cuentes a nadie. ¿Prometido?

—Sí.

—Ni a tu madre, ni a Isabella ni a nadie.

—Lo prometo.

—No vamos a poder impedir esa boda, pero la podemos retrasar un poco, si Dios quiere. Hasta que crezcas. Uno o dos años de gracia. ¿Te parece?

Estrechó a la niña fuertemente contra el pecho un momento, solo un momento. Le aplastó la nariz y las mejillas en el delantal. Enseguida la soltó y se acercó a la mesa murmurando algo de desorden y platos y por qué nadie la ayudaba nunca, quién se creían que era, una mula de carga o qué.

Como era de esperar, Sofia acertó.

Vitelli se presentó al día siguiente, a última hora, y se anunció con dos golpes secos en la puerta de las habitaciones de los niños.

Los más pequeños ya estaban en la cama; a las otras dos ayas les habían mandado zurcir las medias de invierno de los niños; por encargo del maestro de dibujo, Lucrezia estaba haciendo un estudio al óleo de un estornino muerto que había encontrado en un entresuelo; le daba la vuelta de un lado y de otro para captar la evanescente iridiscencia de las plumas de las alas. Sofia contaba sábanas que sacaba y metía de un baúl.

Al oír la llamada, Sofia levantó la cabeza bruscamente. Miró a la puerta, miró a Lucrezia. A continuación hizo una cosa rara: siguió contando sábanas. Lucrezia vio que las dos ayas jóvenes se miraban extrañadas, pero sabían que no tenían que reaccionar. Estaban en los dominios de Sofia y solo ella abriría la puerta.

Volvieron a llamar, ahora un poco más fuerte.

—Siete —dijo Sofia, imperturbable, al montón de sábanas—, ocho, nueve… —Suspiró con satisfacción, colocó la última en la pila y le dio una palmadita— y diez.

Lucrezia y las otras ayas la vieron abrir la tapa del baúl y depositar las sábanas con cuidado en el fondo, sin ninguna prisa.

Otra llamada a la puerta, que resonó, profunda e insistente.

—Un momento —dijo Sofia—, ya va.

Pasó un paño por la tapa para quitar un polvo imaginario. Cruzó la habitación canturreando algo para sí, se detuvo un momento a enderezar un cuenco de la mesa y otro para meter una banqueta debajo. Pasó el trapo por el pomo de la puerta y se colocó bien la cofia mirándose en el espejo de encima de la chimenea.

Cuando por fin abrió, miró al que llamaba de arriba abajo.

—¡*Signor* Vitelli! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! Pasad, pasad.

Vitelli entró y se detuvo en el centro de la alfombra. Sujetaba contra el pecho un legajo encuadernado en piel y llevaba una capa larga ribeteada con piel de conejo que le bailaba alrededor de las piernas.

—Tú —señaló a las ayas, que estaban con la aguja en ristre— y tú. Salid.

Las dos jóvenes miraron a Sofia con temor; ella seguía en la puerta con el trapo del polvo en la mano.

Sofia miró a Vitelli como si le pasara revista a la vestimenta en busca de suciedad, y luego asintió mirando a las jóvenes, que recogieron la labor y los hilos y se fueron cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué se os ofrece, *signore*? —le dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Deseáis algo de beber? Lucrezia y yo íbamos a…

—No —la cortó Vitelli y, abriendo el legajo, miró lo que estaba allí escrito—. Será cosa de poco tiempo. Hay un asunto que desearía consultaros. —Carraspeó emitiendo dos notas—. Un asunto bastante delicado.

Lucrezia se movió en la silla. Se pasó el pincel de una mano a la otra, afilando las húmedas cerdas en una punta estrecha. Se lo había hecho con un mechón de pelo que le había robado —culpable y furtivamente— a un gato del *palazzo*; se lo encontró tumbado, durmiendo la siesta junto al fuego. El gato ni siquiera se despertó; ayer mismo vio que le había vuelto a crecer.

Empezaba a mover la punta del pincel de un lado a otro en la pintura azul —tenía poquísima de este color, así que debía utilizarla con mucha mesura— cuando Vitelli habló de nuevo.

—Tenemos noticia cierta de que Alfonso, heredero del duque de Ferrara, Módena y Reggio, está dispuesto a contraer matrimonio con mi señora Lucrezia.

Lucrezia se quedó muy quieta, con el pincel en el aire, cargado del escaso y costoso azul ultramar. No podía respirar, no podía levantar la vista, porque estaba convencida de que los claros ojos de Vitelli la traspasarían y verían que ella ya lo sabía, descubriría que tenía la costumbre de vagar por los pasadizos para pegar el oído a las paredes y paneles.

Por lo visto, no había motivo para temer que a Sofia le sucediera lo mismo.

—¿El hijo del duque de Ferrara? —repitió el aya en un tono escandalizado—. ¿El que fuera el prometido de mi señora Maria, que el Señor tenga en su gloria? —dijo, y se santiguó piadosamente.

—Sí —dijo Vitelli después de carraspear otra vez—, el mismo. —Pasó por encima de estas palabras con eficiencia, con impaciencia—.

Naturalmente, les ha afectado mucho la pérdida de mi señora Maria, pero la cuestión es que el duque necesita una esposa para su hijo. Alfonso recuerda haber conocido a mi señora Lucrezia y no ha olvidado la buena impresión que le causó. Ha manifestado su deseo de contraer matrimonio con ella. —Vitelli cerró el legajo de golpe y empezó a atarlo con un largo cordón de piel—. Es perfectamente honorable y conveniente proponer matrimonio a la hermana de la difunta. Demuestra con ello un gran afecto y respeto por esta casa. Y, huelga decir —añadió apresuradamente—, la alta estima en que tiene a mi señora Lucrezia.

Encorvada sobre la mesa, Lucrezia bajó el pincel y, fracción a fracción, añadió un toque de ultramar al ala del estornino. Daba la sensación de que el color vibrara y destacara sobre el brillo oscuro de las plumas; Lucrezia casi oía una contienda entre dos notas disonantes.

—Qué honor para ella —murmuró Sofia, tirando del trapo que tenía entre las manos como si lo fuera a rasgar.

Lucrezia estaba segura de que Vitelli jamás adivinaría que su aya quería decir exactamente lo contrario de lo que había dicho.

—Sin la menor duda —comentó Vitelli con una inclinación de cabeza.

A continuación puso una cara extraña: arrugó los ojos y enseñó los dientes. Lucrezia tardó un momento en darse cuenta de que Vitelli intentaba sonreír.

—Es posible —dijo Sofia, moviendo los pies por la alfombra— que el duque y su hijo ignoren que Lucrezia es muy joven todavía.

—Va a cumplir trece años y…

—Acaba de cumplir doce —lo cortó Sofia—, y creo que el heredero del duque tiene…

—En efecto, mi señora Maria, que Dios se apiade de ella, tenía una edad más adecuada, pero no cabe duda de que Alfonso piensa en el día en que se convierta en duque de Ferrara, de ahí su deseo de tomar esposa. Sería un matrimonio ventajoso para ambas partes.

—Es una niña, *signore*.

—Muchas mujeres se casan a los…

—Todavía es una niña —repitió levantando la barbilla, en un tono sereno y enfático que hizo que Lucrezia la mirara.

Y vio que Sofia cruzaba los dedos a la espalda, ella, el aya supersticiosa que jamás dejaba un sombrero encima de una cama ni adelantaba nunca a nadie en las escaleras.

Vitelli entrecerró los ojos. Tragó saliva y el bulto de su blanca garganta se movió de arriba abajo.

—¿Debo entender, *signora*, que todavía no…? —Dejó la frase

inacabada y se quedó esperando.

El aya esperó también. Inclinó la cabeza a un lado, como confusa.

—Todavía no ¿qué? —dijo.

Vitelli miró al suelo, a la ventana, al techo.

—Que no tiene… es decir… ¿que… no ha…?

Una vez más Sofia se quedó en silencio, un silencio que se ensanchó y se expandió entre el primer consejero y ella. Lucrezia los miró. No sabía de qué hablaban. Lo único que sabía era que Vitelli se desinflaba, se vaciaba como una nube preñada de lluvia que de pronto se deshace en jirones inofensivos.

—No se ha… —lo intentó Vitelli de nuevo.

Pero vaciló como una barca a la deriva en la corriente y Sofia no estaba dispuesta a atrapar el cabo que le lanzaba él a la desesperada.

—No se ha ¿qué? —preguntó inocentemente.

Vitelli apretó la mandíbula sin mirarla a los ojos todavía.

—*Signora*, ¿Lucrezia tiene ya…? —Se interrumpió, pero cerró los ojos y, reuniendo valor, dijo—: ¿Tiene ya el mes?

—No —dijo Sofia.

Lucrezia bajó la mirada, pero no al dibujo, sino al estornino que estaba al lado de los pinceles y los frascos de óleo. El pájaro, el dibujo. Era lo único que miraba. Miró las delicadas patas escamadas que ya nunca volverían a posarse en una rama ni en la piedra del alféizar de una ventana; miró las diferentes capas superpuestas de las alas, alas que no volverían a abrirse para buscar una brisa que lo levantara, que ya no lo llevarían por encima de los tejados y de las calles. Miró su dibujo, vio que no había logrado captar la línea exacta del pico ni el verde lustroso de la blanda garganta.

El «no» de Sofia le resonaba en la cabeza. Había dicho «no», segura y rotunda. Había mirado a Vitelli y había dicho: No.

Tocó la cola del estornino con la punta del dedo. Lo había encontrado por la mañana temprano en el entresuelo. Se había colado por una ventana y no había sabido encontrar la salida. Se preguntó si habría pasado la noche revoloteando de un lado a otro, cada vez con más miedo, dándose cabezazos una y otra vez contra el cristal, aleteando con desesperación. Le acarició la mullida garganta con un dedo. ¿Habría perdido la esperanza poco a poco? ¿Habría mirado por el cristal y habría visto a sus compañeros volando de un lado a otro todos juntos, como una nube grande y cambiante, por encima del *palazzo*? ¿Los habría visto alejarse y dejarlo solo allí, atrapado en el edificio? No podía soportarlo, le faltaba capacidad para toda la compasión que le inspiraba el pajarito.

Sofia había dicho no. Y ella tenía que cumplir con su parte. Tenía

que seguir con la cabeza gacha, así, seguir mirando el estornino y el imperfecto dibujo que había hecho. Jamás debía permitir que Vitelli supiera que Sofia había cruzado los dedos a la espalda, que le había enseñado lo que tenía que hacer cuando empezó con el mes: doblar muchas veces un paño para empapar la sangre; coger un guijarro suave del río y calentarlo al fuego, lo justo, y envolverlo en otro paño y ponérselo en el vientre. Para ayudar a la sangre a bajar. Se lo había dicho Sofia cuando Lucrezia estaba en la cama, estupefacta con aquellos calambrazos. Ya le había pasado dos veces. Y Sofia le había dicho que le pasaría todos los meses, igual que se llena la luna. Les pasa a todas las mujeres. ¿A mi madre también?, preguntó, incrédula, incapaz de creer que su madre, tan serena y enjoyada, pudiera caer postrada por una cosa así. Sofia asintió y dijo, sí, a tu madre también.

Y ahora, en la caliente habitación, con Vitelli tan furioso y frustrado y Sofia tan pequeña y firme delante de él, a Lucrezia le habría gustado preguntar, ¿qué tiene que ver esto con el heredero del duque, con el matrimonio, con mi edad, con nada? Pero no podía. Tenía que coger el pincel y quitar todo resto de pintura de los pelos de gato, y tenía que repasar el dibujo sin mover la cara para nada, tan quieta como el estornino que tenía delante. No podía dar a entender nada: la sangre, los paños, las piedras calientes. Sofia.

—Comprendo —dijo Vitelli en un tono cortado, decepcionado—. En fin, siempre ha sido pequeña para su edad, poco desarrollada, supongo. —Sofia se encogió de hombros. A la espalda, descruzó los dedos y los relajó—. Podemos continuar con las negociaciones de la pedida de mano, pero comunicaremos a la corte de Ferrara que tendremos que esperar a que mi señora Lucrezia empiece a… —Vitelli movió una mano en el aire. No quería volver a nombrar el asunto en cuestión a menos que fuera estrictamente necesario—. ¿Me informaréis, señora, cuando empiece, por favor?

—Sin duda —dijo Sofia.

Se movió ligeramente a un lado y después al otro, como si quisiera que las faldas revolotearan: un gesto que conllevaba una actitud imprecisa e imperceptible de triunfo, la sensación de haber ganado la batalla.

Pero Vitelli debió de darse cuenta también, porque frunció el ceño y, con gravedad, añadió:

—En persona, hacedme el favor.

—Naturalmente, *signore*. —Sofia sonrió enseñando todos los huecos de los dientes que le faltaban—. Iré a veros en persona tan pronto como sepa algo. Y esperaremos el día de los esponsales con impaciencia y mucha emoción.

El consejero le sostuvo la mirada como queriendo adivinar si lo decía sinceramente o no, y después se alejó. Estaba a punto de cruzar el umbral otra vez cuando debió de pensarlo mejor y se dirigió a la mesa de Lucrezia.

Ella lo vio avanzar, más cerca, más alto a cada paso, hasta que tuvo que volver la cabeza hacia atrás. De repente se le secó la boca y se le aceleró el corazón. Y ¿si le hacía la misma pregunta a ella? ¿Cómo iba a mentirle? ¿Qué iba a decirle si le preguntaba si Sofia había dicho la verdad? Y ¿qué le haría al aya si lo descubría?

Estaba ya tan cerca que distinguía cada pelo de la piel de los ribetes de la capa: eran moteados, con las puntas más claras, casi doradas, y las raíces más oscuras. Se preguntó cuántos conejos habrían tenido que morir para hacerle esa capa. ¿Siete, ocho, nueve? ¿Serían viejos, a punto de morir ya, o jóvenes de piel suave, que apenas habían vivido?

Vitelli se encorvó sobre ella. Lucrezia tuvo la extraña sensación de que podía envolverla, echarle la capa por encima y llevársela de entre las seguras paredes de las habitaciones de los niños, separarla de Sofia y arrastrarla a las profundidades del *palazzo*, donde estaría esperándola el hijo del duque de Ferrara, que se quitaría lentamente las mangas acuchilladas y no pondría cara de ratón, sino una mueca de voracidad carnívora, y querría saber por qué no había hecho nada para salvar a su hermana, por qué había muerto Maria y cómo podía imaginarse que ocuparía su lugar de esposa, cómo osaba pensarlo siquiera.

Pero Vitelli puso la mano en el dibujo. Levantó la pequeña *tavola* sujetándola por una esquina y se la acercó a la cara.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó.

Lucrezia, incapaz de hablar, se señaló el pecho con un dedo.

Vitelli no lo vio. Estaba colocándose los lentes en el puente de la nariz para poder ver el dibujo de cerca. Contempló la diminuta reproducción del estornino —sin mirar siquiera el cadáver que la niña había copiado— con una expresión de sorpresa e incredulidad.

—¿Quién lo ha hecho? —insistió.

—Yo —dijo Lucrezia con voz ronca.

Por favor, pensaba, por favor. Que no me pregunte por la sangre. Que no me mire. Estaba segura de que un hombre como Vitelli vería la verdad escrita en la piel de cualquiera.

Aunque tal vez no. Ahora el hombre la miraba con perplejidad.

—¿Tú? —dijo Vitelli—. No, creo que no. ¿Ha sido tu maestro? Lo ha hecho él y tú lo has terminado, ¿verdad?

Lucrezia, confusa, asintió y después hizo gesto negativo con la

cabeza.

—Lo ha hecho Lucrezia —dijo Sofia, que se acercó y le puso una mano a la niña en el hombro—. Le gusta hacer estos dibujitos en trocitos de madera. Pinta todo el tiempo. En el armario tenemos unas cuantas cajas llenas de dibujitos así.

Vitelli echó una larga mirada a la niña, por el pelo, peinado con raya al medio, por las sienes, por los ojos, por las mejillas, por el cuello, por los brazos, por las manos. Lucrezia, temblando, se encogió. Tenía la sensación de ser un suelo y de que le raspaban con un cepillo una y otra vez.

Vitelli volvió a mirar el dibujo, a la niña, al dibujo otra vez.

—Hummm —dijo por fin, sopesando la *tavola* en la mano. Las alas del estornino estaban recogidas, las patas hacia arriba, la cabeza muerta, derrotada, aceptando la muerte. Lucrezia le había pintado una orla de hiedra y muérdago alrededor—. ¿Puedo quedármelo?

No fue una pregunta. El consejero guardó el dibujo en el legajo, lo cerró con la cinta de piel y dio media vuelta, de manera que el pájaro no podría volver a volar ni aunque hubiera estado vivo.

El verdadero designio del viaje

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Sin previo aviso, Lucrezia recibe una señal, un destello del verdadero designio de este viaje.

Alfonso se ha apartado de ella y ha caído en un sopor superficial, todavía con una mano debajo de la camisa de Lucrezia. Han apagado la vela y la oscuridad se ha espesado, casi parece animada, es como una respiración de flancos densos y peludos.

Pero de repente, en esta habitación desconocida, algo desciende sobre ella, algo semejante a una visión, pero más frágil, más brillante y apremiante, que se le cuela en la cabeza sin más.

Lo que se le ha ocurrido es pintar algo entero y robusto, perfecto, aunque todavía no existe. Pintar en un rectángulo alargado de *tavola*: lo cortará ella misma, de la medida exacta que necesita, en la forma que más le conviene. En el centro habrá un castillo. No, una mula blanca. No, una garduña con manchas en la cara. ¿O un centauro? O todo. Entonces, no será una sola miniatura, sino una serie completa, todas adornadas, con los bordes de la madera repletos de detalles, símbolos y orlas. Va a cortar la madera ahora… no, tendrá que ser mañana, porque no quiere despertar a Alfonso con la sierra. Pero, ¿ha traído las herramientas necesarias? ¿La sierra pequeña, el cepillo? Le parece que no.

Se lleva una gran decepción, que le deja afilados carámbanos en el pecho. Tener esta idea pero no los medios para llevarla a cabo: qué disgusto tan grande. Da igual. Mañana hará un boceto de las ideas. O tal vez ahora, en este momento. Va a levantarse de la cama, va a golpear la yesca, va a encender la vela y a coger el rollo de vitela que sabe que está en el cofre de viaje.

No todo está perdido. Lo sabe. Saca los pies de la cama, se envuelve en las pieles que su marido ha dejado allí, se acerca a la vela.

Todo va saliendo bien y la vida continúa, al fin y al cabo. Alfonso no es el asesino ni el monstruo que le pareció mientras cenaban: ¿qué locura pasajera fue esa, qué demonios se la susurraron al oído? Tanto su madre como Sofia le han dicho una y mil veces que tiene una imaginación desbocada, que se le ocurren cosas y temores extraños y que procure ser más juiciosa. Tal vez sea verdad. Aquí se repondrá, y también se repondrá este matrimonio. La ha traído a este sitio porque le tiene apego desde la infancia y quiere que también lo disfrute ella. Pasará los días con él para que sepa que está atenta, que lo cuida, y trabajará por las noches. Todo saldrá bien, piensa, mientras la vela prende al primer intento; se sienta, coloca las manos con las palmas

hacia abajo en el escritorio y sonríe.

Leído en las páginas de un libro

El palazzo, Florencia, 1557

Sofia se las arregló para guardar el secreto de Lucrezia y la boda se retrasó casi un año. Toda la ropa y las sábanas que manchaba la niña las lavaba el aya en una tinaja y las secaba en un armario. Si algo se ensuciaba irreparablemente lo tiraba al fuego con un rápido movimiento de muñeca, y juntas miraban cómo las llamas devoraban las pruebas. Si las otras ayas sabían algo, nunca dijeron nada: las dos eran absolutamente fieles a Sofia.

Ambas familias siguieron con las negociaciones a distancia de los esponsales y la dote. Lucrezia oyó una conversación entre Vitelli y un ayudante y así supo que su padre quería que las condiciones del posible matrimonio fueran las mismas que las de Maria, pero la casa de Ferrara exigía un aumento por cuenta del retraso. Mientras esperaba audiencia con su madre en una antecámara cerca de los despachos oyó recomendar a Vitelli la conveniencia de reservar una cierta cantidad de *scudi* hasta que naciera un heredero varón, y entonces esa parte de la dote podría darse por satisfecha. Vio que su padre asentía, cogía la última misiva de Ferrara y se la acercaba a la cara.

El invierno empezó a inclinarse lentamente hacia la primavera, las nieves se fundieron, llegó un enano nuevo a *palazzo* y le pusieron de nombre Morgante, como a los anteriores, y se decía que a Eleonora le hacían mucha gracia sus ocurrencias. En las calles, la gente guardó las capas y toquillas de lana; los niños se asomaban a los parapetos del *palazzo* y disfrutaban al ver a la vendedora de flores, que había vuelto a la esquina occidental de la plaza con su cesta rebosante de apretadas y frondosas lilas. Su padre reanudó la costumbre de tomar un baño diario en las aguas del Arno; se decía que había sufrido otro atentado contra su vida, pero que, entre la guardia suiza y él mismo, habían ahuyentado a los asesinos. Lo llamaron para refrenar un levantamiento en Arezzo. Eleonora celebró una fiesta, la primera desde la muerte de Maria, con espectáculo de acróbatas y músicos para que los invitados bailaran. Se dijo que la comida había superado cuanto Eleonora había servido hasta entonces. Lucrezia estudió relatos de tácticas militares griegas, pintó una escena de Homero y, siempre que se lo permitían, recorría el adarve y observaba las grandes bandadas de estorninos que volaban de un lado a otro por el cielo. A los chicos les enseñaron las reglas del *calcio* en el patio de abajo; Ferdinando arremetió contra Garzia de tal forma que le rompió un brazo; Pietro empezó a morder a sus hermanos si lo provocaban y tuvieron que llamar al médico dos veces a la semana para que lo

sangrara, con el fin de equilibrarle los humores. Una perra de los soldados tuvo cachorros. Los gusanos de seda del insectario de Eleonora siguieron comiendo hojas de morera; el rastro de gasa que dejaban al pasar de una hoja a otra se veía, centelleante, a la luz de la mañana.

Fue una temporada en la que el inminente compromiso, el matrimonio, el hombre designado para ser su marido y la vida que la esperaba en Ferrara le parecían a Lucrezia cosas tan abstractas y lejanas como si las hubiera leído en las páginas de un libro o las hubiera oído en una canción. La iban a casar, eso lo sabía, lo había aprendido de memoria, como la poesía latina que el preceptor le metía en la cabeza. Pero lo que eso significaba, lo que quería decir, se le escapaba por completo. La vida en el *palazzo* continuaba como siempre. Isabella seguía vistiéndose de gala para ir del patio al salón dejando tras de sí una estela de carcajadas como pañuelos brillantes; las rabietas de Pietro eran continuas, gritaba y gritaba hasta sofocarse por completo, y golpeaba la alfombra con los puños; Sofia servía la sopa del mediodía en los mismos cuencos, en la misma mesa de siempre; el sol inundaba el fondo del aula por la mañana y por la tarde se iba a las ventanas de las habitaciones. La puerta de la cámara de Maria seguía cerrada. Algunos días le parecía que nada iba a cambiar nunca, que iba a pasar toda la vida en esas habitaciones, con sus hermanos, vestida con medias y delantales.

Poco después de cumplir trece años se levantó un día de la cama y cruzó la habitación para mirar por la ventana, a ver qué tiempo reinaba en el cielo, cuando un grito la sobresaltó. Dio media vuelta y vio a su madre en el umbral, acompañada por dos de sus damas, con el rostro encendido, sonriente.

—¡Mirad, mirad a Lucrè! —exclamó batiendo palmas—. ¡Ah, qué día de gloria!

Lucrezia sonrió a su madre sin saber muy bien por qué. ¿Qué había hecho para merecer tanta alabanza, tanta atención?

Todo el mundo se volvió a mirarla; las tres ayas dejaron de vestir a los niños. Se les cayeron las manos a los lados. Eleonora señalaba y Lucrezia se miró. ¿En qué había cambiado tanto para que su madre reaccionara de esa forma? Solo vio la larga tela del *camiciotto*, los pies descalzos, los tablones del suelo.

—¡Mirad! —insistió la madre.

Después cruzó la habitación a grandes pasos, cogió a Lucrezia por los brazos y le dio media vuelta, de modo que la puso de cara a la pared.

Oyó a la espalda un coro de exclamaciones: «¡Oooh! —murmuró

una de las damas—. ¡Ah! —suspiró la otra—. ¡Que sea muy en hora buena!»

—¿Lo veis? —preguntó Eleonora, muy satisfecha, pero no hablaba con Lucrezia.

La niña, perpleja, se volvió a un lado y después al otro intentando averiguar qué veían ellas. ¿Qué tenía hoy de notable en la espalda?

Y entonces lo vio. En el medio de la camisa una forma de color rojo oscuro parecida a una isla, una tierra ignota rodeada de un inmenso mar blanco. Se dio cuenta de que tenía una conocida sensación de pesadez en el abdomen, como si un puño se abriera y se cerrara entre las tripas.

Eleonora ordenó que bajara alguien inmediatamente a avisar a su excelencia; mandarán noticia hoy mismo a Ferrara y se harán los preparativos de los esponsales, para que los de allí vengan a Florencia. Era todo muy emocionante.

A Lucrezia le ardía la cara, como si estuviera muy cerca de las llamas, pero tenía las manos y los pies tiesos de frío. Las palabras de su madre le cayeron encima como ceniza del cielo. Se agarró los pliegues de la camisa y se quedó mirando al suelo.

Su madre volvió con las damas. Seguían hablando de los preparativos, de la costurera que haría unos arreglos, de ir a ver el traje hoy mismo. Lucrezia levantó la mirada y se encontró con la de Sofia, en el otro lado de la habitación. La vieja aya estaba al lado del arca, con Pietro a un lado y Garzia al otro. Los tres la miraban, sus hermanos, sin entender el alboroto; Sofia, sin ninguna expresión en la cara, impenetrable. Parecía que sujetaba a los niños de la mano cada vez con más fuerza y movía los labios casi imperceptiblemente, como disculpándose, o tal vez musitando una plegaria.

Las damas de Eleonora mandaron recado a Vitelli, el cual eligió la forma correcta de transmitir la noticia con delicadeza al padre de Lucrezia. Eleonora y Cosimo se reunieron en las habitaciones de ella y se abrazaron jubilosamente. Cosimo dio autorización para que se escribiera a la corte de Ferrara y se informara de que, felizmente, Lucrezia ya era mujer. A la semana siguiente llegó un mensajero con un contrato —firmado y lacrado con el sello del duque de Ferrara— que había pasado por Bolonia y terminó en el escritorio de Cosimo. Lo acompañaba una carta del propio duque: esperaba con alegría e impaciencia la santificación de la unión de su hijo con mi señora Lucrezia; felicitaba sinceramente al gran duque de la Toscana y a su familia; siempre estaban en sus oraciones. Lo único que lamentaba era que su hijo Alfonso debía ir a Francia a la mayor brevedad a luchar por el rey. Si el gran duque lo aprobaba, los esponsales podrían

celebrarse al regreso de Alfonso. Entretanto, esperaría con emoción que llegara el momento del feliz acontecimiento.

Cosimo leyó la carta recostado en la silla. La dejó caer en el escritorio y cogió el contrato de matrimonio. Lo repasó cuatro o cinco veces frotándose la barba por debajo de la barbilla con el pulgar. Después eligió una pluma de las que le presentó un ayudante en una bandeja e intercaló unas líneas entre varias de las frases de Ferrara. Anotó cambios en algunas sumas y tachó una demanda sobre la herencia de tierras en el norte. A continuación redactó un breve mensaje en el que explicaba sus enmiendas y pedía a Ferrara que aceptara esas pequeñas puntualizaciones; remitió al duque a su última misiva de finales de primavera, en la que le pedía que retirara esas cláusulas del contrato. Confirmó que los esponsales se celebrarían, efectivamente, cuando Alfonso regresara de Francia, cosa que podía suceder, le comentó a Vitelli, que estaba detrás de él, dentro de un año o más.

Firmó, acercó una barra de lacre a una llama, la dejó sangrar sobre el documento y apretó el caliente círculo rojo con su sello, sancionando así el desposorio de su quinta hija con el representante de una antigua familia imperial.

Poco después llegó un emisario de Ferrara con misivas para la señora Lucrezia de la región de Florencia.

Las llevaron desde las puertas del *palazzo* a los despachos de Cosimo, donde se inspeccionaron por primera vez, y después a la cámara de Eleonora, donde las examinaron la duquesa y todas sus damas; por fin llegaron a la habitación que ahora ocupaba Lucrezia, una estancia cuadrada de techo alto que había debajo de la capilla.

Se sentó junto a la chimenea, cogió los documentos sellados que la criada le había dejado en el escritorio y los miró con los ojos entrecerrados. En estos momentos todavía afirmaba ante todo el mundo que no quería desposarse con el hijo del duque, que no sería la sustituta de su hermana, aunque sabía muy bien que la maquinaria de la boda seguía funcionando inexorablemente. Parecía que sus padres y toda la servidumbre tenían un acuerdo tácito: pasar por alto sus protestas, y seguían adelante con los preparativos: debatían sobre las recetas para diversos banquetes, sobre la conveniencia de poner cortinajes nuevos en el gran salón, sobre si debían servir solo vinos toscanos en las cenas, sobre qué músicos serían los que tocarían en la galería y cuáles abajo, en el salón, sobre costureras que hicieran trajes nuevos de boda para toda la familia. Y ahora esto: una carta del propio hijo del duque.

Levantó el sello con la uña y se dio cuenta de que ya estaba roto,

aunque solo le sorprendió levemente. Sí, claro, la habrían leído sus padres antes de que se la entregaran a ella. La hoja estaba doblada en cuartos, como los libros y, cuando la alisó encima del escritorio, vio que una letra sinuosa y segura la cubría por completo. Empezaba con las palabras «Mi querida Lucrezia».

El calor le subió de repente a la cara. No sabía decir qué la asombraba más, si el posesivo «mi» o la inquietante ternura de «querida», o incluso, por cierto, ver su nombre escrito de puño y letra del propio Alfonso. Nadie se había dirigido a ella así hasta entonces. Era «mi querida» para alguien, era la Lucrezia de alguien: le pareció que las tres palabras se enroscaban en ella como una serpiente y, por un instante, se vio rodeada de un par de brazos que le envolvían todo el cuerpo.

Volvió a leer —«Mi querida Lucrezia»— y continuó: «¿Puedo llamarte así? Es lo que eres y serás para mí».

El papel le temblaba entre las manos y lo dejó en el regazo; la tela del vestido le proporcionó un asiento estable a la misiva, pero no fue capaz de evitar que la mirada resbalara por la página y saltara al azar de unas palabras a otras. Los ojos le dijeron: «Bendición, fervientemente, emoción, fructífero, luchar por el rey, ruega, fiel».

Sin soltar del todo los bordes de la carta, se obligó a seguir las líneas en orden. Decía que le llenaba de júbilo que los esponsales fueran a celebrarse pronto. Que sería un día muy feliz. Que la emoción embargaba a su familia y a él, además de a la corte en pleno. Que, sin embargo, lamentaba infinitamente tener que partir esa misma semana con destino a Francia, pues había prometido luchar por el rey Enrique. Que pensaría en ella, en su Lucrezia, todos los días que estuviera en tierras lejanas. Le pidió que rogara por él, su futuro marido, y por su regreso sano y salvo. ¿Podría dedicarle un poco de tiempo y escribirle unas líneas? Que por favor le contara cómo pasaba las horas, las cosas que hacía. Sus cartas serían una bendición y esperaba fervientemente que su matrimonio fuera fructífero y feliz. Se despedía su amante y fiel prometido, Alfonso.

Quiso escribirle inmediatamente para decirle que lamentaba no poder contraer matrimonio con él y que esperaba que lo comprendiera. Sin embargo, sabía que no había ninguna esperanza de que la misiva llegara a sus manos. Su padre, los secretarios y los ayudantes la interceptarían y su madre la castigaría por escribirla.

De todos modos, tenía que responderle algo. Así era como se hacían las cosas. Un hombre escribía a una mujer —ella no lo llamaría «prometido»: era incapaz de adjudicarse esa palabra— y la mujer respondía. Pero ¿qué podía decirle en esas cartas? ¿Que recorría los

pasadizos? ¿Que pasaba horas asomada, mirando la plaza? ¿Que tocaba el laúd, traducía del griego y después buscaba algo que pintar? ¿Qué podía escribirle que pudiera interesar a un hombre como el futuro duque de Ferrara?

Oyó una tos y levantó la mirada. La criada que había traído la carta seguía en la puerta. A Lucrezia se le había olvidado que estaba allí.

—¿Sí? —le dijo, intentando actuar como una mujer acostumbrada a recibir cartas del hombre al que estaba prometida (fervientemente, fructíferamente, felizmente).

—Con permiso —musitó la criada—, su señoría, vuestra madre, ha dicho que el emisario está esperando la respuesta.

—¡Ah! —dijo Lucrezia—. ¿Está esperando?

¿Acaso tenía que responderle al momento? No tenía la menor idea de que tuviera que hacerlo con tanta prisa. ¿Qué decirle? ¿Dónde buscar las palabras?

Se volvió hacia el escritorio, que estaba lleno de cosas: sextantes, un mapa astrológico, un telescopio recogido sobre sí mismo, varios cálamos que había afilado ella misma, un cortaplumas, un cuenco con una mezcla reseca de aceite de linaza y restos de cardenillo en polvo. Lo empuja todo hacia la izquierda, después hacia la derecha: busca algo, lo que sea, para escribir: una hoja de papel en blanco. No podía escribir a un hombre que se disponía a ir a la guerra en un pergamino manchado de pintura o agujerado por las puntas del compás. Su madre querría ver la carta y, si Lucrezia no presentaba algo bien escrito, perfecto y…

La criada entró en su campo de visión y dejó dos objetos en el borde mismo del escritorio. Lucrezia quería decirle, no pongas nada más aquí, ya ves que intento hacer sitio, pero la criada habló de nuevo:

—Con permiso, mi señora, el emisario ha traído esto para vos.

Lucrezia echó una mirada a los paquetes: uno era pequeño, envuelto en un paño y bien atado con bramante; el otro era plano, envuelto en lino. Cogió el pequeño y, cuando iba a deshacer el nudo y a quitar el envoltorio, se fijó en las dimensiones del otro. Era largo, rectangular, con las esquinas en punta. Movió la mano del pequeño al grande. Metió un dedo por debajo de la cuerda que lo ataba y se lo acercó.

Seguro que adivinaba lo que era: un retrato de Alfonso. Así podría verle la cara, fijarse bien en los ojos.

¿Dónde estaba el cortaplumas? ¿Dónde lo había metido? Abrió la arqueta, revolvió entre las plumas y los frascos de pintura.

Dirigiéndose a la criada, preguntó:

—¿Tienes una navaja o unas tijeras?

La chica la miró fijamente e hizo un gesto negativo con la cabeza.

Lucrezia se volvió al escritorio, cogió un compás y empezó a tirar del nudo con la pata de la aguja. A la tercera vez notó que la cuerda cedía. Dejó el instrumento y deshizo el nudo, quitó el bramante y los envoltorios rasgando de una en una las capas de paja y lino, hasta que encontró la parte de atrás de una tabla. Sí, había acertado: sería un retrato del prometido. Vamos a verte, pensó, mientras le daba la vuelta.

Pero se equivocó por completo. Lo que le mandaba Alfonso en ese paquete la confundió del todo. En vez del rostro que esperaba, el que recordaba vagamente de aquel día en la torre, había otra cosa. En la *tavola*, unos ojos brillantes como gemas la miraban inquisitivamente, la cola recogida alrededor de las patas, levantando en el aire una pata delantera. Nunca había visto nada igual. Era del color de la madera, tenía una piel lisa y garras; el hocico estrecho, con la nariz de un tono marrón rosado, el pecho blanco como la leche y una vaporosa insinuación de bigotes.

Parecía una nutria, un visón o un osito diminuto: cualquiera, pero ninguno de ellos. Se le escapó una pequeña exhalación de sorpresa. Era increíble que ese hombre mandara un presente tan inesperado y desacostumbrado. Los regalos de compromiso siempre eran retratos o joyas, eso lo sabía. Y, sin embargo, su futuro esposo le había mandado esto. Un amor absoluto y espontáneo por el animal pintado la inundó de repente de los pies a la cabeza. Se puso las manos debajo de la barbilla, incapaz de contener el gozo que sentía.

La criada que, sin que Lucrezia la viera, había recogido del suelo el lino y la cuerda, le entregó un papel doblado que se había caído con los envoltorios.

Lucrezia lo cogió y, distraída, sin dejar de mirar el cuadrito, lo desdobló.

Otra misiva, pero más breve:

Queridísima mía:

Te envío este presente porque recuerdo que sientes cierto cariño por los animales y, además, me han hablado de tu afición a la pintura.

Esta obrita siempre me ha gustado mucho, ha estado colgada en mi habitación desde que era un chiquillo, y ahora sería de mi agrado que la tuvieras tú. Es un retrato de una garduña, o *faina*, como la llamamos aquí, un animalito atractivo pero tímido que habita en los bosques de Ferrara. Veremos muchas cuando

cabalguemos juntos por aquí.

Son silvestres, naturalmente, pero tal vez aceptes esta, domesticada para ti en óleo. Espero que, cuando la mires, te acuerdes de mí y de nuestro próximo casamiento.

Siempre tuyo, Alfonso

Dejó la carta en la mesa. Tocó suavemente el lomo del animal pintado y percibió los contornos y las pinceladas del óleo y de los pigmentos: una serie de mensajes secretos de quienquiera que lo hubiera pintado. Una criatura silvestre en lugar de un retrato sin gracia del futuro esposo. ¿Qué diría su madre? Y ¿su padre? No les parecía nada bien. Se llevó la mano a la boca para contener la risa.

Faina, susurró paladeando la palabra: la doble encarnación de la letra *a*, la fricción de la *f*. Era la primera palabra que aprendía en la lengua de Ferrara. La garduña —duende del bosque, habitante de los árboles, espíritu de la foresta— la miraba con picardía.

Le tocó el pelaje más oscuro de la cola, las afiladas uñas perladas. La desconcertó el grosor de la pintura, la abundancia de las capas, la forma en que el óleo sobresalía con orgullo de la *tavola*. Era conmovedor e inquietante al mismo tiempo que alguien supiera o hubiera adivinado que esta era la forma de llegarle al corazón. ¿Cómo había intuido tanto después de tan breve encuentro y tan lejano en el tiempo?

La puerta se abrió de golpe, sin ninguna ceremonia, e Isabella entró en la habitación. Llevaba colgada de la muñeca una jaula dorada con un canario, un pajarito exquisito que, cuando lo ponían a los rayos del sol, levantaba la cabeza y derramaba brillantes notas musicales por el piquito. A Isabella le gustaba pasear con él por el *palazzo*, para que respirara aire fresco.

—Ha llegado a mis oídos —dijo, posando la jaula— que has recibido presentes de Ferrara. Veámoslos.

Lucrezia cogió la *tavola* de la mesa con una expresión radiante.

—Mira —dijo—, nunca lo habrías adivinado.

—¿Es un retrato? Enséñamelo —dijo Isabella, avanzando por la habitación con unos ruidosos zapatos de tacón. Miró por encima del hombro de su hermana y soltó un gritito—: ¡Dios mío! —exclamó retrocediendo—. ¿Qué es eso?

—Es una *faina*, de los bosques de…

—Parece una rata. ¿No te ha mandado nada más? —dijo Isabella con repugnancia—. Ese hombre no está en sus cabales. ¿Padre sabe que te ha mandado un cuadro viejo de una rata? Es un ultraje, un insulto a la familia y a ti, absolutamente…

—Había algo más —dijo Lucrezia soñadoramente, mirando el

contraste que había logrado el pintor entre la rigidez de los bigotes y la blandura del vientre—. Me parece.

—¿Dónde está? —preguntó Isabella, exigente.

—Por ahí —dijo Lucrezia, señalando con imprecisión.

La criada se adelantó, cogió la cajita de debajo de unos papeles y se la pasó a Isabella.

—Hummm. —Isabella le dio la vuelta entre las manos; se la acercó al oído y la sacudió un poco. Un ruido metálico—. Esto es más prometedor.

Sin mirar siquiera a su hermana, quitó el bramante y la tela que envolvían el paquetito, los tiró al suelo y vio un estuche forrado de piel.

—¡Ajá! —dijo, y levantó la tapa.

Lucrezia seguía mirando la garduña, preguntándose por el evidente grosor de la pintura, así que no se enteró de lo que había descubierto su hermana. Solo la oyó contener el aliento y decir:

—Lucrè, mira.

—¿Qué? —murmuró, sin darse la vuelta.

—¡Mira! —insistió Isabella dándole un golpe en el hombro—. Olvida a esa rata horrenda un momento, anda, y…

—Me has hecho daño —protestó Lucrezia frotándose el hombro —, y no digas…

—Si no miras ahora mismo —gritó Isabella— te rompo los tímpanos, pulguita. Me vas a volver loca.

—¿Qué quieres? —cedió Lucrezia y, con un suspiro, dejó de mirar la *tavola* y se volvió en la silla.

A pesar de todo, contuvo el aliento al verla. Su hermana sujetaba una joya de un rojo asombroso. Un enorme rubí engastado en oro, rodeado de perlas y ensartado en una escurridiza cadena de eslabones con incrustaciones de rubí, para ponérselo alrededor del cuello, supuso. La piedra grande tenía un color puro y ardiente, como una gota de vino congelada. Llamaba la atención infaliblemente; era lo más brillante de toda la habitación.

—Bien —dijo Isabella—, a esto sí lo llamo yo un regalo de compromiso.

Lucrezia no dijo nada. Miraba el colgante, la luz que parecía concentrarse a su alrededor y hacía palidecer todo lo demás, en comparación. Resultaría pesado llevarlo colgado al cuello. Tiraría de la piel, la aplastaría.

—Qué injusticia —musitó Isabella, irritada, colocándose la joya en el cuello y mirándose en el cristal de encima de la chimenea, volviéndose a un lado y a otro—. Paolo no me ha regalado nada tan

refinado. Además me realza mejor que a ti el tono de la piel. A ti no te sentará tan bien.

—¿Por qué? —preguntó Lucrezia.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no me sentará bien a mí?

—Porque —respondió, mirándose todavía— a ti estas cosas te son indiferentes, ¿verdad?

Lucrezia miró el cuadro del animal otra vez, el dorado lustroso del marco.

—Sí, eso creo —murmuró.

—Lo quiero —dijo Isabella, sujetando el colgante en el aire con el brazo estirado—. Me lo puedo quedar, ¿verdad? Me lo vas a dar.

Lucrezia miró a su hermana: el destello combativo y codicioso de los ojos, el gesto resuelto de la boca. Dejó pasar unos momentos.

—¿Quieres que le escriba y le diga que gracias por el regalo y que mi hermana ha decidido quedárselo?

Isabella le sostuvo la mirada un poco más mientras pensaba en las posibles evoluciones de la situación y después soltó un suspiro de impaciencia.

—Padre no lo consentiría —dijo, más para sí que para Lucrezia—. Qué injusticia —repitió, y dejó el colgante con su cadena en el estuche otra vez. Estaba a punto de cerrar la tapa, pero se detuvo—. Ha escrito algo aquí, en la tapa, por dentro.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Te lo leo? —Sin esperar respuesta, Isabella puso una voz grave, masculina y entonó—: «Esta joya era de mi abuela, que se llamaba igual que tú: de una Lucrezia para otra Lucrezia». —Cerró el estuche con una mano y se lo tiró a su hermana al regazo—. Ahí tienes —dijo mordazmente—. Toda tuya. Buena suerte con ese mentecato pomposo.

Dio media vuelta y cruzó la habitación; al llegar a la altura de la cama se tumbó boca abajo.

Lucrezia puso el estuche en la mesa, a su lado. Lo abrió y examinó el colgante. Rodeado de piel, perdía un poco de su inquietante belleza y de su esplendor. Parecía manejable, más cercano. ¿Quién había tenido la idea de rodearlo de perlas, como una boca con dientecitos, el artesano o la abuela? ¿Cómo sería esa otra Lucrezia? Sabía, porque se lo había contado su padre, que la abuela de Alfonso era una mujer famosa por su belleza y que la habían retratado muchos pintores. ¿Le habrían hecho alguno luciendo el colgante? Podía preguntárselo a él en la carta. Cogió pluma y cortaplumas y empezó a afilar la punta.

Sabía que Isabella estaba detrás de ella, tumbada en la cama,

murmurando: «El duque de Pomposidad. De una Lucrezia para otra Lucrezia. Será mentecato. Duque de Fer-rata. ¿A quién se le ocurre mandar una rata y una joya? Mentecato».

Lucrezia no dijo nada, se limitó a acercarse un pergamino. Era la única forma de afrontar las rabietas de Isabella: no prestarles atención, esperar a que se le pasaran. Sujetó la página con una mano y la pluma con la otra. ¿Cómo empezar? ¿Queridísimo Alfonso? ¿Su Excelencia? ¿*L'Altura*? ¿Querido mío?

Se mordió el labio; la tinta de la pluma se estaba secando, la página seguía en blanco, el emisario esperaba la respuesta, Isabella estaba en la cama canturreando una canción de maridos de la cofradía del puño cerrado y cortos de…

Lucrezia hizo oídos sordos y se aisló de todo lo que la rodeaba. Se puso el dibujo de la garduña delante de la vista, apoyado en un jarrón. Lo miró y lo remiró. Tenía la curiosa y desconocida sensación de que la habían observado e incluso entendido quizá. Qué raro le resultaba que la persona que parecía comprenderla como si le hubiera visto el alma por dentro fuera un hombre que solo la había mirado un momento.

Pensó en su padre, cuando observaba a su madre a escondidas, detrás de una cortina diáfana, en Nápoles, y en que en ese mismo instante había resuelto que sería su mujer. ¿Era posible que el hijo de este duque hubiera llevado en el corazón la imagen de una niña con un ratón en la mano en las murallas de la torre, y que, cuando murió Maria, su anterior prometida, hubiera volcado sus afectos en ella?

Un par de días después, con el óleo de la garduña bajo el brazo y acompañada a su pesar por una dama de su madre, iría a buscar al maestro de dibujo, que solía estar trabajando en alguna parte del *palazzo*. Lo encontraría por fin en un pasillo, subido a una escalera de mano, con el *signor* Vasari en persona, trazando un primer boceto en el techo para un fresco de la diosa Juno en un carruaje de pavo real. Dejaría la *tavola* en la mesa, al lado de las tizas, y vería que los dos hombres no podían quitarle los ojos de encima, como gatos a una presa. El maestro de dibujo se bajó de las escaleras, lo cogió y lo sostuvo con delicadeza entre las manos, sin tocar la superficie pintada, mientras Vasari, detrás de aquel, lo miraba por encima de su hombro. El maestro le diría que era obra de un gran pintor. Fijaos en la gradación del color aquí, en estas delicadas pinceladas: parece que el animal está en movimiento. Vasari asentiría y diría, con una voz grave: excepcional. Ella les preguntaría lo que quería saber: por qué la pintura era tan gruesa, por qué el pintor había aplicado tanta cantidad. Vasari y el maestro lo pensarían unos momentos sin dejar de

hablar de la garduña, de la viveza de la cara, de la pata levantada, y Vasari cogería la *tavola* de manos del maestro y la inclinaría para verla de canto. Después le explicaría la práctica de pintar sobre pintado. Un artista plasmaba una escena o un retrato y después lo cubría con otro motivo completamente distinto. Se hacía a menudo, cuando el primer intento no resultaba satisfactorio o cuando no se disponía de dinero para material o si se deseaba ocultar un trabajo anterior por el motivo que fuera o simplemente si se deseaba dar a la obra una sensación de veladura, de luz y sombra. Una *tavola* o un lienzo, le explicó Vasari, puede tener tres o cuatro capas diferentes, todas secretas, unas encima de otras. Como esta. Quiero probarlo, le diría al maestro joven, y Vasari suspiraría y movería una mano, como despidiéndolos. El maestro se limpiaría las manos con un trapo. Vamos, le diría, empecemos ahora.

En su habitación, con Isabella todavía tumbada en la cama y el canario dentro de la jaula, que la miraba con un solo ojo brillante, alisó la hoja, dispuso la pluma y escribió las letras de su nombre por primera vez: «Querido Alfonso».

En un lugar oscuro

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Más tarde se despierta con una sensación de vértigo, como si subiera a toda velocidad por una ladera o pasara de un reino a otro.

Levanta la cabeza de la almohada y escruta la densa y opresiva oscuridad. ¿Dónde está, qué sitio es este? Busca las ventanas geométricas del *castello*, a la derecha, pero no hay nada. Vuelve la cabeza para ver los altos paneles opacos del *palazzo*, pero tampoco. No lo entiende. ¿Dónde está el cuadro de la *faina*, por qué no está en la repisa de la chimenea?

Entonces distingue una cortina de la cama, solo una, corrida, como si alguien se hubiera ido con prisa, y más allá, el ángulo de una pared envuelta en la oscuridad de la medianoche, y recuerda: la *fortezza*. Está en la *fortezza*.

Pero ¿dónde está Alfonso? No lo ve por ninguna parte. Se ha ido. No está en la cama. La mesa estará a la izquierda, con todos los esbozos para el dibujo que ha ideado por la noche, y, al otro lado…

Con una inmediatez horrible comprende que está a punto de vomitar.

Se incorpora de golpe buscando a tientas el borde de la cama. A ver si puede apartarse de la cortina, del colchón…

—¡Emilia! —la llama, pero su voz le resulta desconocida, ronca, indistinta, como si viniera de muy lejos—. ¡Clelia!

Entonces se acuerda de que no están con ella, de que se quedaron en Ferrara.

Le duele mucho la cabeza, como si tuviera la mandíbula demasiado encajada en el cráneo. Los músculos del cuello se han retorcido, son nudos fuertes y brillantes que obstaculizan el paso de la sangre a la cabeza. Nota los huesos de las órbitas de los ojos, las raíces de las muelas, las cavidades de la nariz: como si estuvieran inscritos en la oscuridad con una tinta deslumbrante; es como si cantaran agónicamente en un tono agudo.

Sigue palpando hasta dar con la cortina, tira de la tela, se cae de la cama. Tiene arcadas, se le revuelve el estómago, un ácido amargo se le sube a la boca; más arcadas, pero ahora se le escapa un chorro líquido ardiente y fétido. Es como una erupción de lava que se abre camino al exterior borboteando hasta la boca del volcán. La cabeza transparente, sobresaltada. Va a sacar hasta lo último que tenga dentro. Se pone a cuatro patas como un animal, tose y vomita hasta que el estómago se vacía, hasta que escupe sangre y bilis por la escaldada e irritada boca.

Vuelve a llamar, pero los gruesos muros se burlan de ella, le

devuelven una voz tan débil e intrascendente que se calla. Se ha manchado la camisa, se la quita y, sin saber qué hacer, vuelve a la cama. Se le ocurre, como desde lejos, que en su vida había estado tan sola: siempre ha habido alguien a quien llamar, a quien recurrir, toda su vida.

Unos momentos después empieza a temblar. El temblor se inicia en los pies, le sube a los tobillos, a las piernas, las mantas se mueven, dejan escapar unas burbujas de aire caliente que la hacen gemir y encogerse sobre sí misma. Después parece que el malestar la agarra por el cogote. Está enfadado con ella, eso lo sabe. Está furioso. Ella le ha hecho algo terrible e imperdonable, algo que le ha provocado una cólera cada vez mayor. La zarandea entre sus garras, le sacude los dientes en las encías de acá para allá, le vapulea los brazos y las piernas en todas direcciones. Las mantas se caen al suelo, las manos se le cierran, las muñecas se le retuercen, los músculos de las piernas se estremecen y se solidifican. No se reconoce; es un ser completamente a merced de una fuerza más potente, como una pulga a lomos de una fiera rabiosa, como un membrillo suelto en una olla de agua hirviendo.

No puede hacer nada. Es incapaz, está completamente a merced de esa fuerza despiadada. La empuja de un lado a otro; le aprieta la cabeza contra las almohadas, la tira hacia delante, después hacia atrás. Le deja los brazos rígidos, le contrae los dedos como garras. Casi no puede hacer pasar el aire por la helada garganta hasta los petrificados pulmones.

Podría morir. Es una cosa que se le presenta de pronto como una gaviota que sale volando de una tormenta, y la examina como puede, envuelta en el remolino de tinieblas de la enfermedad. Podría; lo reconoce; lo acepta. Ha llegado a un momento en el que lo único que ansía es que se acabe la tortura, el sufrimiento físico. Que acabe como sea.

La duquesa Lucrezia el día de su boda

El palazzo, Florencia, 1560

Hay mucha gente en la habitación y el traje de novia la aguarda, extendido en la cama.

En un jarrón de la repisa de la chimenea unas azucenas altas, de tallo largo, presentan la corola como si les fueran a pasar revista. Cargan de perfume el aire que Lucrezia aspira y espira. Cuando se despertó, con las primeras luces del alba, todavía eran capullos cerrados, pero ahora ofrecen a la vista la complejidad de los pétalos y estambres al completo. El olor dulce y pegajoso le llena el pecho, sale, vuelve a llenárselo. Una sombra de polen rojizo rodea el pie del jarrón.

Las criadas entran y salen haciendo ruido con los zapatos de acá para allá. Llaman a la puerta, traen una caja de madera; otra persona la abre y saca varias joyas, de una en una. Una tercera persona le levanta un brazo y le pone unas pulseras, le pasa unos pendientes por el lóbulo de las orejas, le cierra el rubí de prometida alrededor del cuello. La única persona que no se mueve es Lucrezia. Se encuentra en el centro de toda esta actividad como un junco atrapado en la corriente de un arroyo.

Tres doncellas la rodean, cada una le desenreda unos mechones de pelo, le tiran del cuero cabelludo con peines. Una de ellas, una niña de la edad de Lucrezia que tiene una cicatriz curva entre la comisura de la boca y el cuello, la peina de una forma singularmente suave, deshace los enredos con mucho cuidado en vez de tirar con fuerza del peine, y Lucrezia desearía decirle lo mucho que se lo agradece.

Mientras está sentada se entretiene pensando en cómo pintaría las azucenas, cómo captaría las salpicaduras sonrosadas del interior, la blancura de cisne de los pétalos exteriores, los estambres cargados de néctar, la fuerza y la fragilidad que tienen a un tiempo. Mueve la pierna, tapada con el *camiciotto*, de arriba abajo, una y otra vez. No puede parar: le resulta intolerable estar quieta tanto tiempo. Quiere saltar, echar a esas mujeres que la rodean, arrancarles de las manos el pelo que le peinan y ponerse a andar por la habitación, quitarse las pulseras, que tintinean, mover los hombros, estirar el cuello de un lado a otro. Y sobre todo, echar a todo el mundo de la habitación a voces, para disponer de unos momentos y pensar un poco.

Pero hoy no habrá sesión de dibujo. El traje de novia espera y las azucenas van a terminar en sus manos, y las llevará por delante del cuerpo, como si fueran un escudo o una lanza, hasta llegar al altar.

Un gran triángulo de luz, una copia amarilla, exacta a la ventana que hay detrás, aparece de pronto a sus pies, en el suelo, como si

quisiera atraparle el tobillo. Observa cómo se dobla en su camino alrededor de los objetos, cómo envuelve un par de zapatos, un trapo que se ha caído, una camisa olvidada.

Cerca de la cama, dos criadas discuten apasionadamente en susurros. Hablan del traje, del orden en que deben ponérselo. Ve que una levanta una manga y dice, esto, en un tono imperioso, y que la otra hace un gesto negativo con la cabeza y toca el corpiño del vestido con energía. Con un ademán exagerado, la primera se lleva la mano a la frente y dice que si no tardaran tanto en peinarla ya estaría vestida. Están inquietas, porque Eleonora les ha ordenado tajantemente que vistan y engalanen a Lucrezia como a una duquesa, porque en eso se va a convertir, dijo, con una extraña sonrisa. El anciano duque, el padre, ha muerto y ahora el duque de Ferrara es Alfonso; Lucrezia ha oído rumores de que por eso ha vuelto de Francia, para tomar posesión de la corte, y no, como dice su madre, para ir a buscar a la novia. Sea por lo que sea, hoy se convertirá en duquesa, desde el momento en que concluya la ceremonia. A veces, cuando está sola, pronuncia esta palabra para sí una y otra vez —*duchessa*, *duchessa*— haciendo un amasijo de sonidos con ella. Es como si las tres sílabas pelearan entre sí, la dogmática «du», la ruda «que» y la susurrante «sa» final. Es raro que pronto vaya a formar parte de su nombre para siempre.

Sabe que anoche, en el *palazzo*, unos actores vestidos de terciopelo bordado hicieron una serie de representaciones en honor del nuevo duque. Que había doce indios y doce griegos que se acompañaban de una música celestial. Que las damas florentinas bailaron y se sirvió una larga serie de platos deliciosos en las grandes mesas del salón —quizá también por eso estén las criadas cansadas e irritables: se acostarían tarde—; que se celebraron fiestas en la ciudad, se asaron cerdos en las hogueras y la gente se divirtió toda la noche. Que su padre organizó un juego de *calcio* enfrente de Santa Croce en el que participaron miles de personas, y que un joven del barrio del este resultó herido de gravedad defendiendo a su equipo. Que su padre había mandado una bolsa de *scudi* a la familia del joven para recompensarlo por su arrojo y su valor.

Sabe todo esto, pero no porque estuviera allí, sino porque se lo ha oído contar a las criadas: las representaciones, las velas, los cerdos asados, el *calcio*, los *scudi*. Le habría gustado estar presente en las habitaciones o tal vez incluso en la galería de arriba, y ver el baile y a toda esa gente. Suplicó y suplicó a su padre y a su madre, pero se lo negaron. Agarró una pataleta y lloró, ¿por qué no puedo, por qué? Pero sus padres no quisieron, con gestos de resignación le dijeron que

debía quedarse en su cámara. No está bien que se vea a la novia antes de la boda.

El espejo le devuelve un rostro de mejillas subidas de color, ojos brillantes, cabello recogido en mechones ondulados, que seis manos de criadas le peinan y le trenzan; le dan un aspecto sobrenatural, como si flotara y ascendiera hacia el cielo.

El traje de boda aguarda; lo ve a su espalda, esperando su momento, una forma vacía que la envolverá.

El tañido de la campana desde el campanario llena el aire que las rodea. Da las cinco, las seis, después, las siete. A continuación, un instante después, tocan las otras campanas de Florencia, como si la ciudad tuviera eco y se llamara y se respondiera a sí misma. Todavía no han muerto las últimas vibraciones en las paredes de la habitación cuando las criadas empiezan a espantarse. Corren de la puerta a la ventana, del cofre a la cama, apuraos, se dicen unas a otras, rápido, apuraos. La mujer que ha levantado la manga del vestido recrimina a las que la peinan, por qué no terminái s de una vez, sois tan lentas que nos van a castigar a todas por vuestra culpa. La mayor de las doncellas, que acaba de empezar a enroscar las largas trenzas dándoles muchas vueltas y a sujetárselas a Lucrezia en la cabeza, le dice que cierre la boca o se la cierra ella.

A Lucrezia nunca le han cortado el pelo desde el día en que nació: suelto, le llega a los tobillos, un bruñido río cobrizo que cae desde la cabeza hasta el suelo. Puede envolverse en él como si de un sudario se tratara. Puede esconder muchas cosas: suelto, a toda ella; recogido, flores, semillas e incluso pequeños animalillos. Cepillado, cobra vida, se transforma, se separa en zarcillos sinuosos cuyas puntas se levantan en el aire semejantes a hilos sueltos de telaraña. Cuando se lo peinan manos expertas, como ahora, se puede entretejer y sujetar en forma de corona o de halo.

Le cruzan las trenzas por encima de la cabeza y las dejan caer sobre las orejas y los pendientes siguiendo la curva del cuello hasta sujetárselas en la coronilla. Le bajan el velo para ponerle una diadema de oro que ha traído Vitelli en persona de la cámara forrada de hierro.

Las doncellas siguen discutiendo entre ellas. Una hace un comentario un poco grosero sobre los maridos, otra suelta una risita y la mayor les dice secamente que se callen. De pronto la diadema le parece demasiado ajustada: le aprieta la cabeza y le clava cien horquillas puntiagudas de latón de las que sujetan el pelo. Encoge los dedos de los pies dentro de las zapatillas y se repite el consejo de Sofia a propósito de la noche de bodas: déjale hacer lo que quiera, no te niegues ni te opongas, respira profundamente y enseguida terminará.

Le habría gustado contestarle que no, que su forma de ser no consistía en someterse y consentir.

Después le levantan el velo y ve que la criada de las manos suaves y la cara marcada le está indicando que se ponga de pie.

Da media vuelta y se encuentra con el vestido.

Aquí llega, en brazos de dos criadas. Se acerca como una vela desplegada hasta donde está ella, preparada con la camisa y el velo. Las ondas de la tela parecen agua corriente; una miríada de azules centellea en la seda, desde el claro de un cielo despejado hasta el oscuro inescrutable de la tinta. El organdí dorado parte el azul por el centro como un camino lustroso y brillante.

El vestido se abre en las diestras manos de las doncellas, se desenrolla como un mapa y, plano e incomprensible, flota un momento. Después se lo colocan por delante y la envuelven en él. Le ciñen el corpiño, una doncella tira de las cintas, otra sujeta la tela para que no se separe; los brazos entran en las mangas, rígidas y voluminosas; la muchacha de la cicatriz se sitúa a la altura de su hombro y se las abrocha con movimientos rápidos. Lucrezia se encuentra pensando en esta muchacha que la trata con tanta dulzura. Seguramente no es mucho mayor que ella; tiene el pelo de un color semejante al suyo, pero más claro, unos rizos se le escapan de la cofia. Le ve unas manchas de sudor en las axilas y alrededor del cuello. La cicatriz se curva desde la comisura de la boca hasta el cuello y pone su belleza de relieve, la realza en cierto sentido.

Lucrezia nota el corpiño ceñido a la cintura por la espalda; nota el cuello y las mejillas rojos como la grana y un escozor alarmante en los párpados. La muchacha que le ata las mangas está ahora delante de ella, anudando los cordones de las axilas, y la mira un instante, pero enseguida desvía la vista, y, ¿Lucrezia se lo imagina o la chica la vuelve a mirar con lástima y compasión? ¿Cómo es posible que, con esa cicatriz y siendo una criada, sienta pena por ella?

Y ya está. Le han puesto el vestido. Le llega hasta los tobillos, le cubre las muñecas: es una fortaleza de seda que la rodea por completo. Por arriba, el pelo recogido, el colgante de rubíes; por abajo, los pies, enfundados ahora en unos zapatos de raso.

En el espejo ve a una muchacha rodeada de un mar azul y dorado, a semejanza de un arcángel que hubiera caído a la tierra.

Las criadas le ponen las azucenas en las manos, le indican que avance y ella va hacia la puerta.

El vestido se desliza alrededor de ella susurrando un galimatías propio: el roce de la seda contra las enaguas, de tela más recia; el estremecimiento de las ballenas de madera del corpiño contra su

envoltura; la presión y la fricción de los puños contra la piel de las muñecas; el cosquilleo y el pellizco del rígido cuello contra la nuca; el crujido de la armazón contra las caderas, que parece la jarcia de un barco. Es una sinfonía, una orquesta de telas, y Lucrezia querría taparse los oídos, detenerlas con las manos, pero no puede. Tiene que seguir así hasta la puerta; tiene que cruzarla, salir al corredor, donde hay gente esperándola: los oficiales de su padre, el séquito de su madre. Tiene que dejar atrás esta habitación y este *palazzo* y quizá nunca vuelva a dormir ahí.

La guían por muchas estancias, una detrás de otra, cruzando puertas y arcos de mármol. Las puertas se abren, las caras la miran.

Desvía los ojos al acercarse a la que fuera la habitación de Maria, pero antes ve que, increíblemente, la puerta está entornada y deja escapar un rayito de luz que cae en el corredor. Aprieta el tallo de las azucenas. ¿Puede haber alguien dentro? ¿Han dado la habitación de Maria a otra persona?

Se le ocurre de pronto que podría tratarse del duque de Ferrara. Sí claro, se la habrán dado a él, ¿a quién, si no, con tantos invitados, visitas, cortesanos y criados como hay en el *palazzo*? Ninguna otra sería digna de él.

La habitación de Maria: su cama, los pesados cortinajes, el cofre lacado en oro, la alta ventana y, al pie, la mesa y el jarrón de cuarzo que siempre tenía allí, el del borde con muescas de adorno. Le gustaba llenarlo de anémonas en primavera y de buganvilla en verano. ¿Seguirá en su sitio, con delicadas flores de color de rosa, como estaría si no hubiera muerto?

Si no hubiera muerto, ahora sería ella la que saldría por esa puerta y se dirigiría a las escaleras seguida por las doncellas, flanqueada por los cortesanos; ahí está Vitelli, en el piso inferior, observándola; después mira hacia el patio y hace una señal a alguien que está esperando. Ya viene, le dice a esa persona que ella no ve.

Está segura de que todos los que la rodean están pensando que tenía que haber sido Maria la que llevara ese vestido y esas azucenas, y no esta, que es más pequeña, más joven, menos bonita y mucho menos simpática.

En lo alto de las escaleras siente el deseo de dar media vuelta y abrir del todo esa puerta, por si ha habido un error y Maria sigue allí, sentada a la mesa, escribiendo cartas, con el jarrón de flores y la luz que entra por la ventana cayéndole en el brillante pelo; y la miraría, molesta por la interrupción, y al verla, le diría: ¿Qué demonios haces? ¿Por qué te has puesto mi vestido? Quítatelo ahora mismo.

Da un paso adelante; y después otro y otro más; las finas suelas de

los zapatos se acompasan a su ritmo. La muchacha de la cicatriz en la cara va a la derecha; le sostiene la muñeca, la ayuda a bajar las escaleras. ¿Creerá que Lucrezia va a caerse?

Vitelli se pone a su lado, la agarra del brazo; avanzan juntos por la aterciopelada oscuridad de la portería. Tanta cercanía le produce una extraña sensación de intimidad, le gustaría apoyarse en él y decirle… ¿qué? Suéltame. Quiero echar a correr. Suéltame el brazo para poder…

Las puertas se abren y una catarata de ruido se precipita sobre ella. No lo sabe, pero acaba de salir del único momento de quietud que tendrá en todo el día: a partir de ahora, todo será movimiento y empujones, charla, órdenes y obligaciones. Ahí está, en el umbral del *palazzo* en el que ha nacido, y lo traspasa, sale de los altísimos muros. La claridad la obliga a cerrar los ojos. Un gran clamor la envuelve como una ola. Bastaría para tumbarla, por eso se alegra en cierto modo de que Vitelli la sujete todavía por el brazo. Abre los ojos y ve la plaza atestada de gente. El pueblo de Florencia ondea banderas y enseñas, grita, todas las caras se han vuelto hacia ella. ¡Cuántas caras! Es asombroso. Todas distintas: unas viejas, otras de ojos grandes, otras estrechas, bocas con dientes blancos, bocas sin dientes, cabellos rizados y cabellos rapados. Niños de pecho en brazos, chiquillos que estiran el cuello para ver algo. ¡Qué variedad de rostros humanos! ¡Cuántas formas distintas de distribuir la boca, la nariz y los ojos! Lucrezia se asombra. Le gustaría pararse y mirarlos a todos, uno a uno, hablar con ellos, preguntarles cómo se llaman y qué los ha traído aquí. Cerca de ella, una mujer, a la que un soldado cierra el paso, repite algo, unas palabras, una y otra vez y alarga una mano implorante. Lucrezia la mira. Con solo estirar el brazo podría tocar a esta mujer, a esta persona de delantal mugriento y cabello despeinado y suelto. De pronto, impresionada, se da cuenta de que lo que repite es su nombre —Lucrezia, Lucrezia— pero, ¿cómo es posible que esta persona lo sepa? ¿Qué significa su nombre para ella? ¿Qué significa ella para esta mujer?

De pronto aparece la carroza, pero no la cubierta en la que suelen montar sus padres, sino la otra, la descubierta, y un soldado sostiene la portezuela abierta. Lucrezia pone un pie en el estribo, entre Vitelli y el soldado la aúpan, con las flores y el vestido, cierran la portezuela de golpe y ya está dentro.

La carroza es alta y parece precaria; la luz y el ruido de la plaza ya no resultan tan desbordantes y Lucrezia busca una posición cómoda para sentarse con el vestido, así que tarda un poco en darse cuenta de que sus padres ocupan el asiento de enfrente.

Eleonora flota en una nube de tejido cruzado; apoya la barbilla en una mano y con la otra se agarra al brazo de Cosimo. Sopesa el aspecto de su hija con una mirada de espesas pestañas.

—Sí —murmura, como si continuara con una conversación previa —, el color te sienta bien, contrasta con los ojos y el pelo. Estaba segura, aunque algunas de mis damas me advirtieron de que tal vez acentuara tu palidez; pero tenía razón yo, al fin y al cabo.

Y sigue mirando atentamente el vestido, desde el corpiño hasta el orillo, varias veces, y luego se acerca a revisar las mangas. Después pone la cara de perfil:

—¿Es que no vas a dar un beso a tu madre en un día tan señalado?

—Sí —dice Lucrezia—. Lo siento, madre.

Se pone de pie con cuidado, sujetando las azucenas. Se esfuerza un momento por no perder el equilibrio —el vestido es enorme y pesa mucho— y se inclina hacia delante poco a poco para besar a su madre.

Qué mejilla tan fresca y suave tiene, como un albaricoque muy maduro, igual de blanda, con esa misma elasticidad delicuescente. El olor es el mismo de siempre: pomada del pelo, aceite de violetas, clavo.

El beso entre la madre y la hija provoca en la multitud una explosión de aclamaciones que rebota por encima de ellas y vuelve otra vez, como si alguien lanzara una brillante pelota dorada de un lado a otro de la carroza.

Al primer restallido del látigo los caballos se ponen en marcha y Lucrezia se cae bruscamente en su sitio.

—¿Ves a toda esta gente, Lucrezia? —dice Eleonora—. ¡Cuánto nos ama!

Lucrezia mira a su madre, que sostiene en alto un pañolito; las puntillas de los bordes ondean con gracia en el aire cálido; Eleonora sonríe al público. Cosimo va con la espalda muy recta y la cabeza alta; no sonríe, pero de vez en cuando saluda regiamente con una inclinación de cabeza. Lucrezia capta un brillo metálico en el cuello de la *camicia* de su padre y entiende que también hoy lleva puesta la cota de malla debajo de la ropa: ha oído decir que jamás sale del *palazzo* sin ella, está seguro de que alguien va a atentar contra su vida. Vuelve la cabeza a un lado y al otro, teme que pueda haber un asesino entre la multitud. Pero las caras florentinas que flanquean la calle se ven borrosas a causa del movimiento, como pinceladas que se disuelven en agua.

—Sí, madre —responde Lucrezia.

La carroza gira a la izquierda y después a la derecha, los caballos tensan los arneses y Lucrezia se bambolea de un lado a otro. Levanta las azucenas para que los pétalos no se ajen. Ve que sus padres se apoyan el uno en el otro y apenas se mueven. Siguen mirando a la muchedumbre, Eleonora saluda con una leve sonrisa.

—Madre —dice Lucrezia.

Se inclina hacia delante, le coge la mano y se la acerca como si, al acortar la distancia, pudiera borrar y reescribir todo lo que ha pasado entre ellas desde el día en que nació. De pronto ve con total claridad, mientras la carroza atraviesa la ciudad de camino a la iglesia, que el vínculo que las une está tenso y crispado, lleno de nudos y sinsabores que jamás llegará a entender; y que siempre ha sido igual. Le gustaría preguntarle, ahora que van sentadas una enfrente de la otra, por qué tiene que ser así entre ellas. ¿No te acuerdas de los *animaletti*, de lo mucho que me gustaban, de la sorpresa que me diste cuando me los regalaste, de lo inconsolable que me quedé cuando mis hermanos los tiraron del alféizar de la ventana? ¿No te acuerdas de cuando decidiste que recibiera clases de pintura?

—Madre —susurra otra vez.

Le aprieta los dedos anhelando como nunca que la incómoda soga invisible que las ata se suavice, se arregle de alguna manera.

La palabra se pierde entre el ruido de las ruedas y el aire que pasa volando. Ve que ya están cerca de Santa Maria Novella; no queda mucho tiempo. Estos son los últimos momentos de su niñez: la vida con su familia se disuelve con cada segundo que pasa. Muy pronto estará casada. El banquete, el baile y los juegos ya han comenzado —hace días que se celebran los esponsales—, muy pronto tendrá que irse.

Pone la otra mano en la rodilla de su madre. Da golpecitos con los dedos como pidiendo permiso para entrar.

Eleonora, sorprendida, mira la mano y después a Lucrezia. Levanta los arcos perfectos de las cejas, la mira de verdad por primera vez en el día y algo le cruza el rostro, algo que le endulza las facciones, como si la voz de la menor de sus hijas le tocara las fibras sensibles de su ser y activara una corriente de comprensión en su fuero interno.

—¿Sí? —dice Eleonora.

—Madre, yo… —Lucrezia busca las palabras, intenta aislar lo que quiere decir. Ahora no puede hablar del hilo complicado y retorcido que las une, la catedral está a la vuelta de la esquina; no puede decirle que está asustada, que el temor que le inspira el matrimonio y lo que la espera en adelante la consume de tal forma que llena el espacio

vacío que hay a su lado en la carroza, que va con ellos, que clava sus garras en la tela del asiento. No hay tiempo para decir todo eso, el momento de contárselo ha pasado, así que recurre a un tema que siempre ha resultado bien entre ellas, y dice—: Cuando te… cuando tú… viste a padre por primera vez, en el camino de Livorno… ¿te…? ¿Cómo hiciste…?

Eleonora la mira con perplejidad. Lucrezia la mira a su vez deseando que la madre entienda lo que ella no es capaz de decir.

—¿Cómo hice qué? —replica Eleonora.

—¿Fue…? ¿Sentiste amor por él cuando… nada más verlo… o fue más tarde?

Eleonora lo piensa un momento y después se encoge mínimamente de hombros.

—La primera vez que lo vi fue en casa del virrey, en Nápoles, y…

—Creía que solo padre te había visto a ti. —Le asombra esta nueva versión de una historia que creía saberse de memoria—. Estabas de espaldas a él, mirando al techo.

Los padres se miran y un hilo íntimo se teje entre ellos como si un gusano de seda de los que cría Eleonora lo tendiera en el aire. El padre parpadea y le toca a la madre la blanca mano.

—No. —Las joyas de Eleonora tintinean con el movimiento de cabeza—. Lo vi, pero fingí que no. Sabía que estaba allí. Sabía que me admiraba. En ese momento supe lo que pasaría.

El padre sostiene la mirada a la madre y se humedece los labios, siempre tan rojos entre los pelos de la barba. Lucrezia aparta la vista. La iglesia de Santa Maria Novella está detrás, lo sabe, sus altas torres se yerguen entre las calles. La madre pregunta si se ve la otra carroza, la que trae a los chicos, y, una vez más, como una carga pesada de la que no puede deshacerse, Lucrezia se da cuenta de que su madre los quiere más a ellos, que, para ella, son insustituibles, que Isabella es la predilecta de su padre y nunca hace nada mal, que nunca les ha quedado cariño suficiente para ella, que siempre será la hija de la que se acuerdan a destiempo, la que se tolera en el mejor de los casos, y quiere preguntar por qué los quieren a ellos y a ella no, es que no veis lo frío que es Francesco y lo cruel que se ha vuelto Pietro, por qué me obligáis a unirme con este hombre que me llevará a Ferrara, si Isabella puede seguir aquí, por qué soy yo la que se tiene que ir.

La carroza se detiene. Lucrezia se traga las palabras como una medicina amarga. Ya es muy tarde para hablar de esas cosas: su tiempo se ha agotado, ahora carecen de importancia. Está a punto de empezar una nueva vida. Volverá a nacer y ya no será la quinta hija de Florencia, pequeña para su edad, a la que no se presta atención:

será la duquesa de Ferrara.

Levanta la mirada hacia la pétrea fachada de la iglesia; mira el campanario, el punto en el que se clava en el cielo de verano, el encuentro del ladrillo marrón con el azul, e, insegura, se pone de pie. Es un alivio entrar en la iglesia: el ruido de la ciudad queda fuera en el instante en que traspasa las puertas.

Su padre y su madre se detienen en la pila del agua bendita y hunden las manos en ella; Lucrezia va a hacer otro tanto, pero de pronto se vuelve y se queda quieta. El edificio en el que se encuentra es asombroso, nunca había visto nada igual. Ante ella se extiende un largo pasillo de baldosas rojas y arcos claros que se repiten a cada lado. La luz entra en haces desde unas invisibles ventanas altas, situadas muy por encima de su cabeza, y atempera el vértice de los arcos trasformando con su alquimia el enlucido blanco en rombos de oro. Los cirios gotean y se animan, puntean la oscuridad, cada uno en el centro de su propia corona luminosa. Los perfiles del techo y los del pasillo central conducen la mirada irremisiblemente hasta un altar rodeado de cuadros de santos con halos dorados y vidrieras de muchos colores.

Impresionada, da un paso adelante; levanta la vista a un lado y al otro, quiere grabárselo en la memoria para poder replicarlo después. Va a necesitar papel, tiza, colores: blanco, rojo, el azul celeste de las vidrieras, el amarillo vivo, el dorado de los halos; percibe un pulso de algo parecido a la emoción o al pánico. ¿Cuándo podrá hacerlo? ¿Cómo va a acordarse de todo? ¿Acaso no es increíble que un edificio de simple piedra esconda un interior como este, un núcleo de gloria, fuego y oro?

Avanzan por el pasillo central. El aire está cuajado de incienso y humo; lo ve retorcerse y dar vueltas en los estrechos haces de luz; se oye cantar en latín en algún rincón. En el suelo que pisa ve una cara de mármol blanco con los ojos cerrados, algo desgastada; el cuerpo está medio sumergido en el suelo, como una persona flotando en el río boca arriba. El suelo de una iglesia, qué sitio tan extraño para una tumba, se dice, para que todos pasen rozando los pies por encima de ti, para que pisen tu descanso eterno.

Están llegando al altar, donde hay un grupo de gente, uno de ellos es un sacerdote con un ropaje blanco y oro tan largo que parece no tener pies, que se mueve sobre ruedas o que flota a ras de suelo.

Esta idea le hace sonreír porque en un sitio tan bello como este, tan santo, nada puede rozarla; aquí no puede suceder nada malo; el espacio inmenso, las etéreas vigas celestiales de la luz, que remedan las de madera del techo, más prosaicas, la colman hasta los bordes.

Percibe que su padre se aparta de repente, cree, por un momento, y después lo nota, un roce respetuoso pero firme.

Una mano le coge la suya. Es grande, con dedos largos y la palma caliente. Ve una parte de la muñeca por una rendija entre el velo y el vestido; lo demás queda oculto por la tela. Vello negro que crece en una misma dirección, del puño hacia fuera, como el cereal cuando sopla un viento insistente; es la muñeca de una persona alta que está a su lado. Esa mano cubre la suya por completo.

Se oye contener el aliento: una breve inhalación en el exclusivo espacio del velo. Parece que su mano haya desaparecido, que se haya subsumido, y que la manga termine en la del desconocido, fuerte y protectora.

Conque este es Alfonso. Está aquí, junto a ella, esperando a que comience la ceremonia. Qué tonta, no haberse dado cuenta. Es él, Alfonso, duque de Ferrara, el hombre que la va a guardar en su castillo con sus bolsas y su dote. Está aquí y es real.

Una espada se levanta sobre sus cabezas; Alfonso ofrece a Lucrezia una *cintura* de oro recubierta de perlas y rubíes incrustados y se la ciñe al talle. Después se yergue y le pone tres anillos en la mano, de uno en uno. El tercero, que lleva su enseña, un águila con las alas desplegadas, le queda un poco grande. Lucrezia tiene que doblar el dedo para que no se le caiga y nota la novedosa presión del aro en la carne mientras mira a su padre, que entrega a Alfonso ceremoniosamente un plato y un *boccale* de plata. Los hombres se saludan con seriedad inclinando la cabeza.

Alfonso entrega estos objetos a un hombre que está justo detrás de él; se vuelve hacia Lucrezia, le levanta el velo desde el borde, se lo pone por encima de la cabeza y de pronto ella ve, puede respirar. Nada se interpone entre el mundo y ella, nada le tapa la visión, nada le impide mover los ojos a su antojo por toda la iglesia y absorberla, no hay nada entre el aire cargado de incienso y su piel ni nada entre ese hombre y ella.

El sacerdote ha dicho que va a comenzar la misa y Alfonso se coloca mirando al altar. Lucrezia tarda un momento en imitarlo.

Muchas palabras en latín flotan por encima de ellos, o tal vez asciendan hasta el techo. Lucrezia ve que no puede concentrarse, que no es capaz de interpretar lo que dice el sacerdote. Capta algunas palabras sueltas y consigue darles sentido —el Padre, el alma, la unión — pero no logra formar oraciones completas. Sabe que debería estar absorbiendo la solemnidad y el sentido de la ceremonia, pero lo único que es capaz de hacer es fijarse en Alfonso todo lo posible: los zapatos y sus lustrosos lados, las partes en las que se percibe el perfil de los

pies a través de la piel, la curva de las largas pantorrillas por debajo de las calzas, el fino nudo de plata que cierra los puños de la camisa. El cabello oscuro, más largo que el de ningún otro hombre que haya visto hasta entonces; le cae sobre las cejas. Y es alto, tal como lo recordaba, de cuerpo fornido como los soldados. Lucrezia apenas le llega a la altura del hombro y sus pies ocupan la mitad de espacio que los de él.

Percibe su respiración, el roce de la ropa cuando estira el brazo para coger la copa y pasársela a ella.

El sacerdote le quita las azucenas, les junta las manos y les indica que se miren de frente. Sigue diciendo cosas y Lucrezia capta «marido», «mujer» y «vida», y entonces sabe que ya está, ya es una mujer casada y jamás podrá dejar de serlo. Ha dejado de ser la persona que siempre ha sido y es otra a la que todavía no conoce, que tiene otro nombre y otra casa. Ahora pertenece a este hombre que está ante ella y, cuando levanta la vista, espera encontrar una expresión solemne y ceremoniosa.

Sin embargo ve otra cosa en el rostro del duque Alfonso, algo que la desconcierta. La ceremonia religiosa lo ha afectado tan poco como a ella. Cuando su mirada se encuentra con la de ella, ve con toda claridad que la estaba esperando; la boca se le estira levemente hacia arriba por las comisuras. A continuación Alfonso mira al sacerdote —que sigue recitando palabras sobre Dios y el deber— y enseguida vuelve a ella otra vez y levanta un poco una ceja.

Es una expresión risueña que los une y los cubre con un manto de complicidad, una expresión que dice, pero qué tonto es este sacerdote, ¿verdad? Y, ¿cuándo va a terminar de una vez?

No le habría sorprendido mucho que Alfonso se hubiera puesto a bailar encima del altar. Nota que se le quiere escapar una sonrisa.

Algo le presiona la mano que le sostiene él y se da cuenta de que le está apretando los dedos. Lo mira otra vez y ve que arruga la nariz un breve instante. Es la misma cara que puso hace tantos años, en la torre, la cara de ratón. Le gustaría decirle: ¿te acuerdas de eso? ¿Te acuerdas de que me viste allí con mi ratoncito? Y también, ¿lamentas que no sea Maria la que está hoy aquí, con este vestido, dándote la mano? ¿De verdad no te molesta que sea yo y no ella?

Pero sería un sinsentido preguntarle estas cosas. Ahora se vuelven hacia el fondo de la iglesia, avanzan por el pasillo central bajo los arcos de luz, pisando los rombos de las baldosas rojas y las tumbas de mármol; cruzan las enormes puertas, van del brazo; Lucrezia nota el roce del bordado y algo más: el vaivén y la fuerza del músculo y el tendón de Alfonso por debajo de la tela.

Cuando salen a la escalinata, él saluda a la multitud y ella hace lo mismo. Lleva el velo echado hacia atrás, el sol le da en la cara y el gentío grita, vitorea y agita banderolas y pañuelos bajo la severa mirada de la guardia de su padre. Alfonso saluda al pueblo de Florencia con inclinaciones de cabeza, el negro pelo brilla a la luz del día; se vuelve hacia ella y le dice las primeras palabras como marido: «¿Todavía tienes el cuadro de la garduña?».

—¿La *faina*? —dice ella—. ¡Pues claro! Es una de mis más preciadas posesiones. La tengo al lado de mi mesa y es lo primero que veo todos los días.

La mira inclinando la cabeza, una sonrisa burlona le baila en los labios.

—¿La? —replica él.

—A mí me parece hembra —asiente Lucrezia.

—Y ¿crees que le gustará dejar Florencia para irse a Ferrara?

Lucrezia lo mira, es su marido, el que rompió la tradición y eligió ese cuadro como regalo de compromiso hace poco más de dos años, el que se dio cuenta de que a ella le gustaban los animales —el ratoncito de hocico sonrosado que tenía en la mano— y no olvidó, el que le mandó el primer cuadro suyo de su vida.

—Sí —contesta Lucrezia—, creo que sí.

Y allí, en la escalinata de Santa Maria Novella, Alfonso le aprieta la mano mientras el sol cae sobre ellos, sobre la multitud, sobre las piedras entrecruzadas de la plaza, sobre las murallas del *palazzo*, sobre las calles, las alcantarillas y los arcos, sobre los rojos tejados de toda la ciudad y sobre las montañas, los árboles, los campos y todas las tierras de alrededor.

Tierra reseca

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Hay alguien junto a su cama que dice cosas tranquilizantes. Una mano le toca la frente, le retira el pelo de la cara, le ponen un vaso en los labios y el agua le invade la boca. Traga y le da la sensación de que un reguero frío la atraviesa por dentro.

—No bebáis mucho —dice esa persona—, solo un poco.

Lucrezia cree que es Sofia, que ha venido a cuidarla, a salvarla una vez más. Seguro que le llegó a Florencia la noticia de que estaba enferma, cogió un caballo y cabalgó toda la noche cruzando montañas, la montura levantando remolinos de nieve y placas de hielo; Sofia, la ménade vengadora que de repente pudo montar a pesar de las articulaciones hinchadas. Le dirá a Alfonso que Lucrezia no va a quedarse aquí, se enfrentará a él como solo ella sabe hacerlo, y volverán juntas a Florencia… no, se irán a otra parte. Tal vez a Urbino o a Roma. Sofia y Lucrezia se irán juntas y vivirán en algún sitio remoto, en otra región, en otra tierra.

Pero no puede ser Sofia y lo sabe. Abre los ojos un poco y, a pesar del dolor de cabeza que le da la luz, atisba entre las pestañas.

Solo es Emilia, su doncella, que le refresca la frente con una esponja y le estira las sábanas diciendo, «¡Ay, mi señora, pobrecita! ¿Es por algo que comisteis? Bebed un poquito de agua, solo un sorbito. El estómago no os dejará tomar nada más».

Emilia posa el vaso, se incorpora y empieza a meter las sábanas sucias en un cubo. Lucrezia la mira con los ojos entornados, asombrada.

—Cuánto siento no haber estado aquí anoche —continúa Emilia —. Cuando se fueron los caballos creí que os seguiríamos al momento, pero luego nos dijeron que hacía muy mal tiempo y que los caminos estaban peligrosos, que teníamos que esperar. Me preocupé mucho por vos, tan sola, sin nadie que la ayudara. Quise convencer al mozo de que me dejara seguiros, pero me dijo que tenía órdenes del *signor* Baldassare y…

—¿Baldassare? —repite Lucrezia, aunque tiene la boca apergaminada y cuarteada como la tierra reseca.

—Sí, mi señora. Nos ordenó que nos quedáramos en Ferrara cuando se fue, así que…

—¿Se fue?

—Sí, con las primeras luces.

—¿Adónde iba?

—Venía aquí, claro. Su excelencia el duque nunca se separa mucho de él, así que…

—¿Baldassare está aquí?

—Sí.

—¿En esta *fortezza*?

—Eso creo.

—¿Ya ha llegado?

—Yo diría que sí. Partió muy temprano esta mañana con una…

—¿Con quién iba?

Emilia está limpiando el suelo con unos trapos que ha cogido de debajo de la cama.

—A ver, que lo pienso, iba con…

—¿Con quién? —pregunta Lucrezia con más brusquedad de la que pretende—. Piensa, Emilia.

—Con muy pocos, creo, mi señora. Eran el *signor* Baldassare, algunos hombres del duque, tres soldados, un mozo. La cocinera mandó un jamón y…

—Y ¿tú viniste con ellos?

—No, ya os lo he dicho… —Se calla un momento mientras retuerce el trapo—. No me dejaron ir con ellos, pero cuando me enteré de que salía otro grupo de gente hacia…

—¿Quién sabe que estás aquí, Emilia?

—Pues, supongo que…

Emilia se lo cuenta y lo riega todo de palabras, nombres, puntualizaciones y adjetivos, tantos que Lucrezia se pierde. Intenta seguir el discurso, pero tiene la sensación de que está llena de arena suave y seca que se acumula en un lado y, si mueve la cabeza, se va para el otro.

—… así que me colé sin más —continúa diciendo mientras frota alegremente el suelo—, porque me pareció que nadie me echaría de menos en la corte y sabía que vos me necesitaríais, así que me pareció que lo mejor era no pedir permiso. Si no preguntas, no te pueden…

—¿Le has dicho a alguien que venías? —inquiere Lucrezia, interrumpiendo el diluvio de palabras.

—Os lo acabo de decir… no.

—¿Alguien te vio partir?

—No creo. —Frunce los labios—. ¿Por qué me lo preguntáis, mi señora? ¿Estáis…?

—Piénsalo bien —le insta Lucrezia—. ¿Clelia? ¿Las damas de Nunciata?

—No —dice Emilia frunciendo el ceño y negando con la cabeza—. Creo que no. Recogí mis cosas y desaparecí cuando…

—¿Algún mozo?

—Imposible —responde Emilia burlonamente—. Anoche se

pusieron a beber vino, según dijeron, y estaban todos…

—Y ¿el caballo que cogiste? ¿Alguien sabe que lo cogiste?

—Pero, si ya os lo he contado mi señora —responde Emilia poniéndose de pie—. No he venido en un caballo del *castello*. Había uno de repuesto y…

—Entonces, ¿nadie sabe que estás aquí?

—No.

—¿Ni Baldassare? ¿Ni su excelencia el duque?

—No —responde la doncella con un mohín de asombro; luego abre la falleba de la ventana y tira el agua sucia. Lucrezia lo oye y, un momento después, también el chapoteo al llegar el agua a los muros inferiores de la *fortezza*—. ¿Por qué me preguntáis tantas cosas? Estáis muy pálida. ¿Vais a vomitar otra vez? ¿Queréis…?

—Ahora no tengo tiempo para explicaciones —dice Lucrezia, y cierra los ojos. Intenta ordenar los pensamientos: Alfonso, la *fortezza*, la cena de anoche, Baldassare partiendo al amanecer, la orden de que Emilia no se fuera, la prohibición de seguir a su señora. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué puede hacer?—. Necesito… —Palpa las sábanas buscando algo: los bocetos que hizo anoche, su toquilla, cualquier cosa que le sirva de ancla en esta extraña mañana que parece tan a la deriva, tan alarmante—. Necesito… —¿Qué necesita? Intenta incorporarse en la cama—. Tengo que…

Emilia le pone una mano en el hombro.

—Tenéis que quedaros en la cama. Necesitáis descansar. Voy a ir a ver al duque para decirle que no os encontráis bien, y él mandará llamar al…

—¡No! —Lucrezia agarra a Emilia por la mano—. No bajes. No salgas de esta habitación, ¿entiendes? No vamos a salir de aquí ni tú ni yo. No le digas a nadie que estás aquí. Tengo que pensar. Tengo que…

—Mi señora, necesitáis que os vea el médico. Tengo que decírselo…

—Emilia —susurra Lucrezia, atrayendo a la doncella hacia sí—. Emilia, presta atención. —No sabe muy bien qué quiere revelarle, cómo conseguir que la entienda, pero de pronto se da cuenta de que está hablando antes de decidir lo que quiere contarle—. Él quiere matarme.

Estas palabras sobresaltan tanto a Emilia como a la propia Lucrezia. Es como si la frase se le saliera de la boca y se concretara como humo en el aire que media entre ambas. En ese momento Lucrezia comprende que es la verdad. Anoche lo sabía, cuando cenaban, pero de alguna manera se convenció —o tal vez la convenció

Alfonso, tan inteligente— de que estaba equivocada. Pero a esto es a lo que se enfrenta. La muerte ha venido a buscarla. Está llamando a la puerta; desliza los dedos por la cerradura; busca la forma de abrirla.

Emilia la mira con la cabeza ladeada. Ha oído esas palabras: las está sopesando, pero en vez de contener el aliento y ponerse a gritar, le da unos golpecitos a Lucrezia en la mano.

—Mi señora —le dice—, la fiebre puede hacernos creer…

—Por favor, hazme caso —consigue decir, a pesar de la irritación de la garganta—. Por favor. Tienes que creerme. Me va a matar, ¿lo entiendes? Por eso me ha traído aquí, sin ti, sin nadie. Para que no haya testigos. ¿Lo entiendes?

—Mi señora. —Emilia mira nerviosamente hacia la puerta y va cambiando el peso de un pie a otro—. Mi señora, no olvidéis que habéis estado un tiempo fuera de vos y tal vez…

—Me envenenó —dice Lucrezia, apretando la mano a Emilia con todas sus fuerzas—, anoche. Lo sé. El venado, la sopa o el vino, no sé cómo. Tienes que creerme.

A la blanca luz invernal de la habitación la cara de Emilia se transforma. Mira a su señora, mira al suelo que acaba de fregar, mira los bocetos de la mesa, mira por la ventana, a las orillas del río. Se vuelve hacia Lucrezia con el ceño fruncido y una expresión más moderada.

—No lo puedo creer —dice—. El duque es un hombre honorable y os ama. Jamás haría una cosa así. No a vos. No a su mujer.

Mientras Emilia debate consigo misma en voz alta Lucrezia ve que la idea va echando raíces lenta y sigilosamente en su cabeza. Ve que poco a poco empieza a creer lo que le ha dicho.

—Pero os ama —insiste la doncella en un susurro—. Os ama. Eso salta a la vista. —Lucrezia no dice nada pero sigue mirándola—. ¿Cómo iba a…? —exclama— ¿Cómo es posible…? ¿Qué hombre sería capaz de una cosa así? —Se sienta en la cama y coge la mano inerte de Lucrezia—. ¡Ay, mi señora! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Lucrezia se alegra al oír ese «vamos». Saborea la palabra, es como un bálsamo para su desordenada cabeza, para su cuerpo dolorido y vacío.

—No sé —le dice. Se frota la frente como si quisiera borrar el dolor—. No sé qué decir.

Hombre dormido, gobernante en reposo

El palazzo, Florencia y la delizia, Voghiera, 1560

Es el final del día de los esponsales y está sentada en una oscuridad tan profunda que no se ve las manos aunque se las ponga delante de la cara. Es noche cerrada, lo más oscuro de las horas sin sol, y el carruaje espera dentro del *palazzo*, debajo del arco. Oye a los criados, que están fuera, hablando de cómo asegurar este baúl aquí, de mover esta bolsa allá, de poner más correas para atar el equipaje, de asegurarse de que el caballo tenga las riendas bien puestas.

Un rosario descansa en el regazo, junto con un ramillete y una toquilla de lana con el borde resbaladizo. El asiento tiene un cojín de terciopelo con botones de oro incrustados, pero lo único que nota son las implacables tablas del carruaje cerrado de su padre que hay debajo.

Es posible que vaya a amanecer: los estorninos de la plaza empiezan su percutiva cháchara. Se los oye a pesar de la oscuridad y de las macizas puertas de madera del *palazzo*. Creía que Alfonso y ella partirían en cuanto terminara la misa de esponsales, que pasaría directamente de la iglesia a su nueva vida. Pero no. A nadie se le ocurrió informarla de que después de la misa se celebraría un banquete interminable: largas mesas atestadas de carnes asadas y panes aromatizados con hierbas, aunque ella solo consiguió comer unos pocos bocados, y después los hombres se fueron a ver el concurso de carros que había organizado su padre, y entonces, cuando parecía que el banquete se iba a terminar y que podría levantarse de su sitio en la mesa, los hombres volvieron sofocados y muy animados, y después entraron los músicos y empezaron a tocar mientras irrumpía en el salón una compañía de cómicos dando saltos, y Morgante, el *nano*, se peleó con uno de los acróbatas; después, el baile, y Alfonso bailó con ella, luego con Eleonora y después con Isabella, y al final le pidió un baile a ella otra vez; Lucrezia ya estaba tan agotada que casi se marea al levantarse, pero sabía que sus padres la observaban, y también los de la corte de Ferrara, así que tuvo que sonreír, darle la mano y obligar a sus pies a marcar los pasos, con la cabeza alta sobre el estilizado cuello y una expresión agradable en la cara; debía hacer los movimientos con la mayor gracia posible, pero no en exceso, cuando lo único que deseaba en realidad era irse a su aposento, quitarse la pesada *cintura* de oro y la jaula que era el traje de boda y echarse a dormir.

Lucrezia aprieta el crucifijo del rosario, se clava las esquinas en las palmas y se envuelve las manos en la toquilla. Hace frío y humedad en el carruaje, debajo del arco.

No ha podido despedirse de Sofia: no ha tenido un momento para escaparse a las habitaciones de los niños. No entiende cómo es posible. No puede irse sin verla, sin decirle adiós: no puede ser. Hubo un momento en su aposento en que pensó que podría pedir que la llamaran, pero primero, para su gran perplejidad, su padre se despidió y salió de la habitación como si al día siguiente fueran a verse de nuevo, y después, su madre se puso a dar órdenes a las criadas para que le quitaran el vestido y lo guardaran debidamente: Así no, no, así no, cuidado, no tires de la tela, quítaselo por la cabeza, por la cabeza digo, ¿no me oyes? Y entonces le quitaron el vestido azul y dorado y el alivio que sintió fue como un rayo de sol después de un chaparrón. Podía mover las costillas con libertad, los brazos no pesaban. Isabella estuvo un rato allí, bostezando, con una fruta escarchada en la mano y hablando con su madre de una dama del baile que llevaba unos zapatos horribles, ¿crees que su marido lo sabe? Al final, Isabella dijo: Que tengas suerte, Lucrè, y se fue sin dejar de bostezar. Pero, en vez de dejarla irse a la cama como Isabella, le pusieron otro vestido, uno que le gusta, de un color gris lavanda claro, y su madre empezó a darle instrucciones: cuando Alfonso hable préstale siempre atención, sé siempre piadosa y obediente, ten cuidado con las amistades que cultivas, sobre todo con los pintores, escritores, escultores y poetas, porque dicen que en la corte de Ferrara abunda esa clase de gente; que se cuidara muy mucho de tomar demasiado afecto a personas de esa calaña, que procurara tener buen aspecto en todo momento y se vistiera de acuerdo a su rango, que comiera suficiente pero no en exceso, que siguiera con la música, que tratara a la madre de Alfonso y a sus hermanas con cortesía y respeto, que se levantara y sonriera cada vez que Alfonso entrara en una habitación.

Sí, madre, dijo Lucrezia. Sí, madre, sí.

Eleonora le dio un beso y se dijeron adiós; enseguida la acompañaron por las escaleras y en lo único que pensaba ella era en que todavía no se había despedido de Sofia, que no podía irse sin ver a su vieja aya: ¿qué pensaría si se fuera a Ferrara sin decirle nada? ¿Creería que ya no la quería, que la había olvidado, que la había abandonado como un perro un hueso mondo?

Les dijo a las damas que la acompañaban por las escaleras: Tengo que volver, tengo que ir a las habitaciones de los niños. Pero ellas hicieron gestos negativos o fingieron que no la oían. Tengo que ver a Sofia, insistió con total claridad, o eso creyó. Pero ya estaban al final de las escaleras, en el primer patio, el del delfín que echaba agua por la boca, y luego en el segundo, con la portezuela del carruaje abierta de par en par, esperándola.

No podía ser, lo veía. No le permitirían volver, subir a las habitaciones de los niños, ni siquiera un momento.

Puso el pie en el estribo y se levantó las faldas, volvió la cabeza como buscando una ocasión o una excusa para dar media vuelta y aparecieron unas personas en el patio, pero no era su vieja aya, sino los hombres del novio, que se acercaron diciendo que no podía exponerse al aire de la noche y cerraron bien la portezuela y la dejaron allí encerrada.

Se inclina hacia delante y prueba a abrir; quizá pida permiso para volver arriba, podría decir que se le ha olvidado una bolsa o algo, pero de pronto la portezuela se abre desde fuera y Lucrezia es arrancada del asiento y cae al suelo.

—¡Ah! —exclama una voz—. ¡La duquesa se ha desvanecido!

Un trapecio de luz amarilla alumbra el suelo del carruaje, con una sombra oscura en el medio.

—No, no —dice ella, poniéndose de pie, roja de vergüenza—. Me encuentro bien, me…

—¡Una linterna! ¡Rápido!

Cuando una mano la sujeta por el brazo y otra por el hombro, la voz le parece mesurada y autoritaria. Supone —sabe— que a esa voz la obedecerán al instante. De repente se da cuenta de que su padre, en esa misma situación, se habría puesto a gritar con furia. Pero Alfonso no se inmuta, se contiene.

Oye los pasos rápidos de los criados que corren a cumplir la orden: traen la linterna, se amontonan todos en el arco, la levantan y la devuelven a los cojines.

Alfonso, su marido desde hace diez u once horas, se arrodilla ante ella. Le pone la mano en la frente, le toca la muñeca como buscándole el pulso; no quiere que la toque nadie más, es lo que ve Lucrezia. Su sola presencia, su actitud ducal, lo prohíbe. Sigue hablando en voz baja: no os acerquéis tanto, dejadle espacio, parece que ya está mejor.

—Estoy muy bien —intenta decir ella—, te lo aseguro. Estaba tirando del pomo de la puerta cuando tú…

—Coge esto —le oye decir a Alfonso a un criado al que ella no ve, y le pasa una bolsa que saca del carruaje—. Y, por favor, disponlo todo para salir inmediatamente.

Le intriga ese «por favor». Jamás se lo ha oído decir a su padre ni a su madre a ningún criado.

Alfonso se inclina hacia ella, levanta la linterna y, de la oscuridad, emerge su cuello, la camisa desabotonada, la garganta, la barbilla, luego los labios, la nariz, las mejillas, los grandes ojos oscuros y, al final, el pelo que le tapa la frente.

Se miran el uno al otro: Lucrezia a Alfonso, Alfonso a Lucrezia.

Es la primera vez que están solos los dos juntos.

—¿Estás bien para viajar? —le pregunta suavemente.

—Sí, claro.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Qué necesitas?

—Nada, te lo prometo.

—Toma, un refrigerio para el viaje. He visto lo poco que has comido en la cena.

Le deja en el regazo un paño anudado; ella, sorprendida, le pone las dos manos encima. Nota el bulto de un pan, los lados duros del queso que hacen en las cocinas y la esfera blanda de una fruta… un albaricoque quizá.

—Gracias —le dice.

Alfonso le levanta los dedos con la mano y se los lleva a los labios. Ella observa como si fueran de otra persona. Le roza la piel con la boca; nota la presión, el pinchazo de la barba incipiente, el calor de una exhalación.

—Entonces —Alfonso ladea la cabeza—, si no necesitas nada, ¿nos ponemos en marcha?

Sin esperar la respuesta, se asoma afuera y pasa la linterna a alguien. Le oye murmurar las órdenes: disponedlo todo, mirad si el equipaje está bien sujeto, abrid las puertas.

Cierra la portezuela y se sienta a su lado. Lucrezia intenta acompasar la respiración: inspira, espira, inspira, espira. Las puertas del *palazzo* se abren. Está a punto de amanecer. Lucrezia se va. Oye a los lacayos fuera, que recogen las riendas y dan latigazos al aire. Alfonso le cuenta que van a ir en el carruaje hasta más allá de la ciudad, que después seguirán a caballo porque el camino de las montañas es tan pedregoso que no se pude ir de otra forma, y ella no le dice que eso ya se lo había explicado su padre, pero escucha la voz y las palabras de Alfonso, la descripción de la subida a las montañas, de la belleza natural de las cumbres de los Apeninos y de la llanura del valle del Po, donde termina el viaje.

Las puertas se abren con un crujido y Lucrezia quiere empujar la portezuela del carruaje por última vez para despedirse del patio, de la blanca estatua de David, de las murallas que rodean el campanario, pero no se atreve. El cochero silba y ella se prepara para el súbito brinco de las ruedas.

Sin embargo se oye una voz fuera, un grito: «¡Alto! ¡Esperad! ¡Alto!».

Alfonso vuelve la cabeza. Aunque está oscuro, Lucrezia sabe que ha fruncido el ceño. Esa orden no la ha dado él.

—¡Esperad! —insiste la voz, que termina en un gemido.

Al momento se abre de golpe la portezuela del carruaje y Lucrezia se queda perpleja al ver a Sofia; lleva una toquilla encima del camisón y el pelo enroscado sobre un hombro. Está sofocada, con una expresión trágica y los ojos húmedos. Alarga la mano y Lucrezia se la coge. Después, el aya sube al carruaje, con ellos, y la envuelve en un abrazo fuerte y desesperado.

—Adiós, pequeña Lucrè, adiós —dice el aya—. Que sea dulce y bueno contigo, porque es lo menos que mereces. No lo olvides nunca. —Rebusca debajo de la toquilla y Lucrezia nota que le pone algo en la mano; es duro y plano; Sofia lo agarra—. Se te olvidaba esto —le dice — arriba, en las habitaciones de los niños. Me pareció que…

—Es para ti —consigue decir Lucrezia, devolviéndole el pequeño dibujo—. Lo hice para ti, para que te lo quedes.

Sofia hace un gesto de agradecimiento con la mejilla apretada contra la de Lucrezia como si quisiera absorber algo de la esencia de la niña.

—Que vivas muchos años —le susurra intensamente, hundiendo la boca en su pelo—, que seas feliz.

Se separa y echa una mirada severa, inquisidora, a Alfonso. Parece que va a hablar, que va a decirle algo. Pero no lo hace. Para ella basta con ponerle la vista encima, con examinarlo como un sabio un manuscrito.

Se va.

Solo después de que se cierre la portezuela del carruaje, de que el cochero haga restallar el látigo y los caballos se sobresalten y echen a andar, de que pasen por debajo del arco y salgan a la vacía plaza mientras Alfonso pregunta, quién era esa persona, por Dios, solo entonces Lucrezia se da cuenta por primera vez en su vida de que Sofia se ha dirigido a ella en su dialecto napolitano, lo cual significa que siempre ha sabido que la niña lo entendía.

—¿Qué es lo que quería darte? —pregunta Alfonso.

Están cruzando la ciudad escoltados por el batallón de su padre, el ruido de los cascos de cientos de caballos resuena en las calles.

Una vez más aprieta el rosario entre las manos y piensa en el cuadrito que ha tardado semanas en pintar: un aya en medio de una alfombra mirando, desafiante, a un consejero alto; muchos conejos retozando alegremente alrededor de sus pies, con el pelaje tostado y plateado brillando a la luz. Si se mira con atención, se aprecia que el aya tiene los dedos cruzados a la espalda. Lucrezia lo ha hecho solo para ella, la guardiana de todos los secretos.

—Nada —responde.

El carruaje sigue rodando por una Florencia vacía. Lucrezia acerca un ojo a la rendija de la portezuela y, a la luz incierta, ve pasar casas, ventanas, postigos, plazas pequeñas, abrevaderos, puentes, la puerta de madera de una iglesia, un perro dormido en el umbral de una casa, un farol consumiéndose en un balcón. La ciudad de su padre dormida todavía.

Los muros proyectan una sombra oscura sobre las calles de alrededor; los caballos atraviesan por puertas estrechas como cuchillos por el pan. La única sensación que le llega a Lucrezia al pasar al pie de los muros es un oscurecimiento momentáneo en el carruaje, y de pronto ya están al otro lado; se agarra las manos; los anillos de casada son aros duros a los que no está acostumbrada.

Piensa en el hombre que está a su lado, con la cabeza recostada en los cojines, cerca del paño con comida que le ha traído, y también en el retrato de la garduña y en el baile y la música de antes. Está inquieta, la cabeza salta de un pensamiento a otro, de las imágenes de seda azul a las de las azucenas atadas con una cinta, de un puñado de horquillas que pinchan a un pincel pasando de lado a lado de un papel, de un farol en un balcón a un río sereno que riega una llanura verde y fértil.

Mucho más tarde, cuando se despierta, se encuentra tumbada en el asiento, sola, con los botones hundidos en la mejilla. Un rayo cegador ilumina el carruaje, entra por una portezuela abierta. Se han parado; fuera, el murmullo de una conversación, piar de pájaros y el ruido de caballos comiendo hierba.

—¿Alfonso? —dice tímidamente, y se pregunta si le estará permitido dirigirse a él así. Tal vez prefiera que lo llame por el título —. ¿Excelencia? —dice, un poco más alto.

Fuera, alguien se sorprende y exclama algo; oye pies pisando grava y luego aparece una persona. Es un guardián; no lleva la librea roja de los hombres de su padre, sino una casaca verde y plateada; la saluda con una inclinación de cabeza y dice algo en una lengua que no conoce, al tiempo que le tiende la mano. Está claro que tiene que apearse del carruaje.

Y así lo hace. Se apoya en la mano del hombre, que le habla con confianza, con fluidez, en el dialecto de Ferrara —¿qué otra lengua puede ser?— y baja los pies al suelo.

Se han detenido en un sitio en el que el camino desaparece por debajo de un río transparente y sinuoso. Los caballos del carruaje han bajado la cabeza hacia el agua y los arneses tintinean mientras beben. Más adelante, las montañas, picos y laderas que se superponen, de color violeta en contraste con el cielo, y el camino que aparece y

desaparece en las curvas. Se empieza a notar el calor. La sombra que proyecta es corta, como una versión comprimida de sí misma. Las piedras mojadas de la orilla del río desprenden humedad; un pájaro con una raya azul en las alas sobrevuela el agua, da una vuelta ceñida y cambia de dirección.

Unos soldados y unos lacayos rodean el carruaje, van todos vestidos igual, de plata y verde. Hablan animadamente, la saludan inclinando la cabeza con una expresión animosa, incluso alegre. Parece que algunos cargan cajas y paquetes que le pertenecen. Les sonríe, inclina la cabeza y ellos responden con gestos de bienvenida.

—¿Alfonso? —pregunta, con la mano en la puerta del carruaje, que es de su padre—. ¿El duque?

Los lacayos asienten con entusiasmo y siguen gesticulando.

—¿Su excelencia? —dice—. ¿Ferrara?

Sí, sí, parecen decir. Ferrara, sí. Y le hacen señas, por aquí, venid por aquí.

No ve a Alfonso por ninguna parte. Mira a la izquierda, después a la derecha, luego gira sobre sí misma. Se acerca un soldado con un caballo del color de la nata fresca. Unas alforjas le adornan los flancos. Debe de ser la yegua dócil que han mandado de Ferrara para ella; los soldados de su padre han desaparecido y el carruaje se prepara para volver a Florencia sin ella.

Traga saliva. No sabe muy bien qué hacer. Ningún consejo de su madre, ni de las historias de Sofia ni de las enseñanzas de sus maestros la ha preparado para esto: ser abandonada a la orilla de un camino con gente que habla una lengua que no entiende. ¿Dónde está Alfonso? ¿Cómo puede haberse ido?

La yegua clara es alta, los flancos quedan muy por encima del suelo. ¿Cómo va a subirse ahí arriba?

Le asalta el deseo de subirse al carruaje para que la devuelvan a Florencia. Sin embargo, se aleja un paso. Mira los paquetes y cajas que conoce, que están en el suelo, mira la superficie sinuosa del agua y el destello de esas caras animosas con sus bonitos uniformes verdes, mira la brida de la yegua, adornada con grifos y águilas.

—¿Ferrara? —pregunta de nuevo.

Parece una palabra mágica, la única que entienden ellos y ella.

—¡Ferrara! —contestan ellos—. ¡Ferrara!

Y sonríen y le hacen señas para que se acerque.

Uno se adelanta diciéndole algo, animándola a hacer algo. Da unas palmadas y repite otra vez las palabras y, de detrás del carruaje, sale una mujer. Al principio Lucrezia no sabe quién es: ¿una familiar de Alfonso, una hermana, que ha venido a acompañarla para cruzar

las montañas? Pero hay algo en ella que reconoce, el vestido marrón, el delantal. Le asombra ver que es la doncella del *palazzo*, la de la cicatriz en la cara.

—¡Eres tú! —exclama.

Es increíble verla aquí, en este lugar apartado, al pie de los Apeninos.

—Alteza —murmura la joven, y hace una reverencia.

—¿Qué haces aquí?

—Voy de viaje a Ferrara, mi señora.

—¿Ah, sí?

—Con vos —añade con respeto, bajando la mirada.

—¿Quién lo ha mandado?

—Vuestro padre, si os place.

Lucrezia da media vuelta y se encuentra con los lacayos de Ferrara y el caballo: todos la están mirando; da media vuelta otra vez.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta.

—Mi madre me puso Emilia, mi señora.

—Emilia —repite Lucrezia, y solo entonces se da cuenta de la alegría de poder hablar en toscano, de lo ligeras que salen las palabras entre ellas dos—. ¿Sabes dónde está el duque?

Emilia cambia el peso del cuerpo de un pie al otro, incómoda, y después señala las montañas con la mano.

—Se ha… —Lucrezia intenta saber por qué la ha abandonado así —. ¿Se ha adelantado?

—Se fue, mi señora. Con mucha prisa. A la corte, creo.

—¿Sabes por qué?

—Llegó una carta —susurra la doncella, vacilante, y Lucrezia se acerca a ella, aunque es evidente que nadie entiende lo que dicen—. La trajo de las montañas un mensajero que venía muerto de miedo. El duque la leyó y se…

—¿Se?

—Con todo respeto, mi señora… se puso… —Emilia busca la palabra más conveniente— se enfadó mucho.

—¿Por algo de la carta?

—Sí. Tiró los guantes al suelo y le oí… —Emilia vacila otra vez— al menos creo que le oí maldecir a su…

—¿A su qué?

—A su madre, mi señora —murmura la doncella, como disculpándose.

Lucrezia la mira un momento y después baja la cabeza. Necesita pensar, necesita entender y, llegue a las conclusiones que llegue, debe ocultárselas a los criados, que siempre hablan y murmuran entre ellos.

Está confusa a causa del cansancio, pero sabe muy bien que abandonar a una mujer recién casada a la orilla del camino es una gran falta de respeto, y que en estos momentos muchos pares de ojos están pendientes de su reacción. Por eso baja la cabeza. Mira el vestido de viaje, se mira los pies, el fino calzado de piel, el camino pedregoso, las manos unidas y apretadas. Piensa: la madre de Alfonso, mis pies, mi calzado, un mensajero, una maldición. Piensa: la yegua dócil, tirar los guantes al suelo, qué cansada estoy, la madre de Alfonso. Sacude la cabeza y se aprieta la frente intentando ordenar las ideas. Sabe que la madre de Alfonso ha causado muchas dificultades en la corte de Ferrara porque… ¿Qué fue lo que le contó su padre? Que había nacido protestante, en Francia, pero que renunció a su fe para casarse con el viejo duque. La alivia recordarlo. Pero ¿qué más? Había otra cosa, otro capítulo de la historia. Se esfuerza por recordar lo que le contó su padre (solo lo escuchaba a medias, se distrajo mirando a un lado y al otro las estanterías llenas de curiosidades y tesoros de la cámara privada de su padre, que rara vez tenía ocasión de ver). Y de pronto se acuerda: hace años se descubrió que la madre asistía a la misa protestante y tenía amistades entre los simpatizantes del protestantismo y —recuerda, escandalizada— el viejo duque la separó de sus hijos y la encerró en algún lugar de su *castello*. Entonces su padre la señaló con el dedo y, en son de broma, le dijo, así que tú no bajes la guardia, Lucrè. Y se rieron juntos, su padre, ella y todos los que estaban allí. Sin embargo, después, esta historia le produjo cierta inquietud y le suscitó más preguntas que respuestas. ¿Cómo era posible que un hombre encerrara a su propia mujer? ¿Alfonso y sus hermanos no sufrieron al verse separados de la madre? Su padre le aseguró que ahora habían liberado a la vieja duquesa a cambio de prometer a Alfonso que no volvería al protestantismo, pero que a una duquesa, su predecesora, pudiera sucederle tal cosa, la confunde. ¿Cómo debe dirigirse a una mujer de esas características? ¿Debe fingir que no sabe nada de su rebelión religiosa ni de su encierro? Y lo que es más apremiante, ¿qué podía decir esa carta para que Alfonso se fuera y la dejara sola allí?

—Su excelencia —Emilia, que no se ha movido de su lado, se atreve a decir—: ordenó que no la despertáramos. Quería que durmierais. Me encargó que os dijera que atenderá el asunto de la corte y después se reunirá con vos en la villa.

—¿La villa?

Emilia se muerde el labio mirando a Lucrezia con una expresión implorante.

—Sí, mi señora.

—Pero vamos al *castello*, vamos a Ferrara —dice Lucrezia levantando la voz. Se lo ha dicho su padre, así que es lo que tiene que pasar—. Haré una *entrata* formal en la ciudad, donde me recibirán la madre y las hermanas para la *menare a casa* —insiste—, porque…

—Lo siento, alteza —dice la doncella haciendo gestos negativos —. Lo siento mucho. Su excelencia el duque ha decidido que vayamos a una *delizia*, su villa del campo. —Señala a la yegua de color claro—. Su excelencia eligió esta montura para vos. Además —añade, con algo en la mano—, llevo vuestro cuadro.

La doncella le muestra el paquete alargado que ha hecho la propia Lucrezia, envolviendo la garduña en muchas capas de tela.
Más tarde, el trayecto por las montañas será como un sueño: efímero, evanescente, una experiencia de otra vida.

En las siguientes semanas, las imágenes y las impresiones la tomarán por sorpresa, como intrusas no deseadas en una estancia. Estará escribiendo cartas o escuchando a un cortesano y de pronto la asaltará el recuerdo de una silla de montar, el ruido que hacía al moverse, el cuello de la yegua, el ritmo adormecedor de los cascos en el camino de la montaña, el asidero al que se agarraba cada vez que la montura daba un mal paso. Puede estar a la mesa ante un plato de cerdo asado sobre un lecho de alcachofas cuando de repente se le pasa por la cabeza un trozo de corteza de pan que comió, guarecida detrás de una roca, en un ventoso puerto de montaña, mientras la guardia daba vueltas, soplándose las manos para entrar en calor. Puede estar en la cama mirando a Emilia ir de un lado a otro de la habitación, sacudiendo y doblando ropa, y recordar que, después de unas cuantas horas de cabalgar montaña arriba, pidió que la doncella montara con ella, y así hicieron el resto del camino, las dos juntas, la señora y la criada, con las manos de Emilia alrededor de la cintura, notando el miedo que tenía en el temblor de los dedos. Lucrezia no sabía que fuera posible quedarse dormida —o medio dormida, al menos— a lomos de un caballo. Que se podía seguir cabalgando con una rienda del caballo en manos de un mozo que iba al lado en su montura, y que la cabeza podía caerse hacia delante muy poco a poco, y que daba la sensación de que cerrabas los ojos solo un momento, pero de repente te despertabas sobresaltada y te enderezabas y veías que el sol se había escondido detrás de las rocas y que los árboles se habían cubierto de sombra y que el cielo nocturno era un cuenco negro invertido sobre tu cabeza.
Suben y cruzan los Apeninos a la luz del día, Lucrezia no suelta el fuste de la silla, Emilia no la suelta a ella, el cuadro de la garduña va atado a la silla. Lucrezia ha pintado montañas muchas veces, pero en

miniatura, empequeñecidas, como fondo de una escena, para dar perspectiva a la composición. Nunca las ha visto de cerca, nunca ha ido a caballo por la montaña, no sabía que lo que puede parecer verde o gris desde lejos resulta ser, de cerca, una mezcla de colores y texturas: barro denso marrón negruzco, verdísimas coníferas, árboles cuyas hojas tiemblan y se retuercen en el viento y enseñan un envés plateado, roca gris, la humedad oscura y rojiza de una charca en la que los caballos meten la cabeza.

A Emilia, que va detrás de ella, le castañetean los dientes de miedo o de frío y de vez en cuando musita una plegaria casi para sí.

—No temas —le dice Lucrezia una y otra vez.

—Sí, mi señora —contesta ella.

Pero, al descender por el otro lado, cuando vuelve la oscuridad y Florencia parece quedar muy lejos mientras arriba, más allá, hay una villa en la que su marido estará esperándola o no, y ni Emilia ni ella son capaces de entenderse con esos hombres que las conducen en medio de la noche, es a Lucrezia a quien empieza a faltarle valor. ¿Dónde está Alfonso? ¿Qué hombre es capaz de dejar sola de esta forma a la recién casada?

Dejan descansar a los caballos; a Lucrezia le dan queso y un pan seco y plano con aceitunas incrustadas. Cuando los lacayos le indican que monte otra vez, el miedo la engulle con un estremecimiento lento.

—Ferrara —dice una vez más mientras se pone de pie, y los lacayos asienten y sonríen—. ¿Su excelencia? ¿El duque?

Los lacayos sueltan un montón de palabras. Lucrezia distingue «Ferrara», «*delizia*», «duque» y algo que podría ser «jardín» o «jugar».

Busca la mano de Emilia; la doncella responde con un roce tranquilo. Allí están las dos, de la mano, ante los lacayos. Lucrezia ve que son de una estatura y un color parecidos, si llevaran la misma ropa o el mismo manto, de espalda podrían confundirlas. Pero esto no la consuela; al contrario, le parece que le han hecho otra jugada extraña e incomprensible.

—¿Qué te parece? —murmura Lucrezia.

—No podemos quedarnos aquí —responde Emilia—. Está anocheciendo.

—Si al menos estuviera segura de que de verdad nos van a llevar con el duque, si al menos hubiera alguna forma de…

—¿Ferrara? —pregunta Emilia otra vez, en voz alta.

Sí, sí, gritan los lacayos, y repiten la palabra señalando a la yegua, cuyas crines brillan como el mármol en la oscuridad. Lucrezia se acerca al animal sin soltar la mano a Emilia.

—Ven —le dice, intentando dominar la situación, procurando

actuar como la duquesa que es ahora—. Nos vamos. No tenemos alternativa.

Pone la punta del pie en el estribo y muchas manos acuden para asistirla, pero ella se sube sola a la silla de la yegua y después tiende la mano a Emilia para ayudarla. La doncella gime de inseguridad, pero Lucrezia hace que la yegua vuelva la cabeza, le da unos golpecitos en los flancos con los talones y regresa al camino.

La noche las envuelve, la oscuridad es cada vez mayor, como si una brocha invisible pintara el aire de negro. Van por un camino ancho flanqueado de hileras y más hileras de árboles frutales; al principio, Lucrezia distingue ramas cargadas de curvas redondeces: melocotones y tal vez limones con forma de lágrima. Pero enseguida se cierra la noche y no se ve nada. Los lacayos que van detrás llaman a los de delante, estos responden y las voces pasan veloces al lado de Lucrezia. Nota el aliento húmedo de Emilia en el cuello y sus manos alrededor de la cintura, son pequeños consuelos. Contra toda esperanza espera que pronto, en la oscuridad, aparezca un arco, de piedra quizá, alumbrado con antorchas, y al otro lado, unas lustrosas puertas abiertas bañadas en luz de velas. Y habrá una cama esperándola, una cámara, un plato de comida, ropa caliente.

Sin embargo, se desvían por otro camino más estrecho y los árboles frutales desaparecen, solo hay campos de cultivo, que crujen y susurran a su paso, los ojos húmedos del ganado que las mira desde el otro lado de las cercas; de vez en cuando se perfila a lo lejos la forma negra de un tejado y a Lucrezia le da un vuelco el corazón, pero pasan de largo y ve que, por el tamaño, no es aposento para un duque de rancio abolengo.

De repente descienden por una vereda flanqueada de cipreses y Lucrezia cree que, pase lo que pase, sucederá ahora: se llevarán a las dos a otra parte, las forzarán, las robarán. Ha dejado de preguntarse dónde estará Alfonso, si volverá a verlo alguna vez. Pero la habrán…

Entonces divisa un arco más allá, con las puertas abiertas de par en par y gente que se acerca con antorchas y llama a los lacayos que van a caballo.

Unas manos invisibles la ayudan a bajar de la montura y la llevan por un patio cuadrado; dos hombres vestidos de campesinos, que hablan en una lengua que no entiende, la acompañan por unas escaleras hasta la puerta de una habitación. Los hombres encienden una vela que está en una mesita baja y se van diciendo muchas palabras incomprensibles y sonriendo.

Todavía de la mano, Lucrezia y Emilia entran en la estancia, Emilia sujeta la vela. La habitación es una caverna oscura, en

cualquier esquina puede haber un monstruo desconocido al acecho. El trémulo círculo de luz amarillenta lucha contra las tinieblas. Lucrezia siente en su interior el despertar de lo que considera su espíritu: una parte de sí misma a la que nadie conoce, ni siquiera ella. Habita en algún lugar de sus entrañas, debajo de capas y capas de opulentas vestiduras del *palazzo*, hibernando como si estuviera cubierta de hojas hasta el momento de entrar en acción. Entonces puede desenroscarse, salir a rastras a la luz, parpadeando, erizándose, cerrando sus sucios puños y abriendo la dentada boca roja. En esta habitación oscura y desconocida, Lucrezia la percibe, siente que se despierta, que levanta la cabeza y empieza a aullar.

Alza la barbilla, coge la vela de manos de Emilia y estira el brazo con la luz en la mano. No tiene miedo, no. Dentro de ella habita una fiera musculosa y valiente. Se lo dice a sí misma para tapar los latidos desbocados del corazón. Que los demonios que acechan en los rincones de la habitación vean a quién se enfrentan: es la quinta hija del gobernador de la Toscana; ha tocado el pelaje de una tigresa; ha escalado una cadena de montañas para llegar aquí. Búscate a otra, oscuridad.

Se adentra en la estancia. Distingue paredes muy claras, pintadas al temple, que desaparecen entre las sombras. Mira hacia arriba y ve la alta curva del techo, animada con sinuosos frescos. Justo encima de ella un hombre de barba rizada y báculo brillante conduce un carro entre nubes de tormenta; a su lado, unas dríadas ataviadas con ropas sutiles se divierten en una cascada; en la esquina descubre a una diosa que proyecta un rayo de arco-iris con un giro lánguido de muñeca; unos rizos dorados flotan sobre sus hombros.

Le tiran de la mano y, con un esfuerzo, deja de mirar al techo. Emilia señala algo a la derecha.

Una estructura cuadrada destaca en la oscuridad. Lucrezia la mira. Es más alta que ella, tiene una base plana y larga y una tapa encima. Está tan agotada y temerosa que no sabe lo que es. Una caja, le susurra la perturbada cabeza, una jaula.

Levanta la vela, el borde del círculo de luz tiembla y, cuando ve lo que es, se le escapa una carcajada breve y aguda.

Es una cama. Naturalmente. ¿Qué otra cosa podría ser, en un dormitorio? Es una cama, nada más, con hinchadas almohadas de plumas de ganso, un cobertor de seda sonrosada y unos gruesos cortinajes sujetos con retorcidos cordones de oro.

El alivio que sienten al ver una cosa tan normal y tan deseada es tan grande que las dos se echan a reír y se abrazan espontáneamente.

—Creía que era… —dice Lucrezia, incapaz de encontrar las

palabras.

—Lo sé —la interrumpe Emilia.

—¡Una jaula!

Se ríen otra vez. Después, Emilia, casi como acordándose de pronto de su obligación, se pone detrás de su señora y empieza a desatarle los cordones del vestido de viaje. Lucrezia comprende que, en estos momentos, no puede haber nada mejor que una cama: es lo que más necesita, por encima de todo. Deja la vela en la mesita de noche. La doncella abre la cama, va a la puerta y gira la enorme llave de hierro; las dos oyen el ruido del cerrojo.

Están a salvo. Lucrezia deja esta idea flotando en la cabeza.

Exhala un largo suspiro, como si hubiera contenido el aire desde Florencia. Se hunde en la cama. Está tan cansada que el esfuerzo de levantar los pies y meterlos debajo de las sábanas le parece excesivo. Pero lo hace. La almohada le acoge la nuca; oye el crujido de los estrechos cañones de las plumas, que se reacomodan bajo su peso.

Emilia trajina por la oscura habitación, recoge prendas sueltas y las coloca en una silla. Lucrezia cierra los ojos y ve las crines de un caballo en movimiento, árboles que pasan en un instante, un ventoso puerto de montaña… así que los abre otra vez.

Ve a Emilia tumbada en el suelo, cerca de los pies de la cama, tapada con el manto y con la cabeza en los zapatos, a modo de almohada.

—Emilia —le dice.

—¿Sí, mi señora? —responde la doncella levantando la cabeza.

—No puedes dormir ahí.

—No, está bien, estoy…

—Ven a dormir aquí —y da unos golpecitos en el espacio que queda a su lado.

—No, mi señora, no estaría bien. Os aseguro que estoy…

—Por favor, Emilia. Es que… esta habitación es tan grande y… además no voy a poder dormir. Por favor. Quiero que vengas aquí. Me asusta estar sola.

Emilia se levanta y se acerca de puntillas. Lucrezia nota que el colchón cede cuando la doncella se mete en la cama.

Lucrezia apaga la vela.

—Buenas noches —susurra a la espalda de Emilia.

Es plena noche. Fuera se oyen extraños silbidos y movimientos de los habitantes del bosque, también algunos gritos. Lucrezia se imagina a un depredador dando caza a un mamífero pequeño. Y, a su lado, la respiración de la doncella, cada vez más lenta, más profunda. Pero ella no va a dormir. No puede: es imposible.

Y sin embargo se duerme. Sin darse cuenta, cae en un estado de inconsciencia hondo, profundo, como si se cayera de un muro alto. Parece que el bosque nocturno trepe por los muros de la villa y los ciña envolviéndolo todo y a todos en su animado mundo verde; que entreteja en los sueños el crujido de las ramas, el avance de los líquenes, los frágiles zarcillos que buscan la luz, el follaje con sus nervios como telarañas. Que el aire cortante y margoso penetre en los pulmones dormidos.

Se duerme en el momento en que un ciervo sale de la espesura y cruza la entrada de la villa sigilosamente; levanta la cabeza al oír un fruto que cae al suelo de un árbol cercano. Duerme mientras los jabalíes, fornidos y peludos, pesados como un baúl de viaje, hurgan entre los espinos del sotobosque, arrastrando el hocico por el suelo. Duerme mientras los pájaros madrugadores despliegan las alas, mientras un puercoespín husmea por un sendero cubierto de agujas de pino que solo él conoce, mientras la servidumbre se despierta, apila astillas en el fuego, enciende la yesca, levanta ollas y mezcla levadura con harina. Duerme mientras los labriegos se visten, se ponen el sombrero y salen a los campos. Duerme mientras mandan a los marmitones a buscar agua al pozo, mientras en el valle empiezan a verse las primeras y débiles luces del alba y a notarse el calor.

Duerme todo el cansancio de los largos preparativos de la boda, del peinado, del vestido en la cama. De la misa, del banquete, del baile, de los acróbatas. De la despedida de sus padres, de la indiferencia de su hermana, de Sofia. De muchos meses de inquietud por los esponsales. Del trayecto de Florencia en el carruaje con Alfonso, al amanecer, de descubrir que había desaparecido, de la subida a los Apeninos, del viaje en la oscuridad descendiendo por el otro lado hacia el valle. Duerme, duerme y duerme y, como siempre cuando se duerme bien, el sueño se lleva todo lo malo.

La villa prepara el desayuno; la villa se lo come. Se friegan los suelos, se abren las ventanas, se quita el polvo de las mesas, se abre la puerta para que salgan los perros, se cuece el pan, después se come, después se cuece más, se barren los claustros, se pulen los pomos de las puertas. Se prepara la comida del mediodía; se come; se recoge la mesa. Se friegan los platos, se secan, se guardan en los anaqueles. Los perros se ponen a la sombra, dormitan con el hocico bajo; en la hora más caliente del día los labriegos buscan alivio a la sombra de los árboles o en sus frescas casas. Las criadas se sientan si encuentran una silla libre; la cocinera pone los pies en alto encima de un barril.

Cuando Lucrezia se despierta se encuentra en una habitación llena de luz del color de la miel. Todo parece bruñido, teñido de un

lustre cálido y moteado: los cortinajes de la cama, los cordones dorados, un cofre que hay al lado de la puerta, una mesa con un cuenco de rosas amarillas, dos sillas a cada lado de la chimenea, las dríadas que bailan y se persiguen de un lado a otro del dintel. Lucrezia se queda tumbada contemplándolo todo.

Como si hubiera viajado durante el amanecer, como si hubiera salido de la habitación en la que se durmió —aquella caverna negra y peligrosa— y la hubieran transportado mágicamente a este sitio cálido, soleado y hermoso. No ve a Emilia; su parte de la cama está lisa, la almohada, mullida, como si no hubiera dormido nadie allí. Por arriba se ven seres celestiales con trompetas y liras, vuelan por el techo de escayola con las alas extendidas, en busca de los céfiros celestiales. Neptuno, con una barba larga y empapada y un tridente envuelto en algas, monta guardia encima de la puerta y sus caderas desaparecen entre la espuma marina. Lo único que la convence de que está en la misma habitación, de que nadie la ha transportado mágicamente mientras dormía, es ver a la diosa rubia, que sigue mandando un arcoíris desde la palma de la mano.

Se sienta en la cama, levanta un brazo por encima de la cabeza y después el otro. No tiene la menor idea de la hora que es ni de cuánto tiempo ha dormido: las cigarras chirrían al otro lado de la ventana, tiene el estómago hueco, vacío. Parece que se filtra el calor entre las rendijas de los postigos, pero no pueden ser más de las doce. ¿O sí? Nunca duerme hasta tan tarde.

Está a punto de echar atrás las mantas para levantarse cuando llaman a la puerta y, como está segura de que es por la mañana y que, por lo tanto, será una criada, Emilia seguramente, con el desayuno y la ropa, dice:

—Adelante.

La puerta se abre de par en par y entra un hombre pisando con firmeza, haciendo ruido con los tacones de las botas. Lucrezia se asombra tanto que no recuerda el nombre del recién llegado hasta que lo ve en el centro de habitación. El duque de Ferrara. Alfonso. Es él quien entra en su cámara, y parece muy distinto de repente, con el pelo recogido y en mangas de camisa, que se hinchan y se deshinchan a medida que se acerca a ella.

—Ex… excelencia —tartamudea, sentada, con la espalda erguida y buscando un manto o cualquier cosa con la que cubrirse. Jamás en su vida la ha visto nadie en camisa, solo su madre y sus hermanas—. Estáis aquí. No sabía… Estaba… Yo… Permitid que me…

Alfonso llega a la cama y, sin la menor vacilación, se sienta como si fuera suya. Cosa que es cierta, consigue pensar Lucrezia. El colchón

se estremece y se hunde al acoger su peso.

—¿Excelencia? —exclama él—. ¿Ese es el trato que debemos darnos?

—Yo… —Lucrezia encuentra las cintas del cuello de la camisa y las ata— es decir, me han enseñado que…

—¿Qué más da lo que te hayan enseñado? —dice él—. Mi nombre de pila es Alfonso, como bien sabes, y así es como me llaman mi familia y mis amigos… las personas que me quieren, y espero poder contarte entre ellas.

Una pausa. Alfonso arquea las cejas, expectante. A ella le cuesta seguir los senderos sinuosos de sus frases. ¿Le ha hecho una pregunta? No se acuerda y ¿se está acercando cada vez más por el borde de la cama o se lo imagina?

—¿Puedo?

—¿Puedes qué?

Está tan confundida que parece idiota, cuando lo que de verdad quiere saber es lo que ha sucedido en la corte y por qué la abandonó sin más. Le ha dicho algo de nombres de pila, ¿verdad? Pero, ¿qué quiere de ella?

—¿Puedo contarte entre las personas que me quieren?

Lucrezia lo mira. Ve a un desconocido con la camisa abierta sentado cerca de ella en una cama, en una habitación en la que no hay nadie más. Ve músculos tensos debajo de la piel de un pecho húmedo, con gotas de sudor, un par de manos de nudillos gruesos y dedos largos, elegantes pero fuertes, las uñas limpias, cortadas en forma de media luna. No parece que acabe de enfrentarse a un imprevisto en su corte. Desprende un olor característico: sudor, calor, aire libre y algo vegetal y fresco, como hojas, corteza o savia. Es un olor abrumador, agradable y desagradable a la vez. Le gustaría acercarse más y olisquearlo; le gustaría retroceder, tirar de las sábanas, taparse la cara, hundirse en ese capullo de lino para no volver a salir nunca más.

Le ha hecho una pregunta otra vez, es la segunda. Tiene que responder: le vienen a la memoria las lecciones de su madre sobre modales y etiqueta. Responde enseguida a cualquier pregunta que te hagan, siempre con una expresión agradable en la cara, con una voz suave, con rotundidad si es necesario.

—Sí —dice ella—, naturalmente.

Está a punto de añadir «excelencia», pero se contiene a tiempo.

Él le dedica una sonrisa juguetona, un tanto irreverente; en los ojos le baila un brillo de risa contenida. Lucrezia tiene una clara sensación de que esta charla es un divertimento para él, o quizá una prueba o algo así.

—Bien —dice él, asintiendo de nuevo.

Y se acerca un poco más, tanto que le roza la cadera con la pierna. Y la idea que ha mantenido a raya desde que entró él en la habitación se abre ahora, sobresaltada, en sus pensamientos como los pétalos de una flor.

Tiene intención de tomarla aquí y ahora. Tiene intención de llevar a cabo con ella el acto que tanto teme, que teme con todo su ser desde aquella visita de Vitelli, cuando estaba pintando el estornino. Alfonso ha esperado a que se despertara. Quiere hacerlo ahora.

Lucrezia intenta tragar saliva pero la garganta se le ha quedado seca y cuarteada. ¿Cuánto hace que no bebe agua? ¿Anoche bebió algo? ¿Cuando se detuvieron al pie de las montañas? Eso fue hace muchas horas, muchas, tantas que no se pueden contar.

Ahora Alfonso habla, dice que ha venido a darle los buenos días, que ha estado paseando con su ayuda de cámara y después ha hecho un combate de esgrima con su amigo Leonello, que lo ha acompañado desde la corte… que tal vez se lo pueda presentar en la cena, que está deseoso de conocerla.

«Deseoso.» La palabra la apedrea como el granizo. Se parece mucho a «deseo», que, desde luego, es lo que sienten los hombres por las mujeres, por el acto del matrimonio; está santificado por la Iglesia, si es dentro del matrimonio, de lo contrario es un pecado mortal; lo ha visto en el rostro de los hombres en la corte, en fiestas, mientras miraban el contoneo de las mujeres al pasar. Conoce esa expresión soñadora y resuelta, completamente distraída pero, al mismo tiempo, centrada en una sola cosa, los párpados entornados, la boca abierta, como si probaran algo delicioso. Y esa es la cara que ha puesto ahora este hombre. Su marido. Alfonso. Que la cuenta entre las personas que lo quieren.

«Deseoso», piensa febrilmente, seguro que es de la misma raíz etimológica que la palabra…

—El color de tu pelo —murmura él— es increíble, muy poco común. —Le coge una trenza como para averiguar si es real—. ¿Has dormido bien? ¿Has descansado?

Otra pregunta, piensa ella, pero fácil de contestar.

—Sí —dice.

—Has dormido muchas horas.

—Lo siento, he…

—No, no; no tienes por qué disculparte. Les dije que te dejaran. Quería que descansaras, que te recuperaras. Esta villa la construyó mi bisabuelo precisamente con la intención de que sirviera para esto: el placer, el descanso. Un lugar alejado de los rigores y las disputas de la

corte, un lugar para su familia, de la que ahora formas parte.

Se calla como esperando una respuesta. Lucrezia no sabe qué decir, pero consigue asentir con un gesto y decir: «Sí».

Alfonso levanta la trenza, la alisa, la examina, se la acerca a la cara, después la estira como si fuera a medirla. Ella nota un leve tirón en las raíces del pelo y se ve obligada a inclinarse hacia delante, hacia él.

—¿Todo…? —No sabe cómo hacer la pregunta—. ¿Todo bien en la corte?

—Ah, sí —dice él, sin apartar la mirada del pelo—, claro que sí.

—Me quedé preocupada cuando…

No termina la frase, con la esperanza de que él se lo cuente sin tener que decir nada más, de que la tranquilice, de que tal vez le confíe el conflicto con su madre.

Sin embargo, él la mira y ladea la cabeza.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

—Porque te fuiste… —empieza a decir.

Pero la expresión de él es de cierta perplejidad y Lucrezia vacila, se pregunta si tal vez lo que dijo Emilia de la madre no era cierto, si lo que lo arrancó de su lado fue otra cosa, y ahora parece idiota con tantas preguntas.

—… te fuiste y yo… yo tenía…

Alfonso le sonríe como si no hubiera dicho nada.

—Estás… —dice, tirando todavía de la trenza de la boda, de manera que ella no puede alejarse aunque quiera— muy distinta esta mañana.

—¿Ah, sí?

Tiembla tanto que teme que él lo vea o lo note a través de los mechones de pelo.

—Sí —asiente Alfonso sin dejar de mirarla—. Ayer estabas muy pálida, blanca como una paloma. Pero ahora, aquí, estás sonrosada y preciosa. Pareces un ángel, con este pelo maravilloso. No sabía que fuera tan largo. Ahora me alegro mucho de haber designado esta habitación para que sea tu cámara.

—Gracias —musita ella con voz ronca.

—Ángeles ahí arriba —dice él, señalando los frescos del techo con la mano libre— y un ángel aquí abajo.

Baja la mano con la que señalaba y la lleva hasta la mejilla de Lucrezia, le envuelve la cara y la levanta hacia sí. Ella aprieta la mandíbula con firmeza para evitar el castañeteo de los dientes. Nunca había estado tan cerca de un hombre: ni del sacerdote, ni de sus primos ni de ningún criado. Ningún hombre la ha tocado jamás, no

estaba permitido. El olor que emana —el sudor del combate de esgrima, los aromas de los campos y del bosque por los que ha cabalgado esta mañana— le inundan las fosas nasales, le llenan la cara. La mano posada en la mejilla es dura, inflexible, el calor que desprende se le cuela hasta los huesos.

Lucrezia espera ahí, en la cama, tapándose el pecho con la sábana. Neptuno, impasible, los mira desde el dintel de la puerta con el tridente empapado de agua salada.

—Un día de estos mandaremos que te hagan un retrato — musita él; las palabras salen de sus labios y aterrizan en las mejillas de Lucrezia como pequeñas explosiones—. Los pintores de la corte se pelearán por el encargo. Todos querrán hacerlo. Hasta la misma pintura te adorará. —Le mira la frente, los ojos, la barbilla—. Un retrato… o tal vez una escena clásica. Hummm. —Parece hablar para sí, por eso ella no contesta—. Hace algún tiempo —prosigue él— los míos solicitaron a tu padre un retrato tuyo. Y tu padre —dice, pensativo, volviéndole la cara de un lado a otro— mandó un retrato al óleo elegantemente enmarcado. Creo que era una copia de uno que tiene él, hecho quizá por un aprendiz. La figura lleva un vestido negro, perlas alrededor del cuello y levanta una mano. El fondo es un tanto oscuro. ¿Lo has visto alguna vez?

Lucrezia asiente con un gesto. Es una copia horrible de un retrato que no le gusta nada. Ni siquiera quedó bien el original, que pintó el maestro Bronzino y para el que tuvo que posar muchas horas con un brazo levantado, que le dolía, la espalda rígida y el cuello penosamente torcido a un lado. No se reconoce en ese cuadro y no soporta verlo.

Alfonso la mira muy de cerca, entornando los ojos, como si quisiera adivinarle los pensamientos, como si los leyera escritos en una página.

—¿Sabes lo que dije cuando lo vi? —le pregunta.

Ella hace un gesto negativo.

—Dije: «No puede ser la misma niña. O ha estado muy enferma desde aquella vez que la vi o este retrato es pésimo».

A Lucrezia le sorprende tanto que se le escapa una risita; se tapa la boca con la mano.

—Lo aborrezco desde el primer día —musita, y decirlo así es un alivio nuevo e inmenso.

—¿De verdad? —A Alfonso le hace gracia la respuesta y sonríe.

—Incluso el original. Es mejor que la copia que te mandaron, pero no mucho. Parezco tan superficial y enfadada cuando…

—Cuando no lo eres. ¿Por qué tu padre no mandó que volvieran a

hacerlo?

Lucrezia intenta pensar en las mejores palabras para responder, pero la contestación es demasiado grande y visceral. A mi padre le da igual, eso es lo que quisiera decir. Le da lo mismo que el parecido sea bueno o malo. El original está colgado en un rincón del *palazzo* que no recibe visitas, a nadie le gusta, nunca lo miran. A sus hermanos y hermanas les han hecho dos o tres: de niños y de jóvenes; a ella siempre le decían que era muy inquieta, que no paraba, por eso no podía posar para los pintores; y así, a ella solo le hicieron uno, y con una prisa indecorosa y humillante, tan pronto como se prometió. El dolor punzante de esta antigua herida se le clava por debajo de las costillas.

—Si hubiera sido yo, lo habría mandado directamente otra vez al taller. ¿Acaso tu madre y tu padre no aprecian la veracidad de los retratos?

—¡Oh, no! —responde Lucrezia—. La aprecian. A mis hermanas les hicieron varios cuando eran pequeñas, y también después. A mi hermano Giovanni se lo hicieron cuando solo tenía un año. Los habrás visto en las paredes de las habitaciones de mi padre. Mi madre posó con mis hermanos dos veces, para Bronzino, y mi padre…

—Pero ¿a ti solo te hicieron uno?

La pregunta es como una cuchilla de hielo clavada en la piel. Lucrezia está segura de que Alfonso, con las pupilas increíblemente dilatadas, lo ve. Ve la respuesta antes de oírla; capta sus múltiples implicaciones.

—Solo uno —murmura ella.

Él reacciona tomándole la cara entre las manos.

—Me parece asombroso —dice en un murmullo de confidencia— y el colmo de la necedad. Eso lo vamos a enmendar nosotros, ya lo verás, y muy pronto. Te retratará un maestro, el mejor de toda la corte. Y si no hace algo exquisito, insistiré hasta que sea perfecto.

A Lucrezia le impactan las palabras, que haya relacionado a su padre con la palabra «necedad», que se haya atrevido a decir eso del gran duque Cosimo I, que alguien haya criticado así su buen juicio.

—Muy bien —logra responder ella.

—Tienes miedo —dice Alfonso acariciándole el pómulo con un dedo.

—No, yo…

—De mí.

—No, no.

—Sí. Pero no tienes por qué temerme. No voy a hacerte daño, te lo prometo. ¿Me crees?

—Me…

La mira de nuevo y luego dice:

—No voy a entrar ahora en tu cama. ¿Me entiendes? No soy un animal. Nunca he obligado a ninguna mujer ni lo haré jamás. No temas. Nos daremos un tiempo los dos. Ahora levántate; mandaré que venga tu doncella y después comes algo. ¿Sí? Luego sal a ver la villa, tiene muchas cosas dignas de verse.

La suelta y se pone en pie bruscamente; se acerca a la ventana y abre los postigos.

—¡Mira qué sol! —exclama—. ¡Cómo resplandece sobre la tierra! ¿No oyes cómo nos llama para que salgamos a disfrutarlo?

Se va hacia la puerta, la camisa se le hincha con el aire, y de pronto retrocede como si se le hubiera olvidado algo; vuelve al lado de Lucrezia. Se dobla por la cintura, le pasa una mano por el cuello, se agacha y presiona los labios contra los de ella: una presión breve y enfática. A ella le recuerda a su padre cuando sella un documento, cuando le pone su marca de propietario.

Lucrezia pasea con unos zapatos blandos y un vaporoso vestido amarillo. Lleva una cofia azul claro en la cabeza sobre la que caen con curiosidad unos suaves rayos de sol, que se le posan en la coronilla y en la frente como caricias de un animal domesticado.

Roza con las manos las hojas altas de los setos de boj que flanquean el sendero. El sol les llega también a las manos, este sol tan incansable y concienzudo que molesta y escuece la piel.

Anda lenta y mesuradamente. Puede pasear dejando la huella en la grava a cada paso, a su propio ritmo, en la dirección que se le antoje y todo el tiempo que quiera. Aquí nadie la molesta, ni la interrumpe ni la pone en peligro. Puede ir donde desee. Se lo ha dicho Alfonso con esas mismas palabras: donde desee.

Esta idea le bulle por dentro, burbujea por la garganta y sale por la boca con un sonido a medias entre una carcajada y un gritito.

El jardín, imperturbable e indiferente, se extiende en todas direcciones. Está sola. (Es decir, sin contar al hombre levemente zambo que lleva un puñal curvo en el cinto; Alfonso ha dicho que ese hombre la acompañará cuando salga a pasear, siempre a cierta distancia, y que no piense en él para nada, y que si quiere cualquier cosa, que lo llame y se presentará en dos segundos.)

De momento, hoy pasa de largo un nutrido lecho de flores moradas que se ondulan y vibran con la actividad de cientos de laboriosas abejas, que se posan y levantan el vuelo incesantemente. Agacha la cabeza para entrar en la enramada en la que el jazmín, con sus flores como estrellas, perfuma el aire. Arrastra detrás de sí el orillo

del vestido, que recoge ramitas y pétalos caídos. Pasa por unos macizos de hierbas aromáticas, junto a una hilera de melocotoneros, entre unas hierbas que se mecen en el aire y entonces se da cuenta de que ha vuelto al mismo sitio: la fuente del centro del jardín, una estructura ovalada de mármol veteado, con distintos niveles y un monstruo marino que lanza agua alegremente al aire brillante y perfumado.

Todavía no puede creer que le permitan moverse con tanta libertad. Después de desayunar leche y pasteles de miel que le llevaron a la habitación y de vestirse con la ayuda de Emilia, la acompañaron al otro lado de la villa, cruzando el patio, hasta una gran estancia en la que se encontraba Alfonso sentado a una mesa, mirando unos documentos y dando órdenes a un hombre que sostenía el gorro con las dos manos.

Al verla, se levantó de un brinco, apartó los documentos, despidió al hombre y la cogió del brazo para llevarla a los jardines cruzando el patio otra vez, y le dijo que podía «pasear a su gusto» siempre que quisiera. Y que el jardín se había construido pensando en complacer a las damas.

Imposible decirle, mientras reposaba el brazo en el de Alfonso, rozando con los dedos la suave tela de la manga de su camisa, que jamás le habían permitido pasear a su gusto en ninguna parte, que sus padres creían que las niñas tenían que estar siempre bajo una estricta vigilancia y en unas habitaciones determinadas hasta el día de su boda, que había que controlarlas en todo momento y no dejarlas solas nunca.

Pero aquí, había pensado Lucrezia, ya estaba casada: el brazo del hombre en el que se sujetaba, su presencia a su lado en un sendero, su voz contándole qué arquitecto había construido ese sendero, esa pérgola o de dónde habían traído el mármol de la fuente. Una villa amurallada con ángeles y dioses en los techos, rodeada de campos y bosques densos y, a lo lejos, la línea serpenteante de un río que parecía una cinta bordada de oro y marrón virando de un lado a otro, regando el valle.

Alfonso la había acompañado por el primer jardín y por el segundo, siempre mirándola como si todo lo que hacía —andar, hablar, gesticular, protegerse los ojos del sol— le resultara interesante. Estaban a punto de cruzar las terceras puertas, mientras le explicaba que esa era su parte predilecta del paseo, cuando de repente, sin previo aviso, le llamó la atención una discreta tos de una persona —que apareció detrás de una hilera de almendros con un manojo de papeles en la mano— y se separó de ella.

Lucrezia se quedó un momento sin saber qué hacer, con el brazo colgando a un lado, preguntándose si debía esperarlo, si debía acercarse a él o quedarse donde estaba: ¿qué era mejor? Pero Alfonso le indicó con una seña que siguiera adelante, volvió otra vez con el hombre de los papeles y ella no necesitó que la animara más. Reanudó el paseo, secretamente encantada de estar sola, aunque solo fuera un par de minutos. Siguió por el sendero a pasos rápidos, bajo las blancas flores de los almendros, y llegó al tercer jardín, que tenía una red de estrechos caminos simétricos bordeados de setos bajos, por los que en este momento pasaba la mano.

El roce fresco de las lustrosas hojas en la palma de las manos. Elegir a derecha, a izquierda o de frente en cada cruce del camino. La competición de las aromáticas ráfagas de las distintas flores. La enorme extensión de cielo azul que lo cubre todo de horizonte a horizonte. Nunca ha visto tanto cielo; por encima de los tejados y de las ventanas de Florencia, el cielo aparece brumoso a causa del humo o de la niebla, y se ve solo en fragmentos rodeados de edificios.

Se vuelve a contemplar la villa y ve un lateral bajo del edificio, de color rojizo, la línea de los árboles y a Alfonso, con la cabeza agachada, hablando con el hombre de los papeles. Alfonso: una figura alta con calzas oscuras y camisa clara, sin sombrero; el otro hombre, más bajo, con camisa gris y una gorra echada hacia atrás sobre el pelo leonado.

Mirando la actitud que tienen entre el espeso follaje de los árboles se da cuenta de que el hombre de la gorra no es un criado. Se ha pasado la vida observando a la gente desde lejos; es una cosa que se le da bien, o que ha aprendido con el tiempo. Es capaz de interpretar la postura, el vestuario, los gestos, la posición de la cabeza y la expresión facial con un simple vistazo; en cuanto entra en una habitación se da cuenta de quién es la persona más poderosa y qué clase de poder tiene, y quién es rival, quién aliado y quién esconde un secreto.

Paseando por el jardín, entre las flores y los árboles frutales de la villa, mira con disimulo al hombre que ahora es su marido y a la persona que está con él, con la que ha ido a hablar. Sus ropas no indican servidumbre —la camisa está bien cortada, de una tela drapeada y con las solapas bonitas; en la gorra destellan las puntas de unos *ciondoli* de adorno— y su actitud, cerca de la altura de Alfonso, es natural. Se inclina hacia él poniendo el peso del cuerpo en un pie. Comprende que hay cierta intimidad entre ellos. El hombre roza un momento con el codo a Alfonso, mientras miran lo que pone en los papeles los dos juntos, y Alfonso no se aparta.

Los observa embelesada. ¿Será el amigo del que le habló, con el

que practica la esgrima? ¿O tal vez un hermano o un primo que ha venido de la ciudad? Está segura de que le han dicho que Alfonso solo tiene un hermano, que es cardenal y que vive en Roma.

Ahora habla el hombre, pone una mano con la palma hacia arriba, después la otra y las junta en actitud de rogar. Lucrezia ve a Alfonso pensando con la cabeza gacha. Se pregunta si será algo relacionado con su madre otra vez, o alguna otra cuestión de la corte. Su padre le explicó que el primer año de Alfonso en el ducado podía resultarle difícil; que muchos otros, tanto dentro como fuera de la corte, querrían poner a prueba o desafiar a un gobernante nuevo y joven. Tu Alfonso, añadió Cosimo, tendrá que dar a entender que no consiente las disensiones; tendrá que dar pruebas a todos de que está preparado para la tarea de gobernar Ferrara. Es posible que lo obliguen a hacer una demostración de fuerza y valor: estas cosas funcionan así.

Al otro lado del seto, Alfonso dice algo con un decisivo gesto de asentimiento y le da una palmada al otro en el hombro; luego se vuelve en dirección a Lucrezia y echa a andar por un sendero, después a la derecha, a continuación a la izquierda, serpenteando entre los caminos del laberinto.

El otro hombre desaparece entre la espesura, como si nunca hubiera estado allí.

Cuando Alfonso llega al lado de Lucrezia, le dice que tiene que dejarla un rato, que debe volver al trabajo, pero que ella puede quedarse en el jardín todo el tiempo que le plazca.

—Lo siento —concluye con una breve sonrisa—. Te veo esta noche.

Los pensamientos de Lucrezia se repliegan sobre sí mismos, el jardín, las abejas y las flores desaparecen y lo único que ve es la cama de la habitación de los frescos con las sábanas deshechas.

—Sí —dice, vacilante.

Esta noche, piensa, esta noche.

—¿No estás disgustada? —La mira con sus penetrantes ojos oscuros.

—No, claro que no. Por favor, no te preocupes por mí. Estoy muy bien aquí.

—No te quedes mucho rato al sol —le aconseja, y le besa la mano —. Puede ser más fuerte de lo que crees.

—¿Quién era ese hombre? —le pregunta enseguida.

—¿Qué hombre?

Le suelta la mano, que cae en el espacio que media entre ellos.

—El que ha venido con la carta.

—¡Ah! —Alfonso se vuelve hacia el seto grande como buscándolo —. ¿Se ha ido? Era Leonello.

—¿Es… tu amigo?

—Mi muy buen amigo, desde la infancia. Crecimos juntos. Mi padre lo educó con nosotros. Es como un hermano para mí, o como un primo. Hace mucho tiempo que me ayuda en los asuntos de Estado y se ocupa de… —Se calla y se protege los ojos del sol—. ¿Adónde se ha ido? Le he dicho que me esperara.

Alfonso se aleja de Lucrezia, va hacia el final del camino.

—¡Leonello! —lo llama, y lanza un silbido penetrante, como el cazador cuando llama a los perros—. ¡Leo!

—¿Qué? —llega la respuesta desde lejos, amortiguada por el follaje.

—¿Dónde demonios te has metido? ¡Vuelve!

Se oye un crujido, un golpe seco en el seto, y una voz despreocupada dice: «Muy bien».

—Ven, tienes que conocer a mi mujer. ¿Has perdido los buenos modales?

El hombre aparece: primero un hombro entre las ramas, con los papeles todavía en la mano. Cruza el jardín, pero, al contrario que Alfonso, no se acerca recorriendo los caminos, sino andando entre los lechos de flores como si no existieran, pasando por encima de los setos bajos, de los capullos, espantando a las abejas y esparciendo pétalos. He aquí un hombre, piensa Lucrezia observando el avance de Leonello, que no sirve a nadie ni deja que nada se interponga en su camino.

Se detiene a pocos pasos de ella.

—Leonello, quiero presentarte a mi esposa y consorte, la nueva duquesa de Ferrara. Lucrezia, te presento a mi amigo y primo Leonello Baldassare.

Leonello hace una profunda reverencia, casi excesiva, podría decirse, exagerando la cortesía del momento, como satirizándola. A Lucrezia no se le escapa este detalle. Lo mira de arriba abajo: pómulos prominentes, ojos de color castaño amarillento, boca breve de labios finos, pelo aclarado por el sol del verano tal vez. Proporcionado, hombros anchos, talle fino; se lo imagina blandiendo un florete, cortando el aire con la punta roma.

—Mi señora —dice, arrastrando las palabras lánguidamente—, soy vuestro humilde servidor.

—Me alegro mucho de conoceros. Espero que todos los amigos de mi marido sean también amigos míos.

Leonello la mira como sopesando estas palabras. Lucrezia piensa

que el nombre le cuadra perfectamente. Una mata de pelo leonado le enmarca el rostro, y la piel es lisa y dorada. Un momento después, Leonello responde con una inclinación de cabeza, sin sonreír, dando a entender que está de acuerdo. Lucrezia se dice que no se parece a ningún otro de los *consiglieri ducali* que ha conocido, no muestra rastro de la actitud protectora, deferencial y tranquilizadora que adoptaba Vitelli. La suya resulta inquieta, febril: no le gustaría encontrarse a solas con él en una habitación.

—¿No es una belleza? —dice Alfonso, levantando la barbilla a Lucrezia—. ¿Has visto en tu vida una tez semejante, unos ojos tan claros? Por no hablar del pelo.

Nota de nuevo la mirada de esos ojos ambarinos, pero esta vez ella mira a su marido.

—Sin la menor duda —responde el inescrutable Leonello—. Su señoría es un ejemplo exquisito de feminidad. —Se toca la barbilla con los documentos enrollados—. Era lo que esperábamos, ¿no es así? Y, tal como dijiste, el retrato no le hace justicia.

—Ah, pero voy a encargar que le hagan otro inmediatamente —exclama Alfonso—. Una escena alegórica o religiosa. O, ahora que la miro aquí, se me ocurre que tal vez un perfil de tres cuartos, justo como está ahora. Un retrato de casada. ¿Qué opinas?

Los dos hombres la observan retrocediendo un poco, de lado: su marido, con una expresión pensativa; Leonello, insondable, sopesando.

No le gusto, piensa Lucrezia con cierta confusión, y se pregunta por qué. No la conoce, es la primera vez que se ven. ¿Qué será lo que le ha producido esa hostilidad instantánea? ¿Qué ha podido hacer o qué es lo que, a su parecer, le falta a ella?

—Tenemos que irnos —murmura Leonello a Alfonso.

Levanta los documentos para recordarle lo que tienen entre manos.

—Ya lo creo.

Alfonso le besa la mano a Lucrezia brevemente, da media vuelta y se va con su amigo, levantando grava con las botas. Lucrezia se queda sola en medio del jardín, las flores se ondulan bajo el peso de un enjambre de abejas, la fuente sigue expresándose en su indescifrable argot plateado.

Todo empieza con ella tumbada en la cama. Es una cosa muy normal, pero ella hace esfuerzos por quedarse donde está sin agarrarse los largos puños de la camisa mientras él se mueve por la habitación con pasos sigilosos, con un libro en una mano y una vela en la otra. Dice algo sobre el tiempo: que parece que va a cambiar, que hay que cerrar todos los postigos esta noche porque se está levantando viento.

Es tarde, muy tarde; se ha servido la cena, estofado de conejo con achicoria roja a la plancha; Lucrezia se ha frotado la piel con tintura de malva; se ha metido entre las sábanas, que huelen a romero y espliego.

Sabe lo que va a pasar. Cree que lo sabe. Se lo han explicado. Ha entendido el mecanismo, cree que tiene una idea suficientemente clara. Se dice que es afortunada por tener un marido amable y considerado, por no hablar de su apostura. ¿Acaso no le ha prometido que jamás le hará daño? No todas las mujeres tienen tanta suerte. Y sabe que su dureza y su capacidad de adaptación la ayudarán a superarlo. No se acobarda tan fácilmente, puede soportar el dolor, la incomodidad y el miedo. Lo superará. Será capaz de superarlo. Pronto pasará todo. Tiene que suceder, es necesario soportarlo y puede hacerlo.

Pero esto no se lo esperaba: que se acercara a la cama, que se quitara la ropa prenda a prenda, horriblemente, hasta quedarse ante ella desnudo y sonriendo. Lucrezia procura no reírse. Procura no llorar. No quiere mirar y sin embargo quiere, pero no puede. No esperaba que se acostara a su lado y después fuera acercándose más y más. Tampoco que empezara a hablar, que iniciara una conversación, que le hiciera preguntas, algunas sobre el viaje y la comida o si le gustó tal fresco o tal otro, cuál prefería, qué música es más de su agrado, qué instrumento le parece más dulce al oído, el laúd o la viola, si le gustan los madrigales, porque dicen que los madrigales florentinos son famosos. Temas tan normales, temas de los que se podría hablar en un salón o en la cena, y entretanto, sus dedos pacientes pero inquietos le tocan filamentos del pelo, le acarician suavemente la cara, le recorren la línea de los labios como recogiendo información sobre ella. Esto no se lo esperaba.

En el *palazzo* había perros y gatos. Los había visto hacer el acto: el macho, ensimismado y evasivo, mirando a menudo a los lados; la hembra debajo, con cara de resignación. Y Sofia se lo había contado como buenamente había podido. Le había señalado en el vestido la zona de alrededor del ombligo y había hecho un gesto metiendo el pulgar de una mano en el puño de la otra. Le había dado un frasquito de ungüento cerrado con cera y bramante, para que se lo aplicara antes de que él fuera a buscarla, al menos las primeras semanas. Su madre había juntado las manos y, como si rezara, le había dicho cosas ambiguas sobre «la voluntad de Dios», «el deber de la mujer» y «parte del matrimonio». Así que tenía una idea de lo que iba a suceder.

La calma de Alfonso la sorprende, esa naturalidad, esa forma de acercarse con una intención y el tiempo que se toma.

—No te preocupes —le murmura él, poniéndole la mano en la mejilla al tiempo que desliza la espinilla entre los pies de Lucrezia—. No tengas miedo.

—No tengo miedo —susurra ella.

Le alisa la frente con la parte gruesa del pulgar.

—No voy a hacerte daño, te lo prometo.

—Gracias.

—¿Me crees?

—Sí.

—¿Confías en mí?

—Sí.

Tiene que creerle. ¿Acaso hay alternativa? Se encuentra a leguas y leguas, a días y días de su familia. Aquí no hay nadie más.

—¿Confías en mí? —repite él, mientras le coge la mano y se la posa en el pecho plano.

Ella no lo ha tocado todavía, no conoce el tacto de su piel sin ropa. La asombra lo dura que es, el músculo, el calor, el hueso, el ritmo animal del corazón.

—Claro —dice ella.

Ve que ha respondido bien porque él sonríe. Le aprieta la mano contra el pecho y después, para su gran asombro, coloca la otra en la parte correspondiente del cuerpo de ella, sobre el cuello de la camisa, debajo del cual se encuentra el hueco entre los pechos. Se sobresalta, no puede evitarlo, y él lo nota, pero no quita la mano. ¿Ve un destello de comprensión en su rostro o se lo imagina? Cree que sí, que lo ha visto; espera que sí. Sabe que por ser su marido tiene derecho a tocarla donde quiera, y Sofia se lo advirtió, pero se sobresalta de todos modos. Que él se dé cuenta, que lo comprenda, es un alivio. No le va a hacer daño, se lo ha prometido. No tiene nada que temer.

Le levanta la mano del pecho y se la coloca en el hombro, y hace otro tanto con la suya, que aterriza en el hombro de ella y se curva sobre el hueso redondeado. Con una sonrisa, le lleva ahora la mano a la garganta, después a la mejilla, a las costillas, a la cintura, siempre imitando esos movimientos sobre el cuerpo de ella con la otra mano. Lucrezia tiene la sensación de que las partes que le ha tocado están ardiendo y heladas al mismo tiempo, como si esos dedos hubieran impregnado la camisa con tinta invisible o algo así. Entretanto, a medida que él le mueve la mano, ella va aprendiendo las diferentes texturas: la granulada y ruda de la corta barba, la piel arrugada de los labios, el satén del hombro desnudo, el vello rizado del pecho. Le resulta interesante: la repetición, el juego, son como un arrullo. Pecho, hombro, garganta, mejilla, cintura y vuelta a empezar por el pecho. En

estos momentos todavía hablan: de sus tres perros de caza y de lo distintos que son, de los platos que más le gustan a ella, y todo entre ellos es extraño, sí, pero tranquilizador. Este juego repetitivo y de imitación la calma; puede hacerlo, puede soportarlo. Piensa que tal vez las cosas no vayan más allá esta noche; quizá solo quiera jugar así, nada más.

No está preparada, no está lista cuando, después de tocarse la cintura, él no le lleva la mano al pecho otra vez, sino más abajo, mucho más abajo, a un sitio que ella no ha visto nunca, en el que no se ha permitido ni pensar.

En el *palazzo* de su padre hay estatuas de hombres, de dioses y de querubes desnudos por todas partes, por lo tanto, lo que hay en la entrepierna no es un misterio. Y se ha criado con hermanos, claro. Los veía de niños, de pie en la tina, cuando las ayas los bañaban. Ha visto lo que tienen los varones, esa especie de bolsa con un apéndice vulnerable y cómico, todo encogido y guardado en su fundita como una criatura que teme enseñar la cara al mundo. Su hermana Isabella le había confesado que, en ese aspecto, los tamaños eran variables y Lucrezia le había preguntado cómo podía saberlo, si seguro que solo había conocido a un hombre de esa forma, Paolo, su marido; para gran confusión de Lucrezia, Isabella rompió a reír y le dio un fuerte manotazo en la pierna.

Esto no se lo esperaba. No se le había ocurrido que tendría que tocárselo con la mano. Que le cogerían la mano —esas manos que habían vuelto las páginas de los libros, atado cintas, cosido con agujas, partido el pan, levantado tazas, escrito palabras y pintado dibujos— y se la pondría con cuidado pero con firmeza alrededor de eso para que aprendiera a tratarlo. No sabía que esta parte del cuerpo sufría una transformación, cambiaba de forma, se metamorfoseaba en otra cosa completamente distinta. Tampoco sabía que ese cambio se extendía a todo el ser del hombre, que también él se convertía en otra persona, que todo lo que existe a partir de ese momento es distinto, rápido: un asalto.

Ahora ya casi no hablan. Se acabaron las preguntas sobre los frescos más bonitos. Con una voz más ronca de lo habitual, le pregunta si puede quitarle la camisa y, cuando ella dice que sí —porque, ¿qué va a contestar, si no?—, se la quita con la misma prisa que si estuviera bajo el efecto de un hechizo, y después empieza a rebuscar por un lado y por otro, con insistencia, con resolución, como si quisiera encontrar algo en todas sus hendiduras.

No sabía que se tumbaría encima de ella, que no podría moverse debajo del cuerpo de Alfonso. No sabía que tendría que doblar las

rodillas de una forma desgarbada, como una cigarra, ni que los huesos de la columna vertebral y de la pelvis crujirían bajo su peso.

Le repite que no le va a hacer daño, que no tenga miedo, que no le hará ningún daño, ninguno, se lo promete susurrando con esa voz nueva, ronca.

Y a continuación le hace daño a pesar de todo.

El dolor es alarmante y curioso por lo específico. Se abre un camino ardiente en sus partes más íntimas, unas partes de las que, hasta el momento, apenas tenía conciencia. Nunca había sentido una incomodidad así: quema, invade, no la quiere, la desborda. Sabe que la cara se le retuerce, que se le escapa un gemido de los labios.

Él lo oye, está segura. Alfonso levanta una mano y le sujeta la cabeza. A modo de disculpa, supone, y ahora parará, está segura. Porque le ha prometido que no le haría daño… a lo mejor no quería hacérselo, pero se lo ha hecho. Porque ha hecho lo que quería. Porque ha cumplido su parte del contrato matrimonial, y ella también. Porque se preocupa por ella, tal vez incluso la ame, y no querría hacerle ningún daño. Porque ahora ya es el final y esto se termina, él ha hecho lo que había venido a hacer, ella ha hecho lo que tenía que hacer, ya puede soltarla.

Sin embargo, curiosamente no se para. No se retira. Se queda en el sitio dolorido y añade más dolor al que ya le ha hecho. Le dice que está bien, que no se mueva, que todo va a salir bien, que ella está bien, está bien. Pero, ¿por qué lo dice? ¿Cómo puede creerlo? No estoy bien, le gustaría susurrar, me duele, me estás haciendo daño, has faltado a tu promesa.

Lucrezia creía que sabía lo que iba a pasar. Creía que estaba preparada, pero no lo estaba, no, ni mucho menos. Isabella le dijo que podía dolerle un momento, pero que enseguida pararía y que después le gustaría. Estas frases le pasan por la cabeza, van y vienen. Es en lo único que puede pensar ahora.

Su cuerpo, su ser, ella, está aprisionada entre el colchón y otra persona como un manojo de hojas de papel entre las tapas de un libro: esto es más que asombroso, más que impactante.

El calor, el esfuerzo, el ruido que hace… la horrorizan —ella esperaba vagamente una fusión de carácter celestial o espiritual, una dulce confluencia de seres, en silencio—, pero cuánto se parece esto a la furia, con ese movimiento constante, repetitivo, esa forma de empujar, esa invasión, esa distorsión de las facciones, ese jadeo como de poseso.

Lo sabía. Está segura. Lo sabía, pero al mismo tiempo no lo sabía. La idea de que en un momento de su vida había percibido el miembro

viril como algo tímido o temeroso parece ahora tan lejana, tan fuera de lugar que cree que debía de ser otra niña la que observaba el cuadro de Júpiter de su padre y se fijaba disimuladamente en el curioso tubito de carne que asomaba entre un nido de vello.

Cuenta los latidos del corazón. Llega a veinte, después a cuarenta. Pierde la cuenta a partir de sesenta. ¿Cuánto dura esto? Imposible saberlo. ¿Por qué no se lo preguntó a Sofia o a su madre, o incluso a Isabella?

El peso de esto —de él— le dificulta la respiración.

Fuera se oye el viento, que empieza a levantarse. Es un viento que tiene presencia y carácter. Juguetea en los postigos, desliza unos dedos finos por las rendijas, hace crujir las fallebas. Frunce los labios y sopla por la chimenea esparciendo fragmentos de hollín por el suelo. Fuera, arriba, se frota contra las tejas del tejado como si quisiera levantarlas con sus insistentes dedos.

No sabe dónde poner las manos. Quiere apartarse el pelo de la cara, de la boca, pero él es mucho más grande que ella, tiene un cuerpo enorme y dos brazos musculosos que la hunden en el colchón por ambos lados, y no puede moverse, y esos brazos también le tiran del pelo. Con una mano, que ha tenido en el aire sin saber qué hacer, le toca levemente la piel, la espalda seguramente, o la cadera, y está muy húmeda y carnosa, ardiente, se mueve de una forma que la asusta y la retira al instante. Entonces le parece que es mejor dejar los brazos sueltos a los lados, separados, que no interfieran.

Antes de que sucediera todo esto, en el comedor, mientras retiraban el estofado de conejo, él le pidió que se soltara el pelo para vérselo. Y ella obedeció. Sentada a la mesa, se deshizo las trenzas de la boda de un lado de la cabeza, mientras Emilia, a la que llamaron para que la ayudara, deshacía las del otro lado. Esto fue en los momentos anteriores, antes de todo esto otro, al final de la cena. Mientras la miraba, Alfonso cogió un melocotón de un cuenco y un cuchillo de pelar. Insistió en que lo probara, le dijo que los cultivaban allí, en sus tierras, y que había ordenado que los trajeran para ella, que el valle era una llanura hermosa y fértil, con una tierra perfecta para la agricultura. Al oír la palabra «fértil» ella volvió la cabeza a otra parte, quizá él ya sabía que lo iba a hacer, porque, cuando lo miró de nuevo, sonreía y sostenía un anaranjado trocito de melocotón en la mano, que le acercó a la boca amablemente. Vamos, le dijo, pruébalo. Y, alargando más el brazo se lo puso entre los labios como si fuera lo más natural del mundo; ella tuvo que abrir la boca para aceptarlo, no le quedó más remedio que comer de su mano. El sabor le llenó la boca inmediatamente, resbaló por la garganta de tal forma

que creyó que iba a atragantarse. Era increíblemente blando, como el musgo, dulce como el néctar, con un regusto de acidez. Bien, murmuró él observándola, apoyado en los codos, ¿te gusta? Ella dijo, sabe a sol. Es como comer sol. Debió de ser una respuesta acertada, porque él se rio y la repitió para sí. El pelo, suelto ahora, le cae por la espalda con las ondas de las trenzas todavía.

La cama: antes era un sitio para dormir o para estar despierta oyendo la respiración de sus hermanos, los ruidos nocturnos del *palazzo*. Ahora otra persona podía retirar las mantas y meterse en ella, y hacer… esto.

El viento se filtra por un resquicio de la ventana. Nota la caricia fresca y susurrante en la mejilla, parece una invitación a algo, o una propuesta.

Descubre que, si vuelve la cabeza a un lado, puede respirar mejor, aspirar un aire que no se ha respirado ya tantas veces como el que hay en la pequeña distancia que los separa.

Ese aire le trae una sensación como si la trama y la urdimbre de una tela se separaran, y una parte de ella, la mejor tal vez, responde a la llamada del viento. Se suelta sola. Se levanta de la cama, deja los cuerpos allí, que hagan lo que quieran, y se va. Qué alivio poner distancia entre sí misma y esa cama. La parte de su ser que se va parece amorfa, como un borrón. Anda a pasos silenciosos por la tablazón del suelo y al mismo tiempo flota cerca del techo. Esta Lucrezia incorpórea pasa junto a las vigas y los querubes pintados; alarga la mano y repasa las líneas del arcoíris. Es enorme, majestuoso; es minúsculo y oscuro.

La cama en la que están los cuerpos, uno tapando al otro, se encuentra muy abajo. Es un espacio de sombra y oscuridad. No se ve nada. Lo que está pasando ahí carece de importancia para ella.

Atraviesa las paredes, se desintegra, se disuelve en la escayola, en las vigas, en los puntales, en el cañizo, en el ladrillo, y vuelve a cuajarse en el aire del otro lado.

Ahora está aquí, fuera de los muros de la villa, donde la noche ha pintado su versión del valle a resueltas pinceladas de color índigo, donde el viento anima este misterioso paisaje en sombra, mueve los árboles, eleva a las aves nocturnas en el aire negro azulado, arrastra borrones furiosos por el rostro ilegible del firmamento. Está en el tejado, se mueve con sigilo por los canalones y los desagües, con las caricias del animado viento, pisando musgo de primavera, pero también está en el suelo, donde las ramas de los árboles se abanican para encontrar la brisa, se echan a un lado, después al otro. Donde las piedras pequeñas y puntiagudas se le clavan en los pies descalzos.

Donde el bosque es una forma oscura que se extiende más allá de los setos domesticados, de los desmochados árboles frutales, que aguarda, agazapada.

Lucrezia está atenta. Es ella misma. Puede elegir su propio ritmo, puede aumentarlo, puede ralentizarlo. Puede galopar, correr por los jardines; puede saltar por encima de los setos y los caminos, su cuerpo es un rayón de color en la débil luz, las costillas, un recipiente para el desbocado corazón. Y cuando llega al bosque los árboles la acogen, todos los animales y los pájaros que viven en él mandan sus preguntas al cielo con graznidos y aullidos, y ella va a esperar con ellos, observando, a que lleguen los primeros rayos de sol, la fría luz de la mañana, que será reparadora y se compadecerá de la rica seda de su piel.

Se despierta sobresaltada, asustada por un sueño en el que Maria le tiraba de la mano por un pasillo y le decía que corriera; Lucrezia no podía soltarse porque estaban las dos dentro del mismo vestido, uno tieso y pesado; intentaba ir a su paso y le preocupaba tropezar con el orillo, pero Maria no frenaba. En el momento en que se caía, con los pies del sueño enredados en los de su hermana, cuando su yo del sueño estaba a punto de darse un cabezazo contra el suelo, se despertó y recobró la conciencia en un instante.

Se encuentra tumbada de lado en el borde de la cama, en una habitación desconocida de techo alto y paredes claras, que brillan con una luz inconstante, moteada. Maria y el vestido que las unía han desaparecido. El pelo está todo desparramado, como un líquido, por las almohadas y la cama, enredado en las manos, tapándole la boca. ¿Qué ha pasado? Seguro que ha pasado algo. Nunca se acuesta sin haberse hecho una larga trenza que descansa, obediente, junto a ella toda la noche, como un animalito o una hermana.

Oye a la espalda un ruido tan inquietante y extraño que se le encoge el cuero cabelludo. El aire que entra y sale, el movimiento de otro pecho. Es una respiración pesada, mesurada: la de una persona dormida.

Sus pensamientos saltan de pronto, como una pulga, de las rayas y surcos entrecruzados que, vistos de cerca, estrían las entrañas de las manos, al dolor de la parte inferior del cuerpo, que parece tirar de ella como si lo tuviera atado a una cuerda, y al pelo desparramado, al borde de la cama, a la alfombra que hay debajo, a las motas de polvo que dan vueltas en los dorados rayos de luz, al dolor, a la respiración que oye a la espalda, al dolor, a las manos otra vez, vistas de cerca.

Levanta la cabeza un poco, muy poco: no quiere despertar a la persona que está detrás, así que procura moverse muy despacio, sin

rozar apenas las sábanas.

Ahí está. Verlo es un espanto. El pelo como plumas negras en la almohada, la cara sin expresión alguna, como si lo que esté soñando lo calmara y lo transportara, la barba incipiente de la barbilla y las mejillas de punta, como un bosque en miniatura en la falda de una montaña.

Lo mira como si estuviera pensando en un boceto: *Hombre dormido, gobernante en reposo*. Cuando está despierto, Lucrezia es incapaz de mirarlo mucho rato, su presencia, él mismo, la sobrecoge. Esa forma de mirar, como si nada se le pasara por alto, como si lo viera todo; esa cabeza que siempre está interpretando, captando, esa habilidad que tiene para arrancar hasta tu último pensamiento íntimo suspendido en el aire y consumirlo, apropiárselo, entenderlo y archivarlo. Supone que en eso consiste ser gobernador. Pero así, con los ojos cerrados, la cabeza descansando, puede observarlo sin cohibirse. Solo en estos momentos no es el gobernador de Ferrara, no es el recién nombrado jefe de una corte poderosa, sino un ser que duerme, ni más ni menos.

Aquí, en la otra almohada, hay una versión distinta del hombre al que la han entregado. Al parecer, existen muchos Alfonsos dentro de un solo cuerpo: el heredero al que conoció en las murallas, cuando era pequeña; la persona que le mandó el cuadro de la garduña y las volutas y los rasgos de las cartas que le escribía desde Francia los dos años y medio de espera para los esponsales; el duque que la llamó al altar; la persona del carruaje y el hombre en mangas de camisa que la acompañó para enseñarle los jardines. Y ahora otro más: el sátiro durmiente, con el pecho desnudo, la inquietante parte inferior medio tapada, debajo de los pliegues y los frunces de las sábanas.

Qué premio, qué golpe de suerte disponer de tiempo para examinar todas sus partes.

Se fija en los anillos que lleva —dos en la mano derecha y uno en la izquierda, el del sello, con una impresión invertida y en miniatura del águila de su blasón—, en la fina cadena de oro alrededor del cuello, en cómo roza el pelo y se enreda en él. Tiene los labios separados, así que también puede verle los dientes, tan blancos y afilados, separados a intervalos regulares, y le falta uno del lado izquierdo, abajo; la prueba de un accidente o algo así. Ve que el vello de la parte superior del cuerpo es más oscuro que el de los brazos. El del pecho es como dos olas que se acercan en sentidos opuestos y se encuentran en el centro formando una cresta. Es como si estuviera hecho de dos mitades de un molde, como las esculturas, y lo hubieran unido a lo largo de esa línea central. Las uñas: limpias, cortas. Las

pestañas: negras. Los ojos: protegidos por los párpados, en continuo movimiento de un lado a otro, como si, incluso dormido, estuviera leyendo y descifrando información, misivas de la corte, cartas de Estado, cuentas, tratados políticos, informes de rebeliones.

Despacio, muy despacio, se separa de él deslizándose entre el colchón y la sábana, hasta que sale de la cama y se aleja de todo lo que ha sucedido ahí; perturbadoramente desnuda, se mueve por la habitación consciente del dolor en la entrepierna, busca las zapatillas y el vestido, recoge la *zimarra* del suelo y se la pone a toda prisa.

Mira un momento el cuadro de la *faina*, que está apoyado en la repisa de la chimenea —y qué bien queda ahí, sobre el fondo de yeso claro de la pared, siguiéndola por la habitación con la mirada—, quita el pestillo de la puerta, la abre, sale y cierra.

Va por el pasillo sin hacer ruido, con las zapatillas de piel de cordero, pasa por la antecámara en la que duerme Emilia y por las estrechas y oscuras escaleras de la servidumbre y sigue adelante, baja unos peldaños y sale a la galería.

Es temprano, el sol proyecta sombras largas desde la base de las columnas y de los árboles y los criados que están en el patio hablan unos con otros sabiéndose a salvo, sabiendo que sus señores tardarán horas en levantarse.

Sin embargo Lucrezia está despierta. A ella también le gusta pasar desapercibida: en la infancia no hizo otra cosa que cartografiar pasadizos ocultos y al menos eso lo ha aprendido. Se aparta del borde luminoso de la galería, retrocede para ponerse a cubierto y se va sin hacer ruido, siguiendo la pared de la villa.

Cruza el primer patio, bordea las cocinas y la cháchara de las criadas que sacuden escobas y plumeros y abren ventanas. Las evita escondiéndose otra vez en las sombras. No sabe muy bien adónde va, pero lo descubre al doblar una esquina.

Ahí, enfrente de ella, hay una cosa que no ha visto en su vida. Una cosa que jamás habría creído posible. Una cosa tan emocionante e inesperada que se lleva las manos a la boca.

Las macizas puertas de madera de la villa, abiertas de par en par.

No hay guardianes en la entrada. No hay soldados armados ni hombres de librea; nadie va a cerrar las puertas a toda prisa; no van a poner una gruesa tranca para rechazar a los enemigos y a los asesinos. Nada, nadie. Solo el portal abierto de par en par, a la vista de todos. Eso solo pasa en una casa que no espera amenazas, ataques, ladrones ni intrusos. He aquí un edificio que no necesita reafirmar su poder, una *delizia* pensada únicamente para disfrutar, un lugar conforme consigo mismo y con sus alrededores.

Al otro lado del vano —rectangular, con un arco apuntado— ve un camino de grava que se aleja serpenteando, una hilera de cipreses que rozan con la punta un cielo arrebolado por la aurora. Las flores silvestres tapizan el camino y la saludan inclinando la corola azul, verde o amarilla.

Da un paso adelante y otro después. Mira atrás. ¿Va a detenerla alguien? ¿En el instante en que ponga un pie fuera de la villa acudirá un batallón dispuesto a llevársela dentro otra vez y a cerrar las puertas?

Vacila en el umbral, mira por encima del espeso muro de árboles y sale.

El viento de anoche ha vuelto, pero no quiere pensar en anoche ni en nada que tenga que ver, no, porque esa clase de pensamientos no se pueden consentir en semejante mañana y, además, el viento ha cambiado, se ha encogido, se ha civilizado; se comporta como es debido; ha recordado cuál es su lugar. Se arrastra por el suelo como un animal sobre el vientre, agita las flores de los bordes del sendero, hace cosquillas a las ramas bajas de los setos, juguetea con el orillo de su manto, con los mechones de pelo.

Se aleja de la villa arrastrando las zapatillas por el suelo. Cada vez más deprisa, sintiendo de pronto una ligereza o un alivio por dentro. Lo ha hecho. Ya lo ha pasado… eso que tanto temía, el acto que la asustaba. Había pensado que podía ser terrible, insoportable —y en realidad lo fue—, pero, ya ves, aquí está, al otro lado de la cosa, paseando al sol. Ha cumplido con su deber, no ha decepcionado a su familia. Lo que le gustaría haberle preguntado a Sofia, a su madre o a Isabella es la frecuencia con la que tendría que hacerlo. Ahora que lo ha soportado una vez, tal vez pase mucho tiempo hasta que se vea obligada a repetirlo.

Se ve un cielo inmenso, se extiende desde la punta de los cipreses hasta las cumbres de los Apeninos, que se ven a lo lejos, envueltas en una bruma grisácea y morada. Mientras anda se fija en cómo cambia de color, desde el rosa del amanecer hasta el rojo y anaranjado.

Esto, piensa. Todo esto: los cipreses como filas de pinceles erguidos esperando la mano gigante de un pintor; el viento bajo y sumiso; la línea dentada de las montañas pintada de negro en el horizonte; a su espalda, las voces amortiguadas de los criados llamándose unos a otros; las puertas abiertas de la villa; el tintineo de los cencerros que el ganado lleva al cuello; las hileras y más hileras de árboles frutales que se abren como avenidas al pasar a su lado. Esto es lo que quiere, esta dicha en la piel, como la caricia de la llovizna después de una sequía extenuante. Puede acatar lo otro, puede

soportarlo a cambio de todo esto. Lo uno por lo otro. Lo hará, puede hacerlo.

Oye un crujido a un lado, después, un roce; da media vuelta. No se trata, como temía, de una alimaña salvaje que va a devorarla. Una silueta se define sobre el fondo de los árboles del bosque. Alarmada, cree ver un centauro, mitad hombre, mitad caballo, tal vez un enviado de los poderes míticos con un mensaje para ella. Retrocede y se envuelve bien en el manto.

Después aparece la cabeza del caballo, con sus bridas, sus riendas y su jinete sobre el lomo. No es un centauro sino un cazador que ha salido de madrugada a perseguir a su presa armado con un arco, un cuchillo y un garrote, que lleva al cinto.

Es Leonello, amigo y *consigliere* de Alfonso. Reconoce el pelo claro debajo del sombrero de cazador. Lleva tres liebres colgadas de la silla, suspendidas por las patas traseras, exangües, con los ojos cerrados para siempre y las patas delanteras moviéndose, inánimes, al compás.

El jinete frena el caballo, reposa las manos en el fuste y se queda mirándola. Ella le devuelve la mirada. Los ojos del hombre no sonríen, no tienen expresión. Lucrezia quiere preguntarle, ¿por qué me aborreces, qué he hecho para disgustarte tanto? Tiene las palabras en la punta de la lengua. Esta hostilidad instantánea e instintiva la desconcierta; no es la primera vez que se la encuentra, y siempre la deja perpleja que alguien pueda odiarla a primera vista. No ha hecho nada para merecerlo; y le produce una heridita pequeña pero fastidiosa, como la picadura de las ortigas.

No le dice nada de todo esto, naturalmente. Levanta la cabeza y lo mira a los ojos, como le han enseñado —sabe que su madre, española, estaría orgullosa al verla enfrentarse firmemente a este hombre a caballo— y le da los buenos días.

Él responde con una breve inclinación de cabeza, el caballo se mueve. Lucrezia ve que tiene los flancos húmedos, que jadea.

—Buen día tengáis —le dice, de esa forma tan curiosa, casi sin mover los labios, como si las palabras se apoyaran las unas en las otras—, duquesa.

Enfatiza la última palabra, alargándola. La ha pronunciado después de una pausa minúscula, deliberada. Ella lo sabe y él también. Hay aire alrededor de esa palabra, de ese título, un espacio poblado de cosas que no dice, de ideas que piensa pero que retiene.

Lucrezia hace lo que siempre ha hecho en situaciones semejantes. No en vano se ha criado con cuatro hermanos mayores que la miraban por encima del hombro continuamente, que la mantenían en su sitio, que la excluían, que se burlaban de ella, que la menospreciaban.

Conoce la relación que intenta establecer con ella tan bien como la palma de su mano. Es una experta en esquivar esos golpes invisibles.

—¿Qué tal estás, primo? —murmura. No va a levantar la voz ni un poco más; si quiere oírla, que se agache—. Veo que la caza se ha dado bien.

¿Cómo va a encajar este trato, este título de «primo», que alude a una familiaridad y establece irrefutablemente que los esponsales han tenido lugar, posiblemente en contra del consejo y del deseo de este hombre? Ella entiende cómo funcionan estas cosas. Quizá Leonello tenga una hermana u otro miembro de su familia a la que desearía elevar de categoría casándola con Alfonso. Tal vez estaba a favor de una boda con una princesa extranjera o con una hija de otra región, y Alfonso le ha llevado la contraria eligiéndola a ella. O tal vez esté resentido por algo con la casa de su padre o con su influencia. ¿Quién sabe? Ella no se lo va a preguntar; jamás le contará a Alfonso ni a nadie el trato que le dispensa este Leonello. No hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

Leonello, erguido sobre el caballo, espera antes de responder: «Se ha dado bien, sin duda». Ajusta el alambre del que cuelgan las liebres y, por un breve instante, parece que recobren la vida.

—¿Habéis dormido bien?

A pesar de todo, a pesar de la calma que desea aparentar, Lucrezia sabe que se le han subido los colores. Sin duda él sabe lo que sucedió anoche. Pero consigue sostenerle la mirada, enfocar la vista directamente a esos ojos marrón dorado sin amilanarse, desafiante, y decir con voz serena:

—Sí, gracias. Aquí hay mucha paz.

—¿No os molestó… el viento?

—No, ni lo más mínimo. —Le dedica una sonrisa amable pero distante, como la de su madre—. Al parecer ambos somos madrugadores —y a continuación añade, en el mismo tono que ha empleado él—, primo.

Algo le asoma al rostro: tal vez le haya sorprendido el torneo verbal. De repente Lucrezia comprende que se ha equivocado: no es que Leonello hubiera pensado en otra novia. Lo que le disgusta es que, en la delicada y calibrada jerarquía de la corte, se haya interpuesto otra persona entre Alfonso y él; disfruta de ser el mejor amigo del nuevo duque. Es lo único que le interesa, es lo que lo identifica, y no desea compartirlo con nadie, y menos con su joven esposa. Le entran ganas de reír: esa hostilidad le parece infantil, es producto de la inseguridad.

Leonello saca los pies de los estribos y desmonta.

—Permitidme —le dice— escoltaros a la villa. No os conviene estar sola aquí fuera.

—No hay motivo para que no pueda…

—Disgustaréis a Alfonso.

—Pero me ha…

—Con toda seguridad sabéis perfectamente que sois un bien muy valioso. El más valioso en estos momentos, teniendo en cuenta la situación de Ferrara.

Lo dice como en son de broma, como si la idea de equipararla a una propiedad muy cara fuera un juego entre ellos. Pero ella no se deja arrastrar por el tono gracioso; sabe que lo ha dicho con toda la intención y que pretende desconcertarla, hacerle perder la paz mental.

—¿A qué situación te refieres?

Leonello sonríe burlonamente y se da un golpe en los guantes con las riendas.

—¿No lo sabéis?

—Solamente…

—¿Alfonso no os lo ha contado?

—Me ha…

—Me refiero a la vieja duquesa, claro, su madre. Se niega una y otra vez a cumplir los deseos de Alfonso, siempre entabla relaciones con protestantes reconocidos delante de sus narices. El papa la ha condenado al destierro en la corte francesa. Y, para rematar, ahora quiere llevarse a las hermanas de Alfonso consigo.

Lucrezia se queda horrorizada, no asimila la enormidad de esta información.

—¿El papa? —repite—. ¿El papa la ha condenado al destierro?

—Sí. —Se da otro golpe en los guantes con las riendas—. Suponía que lo sabíais.

—Y ¿Alfonso se… se niega a cumplir la orden?

—No se niega. —Mira el sol de la mañana entrecerrando los ojos —. Pero no está necesariamente de acuerdo. Ha decretado que la vieja duquesa se vaya cuando lo diga él. Quiere que se sepa que su madre hace lo que ordene él y nadie más que él.

—¿No se arriesga mucho a que el papa se disguste también con él si desobedece?

—Eso es lo que menos le preocupa —responde Leonello con un encogimiento de hombros—. Si las hermanas se fueran a la corte de Francia con su madre y contrajeran matrimonio allí, sus descendientes podrían aspirar al título de Alfonso y el ducado pasaría a manos francesas. Podría perderlo todo. Todo. A menos que…

—Pero ¿no puede convencer a sus hermanas de que se queden en

Ferrara con él? Aunque la madre tenga que irse al destierro, seguramente…

—Lo que tiene que hacer, y con cierta urgencia —responde Leonello, mirándola directamente a los ojos— es tener un heredero. Así —continúa, con un gesto de la mano— el problema se resolvería de una vez por todas. Por eso estáis vos aquí. Por fin. La gran esperanza de Ferrara. —Leonello le sonríe enseñando los dientes—. Comprenderéis la prisa que corre. No habría… ¿cómo decirlo? No hay nadie que pueda competir contra su heredero.

Lucrezia retrocede un poco, se aleja del hombre y del caballo.

—No estoy segura de lo que me…

—No ha habido, cómo explicarlo, ¿indiscreciones anteriores, asuntos ilegítimos...?

—Yo… —balbucea Lucrezia negando con un gesto.

—Él no ha engendrado ningún hijo.

Lucrezia mira al suelo, a otra parte, a cualquiera menos a este hombre que escupe palabras tan detestables, tan sin sentido. Quiere taparse los oídos, protegerse de esas frases perversas. Pero él sigue hablando en el mismo tono desapasionado.

—Como sin duda sabréis, muchos hombres de su categoría tienen al menos uno o dos hijos bastardos, a veces más, producto de la locura de la juventud; esos hijos pueden ser de utilidad en algún momento, si no queda otro remedio. Pero nuestro Alfonso no. Se empieza a rumorear que tal vez él sea incapaz por algún motivo, pero son habladurías a las que no debe darse crédito alguno. —Leonello se quita un guante y después el otro—. Pero ahora os tiene a vos, hija de la famosa Fecundissima de Florencia, y estoy convencido de que será el fin de todas esas dificultades. —Tira de la brida del paciente caballo y ofrece el brazo a Lucrezia—. ¿Nos vamos? —dice, señalando la villa.

Lucrezia pasa por alto el brazo que le ofrece. No tocará a ese hombre; no irá a ninguna parte con él.

—Todos tenemos que cumplir con la función que nos corresponde —dice Leonello benignamente—, ¿no es así? Y la mía, al menos en estos momentos, es procurar que no os suceda ninguna desgracia.

Lucrezia guarda silencio. Está pensando en las extraordinarias revelaciones que le ha hecho Leonello. Todo lo que ha dicho —las hermanas que quieren irse, sus hijos putativos que podrían desposeer a Alfonso del ducado, la necesidad imperiosa de tener un heredero, que tal vez sea incapaz— puede debilitar la coraza que se ha construido para protegerse de él, de su tono sardónico, de su rivalidad por mantener su posición. Pero se recuerda que ahora sabe quién es: una persona que siempre quiere estar en primer lugar, ganar la carrera

por el favor de Alfonso. Pues no entrará en esta competición tan particular. No prestará oídos a sus susurros, a sus malintencionadas insinuaciones. Se niega.

—No os acompaña vuestro guardián, ¿verdad? ¿Habéis salido de la villa sin él? —Leonello mira a ambos lados del camino exageradamente—. Es un buen hombre y tiene una familia a la que alimentar… Yo mismo lo elegí para el trabajo. Sería una lástima que lo castigaran por dejaros salir sola. ¿No os parece?

Lucrezia espera unos momentos, que se alargan entre ellos en medio del camino. Guarda un silencio digno para recordarle que ella es duquesa, que está por encima de esas cosas tan rastreras, que pensará en su pregunta y le dará respuesta a su debido tiempo.

Guarda silencio y ni siquiera lo mira. Piensa en el camino que se aleja de ella, el que invita a la vista a recorrer el fondo del valle entre campos y cercas, que se interna en el bosque y se estrecha hasta desaparecer. Mira atrás, a la villa, los rojos hastiales relumbran, las ventanas reflejan cuadrados de nubes que se repiten.

—Muy bien —dice por fin.

Da media vuelta para volver por donde vino. Leonello tira bruscamente de la brida y camina a su lado. Las liebres se mecen y se balancean en su horca de la silla.

Un sinuoso meandro del río

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

—Tengo que levantarme —dice Lucrezia, y empieza a quitarse las mantas.

—No, no —protesta Emilia, que está arrodillada en la chimenea intentando reavivar el fuego—. Debéis guardar cama.

—De verdad, tengo que levantarme.

Lucrezia se acerca al borde de la cama y se detiene para poner los pies en el suelo. La habitación se balancea ligeramente, las esquinas se acercan como si bailaran y después retroceden otra vez a su lugar. Nota debilidad en las piernas y en los brazos, como si no tuviera huesos, pero hace un esfuerzo para levantarse y Emilia le pone unas pieles sobre los hombros.

Se acerca a una silla tambaleándose, agarrándose la cabeza con las manos. ¿Qué hago? Se lo pregunta con tranquilidad, como si no tuviera más importancia que qué ropa ponerse o a quién invitar a una reunión. Tiene que hacer algo, poner en marcha una idea. Pero ¿qué? ¿Qué debe hacer una mujer cuando sospecha que su marido quiere matarla? ¿A quién puede recurrir?

Le pide tinta a Emilia. Le tiembla la mano al presionar el cortaplumas contra el cañón de la pluma, el brazo recuerda la fuerza de la enfermedad, todavía la teme y tiembla.

El cortaplumas corta limpiamente. Lucrezia está de suerte. Ha hecho un corte muy bueno: fuerte, terminado en una punta afilada, no se romperá al primer contacto. Con esta punta se aprieta la yema del dedo índice y ve que la sangre huye y se forma un hoyito blanco en la carne, que retrocede ante la presión.

Hunde la punta en la tinta y, con mal pulso, escribe «Necesito ayuda». La moja otra vez: «Por favor, manda ayuda».

¿A quién escribe? No lo sabe muy bien. ¿A quién tendría que mandársela? Su madre la desecharía, diría que se había puesto dramática, que, como de costumbre, había dado rienda suelta a la imaginación. Entonces, a su padre. ¿Leería la carta si consiguiera que llegara a sus manos, si lograra llamar su atención a tiempo? ¿O se quedaría enterrada debajo de la montaña de cartas que se apilaban en su mesa?

Y ¿cómo va a mandarla? Aquí no hay nadie a quien confiársela, ningún cortesano que esté de su parte, que esté dispuesto a arriesgarse a llevar una carta suya sin enseñársela antes a Alfonso. Está sola con Emilia, su única aliada, cuya presencia es un secreto que nadie debe saber.

A quien de verdad desea escribir es a Sofia. Quiere preguntarle:

qué tengo que hacer, cuál es la mejor forma de afrontar esto, cómo me escapo, necesito una idea. Quiere decirle: por favor, ayúdame.

Aunque sabe perfectamente que la carta será inútil —no puede mandar a Emilia, porque la vería alguno de los hombres del duque— continúa escribiendo porque lo necesita, porque encuentra una pizca de consuelo en escribir, en confiar al papel un breve atestado de lo que está sucediendo, en dibujar las letras, que ya plasma con mano más firme, más segura, empleando el alfabeto de los griegos antiguos que estudió con sus hermanos cuando era pequeña, en el aula de debajo de los aleros del *palazzo*. «Temo por mi vida. Queda muy poco tiempo. Quiere matarme.» Firma la misiva solo con una bonita inicial de su nombre y, en el encabezamiento, pone: «Para mi hermana Isabella».

Emilia recoge la carta y la pone en la repisa de la chimenea, como hace siempre que Lucrezia escribe desde el *castello*. Como si fuera una situación normal, un día tan normal como cualquier otro: la señora escribe la correspondencia y la criada se ocupa de que la manden.

Sin mirarla, Emilia dice que la mandará después y Lucrezia ve que también su doncella sabe que jamás llegará a Florencia.

Con un esfuerzo, se levanta de la silla y se acerca a la ventana a ver pasar el río. Necesita pensar, sopesar las opciones, encontrar la forma de salir de ahí.

El río es ancho aquí, lento y complaciente, traza un sinuoso meandro alrededor de la base de la *fortezza*. El agua está opaca, moteada de burbujas que se forman en las profundas corrientes invisibles de su curso, y lame las orillas con desganadas lenguas amarillentas. Arrastra consigo, enredándolas, hojas, ramitas, tripas hinchadas de pequeños mamíferos que se han ahogado, partículas de barro; intenta arrancar y llevarse también la vegetación de la orilla, pero esta resiste, se agarra al fondo con raíces largas y los tallos verdes, flexibles y juguetones, se doblan a favor o en contra del capricho de la corriente.

Este río Po no se parece nada al delgado y veloz tributario de la ciudad ni a las aguas poco profundas que murmuran al pasar cerca de la *delizia*. Es increíble que sea el mismo, que lo que ve aquí, al pie de la ventana, vaya a discurrir por los canales de Ferrara y de la villa y a seguir su camino hacia la costa hasta desaparecer, tragado por el imponente y todopoderoso mar.

Vuelve a la cama, se recuesta en las almohadas y cierra los ojos, pero de pronto se oyen caballos en movimiento en el puente levadizo.

—¿Quién viene? —pregunta Lucrezia.

Procura no hacer caso a los susurros de esperanza que le dicen:

soldados del *palazzo*, la guardia de tu padre, que viene a rescatarte. Es imposible que a su padre le hayan llegado noticias de su situación, desde luego, pero de todos modos el corazón le late con fuerza contra los huesos y se imagina que, por arte de magia, Isabella ha recibido su llamada de socorro en caracteres griegos —llamada que, por otra parte, sigue en la repisa de la chimenea—, ha dado la alarma y su padre ha mandado todo un regimiento a defenderla.

Emilia deja la media que está remendando y se levanta a mirar por la estrecha ventana.

—¡Ah! —dice—. Son… son ellos, nada más. Por fin.

—¿Quiénes?

—Ya sabéis… —Describe unos círculos en el aire con la mano—. El pintor, ¿cómo se llama?

—¿Qué? —Lucrezia levanta la cabeza preguntándose si ha oído bien.

—Sí, él, ya sabéis —dice Emilia sin el menor interés, y vuelve a su labor de costura—, con el que vine.

Lucrezia intenta asimilar esta información.

—¿Te refieres a Sebastiano Filippi?

—¿Quién?

—¿El Bastianino?

—Eso, sí. El que…

—¿Viniste aquí con el Bastianino, el pintor?

Emilia asiente, humedece la punta del hilo con la lengua y enhebra la aguja.

—Os lo conté —dice.

—¿Cuándo? —pregunta Lucrezia—. ¿Cuándo me lo contaste?

—Antes, cuando estabais en la cama. Dije que Baldassare salió de la corte con un grupo pequeño y que no me dejó ir con ellos. Y después ese Bastianino se presentó en el *castello* sin que lo anunciaran, con vuestro retrato, pero no había nadie para recibirlo, claro, porque el duque estaba aquí y Baldassare ya había partido también. Entonces…

—Un momento —dice Lucrezia, y levanta la mano intentando seguir el relato—. ¿Cómo sabes tantas cosas?

Emilia se encoge de hombros como si la respuesta fuera evidente.

—Pues, porque estaba en el patio, claro, intentando convencer a algún mozo de que me dejara un caballo para poder venir detrás de vos. Cuando me di cuenta de que el pintor quería ver al duque, y a vos, claro, me dirigí a él. Es decir, al Bastianino. Le dije que sabía dónde estaba el duque y dónde estabais vos. En una *fortezza* perdida, más allá de un pueblo llamado Bondeno.

—¿Cómo pudiste averiguar todo eso? Yo ni siquiera sabía adónde…

Emilia corta el hilo con dientes afilados.

—Se lo oí a Baldassare cuando se lo contaba a los secretarios. Le dije al Bastianino que si estaba tan desesperado por ver al duque y por entregarle el retrato terminado, que me llevara con él. Si le parecía bien, yo a cambio le diría dónde encontraros a todos. Lo cierto es que me parece —añade Emilia—, que va detrás del dinero… de lo que se le debe por el trabajo del retrato. Me da la sensación de que es…

—Emilia —la interrumpe Lucrezia, tapándose los oídos—, a ver si te entiendo. ¿Viniste aquí con el Bastianino?

—Sí —dice Emilia con impaciencia—. ¿Qué tiene de malo? Ya os lo he contado tres veces, mi señora. Le dije que lo traería con vos si me dejaba viajar con él, y él me dijo que montara con uno de sus hombres si estaba tan apurada, así que…

—Pero —Lucrezia intenta pensar en las dudas que le plantea este confuso giro de los acontecimientos—, ¿por qué él llega ahora? Tú llevas aquí una hora o más…

—Pues, no lo podréis creer, pero, después de todo el viaje hasta aquí, al llegar a la entrada, dijo que quería pararse a pasear por el bosque. —Emilia hace un gesto de desaprobación—. Que quería ver el efecto de la luz entre las ramas o una tontería por el estilo. Entonces yo me apeé del caballo y le dije que no iba a esperarlo, que la luz me daba igual. Así que seguí andando, di la vuelta al edificio y me colé por detrás. En la cocina había tanto ruido y tanta confusión, todos gritándose unos a otros por el desayuno del duque y porque llegaba más gente de la corte, que nadie me preguntó quién era ni qué hacía. Luego pregunté a un chico de la cocina por vuestros aposentos y aquí estoy.

—Aquí estás —murmura Lucrezia—. Eres mucho más lista que yo.

—Tonterías. —Emilia deja la costura—. Ahora, meteos otra vez entre las mantas, por favor, mi señora. No podéis enfriaros. Sería lo peor que podría suceder en estas…

—Calla —la silencia Lucrezia—. Déjame. Tengo que pensar un poco.

Y se pone a pensar. Piensa en Leonello Baldassare, el fiel *consigliere* de su marido, cabalgando hacia la *fortezza*. En la cena de la noche anterior. En el venado, en el vino, en el malestar en la oscuridad. Piensa en la inesperada aparición en el *castello* del pintor, el Bastianino, con el retrato terminado. En Emilia insistiendo en que la dejara ir con él, convenciéndolo para que se lo permitiera. Y en Alfonso. Piensa en Alfonso. ¿Por qué se fue de la cama? ¿Por qué no

ha ido todavía a verla esta mañana? ¿Dónde está ahora? Abajo, en alguna parte, en el comedor o fuera, cazando o hablando con Baldassare. Y qué piensa hacer a continuación. Si creyó que anoche había comido tanto como quería, tal vez sospechara que ya estaba muerta. O al menos muy enferma. Tal vez contara con ello, tal vez en esos momentos estuviera contándole a Baldassare que había puesto en práctica la idea del envenenamiento, que ella no había sospechado nada, que había caído de cuatro patas y que no se había levantado por la mañana, tal como lo habían pensado. Y es posible que tenga intención de ir enseguida a la habitación para fingir que encuentra el cadáver de su joven esposa, dar la alarma, llamar al médico, pero, ¡ay!, será tarde. Piensa en cómo lo habrá ideado todo cuidadosamente, hasta el último detalle. Menos una cosa: que anoche ella no tenía mucho apetito. Menos otra cosa: Alfonso se habrá llevado una sorpresa al ver aparecer al pintor sin previo aviso en su *fortezza* del campo, en su destino secreto. Y piensa que por eso no ha ido todavía a la habitación ni ha podido descubrir que sigue viva y coleando.

La prisa del Bastianino por cobrar su trabajo le ha dado tiempo a ella. Un poco nada más, pero tal vez el suficiente para poner al duque en un aprieto. No va a quedarse aquí, en esta habitación húmeda, como un cordero esperando a que caiga el hacha, va a sorprender a su marido.

Se tapa la cara con las manos y saca las piernas por el borde de la cama.

—Emilia —dice—, ayúdame a vestirme.

Agua de miel

La delizia, cerca de Voghiera, 1560

Para Lucrezia, lo más extraño de la vida en la *delizia* es la ausencia de obligaciones, o casi. Está acostumbrada a que los días tengan una estructura determinada, acorde con la rutina que impone su madre: una rotación estricta de misa, instrucción religiosa, comidas, cuidado personal y modales, clases de música, protocolo e idiomas. Aquí nadie le dice lo que tiene que hacer, ni lo que debe ponerse ni a qué estancia acudir; no se presenta ningún preceptor para decirle que haga una copia limpia de este manuscrito o de este boceto. Nadie le advierte de que se ha descuidado con una cosa o con otra. Puede remolonear en la cama o soñar hasta el mediodía, puede ponerse lo que se le antoje: su madre no irrumpe en su habitación con un gesto severo para decirle que ese vestido no, tuvieras la idea que tuvieras, ponte esto ahora mismo, rápido, apúrate, los invitados esperan, ¿por qué no estás peinada, dónde está tu doncella, por qué pierdes el tiempo pintando esos trocitos de madera una y otra vez, qué significa esa labor tan repetitiva? Si lo prefiere, puede pasarse todo el día dibujando las lejanas montañas de los Apeninos y darle a cada cima una juguetona expresión facial, o pintando un abejorro diminuto con la cabeza hundida en una flor (y debajo, una niña a la que le han salido alas y vuela hacia el cielo… pero eso nunca lo sabría nadie). Incluso puede pedir comida cuando le venga en gana; si nota que el hambre le encoge el estómago, puede tocar un timbre y enseguida aparece una criada de la cocina con una bandeja de quesos, fruta, gelatina, pastelitos o lo que se le antoje.

Alfonso va y viene; a veces va a verla por la mañana o da un paseo con ella por los claustros cuando el día refresca. Se va al bosque con Leonello y sus hombres. Pasa mucho tiempo encerrado en la sala en la que recibe a la gente, que no para de llegar de la corte a todas horas; Lucrezia ve luz en su ventana a altas horas, al otro lado del patio. Nunca lo molesta cuando está allí, solo pasa sin hacer ruido, con la cabeza gacha.

Un día, cuando acaban de empezar a comer, Alfonso le cuenta que ha descubierto una familia de ciervos por la mañana y que tal vez la lleve a verla; cuando ella va a responder, aparece un secretario en la ventana abierta y llama suavemente al marco de madera. Alfonso se levanta a media frase y se va. Lucrezia se queda sola, con la única compañía de los jarrones de flores y una imagen mental de Alfonso y ella cabalgando juntos por los bosques. Come un poco, se ajusta el adorno de puntilla que lleva alrededor del cuello, observa a los criados que entran y salen llevándose fuentes y trayendo otras nuevas. Poco

después, la mesa se llena de platos, muchos más de los que podría comer, y le entran ganas de reírse al ver que los criados siguen trayendo más y más; primero se tapa la boca con la mano, pero después se ríe abiertamente. Los criados le sonríen, encantados con la broma de la abundancia de comida, satisfechos de ver contenta a su pequeña duquesa. Mucho después, cuando Alfonso vuelve, está rodeada de un banquete opulento que no ha probado; se vuelve alegremente hacia él y le dice: «Espero que te haya entrado el apetito en el despacho, porque mira… ¿puedes creer…?».

Se calla. Alfonso está muy serio y curiosamente demacrado. Se sienta y coge la servilleta como si pesara mucho.

Entran dos criados por la puerta y, en voz alta y alegre, dicen: «¡Mirad, excelencia!», y le presentan más platos a la duquesa. Sin embargo, al ver la actitud del señor de la casa, se callan, dejan los platos y se retiran con presteza.

Alfonso, con la cabeza gacha, coge un poco de jamón y lo mastica rápidamente, moviéndose inquieto en la silla.

—Se habrá quedado frío —murmura Lucrezia, y se acuerda del tono calmante y suave con el que su madre le habla a su padre cuando los asuntos de la provincia lo preocupan. Seguro que puede imitarla—. Voy a pedir que te lo calienten, y así…

—No hace falta —responde él; se quita un trocito de cartílago de entre los dientes y lo deja en el borde del plato.

Lucrezia echa una mirada al comedor buscando un tema que lo distraiga. Es lo que hacen las buenas esposas: procurar que el marido olvide las preocupaciones que lo asedian. Pero ¿cómo hacerlo? A veces su madre le acariciaba la frente a su padre o le pellizcaba la barba, pero ella no se atreve a hacérselo a Alfonso.

—Discúlpame —dice él de repente, y ella se sobresalta— por haberte dejado sola en la mesa tanto rato.

—¡Ah! —dice ella—. No tiene importancia. Tienes muchos asuntos en la cabeza, lo sé. —Se atreve a rozarle los dedos con la mano—. Era de esperar. A mi padre le pasa exactamente lo mismo, tiene que dedicar mucho tiempo y mucha atención a todas las cosas, siempre tiene que irse, igual que tú. Lo único que siento es que trabajes tanto.

Él mira la mano que lo acaricia como si observara a un animal. Después la mira a ella, le recorre el rostro con la vista como comprobando si es sincera.

—¿Hay algo…? —Lucrezia se atreve a enlazar los dedos con los suyos—. ¿Quieres contarme…? ¿Ese hombre traía malas noticias? Me gustaría saber qué es lo que pasa, si quieres contármelo. A lo mejor

puedo ayudarte de alguna forma o…

Alfonso suelta aire casi como si fuera una carcajada.

—¿Quieres ayudarme?

Ella se retrae. Le gustaría retirar la mano, pero hace un esfuerzo por dejarla donde está.

—Sí —responde con dignidad—, por supuesto. —Él levanta la copa, esboza una sonrisa seca y toma un gran trago de vino—. Si pasa algo en la corte —sigue ella— o hay alguna cuestión familiar que te preocupe, a lo mejor puedo…

Alfonso deja la copa bruscamente con una expresión tan intensa y recelosa que a Lucrezia se le mueren las palabras en la boca.

—¿Qué sabes de mi familia? —le pregunta en voz baja, grave—. ¿Qué sabes de mi corte?

—Nada.

—¿Qué has oído? ¿Qué te han contado?

—Nada, ya te lo he dicho.

Alfonso se inclina hacia delante. La mano que ella toca se vuelve hacia arriba y le aprisiona los dedos con fuerza, con frialdad.

—¿Tu padre? ¿Te ha contado algo?

Ella niega con un movimiento de cabeza.

—¿Alguien de Florencia? ¿Tu madre?

—No.

—¿Alguien de aquí?

En un momento, Lucrezia ve a un hombre en un camino, con el caballo detrás y tres liebres colgando de la silla. No sabe por qué, pero está segura de que no es buena idea revelarle lo que ha contado Baldassare.

—No —insiste.

Alfonso se queda inmóvil, en silencio, un largo rato, apretándole la mano, inclinado hacia ella. Ella le sostiene la mirada con calma, sin alterarse, pero por dentro procura dejar la mente en blanco, como un pergamino nuevo; borra todo lo que sabe. No va a reconocer nada, ni la conversación con Baldassare sobre la posible marcha de sus hermanas a Francia, ni las instrucciones de su padre y de Vitelli sobre la corte de Ferrara, sobre las disensiones que se han desatado desde la muerte del viejo duque, sobre las dificultades de Alfonso con su madre viuda, sobre los rumores de que se ha rebelado y se niega a obedecerlo, sobre el esfuerzo que le cuesta que la provincia acate sus mandatos. Ella no sabe nada de todo esto; no ha oído nada; se le ha olvidado; jamás lo supo. Mira a su marido con una encantadora expresión inexperta. Es su mujer, joven e ingenua, que ignora todo lo relativo al gobierno de Ferrara.

El tiempo se eterniza de una forma agobiante hasta que por fin parece que Alfonso cede. Se recuesta en el respaldo de la silla y se lleva a la boca otro bocado de carne.

—Jamás se me ocurriría —dice, mientras mastica, apoyando la cabeza en el respaldo— hablarte de esos asuntos. No deseo cargarte con…

—¡Ah, pero puedes hacerlo! No sería una carga, desde luego, y…

Alfonso hace una pausa cortante después de la interrupción.

—Eso —sigue diciendo— no forma parte de los deberes de una esposa.

—Pero podría. Estoy…

—Puede que no me explique debidamente —dice; se levanta y se pone detrás de ella—. No forma parte de los deberes de mi mujer, de mi duquesa.

—Ah, ya —dice ella, intentando volverse para verlo, pero le queda justo fuera del campo de visión.

Alfonso le pone las manos en los hombros.

—Mi mujer —se acerca y, entre palabra y palabra, le besa debajo de la oreja— tiene otro deber muy distinto, y creo que lo cumplirá muy pronto.

El miedo empieza a llenarla como la nieve un hueco, formando grandes acumulaciones en los bordes. Baja la mirada hacia la mesa, hacia la comida: carnes asadas, tartas de almendra, un pudín de leche, albaricoques cortados por la mitad y rellenos de queso, flores fritas en aceite.

—¿No quieres comer algo? —le dice—. ¿No tienes hambre?

—No de comida —murmura—. Ven, vamos.

En la *delizia* no tiene obligaciones durante el día; sin embargo, por la noche se le exige mucho. Tiene que darse, tiene que rendirse, tiene que entregarse a otra persona, darle acceso y paso cada noche, todas las noches. Parece un poseso, es un hombre con una misión: engendrar un heredero, asegurar la continuidad de su linaje. Se pone a la tarea como se pone a todo: con determinación y concentración.

Por la noche, en la habitación, se transforma en otra persona. Se quita la coraza de duque… se le cae, cree ella, junto con la ropa que va tirando al suelo desde la puerta hasta la cama. Le gusta levantar las sábanas y mirarla. A ella no le resulta fácil soportar esa vaharada repentina de aire nocturno en la piel desnuda. No debe encogerse de vergüenza, no debe esconderse ni cerrar los ojos: a él no le gusta que lo haga. De todos modos, ya no es Alfonso, ya no es el hombre que cenaba con ella en la larga mesa del comedor. Ha cambiado, tiene otra forma, se ha quitado el disfraz. Es un ser mítico, todo piel, nervio y

haces de pelo; es un dios fluvial, un monstruo del agua que ha venido arrastrándose desde el Po, que serpentea por el fondo del valle, que ha tomado forma humana para abrirse camino hasta su habitación, hasta su cama, y se ha colado entre las sábanas y la agarra con manos palmeadas y frota su piel ardiente contra la de ella y la somete con la fuerza que ha cobrado en las profundidades acuáticas, luchando contra las corrientes, mientras las agallas ocultas del cuello laten y laten, absorbiendo el aire ajeno de la habitación.

En ese momento se le permite cerrar los ojos, mientras él entra en un estado que es con ella, pero sin ella. Está ahí, sin duda, desbordante, pero está en otro lado. Se transporta, su rostro se vuelve irreconocible en esos momentos, cuando a ella se le olvida y abre los ojos y ve la máscara grotesca encima de su cuerpo: un rostro furioso, empecinado, un deseo insaciable. Piensa que la ha olvidado. Lo único que tiene que hacer ella ahora es esperar, echar la cuenta atrás. El dios fluvial oficia su rito nocturno, busca ese alivio misterioso y necesario, persigue esa querencia imperiosa de copulación humana empujando y empujando para dejar su marca dentro de ella, mientras expulsa por la piel gotas de agua de río, que la salpican, como si exudara limo de las profundidades, como si su único objetivo fuera soltarlo dentro de ella para hacerla como él, un ser acuático, una niña sirena.

Ha aprendido a respirar, a dominar los músculos para que no se resistan, a hundirse más en el colchón y encontrar un poco de sitio para ella, a no sobresaltarse cada vez que la toca con la mano o con otras partes del cuerpo. Ha descubierto que Isabella tiene razón, que con el tiempo duele menos, que a él no le gusta que ella exprese malestar, que el acto se alarga si ella abandona su cuerpo, si se queda quieta, pasiva. Él se alegra y termina antes si ella imita sus movimientos, sus expresiones, si sonríe cuando sonríe él, si suspira cuando suspira él, si lo mira a los ojos.

En esos momentos Lucrezia podría ser cualquier otra persona.

Pero no es cualquier otra persona. Es su mujer, la Iglesia y su padre los han unido. Es la niña que ocupó el lugar de su hermana. Es el eslabón entre el linaje de la Toscana y el de Ferrara, tendrá un hijo que podrá aspirar al gobierno de las dos provincias, de los dos linajes. Es el precio que hay que pagar por la libertad de la *delizia*.

También sabe que no siempre será así. No pueden quedarse en la *delizia* para siempre. Alfonso tendrá que volver pronto a Ferrara y ella lo acompañará, esperarán que se quede a vivir allí, en el *castello*, con la madre y las hermanas de él. No sabe cómo la recibirán, cómo la tratará su familia, si serán amables, hostiles o suspicaces, si se encontrará a gusto en la corte o si será un sitio de discordia y

desconfianza. La *delizia*, con todos sus encantos, es solo para ahora. No tardarán en trasladarse a Ferrara, su matrimonio empezará a ser algo serio y ella tendrá que asumir la función de duquesa consorte.

También sabe que pronto quedará encinta. Quizá ya lo esté.

Lleva esta idea dentro como el botón grabado, el de latón, que se tragó de niña, cuando Isabella y Maria la retaron, y que desapareció para siempre. Piensa en su madre, en su cuerpo blanco hinchándose y deshinchándose dentro de los ropajes, hinchándose y deshinchándose una y otra vez, en la columna vertebral, debilitada por tantos embarazos, en el corsé de hierro que le mandó hacer un médico como remedio para sujetarle la espalda. La Fecundissima. Piensa también en las mujeres que no sobreviven al parto: muchas primas, tías y mujeres de cortesanos que desaparecen, de las que se habla en voz baja, por las que se ora en la capilla. ¿Le pasará lo mismo a ella? ¿O será una de las afortunadas que consiguen superarlo y pueden ver crecer a sus hijos?

A veces le gustaría preguntárselo en medio de estas cópulas nocturnas, cuando la cambia de postura una y otra vez como si resolviera un rompecabezas con su cuerpo o como si fuera una tierra que tiene que conquistar, cuando está a punto de vaciarse dentro de ella, cuando la agarra como si se estuviera ahogando o asfixiando en el aire caliente y seco de la cámara y ella fuera su última esperanza de volver a su justo estado fluvial. Quiere acercar la cara a la concha acaracolada de su oreja y susurrarle: Y ¿si no sobrevivo? ¿Si esto acaba conmigo? ¿Lo has pensado alguna vez?

Si alguna vez la ha oído musitar estas preguntas en silencio, jamás se ha molestado en responder.

A media mañana, en la villa, Lucrezia da vueltas por su habitación cogiendo cosas y volviéndolas a dejar: un cepillo, un bolso de cuentas, un cuenco tallado en madera, una copa con forma de cuerno. Va hasta la ventana que da al patio, después a la de la pared de enfrente, que da a las montañas. Se pone la *zimarra*. Después le da demasiado calor y la deja caer al suelo.

Anoche Alfonso no se quedó en la cama. Algunas veces se duerme directamente después y yace en el colchón hasta la mañana, insensible, desparramado encima de las sábanas. Otras, parece que el acto lo deja inquieto, le da una energía particular; Lucrezia ha aprendido que si en ese momento finge que duerme, él se levanta con sigilo, se viste y se va de la habitación. Y siempre, antes de irse, se inclina y le da un beso en la sien. La primera vez que lo hizo ella se sobresaltó y a punto estuvo de sentarse de repente; pero ahora ha aprendido a esperarlo, a desearlo incluso. Cree que nadie la había

besado jamás mientras dormía. Cuando él se va, le gusta tocarse con la mano el sitio en el que la ha besado, como para guardar el beso, para que no se evapore ni se vaya al aire como el polen.

Mira por la ventana, ve los jardines ornamentales con sus setos matemáticamente trazados y sus caminos rastrillados. Detrás, el denso bosque al que Alfonso va de caza; más allá, la planicie del valle, y al fondo del todo, las montañas. Sabe que detrás de las montañas están Florencia, su familia y el *palazzo*, pero no quiere pensar en ellos, se niega a imaginárselos a todos allí… sin ella.

Se fija ahora en el cristal de la ventana, en el reflejo de una niña que la está mirando. Tiene buen color, como si hubiera dormido bien: ojos brillantes y mejillas sonrosadas. Han desaparecido las sombras oscuras que siempre ha tenido debajo de los ojos y que le daban un aspecto despierto y atento. Nunca le ha parecido que fuera bonita, como Isabella y Maria. Tiene algo de cada una: los párpados gruesos y el perfilado labio inferior. Pero la distribución de las facciones nunca le ha parecido tan graciosa como la de sus hermanas. Es una diferencia sutil, pero ahí está: tiene los ojos más hundidos, las mejillas más delgadas, la barbilla más estrecha y un aire inquieto, pensativo; su expresión siempre parece preocupada. De todos modos, podría decirse que la niña de la ventana es atractiva. Bella incluso.

Se mira por un lado y por otro. ¿Qué es este cambio que percibe? Ya no está tan pálida, tan blanda; su madre ya no podría pellizcarle la mejilla y decirle, parece que vivas debajo de las piedras.

Un pensamiento le pasa por la cabeza como un dardo y le deja en su estela una idea inquietante. Seguro que no. Se lleva ambas manos al abdomen y se lo palpa. ¿Será eso? Pero dicen que en ese estado una mujer pierde la belleza, y no al contrario.

Sigue tocándose el vientre, los elásticos músculos, y se pregunta si hay algo distinto, y se dice que sí, y después que no, y de pronto se sobresalta al oír una llamada a la puerta.

Baja las manos inmediatamente. ¿Será él? ¿Alfonso? ¿Querrá volver a…?

Desecha esta idea. No, porque el sol está alto en el cielo y él tiene mucho trabajo que hacer, mucha correspondencia que atender, muchos documentos que revisar.

Carraspea, junta las manos por delante, pero enseguida se las pone a la espalda y a continuación, en las caderas. ¿Dónde suele tener los brazos y las manos? ¿Cuál es la forma natural? No se acuerda, no se acuerda.

—Adelante —dice.

Es Emilia quien abre la puerta y entra en la habitación. Lucrezia

se alegra tanto de verla que se le escapa un suspiro de alivio.

—Con permiso, mi señora —dice Emilia, confusa por el recibimiento—, su excelencia me ha pedido que venga a prepararos para el día. Le he dicho que tal vez estaríais durmiendo, pero me ha dicho que tiene que enseñaros una cosa y…

—Muy bien —responde Lucrezia—. Gracias, Emilia. Pues, manos a la obra.

Emilia asiente; después, con un paño de lino le frota la piel. Luego calienta aceite de violeta en la mano y se lo aplica en las piernas, en el pecho y en la espalda. Lucrezia se deja cuidar en silencio, levanta un brazo, gira una muñeca, dobla las rodillas, tuerce el cuello a un lado y al otro. Esta serie de preparativos siempre le recuerdan a su madre: al fin y al cabo, fue ella la que los instituyó, la que decretó el orden estricto en el que debían hacerse, la que insistió en que los aprendieran todas las doncellas del *palazzo*, para que todas sus hijas tuvieran siempre el mejor aspecto posible.

Suspira. Sabe, igual que Emilia, que después del aceite de violeta viene el lavado de pies, luego la limpieza de uñas, a continuación el agua de flor de guisante en la cara y por último el cepillado del pelo. Qué aburrido es esto de cuidarse, de atenderse como escarda un jardinero un macizo de flores o recorta un seto. ¿Por qué Emilia y ella tienen que cumplir este rito todos los días? ¿Tanta importancia tiene? Por primera vez se le ocurre que no tiene por qué someterse, si no quiere. No hay nadie allí que vaya a comprobarlo, que se cerciore de que lo hace.

Es como si esta idea se le filtrara desde abajo, igual que una planta al beber, y subiera por las piernas hasta el torso. Es reveladora, es un fenómeno. No le sorprendería mirar abajo y descubrir que era otra persona completamente distinta.

—Déjalo —dice, y se suelta de Emilia.

—Pero… —Emilia no lo entiende; se queda con el palito de avellano en la mano, estaba preparándola para repasarle las cutículas —. Siempre me decían que…

—Solo péiname, por favor.

Emilia deja el palito con reticencia y va a coger el frasco de agua de flor de guisante.

—¿Os…?

—No —dice Lucrezia—, solo el pelo.

Se sienta resueltamente en la banqueta; se le acelera la sangre en las venas.

—Y no me pongas la *scuffia*, hoy hace mucho calor. Hazme una trenza floja y déjala colgando por la espalda.

Parece que Emilia va a decir algo, pero se lo calla. Coge el cepillo, se lo pasa por el pelo y empieza a dividirlo en mechones.

—Una mujer casada puede llevar el pelo al aire el primer año —dice Lucrezia.

Levanta la barbilla y se mira en el espejo como retando a su imagen a llevarle la contraria.

—Sí, mi señora.

—Me lo ha dicho el duque. Es costumbre en Ferrara.

—Sí, mi señora.

—Ya no estamos en Florencia.

—No, mi señora.

Ahora mira a la doncella en el espejo; las miradas se encuentran un momento, Lucrezia ve que Emilia contiene una sonrisa y a ella se le escapa una risita.

—No sé qué diría su excelencia, vuestra madre —dice Emilia con la boca llena de horquillas.

—No está aquí.

—Cierto.

Lucrezia sigue mirando el reflejo de Emilia y el suyo en el espejo.

—Tú y yo tenemos un color parecido, ¿verdad?

—Mi señora —dice Emilia encogiéndose de hombros—, vos tenéis el pelo más rojizo y más fino. Y muchísimo más largo. Mi padre era de la guardia suiza y mi madre decía que yo había sacado su pelo rubio.

—¿Tu padre era bueno?

—No lo conocí, mi señora.

Lucrezia piensa en la guardia suiza, en las barracas que tenían en los sótanos del *palazzo*: unos hombres fornidos, robustos, de ojos azules.

—¿Cómo es —pregunta Lucrezia, jugueteando con una horquilla — que nunca te vi en el *palazzo* hasta el día de mi boda?

Emilia duda un momento y después sigue cepillando con esfuerzos redoblados.

—No lo sé, señora.

—¿Trabajabas de criada en otra parte, tal vez?

—No, no, qué va —exclama Emilia sorprendida, mirándola—. Nací en el *palazzo*. Allí viví toda la vida.

—Entonces, ¿cómo es que no coincidimos nunca?

Emilia pasa el cepillo hasta abajo dos veces antes de responder:

—Yo os veía a menudo, mi señora —le explica con precaución, como si eligiera las palabras—, cuando erais muy pequeña, pero seguramente no os acordaréis. Y también después, cuando crecisteis un poco, os veía de vez en cuando. Trabajaba en los pisos de abajo,

con mi madre, por eso no estaba mucho en vuestra presencia.

—¿Dónde trabaja tu madre?

—En las cocinas.

Esta lacónica respuesta hace levantar los ojos a Lucrezia de la horquilla que tiene entre los dedos a la doncella que aparece en el espejo detrás de ella. Y ve devastación en su hermoso rostro, una deliberada expresión de hermetismo.

—¿Tu madre ha…? —pregunta Lucrezia con indecisión.

—Murió, mi señora.

—¡Ay, cuánto lo siento, Emilia! No…

—Hace tres meses.

—Que el Señor la tenga en su gloria.

—Gracias, mi señora. Me… ella… —Emilia frunce el ceño, se muerde el labio y, de carrerilla, suelta—: Mi madre os tenía un gran afecto. Cuando Sofia dijo que me enseñarían para ser vuestra doncella se puso muy contenta. Se alegró mucho… al saber que estaría con vos.

—¿Tu madre me tenía un gran afecto? —repite Lucrezia.

—Sí… era… vuestra *balia*. Vuestra madre de leche. ¿No lo sabíais?

—No. —Lucrezia la mira asombrada—. Sabía que era una mujer de las cocinas, pero nunca me lo dijeron… Lo siento, no tenía la menor idea. Entonces, ¿tú eras…?

Emilia le sonríe mientras recoge la mata de pelo y, con movimientos expertos la separa en tres partes.

—Creo que tengo dos años más que vos. Recuerdo cuando erais una niña de pecho. Jugaba con vos. Estabais allí cuando… —se señala la cicatriz de la cara— cuando me hice esto.

—¿Qué pasó?

—Estábamos vos y yo jugando al escondite. Nos habían dicho que no jugáramos cerca del fuego. Se cayó una olla de agua hirviendo. Faltó esto para que os alcanzara a vos —dice, ilustrando un espacio muy pequeño entre el índice y el pulgar—. Gritasteis cuando pasó como si os hubierais quemado vos y me abrazasteis muy fuerte. Siempre me acordaré.

—Emilia, qué horror. Yo…

—Mejor yo que vos —replica Emilia con una sonrisa triste.

—Mejor que no le hubiera ocurrido a ninguna de las dos.

—Pero, si una de las dos tenía que quedar desfigurada, mejor que fuera yo.

Se quedan en silencio un momento. Lucrezia piensa en algo que decir para esquivar este sentimiento, busca en la memoria algún recuerdo del accidente: el juego del escondite, el ruido de la olla al

caerse, el vapor del agua hirviendo.

Emilia, en cambio, continúa.

—Más tarde, cuando erais un poco mayor, cuando ya andabais y hablabais, Sofia os llevaba en secreto a las cocinas.

—¿En secreto? ¿Por qué?

—Era cuando os devolvieron a las habitaciones de los niños. A veces llorabais y nadie podía consolaros; lo único que os tranquilizaba era… —Emilia se conmueve—. No es por faltarle al respeto a vuestra madre, mi señora, entendedlo, no pretendo ofender, mi señora…

—No me has ofendido. Sigue. Cuéntame eso de Sofia y el secreto.

—Pues os bajaba a las cocinas. Vos llorabais y llorabais, pero al ver a mi madre dejabais de llorar y le tendíais los brazos con una gran sonrisa, con los ojos todavía llenos de lágrimas. Todo el mundo se reía. Nos escondíamos debajo de la mesa de la cocina, mi madre nos daba cazuelas y cucharas para jugar y hacíamos comiditas con harina, y algunas veces…

Este extraordinario relato se ve interrumpido por la puerta, que se abre otra vez… y se golpea contra la pared. Es Alfonso, con el rostro bajo la sombra de una gorra blanca.

—¿Ya está? —pregunta.

Emilia se sobresalta, se le cae el cepillo, se agacha a recogerlo y baja la cabeza.

—Casi, excelencia.

—Enseguida voy —dice Lucrezia, moviendo los ojos en su dirección para que Emilia termine de hacer la trenza.

—Tengo una sorpresa para ti —murmura Alfonso, y ella sabe que está sonriendo—. Ven lo más rápido que puedas.

Alfonso da media vuelta y se va por el pasillo.

—Me han dicho —susurra Emilia acercándose a Lucrezia— que hay disturbios en la corte.

—¿En Florencia?

—No, mi señora, en Ferrara.

—¿Qué disturbios? —pregunta, volviéndose—. ¿De qué te has enterado?

Emilia echa un vistazo a la puerta, que está abierta, para asegurarse de que el duque no sigue ahí, acechando.

—Un criado que llegó con el emisario de Ferrara esta mañana se lo contó a un mozo, el mozo se lo contó a una criada y la criada me lo contó a mí: en estos momentos su excelencia la madre del duque está preparándose en secreto para irse de la corte de Ferrara. Tiene intención de partir antes de que su excelencia el duque lo descubra, pero, claro, él tiene hombres en la corte que la vigilan y uno de

ellos…

—¿Por qué quiere irse? Alfonso me dijo que no se iría a Francia hasta que llegara yo y le presentara mis respetos, y después, con el tiempo…

—No. Por lo visto lleva tiempo preparándolo, desde la última vez que su excelencia estuvo en la corte. ¿Os acordáis de cuando se fue en medio del viaje? Al parecer tuvo una pelea tremenda con su madre; fue cuando ella tomó la decisión de irse. Según el informador, anoche ordenó que prepararan los carruajes y los caballos para mañana, así que…

—Pobre Alfonso —exclama Lucrezia—. Tengo que… —Va a levantarse, pero vuelve a sentarse. ¿Qué tiene que hacer? ¿Qué va a decirle, cuando él le ha dejado claro que no quiere preocuparla con esos asuntos?—. Tendría que…

—Dicen que el mismísimo papa —susurra Emilia, impresionada— la ha condenado al destierro, pero que su excelencia el duque quiere que se sepa que su madre se irá cuando lo ordene él.

—Sí, lo sé.

—Pero parece que las hijas también quieren irse y por eso…

—¿Quiere llevarse a las hermanas de Alfonso? —la interrumpe Lucrezia—. Eso no le va a gustar. No lo consentirá y…

—¿Por qué? ¿Por qué no pueden irse las hijas con la madre si…?

—Da igual —dice Lucrezia—. Sigue, cuéntame más cosas.

—Dicen que la disputa entre el duque y su madre —continúa Emilia— es por motivos religiosos, que me parece bastante raro, pero es que la vieja duquesa, al ser francesa, a lo mejor…

—Es protestante —aclara Lucrezia—, y tenía que haber renunciado, pero creo que…

Emilia se santigua rápidamente, con eficiencia, como protegiéndose de semejante herejía.

—Sea lo que sea, el duque se disgustó mucho cuando el emisario le contó todas estas cosas. El criado que estaba en la habitación contigua dijo que oyó al duque tirar algo contra la pared y decir que encerraría y castigaría a sus hermanas y a su madre con el látigo si osaban desobedecerlo. ¿Os lo imagináis? A su propia madre…

—Eso no lo diría jamás —la corta Lucrezia—. Seguro que el criado lo entendió mal. Alfonso se referiría a un cortesano o a… o a un paje. Su madre es Renée de Francia, es duquesa por derecho propio. Jamás se atrevería… a una mujer noble…

—Sí, mi señora. —Emilia agacha la cabeza—. Seguro que tenéis razón.

Lucrezia se levanta bruscamente. Las horquillas que le ha puesto

Emilia en las sienes le tiran del cuero cabelludo; el *camiciotto* le molesta en las axilas. El día había empezado bien, pero de pronto se ha vuelto ominoso y cuajado de peligros.

—Todos dicen que el duque se irá a Ferrara en cuanto pueda —continúa Emilia mientras coloca el cuello del vestido a Lucrezia—. No sé lo que hará allí, pero…

—Gracias, Emilia —le dice, despidiéndola—. Así está bien.

Lucrezia cruza la habitación, sale al pasillo y cierra la puerta con fuerza; la doncella se queda ordenando la habitación.

Cuando sale al claustro la asalta la deslumbrante luz del día. Cae sobre el patio y lo llena implacablemente hasta el borde; el rectángulo de cielo que se ve arde con furia, despide vapores hirvientes sobre la villa, como la boca de un horno.

Lucrezia, acostumbrada a la fresca penumbra del interior, se aturde. Da un par de pasos con los ojos entrecerrados y busca con la mano el apoyo de una columna.

Distingue unas siluetas blanquecinas, son dos personas enfrente de una tercera. El calor y la luz les roban el color y los contornos, parecen esqueletos o árboles sin ramas. Capta las voces, unos tonos cantarines que ascienden y se enredan en el denso aire. Identifica la de su marido, profunda y rugiente, otra un poco más aguda y otra más, monótona y nasal, la de Leonello, diría.

Yergue la cabeza y aguza el oído. Se inclina hacia la luz como una planta, estirando el cuello, abriéndose a lo que el aire pueda traerle.

Capta el murmullo de su marido, más y más irregular. Un insulto, dice Leonello, solo para socavarte, y no puedes consentir que se salga con la suya. Imponle un castigo ejemplar, a ella y a todas. Y el tercero, el emisario, dice: Tal vez si su excelencia y sus hijas pudieran…

Una figura alta y delgada rompe el triángulo y se acerca a ella; los brazos, las piernas y el torso se van rellenando a medida que se aproxima, hasta adquirir dimensiones y rasgos concretos. Una camisa bordada, una cabeza de pelo negro.

—Lucrezia —dice Alfonso de esa forma tan suya, sin mover apenas los labios para pronunciar su nombre, y le coge la mano.

Ella lo mira. No parece que haya recibido malas noticias, ni que haya sufrido un disgusto por causa de su madre ni que su corte amenace con sublevarse. No hay rastro de tensión en ese rostro: está sereno, dueño de sí. ¿Será verdad lo que le ha contado Emilia? ¿Lo habrá entendido mal?

—¿Damos un paseo? —le pregunta él.

Inclina la cabeza muy levemente en dirección a los hombres a los que acaba de dejar dando a entender que ellos están excluidos de ese

emparejamiento, que su presencia lo aburre y que solo quiere estar con ella. Qué fácilmente comunica tanto con tan poco.

—Sí, claro —dice ella.

Le pasa el brazo por el suyo y empiezan a andar a lo largo del claustro. El vestido de Lucrezia se arrastra por el suelo detrás de ellos haciendo un ruidito suave en las losas. Lucrezia sabe que Leonello y el otro hombre los observan; fija la mirada en el final del paseo, después en su marido, que está contándole algo de la cacería de esta mañana, y de nuevo en el paseo. No piensa volver la cabeza para ver a los mirones, que crean que su presencia le es completamente indiferente: quiere que Alfonso esté seguro de que no sabe nada. Es lo menos que puede hacer por él.

Al acercarse al final del claustro Alfonso hace algo inesperado. Con un movimiento rápido se sitúa detrás de ella y le tapa los ojos. Lucrezia no ve, de repente no puede moverse; le cubre casi toda la cara con las manos, la sujeta entre los brazos y se pega a ella.

Lucrezia aspira breve y superficialmente. ¿Cómo decirle que siente una aversión particular por este juego? Maria tenía la costumbre de taparle los ojos con las manos o con un trapo, luego la llevaba de cualquier manera por la habitación de los niños por diversión, y se reía cada vez que ella tropezaba con las sillas o con cualquier otro obstáculo.

Levanta las manos sin querer. En vez de las facciones de siempre —la nariz sobresaliente, las suaves mejillas y la frente— toca unos dedos, el vello de las muñecas, la fila de bultos de los anchos nudillos. Intenta quitarle las manos como si fuera un juego, o eso espera, pero el pánico la acongoja. ¿Qué hace Alfonso? ¿Por qué pasa esto? ¿Se trata de algo relacionado con su madre o con el alboroto de la corte?

—Tengo una sorpresa para ti —le oye murmurar.

—¿Para mí?

Procura decirlo en un tono normal. Él nunca la llevaría a propósito contra un objeto duro. Nunca querría que se golpeara las espinillas ni las rodillas. ¿Verdad?

—Sí. Tengo… —curiosamente, vacila— tengo que irme inesperadamente.

—¿Adónde? —se oye preguntar, aunque ya sabe la respuesta.

—A Ferrara. Estaré fuera todo el día, o dos tal vez, pero no más. Hay un asunto que, por desgracia, requiere mi presencia; de no ser así, se lo confiaría a Leonello. Así que me voy, mi pequeña mujercita, pero no tardaré en volver.

—¿Puedo… ir contigo? —le propone.

Todavía tiene los ojos tapados. Nota el calor y el sudor que se

acumulan donde la piel de ambos se toca, le roza las palmas con las pestañas.

—Esta vez no. Pero pronto te llevaré a Ferrara para presentarte a la corte. Había pensado pasar aquí otro par de meses, pero ahora creo que habrá que volver antes. Cruzaremos juntos las puertas de la ciudad, habrá fiestas, la gente saldrá a las calles y todos verán lo bella que eres. Pero hoy tengo que viajar deprisa, sin entretenerme.

—Entonces, ¿quieres que me quede aquí?

—Aquí estás a salvo. Me llevo a Leo, pero los demás se quedan todos. Tendrás a toda la guardia a tu disposición, y a toda la servidumbre, al padre y…

Le hace doblar una esquina, le retira las manos de la cara y la agarra por la cintura.

Ella parpadea. La luz es más fuerte que nunca y les cae directamente en la cabeza.

Ve ante sí una forma, el contorno tiembla a contraluz, la sombra que proyecta pivota alejándose por el suelo. Un animal o algo así, un perro enorme. No, un caballo. ¿Qué es?

Levanta la mano para proteger la vista del sol. Y ve un animal atado a un avellano, es como un caballo, pero más pequeño, tiene una airosa cabeza descendente y una cola larga que se mueve. Es completamente blanco, desde las largas crines que le envuelven el cuello hasta los mullidos espolones. Lleva una silla roja de piel atada al lomo, de señora, repujada con un metal dorado y con campanillas doradas en los bordes.

—¿Es… para mí? —susurra.

—Para ti —dice Alfonso, y la abraza apoyando la barbilla en su cabeza—. Es una criatura extraña, mitad caballo, mitad borrico. La ha criado un granjero de los alrededores. Es una mula blanca. Solo nace una así cada cien años más o menos. Quise comprarla en cuanto supe de ella. Y es para ti, es un regalo que te hago.

Sin más palabras, la levanta en el aire agarrándola por la cintura, la lleva desde el peldaño del claustro hasta la mula y la sienta en la silla roja.

—Eso es —dice, y le coloca la pierna encima del ajuste del estribo para que el pie esté cómodo—. Muy bien —añade, y le entrega las finas riendas rojas y doradas.

Después agarra la brida, chasca la lengua y la mula, de vuelta a la vida, echa a andar.

Da un paseo por el patio de abajo, alrededor del avellano, entrando y saliendo de las sombras que se proyectan desde el tejado de la villa. La mula marca un ritmo continuo y adormecedor; levanta

mucho las patas, parece una bailarina graciosa. Lucrezia agarra las riendas con fuerza y endereza la espalda para que la columna vertebral se mueva al paso de la montura. Acaricia el aterciopelado flanco blanco de la mula y se inclina a mirar los claros cascos, que pisan el terreno con delicadeza.

Alfonso la lleva de aquí para allá. Pasan por delante de Leonello y el emisario, que se callan al verlos acercarse. El emisario saluda a Lucrezia con una profunda inclinación de cabeza; la silla repujada cruje ligeramente y las campanillas tintinean. Alfonso sigue hablando de la mula: vivirá en los establos, con los caballos; los caballos se tranquilizan en presencia de una mula y Lucrezia podrá ordenar que la ensillen siempre que quiera.

Lucrezia se fija en la nuca de su marido, que va andando al lado de la mula, en el movimiento de los hombros por debajo de la camisa, en la seguridad y la ligereza con las que sujeta la brida, en la forma en que da golpecitos al animal en el cuello e inclina la cabeza para besarle el suave hocico.

Van hablando como cualquier matrimonio. Le cuenta que el asiento es muy bueno, ella responde que los mozos del *palazzo* la enseñaron a montar de pequeña en un poni, que su padre lo consideraba parte de su educación. Alfonso dice que le parece muy sensato y que él hará lo mismo con sus hijos, enseñarlos a montar de pequeños. A Lucrezia le arde la cara de pronto; Alfonso la mira y aumenta las expectativas añadiendo que la mula será ideal para cuando esté encinta. No consentirá que la mujer que lleve a su heredero monte a caballo, ¿quién sería el insensato que lo consentiría? Pero una mula puede proporcionarle un ejercicio físico apropiado, suave y no excesivamente emocionante.

Mientras habla, acaricia las crines a la mula. Aunque carece de importancia, Lucrezia se fija en que tiene una mancha de tinta en la muñeca y otra en el dedo índice. Intenta pensar en cualquier cosa que no sea herederos ni educación de herederos, ni que la idea de la mula sea en previsión de sus posibles embarazos. Ve que inserta el pulgar por debajo de las correas de la brida, como comprobando si le rozan la piel a la montura.

Un hombre que se preocupa de que un simple animal esté cómodo no puede ser capaz de amenazar a su madre y a sus hermanas con encerrarlas y azotarlas. Es impensable.

Quiere preguntarle por las dificultades que se le han presentado, saber si es cierto que su madre desobedece sus órdenes y que va a volver a Francia sin su permiso, y qué va a hacer para evitarlo, y si es verdad que sus hermanas quieren irse de la corte y buscar otras

alianzas. Le gustaría proponerle que intentara pedir a su madre que se quedara diciéndole que la echaría mucho de menos, a ella y a sus hermanas, si se fueran. Quiere preguntarle si no ha intentado recurrir a la ternura, en vez de a las órdenes. Sabe que sería un escándalo para él si se fueran de la corte habiéndoles ordenado que se quedaran: ha visto a su padre y a sus consejeros burlarse de los hombres que no consiguen dominar a su familia o a su mujer. ¿Qué autoridad puede ejercer un hombre sobre un pueblo si no es capaz de mantener a su mujer a raya? Da una impresión de debilidad fatal a los enemigos, que siempre están alerta. Se lo ha oído decir a su padre. La forma en que un hombre resuelve los conflictos familiares es muy reveladora. Es un lema que le han repetido muchas veces: su madre, Sofia, varias mujeres de la corte… siempre con un deje de orgullo, porque el padre de Lucrezia no consentía la menor deslealtad ni rebelión, ni en su casa ni en la provincia. Está segura de que Alfonso tampoco.

¿Qué va a hacer su marido? ¿Cómo va a impedir que su madre y sus hermanas se vayan? ¿De verdad espera que sus órdenes sienten un precedente de superioridad frente a las del papa? Estas palabras se empujan unas a otras en su cabeza, luchan para salir al aire sea en el orden que sea.

—Muy pronto —dice él, desviando a la mula del claustro, guiándola hacia las puertas abiertas, y a Lucrezia le parece increíble que esté tan sereno, tan tranquilo— empezarán a trabajar en tu retrato. Los bocetos preliminares.

—Hummm —dice ella, escuchándolo a medias, pensando todavía en la desobediencia de la corte y de las hermanas de Alfonso.

—¿No te alegras?

—Sí, sí —responde a toda prisa—, muchísimo.

—Creía que te haría más ilusión —replica él, un poco decepcionado.

—Me hace mucha ilusión. Perdona. Estaba pensando en… otra cosa. Un retrato. Será maravilloso… verlo.

—Sé que la pintura te interesa mucho y…

—Sí —dice, procurando contener las ganas de explicarle que el interés por la pintura y tener que posar para un retrato son dos cosas muy distintas—. Es verdad, me interesa mucho.

—He decidido —continúa él— que sea un retrato de casada. Es lo mejor. Después habrá más, claro, con el tiempo, con nuestros hijos. He elegido al pintor; es un hombre al que conozco bien. Ha embellecido muchas estancias del *castello*. Y, sobre todo, aprendió con el mayor maestro, el mismísimo Michelangelo. Lo que todavía no sé es la forma que hay que darle, pero creo que…

Alfonso sigue hablando, pero Lucrezia se distrae mirando las palomas que caminan por el tejado de la villa; se comunican unas con otras moviendo la cabeza y emitiendo unos arrullos graves, pentatónicos, con las alas perfectamente plegadas a los lados. Una nube de insectos minúsculos da vueltas alrededor del avellano como si se consultaran entre ellos, incapaces de tomar una decisión. La mula sacude la cabeza y la echa hacia atrás, hacia ella, con los suaves triángulos peludos de las orejas, y después hacia delante, hacia Alfonso, y atrás otra vez, como si quisiera averiguar lo que pasa entre este matrimonio. Lucrezia ve a Leonello a lo lejos: al contrario que Alfonso, está irritado y apurado. Da órdenes a los criados de que carguen en las alforjas determinadas cosas: ropa, documentos, paquetes envueltos en tela; va tachándolas de una lista; da golpecitos en la tierra compacta del patio con el pie, enfundado en una bota de piel flexible; le sobresalen los tendones del cuello.

Desde el lomo de la singular mula albina ve que un criado —un joven de rostro simpático y tierno que va sobrecargado de equipaje— tropieza con un escalón bajo. Las cajas y las bolsas se le escapan de los delgados brazos y se caen al suelo. Los papeles y los sellos de cera se esparcen por la tierra reseca. El chico se arrodilla e intenta recogerlos, les quita el polvo con las manos. Otro criado algo mayor —secretario del despacho— lo regaña a voces y le da golpes en la nuca. Mientras Lucrezia mira la escena y compadece al chico preguntándose si los papeles serán muy importantes y el percance disgustará a Alfonso, Leonello Baldassare se agacha sin mirar y agarra al chico por el cuello de la camisa. Lo levanta del suelo, coge una de las cajas que se han caído y le estampa la cara varias veces contra la dura tapa de madera.

El día, tan brillante, se oscurece como si el sol se hubiera escondido y el ruido de los golpes —una forma blanda contra una superficie dura, como cuando se cae una col al suelo— resuena en todo el patio y choca contra las tejas, las paredes y las caras de pasmo de los demás criados.

Lucrezia se pone de pie en la silla apoyándose en el estribo de hierro y levanta la mano señalando al chico.

—¡Dios mío! —La palabra sale volando de sus labios—. ¡Para! ¡Ya basta!

Con calculada lentitud Baldassare, impasible, se vuelve a mirarla con una cara más inexpresiva que las piedras. Todavía tiene al chico agarrado por el cuello de la camisa como una marioneta ensangrentada que se queja casi sin voz. Lucrezia está segura de que Alfonso va a hacer algo de un momento a otro: le dirá a Leonello que suelte al chico. Está seguro de que pondrá fin a este horror.

Pero lo que sucede es lo siguiente: Baldassare, sin soltar la presa, sostiene la mirada a Lucrezia, estampa la cara al chico contra la caja por última vez, lo deja caer al suelo, coge el pañuelo que le ofrece el secretario y se limpia las manos. Algunos criados se acercan a recoger al chico y se lo llevan rápidamente.

Alfonso no hace nada, no dice nada. No da señales de haber visto nada inapropiado. Sigue llevando a la mula por la terraza hacia el final del patio, y continúa hasta el estrecho sendero que lleva al jardín, alejándose de la villa.

Lucrezia tiembla, le tiemblan los brazos, hasta los dedos; tiene frío; le cuesta un esfuerzo sujetar las riendas. Tiene la sensación de que se va a resbalar de la silla y se va a caer. No sabe qué hacer ni qué decir. Jamás había presenciado cosa igual. Es cierto que ha visto a sus padres y a otros miembros importantes de la familia castigar a los criados, pero nunca hasta ese extremo, nunca más de un grito o tal vez un breve bofetón. No estaba preparada para esto.

—Alfonso —dice, cuando se quedan solos, cuando la implacable nuca le indica que no va a decir nada—, ¿no te parece que ha sido… excesivo? Ese pobre chico… no tenía la culpa, era evidente. ¿Vas a hablar con Leonello y le vas a decir que…?

Alfonso se vuelve, tira de la brida para que la mula se pare en seco y la mira con una sonrisa en la cara. Lucrezia lo mira también sin entender. No tiene la menor idea de lo que va a decir. Si tenía la impresión de que ya lo conocía, de que se había creado cierta intimidad entre ellos, en este momento desaparece por completo. Es un desconocido el que está delante de ella, una persona con la que no tiene relación alguna. En vez de darle la razón, en vez de decir, sí, el castigo de Baldassare ha sido excesivo, el chico no se merecía tanta brutalidad, Alfonso levanta la mano y le roza la mejilla con los dedos encogidos.

—Tienes un corazón muy bondadoso y tierno —murmura, y le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Vas a ser una madre maravillosa.

La voz y las palabras son tiernas, pero Lucrezia sabe que hay algo más, una corriente subterránea de intenciones negras, corrosiva. Ahora el roce de Alfonso la asusta como si abrasara.

—Sin embargo, te recuerdo —continúa en el mismo tono— que no tolero la oposición a mis órdenes ni a ninguno de mis actos y decisiones. Si alguien se enfrenta a mí lo castigo inmediata y severamente. ¿Está claro?

Lucrezia no entiende lo que dice. ¿A quién va a castigar? ¿Se refiere al chico? Se le ha caído una caja, nada más.

—Leonello —dice Alfonso en un tono sereno— es mi representante, mi instrumento. Lo eligió mi padre y lo educó con un solo propósito: que fuera mi *consigliere*. Es, por decirlo de otra forma, la pluma con la que escribo, la espada que llevo al cinto. Habla por mí y actúa por mí. Si te opones a su autoridad, te opones a la mía. ¿Me has entendido ahora?

—Sí —consigue decir Lucrezia.

—Sé que eres joven y acabas de llegar a esta corte, así que, naturalmente, te perdono. Pero que sea la última vez. No vuelvas a enfrentarte a Baldassare nunca más. Y menos aún delante de otras personas. ¿Me has oído?

Lucrezia no se atreve a decir lo que él desea —teme que le salten otras palabras, unas que no le gustarían a él—, así que se limita a asentir con un gesto.

—Bien. —Se acerca a ella y la besa en la boca—. Me alegro de que estemos de acuerdo. Así pues, volvamos al patio.

Alfonso tira de la brida y hace dar media vuelta a la mula. Las ramas del avellano se mueven en la suave brisa y dibujan formas retorcidas y evanescentes contra el cielo azul.

Alfonso y Leonello parten tan pronto como se suaviza el calor del día. Lucrezia sale al patio a desearles buen viaje. Alfonso monta un semental negro de altas ancas e inquietos ojos acuosos. Lucrezia se queda atrás, agarrada a una columna del claustro.

Leonello va en el mismo caballo que montaba la mañana en que se lo encontró volviendo del bosque. Ahora no lleva liebres colgadas de la silla, sino unas abultadas alforjas de cuero y un odre. Procura no mirarlo.

Alfonso le ha dicho que tardarán una o dos horas en llegar al *castello*.

—Adiós —dice él—, adiós, que el Señor te bendiga.

Su montura brinca hacia un lado sobre lustrosos cascos, mueve el bocado de metal y se vuelve hacia Lucrezia como si necesitara mirarla, como si tuviera un mensaje que darle; Alfonso responde tirando imperiosamente de las riendas y el caballo resopla, retuerce la cabeza contra las tirantes ataduras intentando quitarle el control a su amo. A Lucrezia le gustaría decirle al caballo que no sirve de nada, que su amo jamás le permitirá hacer su voluntad. Y, tal como esperaba, Alfonso chasca la lengua, acorta las riendas más aún y al caballo le queda la cabeza prácticamente debajo del cuello.

—Adiós —repite.

Lucrezia tiene un pañuelo en la mano y lo mueve en el aire quieto y húmedo. Los caballos trotan hacia las puertas de la villa, resbalando

y golpeando el suelo con los cascos.
Estará ausente un día, dos, más de lo que esperaba. No sabe si eso es buena señal o no. Por la noche se encierra en la habitación y se hunde en un sueño sin interrupciones, sin ensoñaciones, con los brazos estirados a los lados, en cruz, descansando.

Pregunta por el chico herido y le cuentan que se ha roto la nariz y varios dientes, pero que se está recuperando bien. Pide que le administren sirope de adormidera y un caldo nutritivo para ayudarlo. Manda a Emilia con unas monedas para cubrir los gastos.

Pasea por los jardines ornamentales, por los emparrados de flores, por los caminos. Con el guardián convertido en su sombra fiel, pasea entre los troncos del bosque, llenos de luz. Recoge flores de vistosos pétalos, puñados de mullido musgo, hojas gruesas y venosas, sombreros deshilachados de setas amarillas, púas desechadas de puercoespín. Busca constantemente una garduña entre las ramas altas, siente un gran deseo de ver una de verdad, pero el guardián le dice que quedan muy pocas, que los cazadores casi han acabado con ellas. Se moja las muñecas en las aguas frescas de las fuentes. Va a ver a la mula a diario y le lleva una manzana o una pera. Pide que la ensillen, monta y da una vuelta por el claustro y los jardines. Cuando el terreno se pone peligroso el guardián se adelanta y la guía, aunque Lucrezia es capaz de llevarla perfectamente. Pero no quiere ofenderlo, así que acepta la ayuda con un gesto de asentimiento. Deja que la mula mordisquee los setos de salvia y romero y así, cuando vuelve al establo, el animal huele a prado, a verano.

Se pone vestidos sueltos, muy parecidos a las *sottane* que vestía de pequeña; se quita los zapatos; se deja el pelo suelto casi todo el día.

En vez de comer platos fuertes de carne y pescado, que son los que más le gustan a Alfonso, pide a la cocinera pudín de leche, pan recién hecho con sal en la corteza, higos rellenos de queso fresco y zumo de albaricoques en una copa delicada.

La tercera mañana de la ausencia de Alfonso, Lucrezia está en el salón con un delantal de cáñamo encima del vestido. Pasea alrededor de la estancia mirando el fresco que representa los doce trabajos de Hércules: el esfuerzo y el sudor del hombre, la tensión de los músculos por debajo de la piel. Se acerca a la pared y distingue las diminutas pinceladas de témpera en la superficie granulosa, señales del antiguo pintor que intentaba dominar los pigmentos, la emulsión de pasta de yema de huevo, las mezclas que se secaban rápidamente. El índigo y la azurita que debió de mezclar aquí, en esta misma habitación, por encargo de un antecesor de Alfonso, se han descolorido con el tiempo; es casi como si se hubieran integrado en la pared para esconderse a

ver pasar los siglos. Lucrezia se imagina que a una señal, al pronunciar una palabra secreta, vuelven a salir todos a la vez, de repente, con toda su fuerza original. Los ojos de Hércules vuelven a ser azul celeste; el taparrabos, rojo deslumbrante, en vez de rosáceo descolorido; las montañas que hay debajo de sus pies, verdes como la hierba nueva. Se acerca más al fresco e inhala el olor a polvo, a óxido y, débilmente, a decadencia.

Se vuelve a contemplar las composiciones que ha puesto en la mesa, cerca de la ventana: un cuenco de melocotones, una jarra de agua, un panal en un plato verde, en medio de su propio charco dorado. Inclina la cabeza a un lado, después al otro. El paño morado oscuro está bien: su color contrasta y vibra con el anaranjado de los melocotones y el dorado de la miel, y los pliegues caen con gracia. El sol roza las curvas de la fruta con dedos de luz. Se da cuenta de que tiene que apurarse porque, cuando la luz se vaya, los colores cambiarán. Alfonso volverá de un momento a otro y tendrá que dejar de pintar para atenderlo. Tiene que machacar azafrán, cochinillas, los estigmas centrales de un lirio y… ¿qué más? Se retira hasta el caballete, en el que ha colocado una *tavola*, como de costumbre, unos pinceles, un almirez con su mano apoyada en el borde, conchas de ostra llenas de aceite de linaza, listo para absorber los pigmentos en polvo.

Se dispone a pintar encima de una escena que terminó anoche: un ser acuático, mitad hombre, mitad pez, saliendo por la orilla de un río, con una cola plateada que brilla a la luz de la luna. No es la primera vez que le da cierta tristeza que la imagen vaya a desaparecer, vaya a convertirse en una simple capa más que solo ella habrá visto.

Pero así ha de ser. Nadie debe verlo. Tiene que ser solo una primera capa. Así que lo va a ocultar debajo de este bodegón de fruta y miel tan inocente e inocuo. ¿Puede haber un pasatiempo más sano que este para una joven duquesa?

Está a punto de coger una tiza para trazar las primeras líneas en la *tavola* —la forma ovoide del cuenco, que se repite en las curvas de los melocotones, dividirá por el centro las brillantes escamas de la cola del sireno— cuando oye un ruido peculiar.

Un golpe seco y repentino, como de algo pesado al caer al suelo, unas cuantas habitaciones más allá: un fardo quizá o una bala de paño. Espera oír también unos pasos que se alejen de aquel lugar.

Pero no oye nada. Ningún ruido. Ningún paso. Ningún movimiento.

Mira la tiza que tiene en la mano, las ondas rizadas del río que pintó a altas horas de la noche, a los ojos del Hércules del fresco,

descoloridos pero sinceros, que levanta la espada contra la hidra policéfala.

Suelta la tiza; se limpia los dedos con un paño; cruza el salón y sale al claustro, las pisadas saltan del suelo al techo y de nuevo al suelo al cruzar una estancia que tiene un relieve de alabastro de Atenea saliendo de la cabeza de Zeus, que gesticula con la boca; pasa por una antecámara en la que hay una mesa cubierta de juncos puestos a secar y sale a un pasillo que va desde el patio central hasta una ventana arqueada que da al valle.

Y aquí se encuentra a un hombre tendido en el suelo.

Parpadea y se atreve a acercarse. Un hombre ahí, en las baldosas, como si hubiera caído del cielo, con una camisa muy blanca en contraste con la terracota.

—*Signore* —lo llama, vacilante—. ¿Me oís? —Lo toca con la puntita del pie. Nada. Se agacha a su lado y prueba a tocarle el hombro—. *Signore* —insiste, y lo sacude suavemente.

El hombre no responde, pero con el movimiento se queda boca arriba y Lucrezia le ve el rostro.

No lo reconoce. Tiene una corona de ligeros rizos castaños; lleva una bolsa grande de cuero colgada al hombro. La ropa y el calzado no son de un noble: ni bordados de adorno en los puños ni anillos en los dedos; la capa sobre la que yace es de un paño rudo. Pero tampoco parece un criado. Los zapatos son fuertes, pero tienen unas costuras intrigantes; las manos no están deformadas por el trabajo duro, los dedos son largos y expresivos.

¿De dónde ha salido? Lucrezia mira a ambos lados del pasillo. Llama, pero nadie acude. Está claro que el hombre acaba de llegar —trae polvo del camino en la ropa, la bolsa está llena con lo que lleve o tenga que entregar— pero ¿de dónde ha salido y por qué está aquí?

También es evidente que su estado es grave. Está completamente inconsciente, sumido en una insensibilidad total, con los ojos en blanco, los párpados pesados, la mandíbula suelta. Le toca la mano y descubre que la piel está fría como el mármol, pegajosa, resbaladiza de sudor frío. No es que se haya desmayado por el exceso de calor ni por falta de agua: esto es otra cosa.

—¡*Signore*! —repite con más brío.

Le da una bofetada, a ver si despierta, pero la inerte cabeza se vuelve hacia un lado de una forma alarmante. Ve que respira rápida y superficialmente.

No sabe por qué pero está segura de que este hombre, este desconocido, se encuentra al borde de la muerte, de que se está muriendo delante de ella en las baldosas del suelo de la villa. Lo nota

en el contacto de las manos: se le está yendo la vida, se está escapando a un lugar sin retorno.

Se asusta. Lo sacude con fuerza, por los dos hombros. Llena los pulmones y grita:

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Necesitamos ayuda!

Se le está poniendo la cara de color ceniza, parece que los ojos se le hunden en las cuencas, los labios se le quedan sin sangre. Lucrezia le afloja los cordones del cuello a toda prisa con la esperanza de que le entre más aire en el cuerpo. En algún rincón de la cabeza surge la idea de lo raro que le resulta manipular así a un desconocido: tocarle la garganta, la clavícula, buscarle el débil pulso; es un cuerpo muy distinto del de Alfonso, endurecido por la esgrima, la monta, la caza y el levantamiento de peso. Alfonso es puro músculo y hueso recubiertos de piel morena. Este hombre, o tal vez niño, es más blando, la carne es más tierna, blanca como el temple.

—Por favor —susurra Lucrezia muy cerca de la cara inconsciente del desconocido—, por favor, despertad.

De pronto, mientras mira a este moribundo, se acuerda de una vez en que un hombre que estaba de visita en la corte de su padre —un dignatario extranjero— perdió el conocimiento en la misa. Se cayó redondo, de bruces en el suelo de la capilla, como un árbol cortado. Ella era una niña entonces, pero todavía recuerda la palidez grisácea del hombre, la dejadez de los brazos y piernas. Sofia le dijo… ¿qué le dijo?... Que había una enfermedad de la sangre, un desequilibrio o algo así, cuando una persona tenía demasiada sangre roja o muy poca, en estos momentos no se acuerda, pero al dignatario moribundo lo devolvieron a la vida poniéndole gotas de miel en la boca. Había un hombre con él, un hombre mayor, su padre tal vez, que sabía exactamente lo que tenía que hacer; se acuerda de que pidió miel y un vaso de agua; se acuerda de que cogió estas cosas rápidamente de las manos del criado.

En unos segundos Lucrezia vuelve corriendo a la antecámara, a la habitación de alabastro, al claustro; coge el plato de la miel, la jarra y una cuchara de la mesa. Regresa a toda prisa, tanto como puede, el agua le salpica las muñecas y la pechera.

Cuando se agacha otra vez junto al joven ve que ha empeorado, está mucho más lejos de la orilla en la que se encontraba, jadea, la cara parece una máscara de arcilla.

Parece importante que le hable, que oiga una voz si es posible, esté donde esté, que sepa que no está solo, que hay personas intentando que se quede en la orilla de los vivos, que tiene motivos

para volver, para luchar por volver. Lucrezia habla y habla mientras vierte un poco de agua en el plato y la mezcla con miel con manos apremiantes y temblorosas.

—No sé quién sois ni de dónde venís pero quiero que os quedéis, ¿me oís? Debéis quedaros. Nos encontramos en la *delizia*, en Voghiera, y me pregunto qué os habrá traído aquí con esa bolsa tan cargada que traéis. A ver, probad esto, un poquito.

Le pone una cucharada de miel y agua entre los labios, pero la cabeza se le mueve y el precioso líquido se le cae de la boca al suelo.

—Por favor —le susurra mientras le coloca la cabeza en una posición más propicia, pero está tan flácida que Lucrezia tiene que quitarse un zapato y después el otro para incorporarla—, intentadlo. ¿Me oís? Por favor.

Le acerca otra cucharada a la boca y esta vez no se le cae. Lucrezia espera un momento pero no hay ningún cambio, así que le da otro poco. Al llegar el líquido a la garganta, la respiración del hombre se transforma en un gorgoteo alarmante. Se está asfixiando, está inhalando el agua de miel. A Lucrezia le lloran los ojos. Deja el plato y pone al hombre de lado. Pesa mucho. El cuerpo se le resbala de las manos, pero consigue acercárselo y ve que el líquido se le sale de la boca y forma un charquito en el suelo.

Lo ha matado. Está segura. Ha acelerado su muerte, se la ha provocado. ¿Cómo se le ha podido ocurrir verter agua en la boca de un hombre inconsciente? ¿Por qué no ha ido enseguida a pedir ayuda o…?

Sin previo aviso, el hombre escupe y después tose. Expulsa más líquido, después, estremecido, aspira una gran bocanada de aire. Tiene los ojos cerrados, pero los labios cobran un poco de color. Lucrezia lo agarra del brazo.

—*Signore* —le dice—, ¿me oís?

Se aplasta en el suelo junto a él, mirándole a la cara. El hombre mueve los ojos como canicas por debajo de los párpados. Lucrezia coge el plato y le lleva la cuchara a la boca. Esta vez el hombre traga.

—Sí —murmura ella, aliviada—, eso es. Un poquito más.

El hombre abre la boca y traga de nuevo. El color le vuelve a la cara como una ola, extendiéndose de la boca a las mejillas, a las cejas, a la frente.

—Muy bien —dice Lucrezia—. Lo estáis haciendo muy bien.

Abre los ojos un poco, después los cierra y los vuelve a abrir, ahora un poco más, no son verdes ni azules, sino de un color intermedio. ¿O el derecho es más azul que el izquierdo? Se los mira de cerca y el hombre la mira a su vez.

Lucrezia se endereza. El hombre parpadea y se lleva una mano temblorosa a la cabeza, después se pone boca arriba. Ella le levanta la cabeza y se la apoya otra vez en los zapatos.

—No os preocupéis —le dice—, vais a recuperaros. No pasa nada. Pero intentad tomar esto.

La mira sin comprender, mira las paredes que hay detrás de ella, el techo. Se lleva la mano a la correa de la bolsa, al cuello de la camisa, que ella le ha aflojado. Cuando Lucrezia le ofrece la cuchara, hace un esfuerzo por levantar la cabeza para tomar el agua de miel.

—Me he asustado mucho —le dice con voz trémula—. No sabía qué hacer. ¿Podéis hablar ya, *signore*? ¿Podéis decirme cómo os llamáis? ¿Qué habéis venido a hacer aquí? ¿Estáis solo o… con algún compañero?

El hombre cierra la boca con la cuchara dentro, después la abre otra vez sin dejar de mirarla con esos ojos verde mar.

—Bueno, da igual —dice ella un momento después—, podemos esperar, pero me gustaría…

Oye ruido de pasos detrás y una exclamación agobiada:

—¡Dios del Cielo!

Lucrezia se vuelve y ve a otro joven, más larguirucho y delgado que el enfermo, con una bolsa parecida al hombro, que se acerca corriendo por el pasillo.

—¡Ah, maldición y perdición! —exclama de nuevo, ya encima de ellos—. ¿Ha sufrido un ataque?

Se acuclilla al lado de su amigo y le pone la mano en el hombro.

—¿Te encuentras bien? ¿Has vuelto en ti? —Entonces ve el plato con la miel—. ¿Le habéis dado eso? —le pregunta a Lucrezia—. ¿Cómo lo sabíais?

—Pues… —duda, se da cuenta de pronto de lo extraño de la situación: sola con dos jóvenes desconocidos a los que nunca había visto, podría traerle complicaciones si alguien se lo contara a Alfonso — en una ocasión vi un… un ataque semejante.

—¿Y lo curaron así? —Señala el plato.

Lucrezia asiente.

—No estaba segura, pero me lo encontré aquí, en el suelo, y me alarmé mucho. Tenía tan mal aspecto que creí que…

—¡Es increíble! Habéis hecho exactamente lo que había que hacer —la interrumpe el joven—. Le habéis salvado la vida.

—No —protesta ella—, yo solo…

—Sí, sí, le habéis salvado la vida —insiste el joven. Le da un empujoncito a su compañero con la punta de la bota—. Te ha salvado la vida, Jacopo. Esta bella joven te ha salvado la vida. ¡Eres muy

afortunado!

Lucrezia se levanta. El hombre le coge el plato y la cuchara grácilmente y sigue dándole sorbitos a Jacopo, esperando hasta que se los traga.

—¿Qué os ha traído a Voghiera? —le pregunta.

—Hemos venido por el retrato —dice el joven, sin dejar de mirar a Jacopo.

—¿El retrato?

—El retrato de casada. El de la nueva duquesa.

Lucrezia se apoya en la pared. No sabe muy bien si es por el susto de encontrarse a un moribundo, por el temor cuando creía que no podía salvarlo o por el alivio de saber que ha vuelto en sí, pero de pronto le fallan las piernas y se le borra la visión.

—¿Sois… los pintores?

Esta pregunta arranca al joven una alegre carcajada.

—No —dice—. Bueno, en cierto modo. Somos los aprendices. Somos dos. Yo me llamo Maurizio y este —toca al postrado con la mano— es Jacopo, que siempre nos causa complicaciones. Pero lo queremos de todos modos.

—¿Cuántos aprendices son?

—Depende. Entre cinco y diez cada vez, según los encargos que tengamos. Jacopo es el pintor de telas y yo…

—¿De telas?

—Sí. —Le sonríe—. De cómo se doblan sobre un brazo o una pierna, de cómo la seda capta la luz, de cómo cambia el color si la tela está cerca de una vela. No es nada fácil. Nadie lo hace tan bien como Jacopo.

—Pero ¿vuestro maestro no…?

—¿Él? —se burla Maurizio—. El Bastianino no se mancha los dedos por nada del mundo. Es demasiado trabajo para él. No, él hace la cara y a veces las manos, si no ha bebido más de la cuenta y, si ha bebido, las hace Jacopo. Pero no se lo digáis al duque, ¿eh? —Le guiña un ojo y sonríe pícaramente—. La especialidad de Jacopo es la tela. La mía, el paisaje del fondo.

—¿El de detrás de la persona?

—Sí. —Sin ceremonia, Maurizio arrastra a Jacopo hasta la pared y lo sienta—. Las montañas, los lagos, los árboles. Eso es lo que hago yo.

—No sabía que el trabajo se repartiera de esa forma.

—¡Ah, sí, siempre! —dice Maurizio—. Participamos todos. —Se sienta al lado de Jacopo—. Bien, ¿qué nos contáis de la duquesa consorte?

Lucrezia no dice nada. Sabe que, descalza como está y con un delantal encima de la ropa, les parecerá una criada.

—Nos han dicho que es muy joven —dice Maurizio— y muy bella. ¿Es cierto? Que tiene un pelo como la mismísima Venus.

—Pues… no sé.

—Entonces, ¿no la habéis visto?

—Pues…

—¿Su marido la tiene encerrada bajo llave? No me sorprendería, por lo que cuentan.

Lucrezia aprieta las manos y la cabeza contra la pared. De repente necesita la solidez de la escayola.

—¿Qué es lo que cuentan?

—Nada, que es un auténtico Jano con dos caras, dos maneras de ser. Y pasa de la una a la otra así —dice, y chasca dos dedos en el aire.

Lucrezia mueve la cabeza para que no se le desmanden los pensamientos. ¿Bajo llave? ¿Un Jano? Se imagina por un momento la imagen del dios de dos cabezas que le enseñó su preceptor hace muchos años: un joven con un perfil mirando tranquilamente a un lado y otro mirando con preocupación en sentido opuesto. ¿De verdad su marido es así?

—Da igual —continúa Maurizio alegremente—. Nos morimos de impaciencia por ver a la pequeña duquesa, sobre todo si es tal como dice la gente. ¿Verdad, Jacopo? —Da un empujón a su amigo, que logra dedicarle una sonrisa desvaída—. Y vos ¿qué hacéis aquí? —pregunta, mirándola de arriba abajo, con los ojos brillantes de complacencia—. Este encargo va a ser un placer, si hay muchas jóvenes como vos por aquí.

Lucrezia no le hace caso y se dirige a Jacopo:

—¿Cómo os encontráis? Tengo que irme ahora, pero quiero estar segura de que os recuperáis por completo.

Maurizio le pasa el brazo por la cabeza a su amigo y le alborota el halo de rizos castaños.

—Mucho mejor, diría yo.

—Jacopo —dice Lucrezia—, ¿os encontráis mejor?

—¡Ah! —dice Maurizio, y suelta la cabeza a Jacopo—. Este no habla.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Nunca?

—Nunca. Es mudo.

—No tenía la menor idea, es…

—O habla una lengua rara que no entendemos ninguno. No

sabemos seguro de dónde es… El Bastianino dice que se lo encontró en un asilo de huérfanos del sur. Oyó hablar de este chico, que sabía dibujar cualquier cosa aunque solo la viera un momento, y se lo compró a los monjes. Uno se acostumbra. La verdad es que es muy tranquilo. Mucha gente habla más de la cuenta, por ejemplo, yo. Bien, ¿cómo os llamáis? Y ¿volveré a veros mientras estemos aquí?

Lucrezia los mira, están sentados con la espalda apoyada en la pared, cada cual con su bolsa de aprendiz al lado, Maurizio con una expresión afable y cordial, Jacopo, pálido y atento.

—Sí, creo que sí.

Ha machacado los pigmentos y los ha mezclado con el aceite; ha aplicado pintura a las curvas de los melocotones —ocre y cochinilla junto con blanco de plomo— y empieza a mezclar el verde para el cuenco. La mitad del ser acuático ha desaparecido cuando llega Emilia a anunciarle que Alfonso ha vuelto de Ferrara.

Lucrezia la mira con el pincel en el aire. En ese preciso momento la luz de la ventana ilumina a la criada de tal forma que la cicatriz de la cara queda oculta en la sombra: parece una joven perfecta, exquisita, con el pelo rubio recogido en la cofia y las hábiles manos delante del cuerpo.

—¿Ha…? —intenta preguntar, pero todavía está en el mundo de la pintura, pensando en el juego de la luz y la sombra, en el orden de las formas y en el siempre misterioso enigma de cómo plasmar algo tridimensional en la superficie plana de un papel—. ¿Ha… —lo intenta de nuevo— mandado a buscarme?

—Todavía no, mi señora. Pero me pareció que os gustaría saber que ya está aquí.

—Sí —dice Lucrezia, abstraída, limpiando el pincel con un trapo —. Claro, sí. Avísame, por favor, si me… cuando me… cuando pregunte por mí.

Emilia asiente, sale y cierra la puerta, y Lucrezia vuelve a la pintura, aliviada, encantada con el aplazamiento.

Sigue pintando mucho rato, se aleja de la *tavola* y vuelve a acercarse. Observa la transición del cuenco a la miel y a los pliegues y arrugas del paño. Sigue su curso entre los objetos, entre la forma en que influyen unos en otros, entre los espacios y las conversaciones que sostienen entre ellos; se reduce al tamaño de un escarabajo para poder pasar por los huecos que quedan entre los melocotones y por los hexágonos contiguos del panal. Palpa las formas correspondientes en el cuadro usando los pinceles como si fueran patas o antenas, buscando el camino en el terreno desconocido de cada objeto, abriéndose paso en lo que hay por debajo de lo que se ve.

Pinta mientras el sol está alto en el cielo y cuando empieza a deslizarse por detrás de los tejados, mientras la servidumbre se afana a toda prisa de un lado a otro del claustro. Ni siquiera se da cuenta de que la luz merma, ni del trajín que hay en la villa ni de que no ha comido nada desde el mediodía. El trabajo la absorbe; ella es el trabajo mismo; le procura más satisfacción que cualquier otra cosa en la vida; el trabajo intuye la necesidad, el vacío que la llena por dentro, y lo remedia.

Avanzada la tarde Emilia llama a la puerta otra vez. No mira a su señora a los ojos cuando le dice:

—Su excelencia pregunta por vos, mi señora.

Lucrezia deja el pincel. Está un poco ida, casi mareada, sin ganas de afrontar el mundo real.

—Gracias, Emilia. Voy directamente a verlo y….

Se para al ver la cara de horror que pone Emilia y se mira a sí misma —el delantal, las manchas de pintura, descalza— y se le escapa una carcajada.

—Sería mejor que me cambiara, ¿verdad?

—Sí, mi señora —responde Emilia, aliviada—. Os acompaño.

Poco después, ataviada con una *sopraveste* de satén estampado de prímulas y el collar de rubíes, tiene mucho calor. Las ventanas de ambos lados del salón están abiertas, pero apenas corre el aire: nada se mueve. Fuera, en el patio, las hojas están quietas al final de las ramas. Unas pocas nubes oscuras con reflejos anaranjados y sonrosados se ciernen sobre la villa como si estuvieran tan cansadas que no pudieran moverse.

Lucrezia espera en una silla que no le gusta: el asiento es duro, las crines de caballo del relleno asoman entre la tela y le pican en las piernas. Prueba a juntar las manos modosamente en el regazo, pero no está a gusto, así que apoya un codo en la mesa que tiene al lado, pero le resulta poco natural. Contiene un suspiro y coge una labor de bordado que ha ido haciendo las veladas que pasa con su marido. No se acuerda de lo que tiene que hacer como casada, como duquesa consorte. La ausencia de Alfonso no ha sido larga, pero en esos pocos días ha perdido el hábito sin saber cómo.

Sin embargo, lo cierto es que sigue atrapada en el microcosmos de la pintura: es lo único que quiere hacer. Cualquier otra cosa, cualquier otro mundo le producirá insatisfacción hasta que termine, hasta que el cuadro esté completo y la devuelva a su sitio. Pero aquí está, en este salón, con un bastidor entre las manos y esperando a que llegue su marido.

Suspira otra vez y clava la aguja en la tela, tensa el hilo. Este

bordado lo empezó Isabella hace meses, una rosa rodeada de un borde dorado. Lucrezia no sabe cómo ha terminado entre sus manos. Seguramente Isabella lo dejó cuando le llamó la atención otra cosa y, de una forma u otra, terminó en el equipaje de Lucrezia. Es algo que, a modo de atrezo teatral, le resulta útil para que los demás piensen que le gusta ocuparse de cosas tan inútiles.

Intenta añadir una mariposa posada en un pétalo, pero no le sale bien: un ala es mayor que la otra y desequilibra el conjunto. Tal vez tampoco ella termine esta labor; tal vez esta rosa quede inacabada para siempre. No puede trabajar con la aguja y el hilo, los dedos se le tensan, como si no fueran suyos. Lo que le entusiasma de verdad es pintar, la tiza y la tinta. Da la vuelta al bastidor para ver el revés. Siempre le ha gustado esa parte de los bordados, el secreto, la parte «fea», cuajada de nudos, estrías de la seda e hilos retorcidos. Es mucho más interesante, muestra a las claras el trabajo que ha sido necesario para alcanzar la perfección de la labor terminada. Pasa las manos por esta geografía: sabe qué puntadas son suyas y cuáles de Isabella. Las suyas son torpes, apresuradas, se ven hechas con impaciencia y desagrado.

Pone el bastidor del derecho otra vez y empuja la aguja por la tela. Al momento recibe un fuerte picotazo, justo al comienzo de la uña: ha calculado mal y se ha pinchado. Con una fascinación macabra, observa la perfecta gota roja que se forma en la cutícula.

Sin previo aviso se abre la puerta. Lucrezia se sobresalta, se lleva el dedo a la boca y se pone de pie de un brinco.

Alfonso avanza rápidamente por la habitación. Lucrezia ve que se ha acicalado más de lo habitual: lleva el pelo alisado hacia atrás, peinado con aceite, se acaba de afeitar y se ha puesto una camisa con los puños rematados en oro.

—Queridísima mía —dice, inclina la cabeza y le besa la mano—. ¡Cuánto te he echado de menos! ¿Te encuentras bien? ¿Se te ha hecho muy larga la espera?

—No, no, ni lo más mínimo —dice ella—. He…

—¿Qué? —exclama él, dejándose caer en la silla de la que se ha levantado ella—. ¿No me has echado de menos?

—¡Ah! —dice ella, completamente arrebolada—, no, sí, claro, te he…

—¿Ni siquiera un poquito? —bromea; se la sienta en el regazo y ve el dedo; le coge la mano—. Pero, te has hecho daño. ¿Cómo ha sido?

—No es nada. Estaba bordando, se me resbaló la aguja y…

—A ver. —Se saca un pañuelo de la manga y le envuelve el dedo

tiernamente.

—Gracias —dice ella y, sin mirarlo, le dice con cautela—: ¿Qué tal las cosas en Ferrara?

—Bien. —Una palabra rotunda y eficaz—. Todo bien.

Lucrezia, cohibida en el regazo de Alfonso, mira la mancha roja que aparece en el níveo pañuelo que le envuelve el dedo: la sangre se da a conocer, rehúsa esconderse.

—¿Has podido… resolver el asunto que te preocupaba?

Alfonso junta las manos alrededor de ella y, una vez más, Lucrezia tiene la sensación de estar sujeta, prisionera. El bordado de los puños le roza y le aplasta el vestido y le murmura algo que no entiende.

—Sí.

—¿Se ha…? —Sabe que no tendría que hacerle más preguntas porque parece que no tiene ganas de contarle nada, pero ella no puede contener la curiosidad por saber lo que ha ocurrido en la corte de Ferrara en estos pocos días—. ¿Has…? ¿Se ha resuelto… a tu gusto?

Alfonso se echa un poco hacia atrás y la mira inexpresivamente.

—Claro —responde, y se pone a juguetear con un rizo de Lucrezia, se lo enrolla y se lo desenrolla en el dedo—. ¿Sabes por qué?

Ella niega con la cabeza, sin palabras.

—Porque todo —a cada palabra le da un leve tirón— se resuelve siempre a mi entera satisfacción.

—¡Ah, cuánto me alegro! —exclama ella, aliviada—. ¿Conseguiste convencer a tu madre de que se quedara en Ferrara? ¿Esperará al menos a que vaya yo a la corte? Tengo tantos deseos de conocerla… Y a tus hermanas. ¿Han dicho si se quedarán contigo? ¿Han…?

Alfonso la hace callar. Se ha reclinado en el respaldo y la mira fijamente. Lucrezia ha ido demasiado lejos, lo ve, desearía atrapar en el aire lo que ha dicho sin pensar y tragárselo.

—Parece que… —dice él por fin— estás muy bien informada.

—Perdona —dice ella, y se da cuenta de que tiene un miedo inexplicable, el corazón desbocado y el vello del cogote de punta. ¿Alfonso se va a enfadar? ¿La va a castigar como cuando le pidió a Baldassare que dejara de golpear al joven?— He sido inoportuna y…

—No, no. Me parece muy interesante que te hayan llegado estas noticias. Es útil saberlo.

—Lo siento, no tendría que haber…

La corta otra vez con una caída de párpados, un gesto minúsculo que significa que no quiere ni necesita que se disculpe.

—Sin embargo, me intriga cómo han llegado a tus oídos.

Sigue sentada en su regazo como un pájaro de bello plumaje en

una mano. Emilia, piensa Lucrezia, Emilia. Pero no va a pronunciar ese nombre, no va a entregarle a su doncella. Jamás.

—Pues… verás, algo oí… sin querer. La gente habla, ya sabes…

—¿Qué gente?

—No estoy segura.

—¿Criados u oficiales?

Necesita pensar. ¿Qué sería lo mejor? ¿Qué sería lo peor? ¿Cómo causar el menor daño posible, el menor castigo?

—Pues… no me acuerdo… ¿ambos, tal vez?

La mira un buen rato con la boca escondida detrás de la mano en la que apoya la barbilla. Después asiente. Le pregunta qué ha hecho, si encontró algo en lo que ocuparse, y Lucrezia entiende que ha zanjado el tema, pero ella sigue sin saber si su madre se ha ido a Francia ni si sus hermanas se han quedado en Ferrara. Ahora no se lo puede preguntar. Alfonso la baja al suelo y se dirige al caballete, en el que está el cuadro inacabado, tapado con un paño. Alfonso retira el paño, lo deja caer y se acerca a mirar la obra.

—Es encantador —dice examinando el bodegón, los melocotones y la miel, que, para gran alivio de Lucrezia, ocultan por completo al ser fluvial a la luz de la luna y su cola escamosa—, realmente encantador. Qué pasatiempo tan delicioso para ti, amor mío, aunque… —Llaman a la puerta y Alfonso, sin darse la vuelta, dice—: Adelante.

Lucrezia se vuelve y ve aparecer a los dos aprendices, Maurizio el primero, dando brincos, sonriente, como dispuesto a disfrutar de algo, y Jacopo detrás, mirando al suelo. Se han cambiado de ropa; ahora llevan el cuello limpio y las botas bien lustrosas.

—Ah —dice Alfonso, y hace una breve pausa para oír los saludos que murmuran los recién llegados—. Permíteme que te presente a dos aprendices de pintor, ayudantes de Sebastiano Filippi, también llamado el Bastianino, que pintará tu retrato cuando volvamos a la corte. —Le tiende la mano—. He aquí mi mujer, la duquesa.

Lucrezia sale de las sombras de la estancia a la intersección de los trémulos círculos de luz de los candelabros. La delicada puntilla de filigrana de las mangas, el colgante de rubíes y el tocado destellan al momento y los dos jóvenes se vuelven hacia ella.

Maurizio palidece al reconocerla, se le abre la boca, pero se recupera enseguida y hace una cortés inclinación de cabeza murmurando que es un honor, que no es digno, que es su más devoto servidor. Jacopo está inmóvil, como un animal que teme un ataque, mirándola a los ojos. Lucrezia recuerda un instante el tacto pegajoso de su piel, la forma horrible en que se le movía la cabeza, la fina

prominencia de la nuez del cuello.

Por un momento, nadie se mueve en el salón.

Entonces Maurizio da un codazo a Jacopo, que vuelve a la vida como una marioneta cuando le tiran de los hilos. Se quita la gorra con un gesto rápido y hace una profunda reverencia barriendo el suelo.

—Perdonad a mi amigo —dice Maurizio—. Hoy ha sufrido una pequeña indisposición y…

—¿Indisposición? —lo interrumpe Alfonso—. ¿De qué clase?

—No, nada contagioso, excelencia —se apresura a decir Maurizio —, os lo aseguro. Quizá el… el calor y… con el viaje y todo… Pero nada más.

—Ya. —Alfonso se acerca a Lucrezia y le coge la mano—. Caballeros, he aquí vuestro tema, vuestra musa. —La señala de arriba abajo—. Espero que vuestro maestro os lo haya dicho: le he encargado un retrato de casada, como debe ser. Supongo que vosotros haréis los primeros bocetos para que el maestro decida la mejor forma de enfocar la obra. ¿Es así?

—Sí —dice Maurizio, asintiendo también con la cabeza— y, si me permitís excelencia, será una gran musa, qué delicia y qué…

—Tu amigo —puntualiza Alfonso señalando a Jacopo—, ¿no nos dirige la palabra?

—Nunca habla, excelencia —dice Maurizio dándole una palmadita a Jacopo en el hombro—. Creemos que es mudo.

—¿Es sordo también?

—No, excelencia. Oye perfectamente, pero es que no…

—Pero es… —Alfonso frunce el ceño— ¿es un buen dibujante?

—Más que bueno —responde Maurizio sonriendo—. Es sumamente habilidoso, es el mejor aprendiz del taller. Nuestro maestro solo os mandaría a sus mejores aprendices, excelencia. Os satisfará. Las figuras y las telas de Jacopo son exquisitas, solo el maestro lo supera. Lo veréis tan pronto como se nos dé la oportunidad, cuando su excelencia la duquesa pose y…

—Sí, sí —lo corta Alfonso con un gesto seco—. Ya veo que te arreglas muy bien para hablar por tu compañero y por ti. Bien. —Da unas palmadas—. No hay motivo para no empezar ahora mismo.

Lucrezia lo mira. No ha cenado; tiene el estómago vacío, hambriento; está cansada; le duele la cabeza. Lo último que desea hacer esta noche es posar para que dos aprendices de pintor hagan bocetos. Pero Alfonso es todo acción. Va de un lado a otro diciendo que él mismo dirigirá la sesión, que ha estudiado pintura en profundidad, tanto en la práctica como en la teoría, que observará los pasos que den los dos aprendices. Hace una pausa para recordarles

que no aceptará nada que no sea perfecto. Si no queda satisfecho lo sabrán inmediatamente. Coge a Lucrezia del brazo, la lleva a una silla junto al fuego, retira el caballete, coloca dos candelabros cerca de ella, en una mesa, con una bola de mármol y una copa.

Cuando Lucrezia levanta la mirada descubre, tal como esperaba, que Jacopo la mira directamente a ella y que su cara le resulta curiosamente entrañable. Sabe que está pensando que hoy podía haber muerto, que si ella no hubiera intervenido podía no estar ya aquí, en este salón, con el papel en la mano, que donde está él, al lado del aparador, habría un vacío en el aire. Si no hubiera ido a ver qué había sido aquel ruido, si no lo hubiera encontrado, si no hubiera sabido qué hacer… de no haber sido por ella... No está segura de por qué lo sabe, pero lo sabe. Ahora él mira el cuadro de los melocotones del caballete y después a ella con una expresión intrigante. Qué extraño le parece en este momento haberle salvado la vida a alguien. Tiene cierta conciencia de que el incidente ha creado un hilo invisible pero indisoluble entre ella y este hombre, esta persona silenciosa, que ahora pone el papel en la mesa y unos pesos en las esquinas y coge su tiza. Ella lo nota, él también. Ambos lo saben, y saben lo que está pensando el otro, y perciben los actos y los temores del otro.

Lucrezia no sabe por qué sucede esto ni adónde puede llevarla, pero sabe que tiene que ocultarlo, silenciarlo, como la lengua de él.
Los aprendices hacen bocetos a lo largo de dos días. Se apoderan del salón de alabastro con sus rollos de papel, sus grafitos, su carboncillo y su tiza, sus bolsas de viaje y sus capas y túnicas, que dejan en cualquier parte. Cuando Lucrezia pasa por la puerta entreabierta ve a Jacopo inclinado sobre una mesa, remangado hasta los codos; oye a Maurizio, que habla solo, y a Jacopo, que le responde con una carcajada.

Le sorprende la carcajada. Es la primera vez que le oye hacer algún ruido con la boca. Y le parece muy personal y a la vez como la de cualquier joven, como las que oía a sus hermanos cuando luchaban entre ellos.

Vuelve a mirar por la rendija de la puerta y los ve en medio del resplandor dorado de los relieves de alabastro de las paredes, como pececillos en un estanque transparente. Maurizio mira el trabajo de Jacopo; Jacopo señala algo en el papel y Maurizio lo sopesa, sea lo que sea, y luego hace un gesto negativo con la cabeza. Esta muestra de entendimiento sin palabras que ve entre ellos la intriga. ¿Cómo entiende Maurizio lo que le pregunta Jacopo sobre el trabajo?

A regañadientes sigue andando por el pasillo y va a los establos a ver a la mula; lleva un cuenco con copos de avena que ha cogido del

desayuno.

En los dos días siguientes la llaman a menudo para posar; allí está su marido supervisando los bocetos; coge uno, lo desecha, coge otro. Maurizio y Jacopo se quedan a un lado, esperando y mirando mientras Alfonso revisa su trabajo.

—Este no —dice Alfonso, y tira el papel enrollado al suelo—, ni este. —Saca otro del montón de papeles y lo desenrolla encima de la mesa—. Sin embargo este podría ser. Ha captado la dulzura, pero también el espíritu… —Se interrumpe para mirar a los aprendices—. ¿Cuál de vosotros ha hecho este boceto? ¿Tú? —Señala a Maurizio.

—No, excelencia —dice Maurizio—. Ese lo ha hecho Jacopo.

—¿El… chico sin lengua?

—Sí, mi señor.

—Bien, pues dile que haga más como este. Y tú también. Quiero que se le vea toda la cara, que mire al que mira, y quiero espacio alrededor para los hombros, los brazos y casi todo el vestido, si no todo. ¿Entendido?

Maurizio y Jacopo se ponen a trabajar en el papel. Lo único que tiene que hacer Lucrezia es quedarse en la postura que ha indicado su marido. Sencillo. Pero no tan fácil. Al cabo de un minuto empiezan a dolerle los músculos del brazo que tiene levantado, y después le arden. Parece que necesita parpadear más de lo normal… tal vez porque la están mirando con tanta atención. Debajo del vestido, nota la piel de los pies muy fina, como si los huesos, desprovistos de carne, presionaran contra el suelo. El vestido le pesa en los hombros, le aprieta los pulmones. Le gustaría salir de ahí. Le gustaría ir a los establos, ordenar que le ensillaran la mula, luego montar y salir por las puertas de la villa, alcanzar el camino y alejarse.

Pasea la mirada por la habitación; los ojos es la única parte del cuerpo que puede mover. Alfonso ha recogido su largo cuerpo en un sillón, con un brazo encima de la rodilla, y mueve la cabeza para mirarla a ella y a los aprendices. Maurizio está cerca de la pared, con una expresión seria y concentrada, frunciendo el ceño, nada más lejos de su habitual expresión risueña; parece que esté pasando una tortura, una auténtica agonía espiritual. Pone una marca indecisa en la página y después la mira con preocupación. En cambio Jacopo está sereno, quieto como el tronco de un árbol. Pasa la mano por encima del papel haciendo trazos seguros, levanta la mirada solo un momento, luego la baja otra vez; mira, luego dibuja. A Lucrezia le parece que cuando mira no ve a una persona, sino una distribución de formas, una intersección de planos y ángulos, un entramado de luz y sombra.

—¿Tal vez esto te resulta fastidioso, amor mío?

Alfonso se ha levantado, se ha acercado a ella y se lo ha preguntado en voz baja.

—No, no, ni lo más mínimo. —Contiene un bostezo—. ¿Por qué?

—Pareces… —mueve la mano en el aire— distraída. Cansada. Como si te tuviéramos aquí contra tu voluntad.

—No, estoy bien.

—¿Esto no te agrada?

—Sí, sí, mucho.

—Bien, entonces, ¿puedes hacer un esfuerzo —le susurra— y posar con un poco más de dignidad?

—¿De dignidad?

—Ten presente que eres mi duquesa. Se tiene que notar en tu porte, en tus facciones, en toda tú.

Lucrezia aprieta los labios y asiente.

—Lo procuraré.

Cuando Alfonso se aleja ve que Jacopo la está mirando. Ella lo mira y él responde a la mirada. La mano que dibuja se ha parado, planea por encima de la página. Lucrezia entiende que ahora la ve, que ya no es el objeto del boceto, sino una persona. Jacopo desvía la mirada hacia Alfonso, que ha vuelto al sillón y se afana en quitarse pelos de perro de las calzas, y después la mira a ella de nuevo. Hace un mohín con los labios, pero no de risa, sino de otra cosa. ¿De censura? ¿De preocupación? No está segura. Lo mira y parece que algo se materializa en el aire, en la dirección de los ojos, que va de la una al otro y del otro a la una creando un canal casi tangible que los une. No le sorprendería que los demás lo vieran: sería de color rojo o azul, o una mezcla de ambos con matices morados, y emitiría un crujido audible. En este momento sería imposible cruzar la habitación sin quedar atrapado: el canal o la conexión entre ellos lo repelería. Ocupa su propio espacio.

El que lo rompe es Jacopo. Alfonso se mueve en el sillón, cruza las piernas; el aprendiz vuelve a lo suyo como si acabara de acordarse de por qué está ahí, inclina la cabeza otra vez hacia el papel, acerca el lapicero y hace una marca en el borde superior. Lucrezia percibe el levísimo temblor de la mano, como si alguien estuviera detrás de él y le empujara suavemente el codo.

Lucrezia cambia la mirada hacia la ventana y en el trocito de cielo que asoma por encima de los tejados de la villa ve un banco de nubes oscuras en forma de yunque.

Esa noche el tiempo cambia, el cielo se rasga y deja caer una tormenta. En la ventana de su habitación Lucrezia mira las montañas, que aparecen en medio de la oscuridad a la luz de un relámpago y

enseguida desaparecen, aparecen y enseguida desaparecen: el destello flamígero de una antorcha celestial revela una cadena de picos rocosos. Unos segundos después llega el trueno rugiendo como una piedra grande, rodando hacia ella.

Fuera del dormitorio los perros de la villa aúllan donde los han encerrado; la servidumbre corre de un lado a otro recogiendo los muebles que se han quedado a la intemperie; las ramas de los árboles se sacuden con fuerza.

Sabe que los aprendices se iban esta noche; tenían que recoger el material y volver a la ciudad a caballo. Pero ahora no se irán. Alfonso y ella también debían irse, poco después de ellos, pero el cielo y el viento han decidido otra cosa; tienen otras ideas para todos.

La tormenta responde, como si captara sus pensamientos, y aprieta los dedos alrededor del valle, reafirma su dominio y lanza otra tanda de proyectiles. Lucrezia oye la lluvia antes de verla, un repique en las tejas, un chapoteo en el patio, una corriente y un gorgoteo en las alcantarillas. La *delizia* está rodeada, todos los muros y el tejado se empapan, se anegan; en cuestión de segundos se lleva por delante el polvo del verano de las hojas de los árboles.

El cielo se rasga otra vez por encima de las montañas, dos horquillas relampagueantes —brillantes deltas fluviales— se apoderan del panorama, el valle aparece y desaparece de la vista. El calor paralizante de las últimas semanas se ha retirado a algún rincón oculto a lamerse las heridas. Unas gotas de lluvia grandes como monedas entran por la ventana abierta y le mojan la cara y el cuello. Saca las manos con las palmas hacia arriba para recogerlas, quiere percibir lo que tienen de agreste, quiere capturar algo del espíritu de la tormenta.

A su espalda, Emilia guarda las cosas de su señora en baúles y bolsas. Lucrezia oye los pasos que recorren el suelo y el recrujir de los vestidos de seda al colocarlos en cajas.

Sabe que Alfonso ha llegado porque oye murmurar un saludo a Emilia. Se vuelve hacia él para decirle algo sobre la increíble tormenta con la esperanza de que se asome a la ventana con ella, a mirar.

—Pero ¿qué haces? —dice él—. ¿Qué haces con la ventana abierta? Ciérrala, por favor.

Al principio cree que se lo dice en broma, que el tono enfadado es de burla. Su padre le habla así a menudo a su madre; cuando Eleonora le toma el pelo o se pone juguetona, Cosimo le habla con severidad, pero mirándola con afecto e indulgencia. Por eso Lucrezia sonríe a Alfonso.

—¡Mira qué tormenta! —le dice, entusiasmada, abriendo la

ventana más aún para que la vea—. Es todo un espectáculo. Fíjate en lo negro que se ha puesto el cielo y…

Se acerca a ella, la agarra por las muñecas.

—Te he dicho —murmura— que cierres la ventana, y cuando te digo que hagas una cosa espero que la hagas. Sin demora. Sin vacilación. ¿Entendido?

La tiene agarrada con fuerza, no afloja; solo entonces Lucrezia se da cuenta de que se lo ha dicho en serio, de que se ha enojado, y se le encoge el estómago. Sin soltarla, Alfonso cierra la ventana de golpe.

—La gente muere por menos que esto —le dice—. ¿Te has vuelto loca? Estás helada y completamente empapada. —Chasca los dedos en dirección a Emilia—. Trae algo para secar a tu señora. Rápido, por favor.

La aparta de la ventana sin ningún miramiento —la mano que le sujeta el brazo es como un grillete— y sigue hablando de frío, tormentas y heladas mientras le desata las cintas del vestido. Coge el paño que trae Emilia y le frota brutalmente la frente, las mejillas, los hombros, ya desnudos. Cuando le quita el vestido, ella va a taparse con los brazos, pero él no se lo permite.

—Quédate así —le ordena— hasta que te seques.

Emilia se acerca a Lucrezia, tanto que nota su aliento en el cuello desnudo. Se refugiaría en ella cogiéndole la mano ahora mismo, si se atreviera. Con cuidado, la doncella le pone la *zimarra* por los hombros y se separa de nuevo.

—Lo siento —balbucea Lucrezia mientras mete los brazos en las mangas y se ata el cordón.

Nunca lo había visto actuar así: le resulta ajeno y temible. Está segura de que su padre nunca ha agarrado a su madre por el brazo ni la ha arrastrado por la habitación regañándola todo el tiempo. Lucrezia nunca ha visto a Cosimo tocar a Eleonora sino con gran ternura y respeto. De repente ve con total claridad, como si estuviera escrito en el aire ante sus ojos, que los sentimientos de Alfonso por ella no se parecen en nada a los de su padre por su madre. Lucrezia creía que los esponsales podían significar amor y afecto, un vínculo inquebrantable, una igualdad, un compañerismo; esperaba que le proporcionara alegría y respeto. Pero de repente, ante la furia y el desdén con que la agarraba del brazo, teme que su matrimonio vaya a resultar otra cosa muy distinta.

—No pretendía disgustarte —le dice—, solo quería…

—Se puede comprender esta clase de descuidos en una niña pequeña, pero no en una duquesa, que es lo que eres. ¿Qué ejemplo das a los demás? Y ¿si te ha visto alguien desde fuera, exhibiéndote así

en la ventana?

—No creo que nadie…

—¿Acaso no te enseñó tu madre a ser decente? ¿Y a cuidar tu salud?

—Mi madre…

—¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez ya estés encinta? ¿Eh? Cualquiera diría que no deseas darme herederos.

A Lucrezia le entra un deseo irresistible y apremiante de soltar una carcajada, y tiene que bajar la cabeza para que él no vea la sonrisa que le ilumina la cara. ¿De verdad Alfonso cree que ver una tormenta puede afectar al embarazo?

—Solo estaba…

—Ya veo que todo esto te parece divertido. —Habla en un tono más grave aún. No la toca—. No obstante, ¿puedo confiar en que, en el futuro no…?

Lucrezia no lo soporta más. ¿Qué locura le ha dado ahora? Ella no merece esta reprimenda: lo único que ha hecho ha sido abrir la ventana para ver los relámpagos. Levanta la cabeza para decírselo.

—Alfonso…

—No —dice, y levanta un dedo y cierra los ojos como apelando a todas sus reservas de paciencia—. No cometas la tontería de interrumpirme cuando estoy hablando. Ni ahora ni nunca. ¿Entendido?

—Sí, excelencia —responde, inclinando la cabeza.

La sonrisa y la carcajada reprimida desaparecen como si nunca hubieran existido; ahora ya no corre peligro de que se le escape la risa. Está ante su marido con la actitud de una penitente. Se imagina vista desde fuera: una niña con los hombros encogidos, la cabeza gacha, con las manos suplicantes. Cualquiera vería en ella el vivo retrato de la compunción y el remordimiento, puro arrepentimiento por la ofensa cometida. Solo ella sabe que por dentro, justo debajo de la piel helada, lo que sucede es otra cosa: llamas vibrantes y consoladoras le lamen las entrañas, un fuego que arde, cruje y se consume despidiendo un humo que se infiltra hasta el último rincón de su ser, hasta la última uña, hasta la última pulgada de las piernas. El pelo la cubre por completo: lo único que ve Alfonso es la coronilla. Tiene que hacerle creer que está atenta a la regañina, a la reprimenda, pero no. Está alimentando esta conflagración, dejando que arda, animándola a abrasar todo el espacio interior. Él nunca lo sabrá, jamás alcanzará esa parte de ella por más que la agarre por el brazo con fuerza o la sacuda por las muñecas.

No obstante, por encima del rugido de las llamas se pregunta qué

sucederá a continuación. ¿La repudiará y la devolverá a Florencia, como predijo su padre una vez? ¿Tendrá que enfrentarse de nuevo a sus padres, cuando hace tan poco tiempo que se fue? Sería preferible contraer unas fiebres y morir aquí que soportar la furia de Cosimo y la amarga decepción de Eleonora.

Bajo el velo protector del pelo se ve los pies, desnudos y húmedos, enfrente de los de Alfonso, con sus lustrosas botas. Ve el delantero de la *zimarra*, con sus delicados adornos bordados, y los brazos colgando a los lados.

Sabe lo que hay que hacer, pero se resiste, quiere echar a correr, abandonar la habitación, bajar las escaleras, cruzar el patio, salir de la villa y ocultarse en el bosque, esconderse entre la vegetación, refugiarse entre los puercoespines y las garduñas, con agujas de pino en el pelo y musgo en el orillo de la camisa. Y no tener que salir nunca más.

Con un leve suspiro se atreve a cogerle la mano. Es lo necesario: es la única forma posible de salir de esta situación. Por mucho que lo desee, no puede echar a correr en dirección al bosque. Al ver que no la rechaza, se lleva la mano de duros huesos a los labios y la besa una y otra vez.

—Lo siento mucho. —Lo dice como un actor al leer su parlamento —. Perdóname, por favor. No volveré a hacerlo nunca más. La tormenta y los relámpagos me intrigaban tanto… que no pensé. No soporto que te enfades conmigo.

Una pausa. Es incapaz de mirarlo, por si la furia y la incomprensión le distorsionan el rostro todavía. Espera con la mano de él en la cara, notando que el fuego de dentro se retira de los bordes, se apaga, que las llamas se encogen, cosa que le produce un sentimiento de pesar tan hondo que se le llenan los ojos de auténticas lágrimas —no provocadas ni fingidas— y se le desbordan, rodando por las mejillas.

Al roce del agua salada en la piel de la mano la cólera de Alfonso se disuelve como nubes que abren paso a los rayos del sol. La expresión de furia se torna en indulgencia. Con la otra mano le acaricia la mejilla. Le limpia las lágrimas con los pulgares. A Lucrezia le parece que de repente vuelve a ser él mismo, que inexplicablemente lo había sustituido un momento un monstruo vengativo e irascible de forma humana, un demonio con cuello y puños de camisa. Pero ahora la fiera se ha ido y Alfonso ha vuelto.

—Muy bien. —También la voz ha recuperado su tono afectuoso. Se agacha y le besa la frente y la sien—. Olvidémoslo. No te disgustes, queridísima mía.

La atrae hacia sí y la abraza. Le aplasta la cara contra el *giubbone*, le rodea la cabeza con los brazos. Para disimular el temblor de las manos, Lucrezia lo abraza por la cintura y las junta a su espalda. Respira, inhala su olor; se da cuenta de que no para de tragar saliva, como si hubiera comido algo que no puede digerir; no sabe lo que sucederá a continuación.

Pero la duda no dura mucho. Alfonso juguetea con un largo mechón de pelo, se lo pasa por la palma de la mano. Después lleva la mano más abajo, hacia la cintura. Deshace el nudo, suelta el cordón. Aparta la *zimarra*. Le hace un gesto a Emilia.

—Déjanos —le dice.

Cuando por fin se separa de ella y sale por la puerta, Lucrezia se queda en la cama mirando los frescos, enfocando y desenfocando la vista, dándose tiempo para asimilar su ausencia, permitiéndose creer que sí, que se ha ido.

Después se levanta y da unas vueltas por la habitación, entre los primorosos montones de ropa que ha preparado Emilia, entre las cajas y los baúles; coge la camisa, las zapatillas y la toquilla y se las pone.

Emilia llama suavemente a la puerta y pregunta si puede seguir preparando el viaje del día siguiente, si su señora la necesita. Lucrezia dice que está bien, que no necesita nada y que se vaya otra vez a la cama.

La doncella espera un momento al otro lado de la puerta; Lucrezia la oye respirar y duda, no sabe si hacerla entrar, cerrar la puerta y preguntarle si lo ha visto, si lo ha entendido, si a ella también le parece que Alfonso se ha transformado en otra persona allí mismo, delante de ellas, y qué significa eso y si volverá a suceder. Tal vez Emilia diría que sí, que ella también lo ha visto; tal vez le proporcionaría consuelo y le diría que a todos los hombres les pasa eso a veces, que no significa nada. Se acerca hasta el pomo de la puerta, pero entonces oye los pasos de la doncella alejándose de puntillas por el pasillo.

Se centra en asuntos más prácticos. Abre la caja del material de pintura; cuenta los pinceles, los frascos de aceite, pasa los dedos por el nacarado interior de las conchas de pintar, toca los paquetes de minerales y pigmentos. Se asegura de que el almirez de mármol y la mano estén bien protegidos entre paja.

No se toma la molestia de abrir los baúles para ver si están los vestidos, las túnicas, los zapatos, los velos, los pañuelos, las joyas, los mantos, las *giorneas*, los collares y los cinturones. De eso se ocupa Emilia, que lo dobla todo con primor por las costuras y pone papel y astillitas de cedro entre uno y otro.

De pronto ve el espejo y se queda helada, el corazón se le desboca en el pecho: por un brevísimo segundo ha visto a su hermana Maria mirándola. La frente alta, las cejas fruncidas de preocupación, la breve protuberancia del labio inferior… Pero enseguida se da cuenta de que no es Maria, claro, no ha sido una aparición del otro mundo: es ella misma, nada más, Lucrezia, pero de pronto parece mucho mayor.

Él siempre necesitará ganar, que lo vean triunfar: reconoce estas palabras mentalmente y se mira en el espejo de un lado y del otro para asegurarse de que es ella. Jamás, en ninguna situación, estará dispuesto a reconocer la derrota.

Piensa en Maria, en los días que pasó en cama con una fiebre tremenda y los pulmones anegados en una flema mortífera. Piensa que, si no le hubiera sucedido eso, si Maria no hubiera contraído esa enfermedad, sería su hermana la que estaría en esta habitación, en esta cama, en este matrimonio. Ella, en cambio, podría seguir en el *palazzo*, tomando el aire en las murallas, yendo a ver a Sofia a las habitaciones de los niños, recibiendo clases de monta con sus hermanos en el patio, aprendiendo canciones nuevas con el laúd, mirando desde la galería del salón los espectáculos de sus padres.

Pero sabe que si no hubiera sido Alfonso habría sido otro cualquiera: un príncipe, otro duque, un noble alemán o francés, un primo segundo español… Su padre le habría buscado una pareja conveniente porque, al fin y al cabo, para eso la habían educado, para el matrimonio, como un eslabón más de su cadena de poder, para que tuviera herederos para hombres como Alfonso.

En cambio a sus hermanos los educan para mandar: les enseñan a luchar, a discutir, a debatir, a negociar, a ganar, a manipular, a esperar, a descubrir las ventajas, a tramar, a manejar, a consolidar su influencia. Han aprendido retórica, narrativa y argumentación, tanto orales como escritas. Todas las mañanas hacen ejercicios de salto, de boxeo, de levantamiento de pesas, de esgrima. Han aprendido a manejar la espada, la daga, el arco, la lanza y el arpón; les han enseñado a luchar en el campo de batalla; han estudiado tácticas militares. Se han preparado para el combate cuerpo a cuerpo, con los puños y los pies, por si alguna vez tuvieran que defenderse solos en una calle, en una habitación o en unas escaleras. Les han enseñado las formas más eficaces de poner fin a la vida de otras personas: enemigos, bandidos, indeseables.

Lucrezia entiende que su marido también tendrá estos conocimientos en la cabeza, que lo habrán educado de manera similar. Alfonso sabrá, igual que sus hermanos, igual que todos los gobernantes, cuál es el punto débil de un ser humano, dónde apretar

con los dedos o asir con fuerza, entre qué costillas insertar un cuchillo, qué parte del cuello o de la columna vertebral es más frágil, qué vena sangra con mayor abundancia si se la pincha.

Mira el reflejo que, a la luz de la linterna, espesa como el sirope, parece mitad Maria y mitad ella, y se pregunta qué habría hecho su difunta hermana, cómo habría encajado este matrimonio. Por mucho que lo intente no logra imaginarse a la orgullosa y escueta Maria sometida a esta vida, a este hombre. Pero, claro, Maria nunca se habría puesto a contemplar una tormenta, sino que se habría quedado sentada, compuesta, envuelta en pañuelos y mantas tejidas, volviendo quizá las páginas de un texto religioso o creando un tapiz de una escena de caza con sedas de colores. En este aspecto, habría sido mejor esposa para Alfonso, no le habría hecho enfadar como ella.

De pronto se da cuenta de que hay en su interior una parte vital que jamás se doblegará. No puede evitarlo: sencillamente, es así. Y seguro que Alfonso, con esa facilidad que tiene para conocer a la gente, lo ha percibido. ¿Por qué se habría enfurecido tanto con ella sino para derrumbar las murallas de esa ciudadela, conquistarla y declararse vencedor?

Si quiere sobrevivir a este matrimonio e incluso prosperar en él, tiene que poner a buen recaudo esa parte de sí misma, separarla de Alfonso, hacerla inaccesible. La rodeará con una alta valla de espinos, como los castillos de los cuentos; pondrá a la puerta fieras de fuertes fauces y largas garras. Él no la conocerá jamás, no la verá jamás, no la alcanzará jamás. No penetrará en ella.

Al día siguiente, cuando se despierta, se entera de que los aprendices se han ido temprano, han ensillado los ponis al alba.

Lucrezia, Alfonso y la comitiva de la casa parten a primera hora de la tarde. La tormenta ha limpiado el aire y ha dejado un matiz de frío otoñal, le parece a ella. Lleva un pañuelo fino de lana sobre los hombros y cabalgan, Alfonso en su semental, ella en la yegua clara; Alfonso ha dicho que la mula irá después, que la llevará un criado. No estaría bien que la corte y los ciudadanos de Ferrera la vieran a lomos de la mula.

A lomos de la alta yegua de largas crines, Lucrezia se vuelve al salir de la villa. Quiere grabarse en la memoria los rojos tejados cuadrados y la simetría de los jardines y fuentes. Sujeta las riendas al intuir de pronto, con una curiosa certidumbre, que tal vez nunca vuelva a ser tan libre ni tan feliz como lo ha sido aquí. La espera la vida de la corte: su función de duquesa consorte está a punto de empezar.

Con la cabeza alta

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Emilia prepara un vestido de terciopelo y la *cintura* con joyas incrustadas, pero Lucrezia se niega. «Ese no.»

—Pero, mi señora, tenéis que recibir a mucha gente: cortesanos, pintores y…

—Da igual. Ponme el de lana. Tengo mucho frío.

Con un aspaviento belicoso, Emilia da la espalda al vestido de terciopelo y empieza a toquetear el de lana que su señora llevaba la noche anterior. ¿Es posible que fuera hace solo unas horas?, se pregunta Lucrezia. Tiene la sensación de llevar semanas, e incluso meses, en este sitio. No es la misma persona que ayer, ni la niña que salió de Ferrara, ni la duquesa que se sentó a cenar anoche. Ha cambiado de forma, ha desechado una muda de piel, la han pintado encima o la han rehecho con otros contornos.

—Hay que darse prisa —dice Lucrezia, y le quita el corpiño a Emilia de las manos para ponérselo ella sola.

—Todavía no sé por qué tenéis que bajar. Deberíais estar en la cama, deberíais…

A Lucrezia le resbalan las palabras de Emilia. Se recoge el pelo en una *scuffia* y, sin esperar a que la doncella le ate la *cintura* y le ponga los pendientes en las orejas, coge unas pieles y se va hacia la puerta.

Entrará en esa habitación con la cabeza alta. Es lo que quiere hacer. La fiebre la ronda todavía, como la bruma la superficie de un lago: una fina capa de sudor le hiela la frente, un dolor sordo e insistente se le clava en la parte baja de la columna vertebral y en la articulación de los huesos. Al bajar las escaleras de caracol nota los tobillos blandos, como esponjas. Pero va a hacerlo. Se agarra a la piedra granulosa de las paredes con seguridad, con una furia pura y cristalina.

Las hermanas de Alfonso II vistas desde lejos

El castello, Ferrara, 1560

Al partir de la *delizia*, su marido cabalga a su lado con la espalda erguida. Lleva guantes de piel y la gorra echada hacia atrás, por eso le ve la cara cuando se vuelve para decirle algo. El aire, después de la tormenta, está limpio y fresco, y el terreno, húmedo todavía. Al pasar entre los campos da la sensación de que se oye absorber ávidamente a las raíces de los frutales este regalo inesperado de la lluvia. Leonello va detrás de ellos, en alguna parte; la guardia, delante.

Cuando se acercan a la ciudad hay un sinnúmero de filas de soldados de Alfonso aguardándolos fuera de las murallas con espadas y banderas; hay músicos que anuncian su llegada levantando los instrumentos al aire y tocando fuertes notas. El ruido es desagradable e inarmónico y Lucrezia no puede evitar un estremecimiento. Después sale una multitud de gente por las puertas de la ciudad, que se extiende por las calles, entre los caballos, dando voces y vivas, agitando pañuelos y sombreros. La montura de Lucrezia se asusta y salta a un lado sacudiendo la cola; Alfonso alarga la mano, agarra la brida de la yegua encabritada y la pone en su sitio. Leonello da una orden a los soldados y estos empujan a la muchedumbre hacia atrás para abrir camino a la comitiva. Al pasar por los arcos de las puertas los porteros hacen una inclinación y se quitan el sombrero mientras, disimuladamente, miran hacia arriba para ver a la nueva duquesa. Hay más gente flanqueando las calles, rostros que miran a Lucrezia y a Alfonso al pasar por una calle recta con árboles y altos edificios simétricos a los lados. Los ferrareses sueltan la carga, abandonan su puesto de trabajo o cogen a los niños de la mano para ir rápidamente a verla, a aclamarla o a tirarle en el camino flores y puñados de grano. Las ventanas de las casas se abren y sus habitantes se asoman, saludan, felicitan, hacen la señal de la cruz en el aire. No está segura, no sabe si sonreír o saludar; mira a Alfonso de reojo y ve que él mira hacia delante. Intenta poner una cara agradable y digna al mismo tiempo, ni muy seria ni demasiado alegre. ¿Qué actitud adoptan las duquesas? No puede evitar mirar a la cara a estas gentes que tanto se alegran de verla en su ciudad. Ve a un hombre con un niño pequeño al hombro; el niño agita la mano distraídamente, como si le hubieran enseñado a saludar a la nueva duquesa pero no supiera por qué. Otro niño algo mayor agarra por el collar a un perro marrón que ladra enconadamente a los caballos y a los soldados; la cara del niño es de gozo, disfruta con el espectáculo. Una pareja de ancianos, cogidos del brazo, miran junto a un vendedor de cestas de mimbre; el hombre se inclina hacia la mujer y le habla al oído, como explicándole lo que ve.

Al pasar ante ellos Lucrezia se da cuenta de que la mujer tiene los ojos ocluidos, de que es ciega, y mira hacia el cielo como apelando a su poder, como si el brillo del firmamento fuera lo único que ve. En una esquina hay una niña con un saco en la cabeza, descalza y sucia, y una madre con un niño de pecho atado a la espalda y, junto a una fuentecilla, un grupo de chiquillos juega a salpicarse y se llaman unos a otros. Al ver el desfile, echan a correr aplaudiendo y gritando, saltando y brincando, haciendo cabriolas con brazos y piernas de pura emoción. Lucrezia levanta la mano y los saluda —es incapaz de resistirse— y los niños rompen a reír, levantan los brazos al aire y la saludan también, gritando «¡La *duchessa*! ¡La *duchessa*!».

Se le borra la sonrisa al dar la vuelta a una esquina de una catedral y salir a una gran plaza, dominada en parte por la sombra de una estructura imponente que se alza detrás de un gran foso verde con altas torres en cada punta. El *castello* los espera, el puente levadizo está tendido para ellos.

Es enorme, está fortificado, los muros son gruesos y las murallas, altas: el triple o el cuádruple de grande que el *palazzo* de su padre. Los cimientos están bajo el agua y las torres tocan las nubes. Unas ventanas rectangulares interrumpen el ladrillo rojo de los pisos superiores y las torres están unidas por adarves. Nadie puede entrar ahí sin invitación, nadie puede salir sin permiso. Más que un *castello* es un alcázar, un edificio construido como baluarte de defensa.

Los cascos de los caballos taconean en el puente; una golondrina vira por encima del agua —una flecha negra azulada— y desaparece por un ojo del puente. El rastrillo está levantado y Lucrezia pasa por debajo, las barras de hierro apuntan hacia ella, y ya está dentro; las puertas se cierran, el *castello* está asegurado, se encuentran en un patio abierto, rodeado de paredes vertiginosas por los cuatros lados; Alfonso y Leonello desmontan, dan las riendas a los mozos que esperan; Alfonso se quita los guantes de montar, mueve la cabeza de un lado a otro estirando el cuello y se acerca a Lucrezia para ayudarla a bajarse.

Le coge la mano y la apoya en su brazo, la hace volverse y juntos dirigen la vista a la multitud de criados y soldados que, con la cabeza inclinada, han formado para recibirlos. Alfonso pasa la mirada por todos ellos y acepta su respeto, su deferencia; después hace un gesto de asentimiento y sigue andando con Lucrezia hacia la fresca sombra del claustro.

A continuación suben una ancha escalinata de mármol y Alfonso, mirando un poco hacia atrás, se dirige a Leonello y dice algo de un virrey holandés y de un tratado, y algo más sobre Urbino y una carta de intenciones. Leonello dice hummm, hummm, sin estar de acuerdo

ni en desacuerdo, solo memorizando. Lucrezia procura ir varios pasos por delante de él recogiéndose las faldas todo lo posible: aborrece que vaya detrás de ella, porque no puede verlo. Procura no acordarse del ruido que hacía la cara del criado contra la caja de madera, aquel ruido seco y contundente.

Llegan los tres —Leonello y Alfonso siguen hablando de asuntos de Estado— a un rellano con tapices en las paredes. Lucrezia vuelve la cabeza para contemplar las escenas de tema mítico, con unicornios al pie de unos árboles, cuando unos criados corren a abrir unas macizas puertas de madera; las cruzan y aparecen en un gran salón de techo alto y abovedado; Lucrezia ve con el rabillo del ojo que las paredes están adornadas con abigarradas escenas de filas de hombres desnudos con los brazos en alto, de júbilo o de ira, no es fácil distinguirlo.

—Permíteme —dice Alfonso con una breve inclinación de cabeza — que te presente a mis hermanas.

Lucrezia se desconcierta. Había supuesto que la llevaban a su habitación, que podría cambiarse de ropa y prepararse para recibir a la familia de Alfonso, para la *menare a casa* formal. Creía que dispondría de unas horas para hacerlo. Sin embargo, ahí está, todavía con la *giornea* y el manto polvorientos del camino, el pelo alborotado, los guantes sucios. Y allí están ellas: unas figuras lejanas al fondo de la gran habitación, en un estrado, poniéndose de pie, volviéndose a mirarla. Para disimular la confusión que siente, se suelta del brazo de Alfonso y hace una profunda reverencia en dirección a esas figuras —¿eran dos o tres?, ¿estaba la madre?— inclinando la cabeza, tal como le han enseñado, así que se queda mirando la alfombra.

Se oye una exclamación, después ruido de pies en el mármol y una dulce voz musical que dice:

—Estamos muy contentas de que hayas llegado. ¡Qué alegría conocerte por fin, Lucrezia!

Una mano le toca el brazo y Lucrezia levanta la cabeza; ve a una mujer con un vestido azul oscuro sin mangas, que la mira a su vez. Es mucho más alta que ella, tiene los ojos oscuros, igual que su hermano, pero el rostro frágil, de pómulos altos, y una boca curva y roja.

—Gracias —dice Lucrezia, titubeando, turbada ante la calidez de la mujer, su belleza y su desenvoltura—, excelencia. Es un honor y…

—Por favor —contesta la mujer tocándole los dedos—, llámame Elisabetta… ahora somos hermanas, ¿no es así? —Hace una seña a otra mujer, que se acerca titubeando—. Y esta es Nunciata.

Lucrezia hace otra reverencia, consciente de que Nunciata la está mirando de arriba abajo. Las hermanas no podían ser más diferentes. Elisabetta lleva el pelo, oscuro y brillante, con raya al medio, recogido

atrás con un lazo de puntilla, gorguera rígida alrededor de la adorable columna del cuello y una gargantilla de perlas. Se ve seda de color rosa claro entre las cuchilladas del vestido y los zapatos son de piel dorada. Lucrezia quiere mirarle la cara, el vestido y los zapatos para memorizarlo todo. Le calcula unos veintiséis o veintisiete años. En cambio Nunciata no es tan bonita: tiene los ojos pequeños y la tez pálida, el cuello es grueso, la pequeña barbilla queda hundida en el cuello. Es fornida y de baja estatura, con una arruga entre las cejas que indica que frunce el ceño a menudo, y el vestido es rígido, de brocado de color pardo. Lleva bajo el brazo un perrito de sedosas orejas y cara hostil e imperiosa.

—Bienvenida —dice Nunciata, en un tono que no concuerda con el significado de la palabra, y hace un seco gesto de asentimiento.

Lucrezia sonríe con la esperanza de comunicarle que no va a juzgar su aspecto, que sabe lo que significa tener una hermana más favorecida. Pero Nunciata mira a otra parte, al otro lado de la habitación, a las ventanas, donde está Alfonso hablando con Leonello.

—Veo que el matrimonio no ha mejorado sus modales — suspira Nunciata, y lo llama con voz quejumbrosa—. ¿No vas a venir a saludarnos? ¿O esperas que tu mujercita lo haga por ti?

Alfonso no da señales de haber oído y sigue hablando.

—Es una mujercita muy pequeña, sin duda —insiste Nunciata mirándole los pies con ojos miopes, luego los brazos, el pelo, todo menos la cara—. Parece delicada, ¿verdad?

Elisabetta mira a su hermana, después a su hermano, luego a Lucrezia, y le aprieta levemente la mano, que no le había soltado, como para infundirle seguridad.

—Es preciosa —dice Elisabetta—, absolutamente preciosa. ¡Qué gran elección para…!

—Quizá quise decir joven —la interrumpe Nunciata—. Pareces muy joven —añade en voz más alta, en tono acusador, como si fuera culpa de Lucrezia—. Creía que tenías veinte años o así…

—No —la corta Elisabetta rápida y suavemente, y todas se dan cuenta de que Nunciata ha confundido a Lucrezia con Maria, la prometida que no llegó a casarse, y Lucrezia está segura de que, si volviera la cabeza, vería a Maria a su lado, cruzada de brazos, irritada, con una actitud muy parecida a la de Nunciata—. Lucrezia tiene… catorce años, creo, o quince, ¿no? —Se vuelve hacia ella para que lo corrobore.

—Sí, voy a cumplir dieciséis el…

—¡Qué edad tan encantadora! —exclama Elisabetta—. Tener casi dieciséis es…

—Muy joven —musita Nunciata otra vez en dirección al oído de su hermana, con un mohín de desagrado y preocupación, como si sospechara que la han engañado en una compra—. Pero no demasiado —añade en un susurro que, erróneamente, cree que Lucrezia no puede oír—, esperemos.

A Elisabetta se le sonrojan las mejillas delicadamente y parece esforzarse por encontrar algo que decir. En un brevísimo segundo Lucrezia cree que se ha avergonzado por la falta de tacto de su hermana, por la grosera indiscreción, pero entonces Elisabetta mira enseguida al suelo, agacha la cabeza y Lucrezia comprende con horror que, en realidad, Nunciata ha señalado y puesto en palabras la preocupación de Elisabetta: que todos, quizá hasta la última persona de este alcázar, solo están dejando pasar el tiempo, desesperados por que ella quede encinta.

Ahí está Lucrezia, con su vestido de viaje y su piel de quince años. Tiene la sensación de que estas personas quieren ver a través de ella; son como anatomistas, que despellejan a los animales para ver lo que hay dentro, que separan la piel del músculo y las venas del hueso sin aprender nada ni llegar a ninguna conclusión. Todos ellos viven con el ansia, con la necesidad de ver a un niño creciendo en sus entrañas, de saber que ya tienen un heredero. Para ellos es la puerta, la supervivencia de su familia. Lucrezia quiere cerrarse el manto alrededor del cuerpo, esconder las manos en las mangas, ponerse la capucha y un velo que le oculte la cara. No vais a mirarme, quiere decir, no vais a husmear dentro de mí. No voy a entregarme a vosotros. ¿Cómo os atrevéis a encontrarme en falta? Yo no soy la Fecundissima ni nunca lo seré.

Percibe un movimiento a su lado y vuelve a acordarse de Maria, pero conoce la cálida mano que enlaza la suya: una persona de alta estatura se le ha acercado: Alfonso.

Alfonso mira a sus hermanas y después a Lucrezia, le examina la cara. Si consigue adivinar lo que acaba de suceder, no lo demuestra, pero le levanta la mano delante de sus hermanas y se la lleva al pecho.

—¿Qué os parece? —les dice—. ¿No es una auténtica belleza? ¿No os dije que había elegido bien?

—¡Ah, sí! —exclama Elisabetta, visiblemente aliviada—. Has elegido muy bien. Es maravilloso conocerla. Me alegro muchísimo, es encantadora.

Nunciata asiente con los labios apretados y musita que temían que no llegara a sentar la cabeza nunca, que siguiera con sus costumbres juveniles para siempre, pero por fin ha contraído matrimonio y eso es una gran novedad para la familia.

Un breve silencio de Alfonso sigue a las palabras de Nunciata, mientras la mira, impertérrito. Después se lleva la mano de Lucrezia a la manga y la sujeta con fuerza contra el brazo. Ella nota la contracción del férreo músculo en la palma.

Lucrezia carraspea. Tiene la impresión de que si alguien tiene que hablar, es ella.

—¿Hay…? —duda, mira alrededor buscando otro tema de conversación entre los adornos y las sillas—. ¿Voy a tener el placer de conocer hoy a tu honorable madre? ¿Y a tu hermana mayor?

Elisabetta se estremece, enarca las cejas y mira a Alfonso.

—¿Acaso tienes la intención —tercia Nunciata, gesticulando con el brazo libre y haciendo recrujir el vestido con indignación— de viajar a Francia?

—Ah… —Lucrezia no se esperaba esta respuesta—. ¿Están…?

—¿Qué quieres que digamos, Fonso? —murmura Elisabetta con un suspiro.

Alfonso no responde. Suelta a Lucrezia, se acerca a la mesa y se sirve vino.

—¿Qué quiero que digáis? —repite—. ¿Qué significa eso, Elisabetta?

—Lo sabes perfectamente —puntualiza Nunciata, y el perrito suelta un ladrido cortante y agudo, como si notara la irritación de su ama.

Alfonso bebe un trago mirando a Nunciata y al perro por encima de la copa. Lucrezia retrocede un paso. Parece que el salón se haya llenado de llamas que solo ven estos tres hermanos, de conflictos que la quemarían si se acercara demasiado.

—Mi madre —dice Alfonso con toda claridad, y Lucrezia, sobresaltada, comprende que se dirige a ella— se encuentra en Francia en estos momentos, con nuestra hermana Anna, tal como te conté. Así que, querida mía, no llego a comprender por qué —dice, moviendo la copa en redondo— preguntas por ellas.

Lucrezia abre la boca para decir, no me lo habías contado, nunca me cuentas nada. Suponía que estarían aquí, en Ferrara. Me dijiste que todo se había resuelto a tu entera satisfacción. Pero la cierra otra vez. Elisabetta lo ha visto: mira a Lucrezia con atención, con comprensión.

—No hablemos de cosas tristes —ruega Elisabetta, y da una palmada—. Tenemos que celebrar tu llegada, Lucrezia. Voy a preparar una *festa* con músicos y actores para darte la bienvenida: llamaremos a los cantantes que más le gustan a Alfonso, los que mandó traer de Roma. Pero esta noche no —añade rápidamente—. Debes de estar cansada del viaje. ¿Podemos robártela, Alfonso? Nunciata y yo la

llevaremos a sus aposentos. Estoy segura de que te gustaría descansar y deshacer el equipaje. Tendremos mucho tiempo para hablar las próximas semanas. Pero primero, ven con nosotras, te enseñaremos tus habitaciones. Está todo preparado, me he ocupado personalmente de ello.

—Gracias —dice Lucrezia.

Y cuando ve las habitaciones les da las gracias otra vez. Gracias, gracias. Dispone de un salón propio, que es perfectamente cuadrado y se encuentra en el piso más alto de una torre del *castello*; tiene gruesas colgaduras en las paredes, un escritorio, sillones mullidos, una chimenea inmensa y dos ventanas con asientos tapizados. Al otro lado de una puerta hay una alcoba de menor tamaño con una cama con dosel, un espejo, armarios y cómodas para la ropa. Ve que unas criadas ya están apilando los baúles y las cajas ordenadamente. Emilia va de un lado a otro entre todos los bultos, contándolos con los dedos.

Nunciata llega por fin, resoplando, a la habitación de la torre y se desploma en un sillón, quejándose de lo deprisa que han subido y de que no se acordaba de lo lejos que estaba. Deja al perrito en el suelo y este desaparece debajo de sus amplias faldas.

—Espero que te encuentres a gusto aquí —dice Elisabetta, mientras su hermana, que se está abanicando, sigue quejándose—. He organizado estas habitaciones personalmente, pero dime si hay alguna cosa que no te guste o si…

—¡Ah, no! —la interrumpe Lucrezia—. Está todo perfecto. No cambiaría nada. Están preciosas. Habéis sido muy amables.

—No es nada. —Elisabetta se acomoda en uno de los asientos de la ventana—. Ha sido un placer. Nos alegramos mucho de que Alfonso se casara. ¿Verdad, Nuncià?

Nunciata gruñe y busca un pañuelo en el bolsillo.

—Era lo que más deseábamos mis hermanas y yo. Y… — hace una pausa para arreglarse el puño— también mi madre. Es una lástima que no haya… podido recibirte aquí.

Lucrezia se sienta a su lado; desea por encima de todo preguntar por la madre, por qué se ha ido, qué le dijo Alfonso, si la echan de menos, si creen que volverá y qué pasará con Anna, la hermana mayor, si se casa y tiene un heredero y si ese heredero reclamara el título de Alfonso, el *castello*, las tierras, y si eso significa que ahora todas las esperanzas de la estirpe de Alfonso recaen en ella; las expectativas de que tenga un hijo han aumentado tanto que lo que pregunta es:

—¿No estás casada? —Elisabetta vuelve hacia ella sus oscuros ojos—. Perdona —añade—, he hablado sin…

—No hay nada que perdonar —responde Elisabetta en un tono ligero—. No, no estoy casada, ni Nuncià. Por ella no puedo hablar, pero yo no he recibido ninguna oferta que me tiente.

—Al matrimonio —murmura Nunciata burlonamente—, claro. Porque hay otras ofertas que sí te tientan, ¿verdad, Elisa?

—Nuncià, por favor. —Elisabetta se ha ruborizado, le arden las mejillas y, por primera vez, pierde la compostura, la capa de serenidad.

—Sobre todo una —continúa la hermana susurrando maliciosamente.

Elisabetta se dirige a Lucrezia y, con seriedad, dice:

—A mi hermana le gusta bromear.

—Yo también tengo hermanas —dice Lucrezia—, así que sé lo que significa. —Y, confusa, se corrige—: Es decir, tengo una hermana. Tenía dos, pero…

Elisabetta le toca la mano. Las tres, la casada y las dos cuñadas, se quedan en silencio un momento, forman un triángulo en una habitación cuadrada.

Después Elisabetta, con habilidad y refinamiento, retira la mano y señala la ventana, el cielo azul de Ferrara, que empieza a oscurecerse.

—Se hace tarde. Te dejamos aquí. Nuncià, ¿nos vamos?

Nunciata guarda el pañuelo y asiente, pero ninguna se pone de pie. A Lucrezia le molesta el vestido. El perrito asoma el hocico chato y los ojos saltones por debajo de las faldas de Nunciata y mira fijamente a Lucrezia.

—¿Esta noche vas a cenar aquí, en tus habitaciones? —pregunta Elisabetta—. Podemos ordenar que te traigan la cena.

—Estoy segura de que sabe ordenarlo ella sola —replica Nunciata —. En Florencia se podían hacer esas cosas, ¿verdad?

Lucrezia mira a una hermana y a la otra. ¿Cuál sería la respuesta correcta? No entiende lo que ha pasado entre ellas dos, pero se ha dado cuenta de que Nunciata se ha apuntado un triunfo mordaz a costa de la bella Elisabetta, que ha perdido la compostura y está sonrojada. Sabe lo suficiente sobre hermanas para entender que, en cuanto salgan de la habitación, habrá un intercambio de palabras amargas, de acusaciones y de justificaciones que tal vez se refieran a los primeros tiempos de su vida en común.

—Sí —dice—, naturalmente. No os toméis más molestias por mí.

—Muy bien —dice Elisabetta con su voz musical. Se recoge las faldas y se dispone a salir. Pero no mira a Lucrezia ni a Nunciata cuando dice—: No repitas ese comentario tan tonto de mi hermana, por favor. Es decir, no se lo cuentes a Alfonso. —Lucrezia parpadea—.

Solo le… —Elisabetta elige las palabras— causaría preocupación. Tiene muchas cosas en la cabeza, no quiero cargarle con otra más. Y Nunciata lo ha dicho en broma, ¿verdad? —añade, dirigiéndose a su hermana.

Nunciata le hace carantoñas al perro, le acaricia las orejas y pasa por alto la pregunta de Elisabetta. Una vez más Lucrezia tiene esa sensación de llamas ardiendo en el aire entre ellas.

—¿Ah, sí? —dice Nunciata por fin.

—Sí, era solo una broma.

—Lo que tú digas.

—¿Me lo prometes, Lucrè? —dice Elisabetta como si fuera un juego, pero Lucrezia percibe el cortante filo de ansiedad de la voz—. Puedo llamarte Lucrè, ¿verdad?

—Claro que sí —responde Lucrezia—. Así me llama mi hermana.

—Entonces, perfecto. Nosotras también somos hermanas ahora.

—Y te prometo que no se lo contaré a Alfonso.

Piensa que sería capaz de prometer cualquier cosa a esta adorable criatura que le ha preparado las habitaciones y que está tan deseosa de ocultar algo de sí misma que finge que carece de importancia.

—Gracias —responde Elisabetta—. No es nada, ya sabes. Solo una tontería. Pero gracias.

La cara de corazón de Elisabetta se tranquiliza. Le da un pellizquito a Lucrezia en la mejilla.

—Qué cosita tan dulce y bonita eres —murmura—. Alfonso ha sabido elegir. ¿No te parece, Nuncià?

Nunciata dice algo ininteligible. El perrito, al ver una paloma en la balaustrada, suelta un gruñidito y se lanza hacia delante atado a su fina correa.

Elisabetta le toca el pelo a Lucrezia pensativamente; lo lleva recogido con una cinta y la *scuffia*, como de costumbre.

—¿Esto es lo que os ponéis en Florencia?

—Pues… —Lucrezia se lleva la mano a la redecilla y nota las perlas en la palma— es… Lo lleva mi madre. Creo que era una costumbre de su madre. Y nosotras, sus hijas, siempre…

—Tu madre es española, ¿verdad? —pregunta Nunciata.

—Nació en España, pero pasó la infancia en Nápoles, donde su padre era…

—Y ¿hablas español?

—Sí.

—¿Qué otras lenguas hablas? —inquiere Nunciata.

—Francés, un poco de alemán. Sé escribir en latín y en griego.

—Ya. Eres toda una erudita.

Lucrezia toma la decisión instantánea de pasar por alto el tono agresivo; a veces le funcionaba cuando Isabella y Maria la fastidiaban.

—Mi padre —dice en tono sereno— creía que debía educar a sus hijas igual que a…

—Supongo que habrás traído a tus damas de compañía.

Lucrezia hace un gesto negativo con la cabeza.

—Me pareció que a lo mejor…

—¿No tienes damas de compañía? —Nunciata la mira con astucia —. ¿Ni una siquiera?

—He traído a mi doncella —dice Lucrezia—, la aprecio mucho. Está aquí —explica, señalando la alcoba.

Nunciata se inclina a un lado para mirar por la puerta abierta de la alcoba, donde Emilia trajina con las cajas, saca vestidos y los sacude en el aire. Es evidente que no le impresiona lo que ve, porque dice:

—Te mandaré a una mujer directamente. Una compañera. Alguien que convenga a tu categoría. Puede atenderte, enseñarte los usos y costumbres de la corte y tal vez a vestirte adecuadamente.

Lucrezia, irritada, no responde. La idea de meter en sus habitaciones a una dama de compañía a la que no conoce, elegida por la desagradable Nunciata, no la seduce. Una espía, nada más. ¿Qué tienen de malo su vestido y su peinado? Le gustaría decirle a la cara a esta mujer que su madre es una gran belleza, que es muy elegante y que acude gente de toda la provincia y más allá solo para verla, para copiar sus vestidos y sus modales.

Seguro que Elisabetta ha adivinado su inquietud, porque, sin venir a cuento, cambia de tema:

—Cuéntanos cosas de Alfonso.

—¿Qué queréis saber?

—Parece que está muy bien, que esta temporada en el campo, contigo, le ha sentado de maravilla. Da gusto verlo, ¿verdad, Nuncià?

Nunciata no responde, sigue murmurándole al perro al oído.

—¿Es… —Elisabetta parece dudar— atento contigo?

—Sí —asiente Lucrezia.

—Y… ¿amable? ¿Te trata bien?

—Sí.

Elisabetta la mira un poco más y dice:

—Bien, me alegro mucho. —Ayuda a Nunciata a levantarse—. Nos vamos ya. Por favor, no dejes de avisarme si necesitas algo. Mis habitaciones están al lado del gran salón en el que nos hemos conocido. Las de Nunciata, al lado de las mías. —Cruza la estancia cogiendo a Nunciata del brazo y se vuelve para decir—: Y las de Alfonso, justo debajo de las tuyas, se comunican por unas escaleras.

Seguro que él vendrá a verte enseguida.
Esa noche Alfonso no va a verla. Lucrezia está atenta al paso seguro de sus botas por las escaleras, al ruido del pomo al abrirse sin llamar siquiera. Pero no oye ni lo uno ni lo otro.

Se prepara para retirarse, Emilia abre la cama, después corre las colgaduras del dosel con Lucrezia dentro: un ave cantora en una jaula de tela. Ni rastro de Alfonso.

Lucrezia espera. La habitación se llena de oscuridad, las estrellas mandan su lejana luz fría por los agujeros del cielo. Se imagina en la habitación de la torre, en una esquina del *castello* en la que se encuentran dos lados. Esta habitación flota en el espacio, por encima de la ciudad, muy por encima del foso verde. Si se asomara mucho a la ventana se caería al agua como una piedra.

Le pide a Emilia que no se vaya a dormir al cuartito que da a la antecámara, sino que se quede en un jergón al lado de su cama. La doncella obedece, va a buscar sus mantas y se instala rápidamente, sin alboroto.

Pero el sueño no llega para Lucrezia, no responde a su llamada. Todavía está intranquila por el viaje, por las habitaciones nuevas, por la cantidad de impresiones que tiene que limpiar y guardar y por los interrogantes en los que necesita pensar: Elisabetta y sus zapatos dorados de tacón, los delicados pómulos, el secreto que no alcanza a entender y que debe ocultar a Alfonso, el mal humor de Nunciata, sus dedos rechonchos, la cara lustrosa y malhumorada del perrito, con esos dientecillos como agujas, la madre francesa desaparecida, la hermana mayor, que si se casara sería una amenaza terrible, la corte sobre la que Alfonso tiene que ejercer autoridad, como un cetrero cuando llama al halcón al guante, la fiesta que se va a celebrar.

El *castello*, bajo el manto de la noche, respira haciendo ruidos extraños: el crujido de las vigas, pasos a lo lejos, algo que pasa y tintinea fuera en los pasillos; se dice que será la guardia, que hace la ronda, pero la parte enfebrecida del cerebro le explica que es un espectro o el espíritu de un muerto, que arrastra cadenas e instrumentos de tortura por los silenciosos espacios del *castello*.

Procura dominar el oído, tenerlo a raya como a un sabueso rebelde, le ordena que no preste atención a todos los ruidos lejanos, que se limite a los que hay en la habitación: el roce de las colgaduras al moverse con la corriente, la respiración profunda y regular de Emilia.

Lucrezia hará de guía a esta noche, será su compañera, su confesora. Oye puertas que se abren y se cierran de golpe; oye pasar un carro por la calle; oye una voz de hombre en el piso inferior tal

vez, y la de una mujer, que responde en un tono persuasivo, o eso le parece; oye a lo lejos, fuera de las murallas de la ciudad, el lamento de un lobo. Ve que la oscuridad se debilita, que desaparece poco a poco con el alba hasta ceder la soberanía a una neblina vítrea y gris. Y, en el momento en que la noche, la primera para ella, está a punto de finalizar, de caer en el olvido, se duerme: la guía está exhausta, ha terminado la tarea.

Los cantores de Alfonso, repartidos a ambos lados del estrado, levantan la cabeza: parece que la voz no les sale por la boca, sino por otro sitio a su espalda. Lucrezia no había oído nunca nada igual: son gargantas más fuertes y poderosas que las de otros cantores. Empiezan una nota y, sin pausas para respirar, la sostienen y la alargan tanto que Lucrezia se marea por contagio. ¿Cómo pueden cantar mientras ella cuenta hasta ocho, nueve, diez y más? Las voces se entremezclan, suben a la bóveda del techo, se retuercen y crecen; cantan unas con otras y unas contra otras, la melodía va y viene entre ellos como una cometa bailando en su cordel.

Mira a los demás, a ver si alguien está tan asombrado como ella. Nunciata, en el lado opuesto de la mesa, parece ajena a todo, charla con una persona que le han presentado a Lucrezia como poeta. El perrito, encima de la mesa, lame el plato de su ama y las patitas de atrás le tiemblan. Elisabetta está enfrente de los cantores, pero mira a otra parte, al fondo de la estancia. Otros prestan atención un momento y enseguida se vuelven hacia quien esté a su lado murmurando unas palabras o algún comentario; dos mujeres, una con vestido verde esmeralda y una espumosa gorguera, y la otra con unos pajaritos disecados de adorno en el pelo, hablan en voz baja, muy cerca la una de la otra: se les agitan los hombros de risa contenida. Un hombre del otro lado de la mesa mete una mano en un frutero, toquetea las uvas, los melocotones, los albaricoques, hasta que se queda con un higo, lo saca del montón y se lo mete entero en la expectante boca. Al ver que Lucrezia lo mira, le guiña un ojo y mueve los húmedos labios. Ella aparta la vista. Observa que Alfonso es el único que atiende a la música. Inclinado hacia delante, con un codo en la mesa y la barbilla apoyada en la mano, marca el ritmo de la canción con el índice en la sien. Está absorto, transportado; parece una mariposa anhelante atrapada en la bella y frágil tela de la música. Se imagina las notas y las frases levantando olas como enseñas de colores en la cabeza de su marido.

Se ha puesto el vestido de boda para asistir al banquete. Alfonso fue a sus habitaciones unas horas antes, cansado, falto de sueño, para pedirle que se lo pusiera. Se disculpó por no haber ido a verla la noche

anterior. Lo habían retenido unos asuntos de Estado: mucha gente necesitaba hablar con él, como suele suceder después de una ausencia, pero ¿haría el favor de ponerse el vestido para la *festa* que habían organizado en su honor? A los cortesanos les gustaría verla con su traje de boda; él la acompañaría al salón con mucho orgullo y se la presentaría a la corte. El día de la boda parecía una diosa y quiere que toda Ferrara la vea así a su lado. Emilia batió palmas cuando se fue él y corrió a buscar el vestido. Mientras estiraba las faldas y ahuecaba las celdillas doradas dijo que se alegraba mucho de que su excelencia se lo volviera a poner tan pronto.

Así que se lo ha vuelto a poner: las faldas azules, las mangas enormes, la *cintura* dorada que le regaló Alfonso… Pero esta vez pudo decirle a Emilia cómo quería que le ciñera el corpiño, pasando por alto las marcas que había puesto su madre para indicar hasta dónde debían apretárselo, para hacerlo suyo. Esta noche no tiene la sensación de que sea de Maria, sino suyo y solo suyo. Ya no es una impostora ni una intrusa que se apodera de la vida de su hermana, sino ella misma: Lucrezia, duquesa de Ferrara.

Cuando llegó con Alfonso al salón del banquete ya sonaba la música —agudos arpegios de trompeta— y enseguida estallaron las exclamaciones y los aplausos. Los invitados se alinearon contra las paredes y Alfonso la llevó a recorrer todo el circuito, deteniéndose de vez en cuando para presentarle a una u otra persona en particular: un primo, un amigo, un cortesano, un poeta, un escultor, un compañero, algunas damas de compañía de Nunciata y Elisabetta, un músico que tocaba el laúd, el jefe de la guardia… Lucrezia saludaba a estas personas con una inclinación de cabeza y aceptaba sus reverencias procurando grabarse los nombres en la memoria para no olvidarlos. Los vestidos de las damas eran más estrechos que en Florencia, con gorgueras muy altas, mucho encaje y el corpiño más largo por delante. Se fijó en estos vestidos con disimulo, mientras un consejero de Alfonso la informaba de las puertas de entrada y salida que había en Ferrara y Alfonso, a su lado, miraba, con las manos a la espalda. Percibía la gracia que le hacía el empeño del hombre en recitar el nombre de las puertas al tiempo que las contaba con los rechonchos dedos. Ella asentía como si esos detalles le interesaran, pero pensaba en si sería capaz de dibujar esos vestidos ferrareses para mandárselos a Isabella por carta, pues le había pedido descripciones detalladas de los usos y costumbres de Ferrara.

Contempla la *festa* a través de esta lente. Cómo se lo va a contar todo a su hermana, se pregunta mientras se desarrolla una obra de teatro larga y un tanto rocambolesca sobre un rey que envenena a su

mujer por accidente y, a partir de entonces, se le aparece de una forma horrible para reprochárselo hasta el fin de sus días. Mientras come piensa en cuál de todos los platos le va a describir. ¿La cabeza de *cinghiale* rellena, con la boca abierta, un membrillo amarillo entre las fauces y los ojos cerrados ante tanta indignidad? ¿El caldo de pescado, los cucuruchos de dulces de almendra, la *frittata*, las blancas porciones de *lardo crudo*, las lonchas de queso, tan finas que se ve a través de ellas?

Sentada a la mesa, compone frases mentalmente: «Es una corte muy refinada —le escribirá a su hermana, que se ha quedado en Florencia, con sus padres, a quien no han despachado con su marido —. No les gustan los acróbatas ni las chanzas de los enanos, sino el teatro, la poesía y la música». O bien: «Las damas llevan el pelo recogido muy alto, muy por encima del borde de la gorguera». Y: «Recitaron un poema épico y después cantaron dos cantores que tenían una voz extraordinaria… ojalá hubieras podido oírlos».

La idea de escribir esas cartas le proporciona un intenso y nuevo placer. Va a contarle a Isabella cosas que desconoce. Se la imagina leyendo con atención, con avidez, y envidiosa después, deseando haber podido ir a Ferrara. Tal vez le haga una visita. Lucrezia podría invitarla, con el permiso de Alfonso, e Isabella podría cruzar los Apeninos y quedarse una temporada con ella en el *castello*.

Suspira. La música y la voz de los cantores es ahora melancólica, cantan en tonalidades menores. No es fácil que Isabella quiera ir a verla. La vida en Florencia la absorbe por completo. Si le escribe esa carta contándole la *festa*, lo más seguro es que pierda el interés antes de terminarla, que la deje a medias y se vaya a buscar a una amiga o al cortesano con el que esté encaprichada en ese momento.

Las frases se evaporan, se callan. Se alisa los pliegues de las faldas y se concentra en la sala, que vibra con las conversaciones en voz baja, las canciones, la luz inquieta de las velas, que se refleja en las joyas que las damas llevan al cuello, en los anillos y en el pomo de las armas de los hombres.

La canción llega a su cénit, los dos cantores dan la misma nota aguda, que se hincha y se amplifica en el aire que media entre ellos. Después, mirándose, cierran la boca al unísono y el hilo de seda de la nota se parte por la mitad.

La ovación estalla como un trueno. La gente se levanta, alza las manos para aplaudir; las mujeres agitan el pañuelo; los hombres dicen bravo, bravo, más, otra vez. Lucrezia observa que los que más aplauden son los que más hablaban durante la actuación.

Ella aplaude y aplaude hasta que le escuecen las manos. Los

cantores mandan besos por el aire a la multitud, se acercan el uno al otro con un curioso paso de lado, se dan la mano, hacen una profunda reverencia. Lucrezia está acostumbrada a los equilibristas, a los acróbatas, a los bufones, pero estos cantantes tienen algo elevado, inefable. Son altos, tienen piernas y brazos largos y estilizados y una cara alargada, felina; la manera en que mueven las muñecas y los brazos, con tanta agilidad, resulta hipnótica, como si se engrasaran las articulaciones para ser más flexibles. Mientras cantaban, eran cantores, genios, ángeles; ahora, mientras hacen reverencias y dicen cosas al público, vuelven a ser humanos.

Alfonso se inclina hacia ella en medio del ruido y se encoge para que pueda verle la cara.

—¿Te ha gustado la música?

—¡Ah, sí! —responde—. Nunca había oído nada igual. Es sublime… son extraordinarios. Esa forma de cantar, esa forma de saltar de una nota grave a una aguda… No sé cómo lo hacen, cómo pueden dominar la voz de esa forma.

Él la mira, intrigado, sin dejar de aplaudir.

—Tienes razón —dice, sorprendido—. No se me había ocurrido pensarlo. Sí, tienen una facilidad extraordinaria para pasar de un registro grave a uno agudo. Solo los de su clase son capaces de hacerlo.

—¿Los de su clase?

—Son *evirati*. Los he pedido especialmente, vienen de Roma. Se someten a un aprendizaje riguroso desde muy jóvenes, antes incluso de… —Hace un gesto indescifrable con los dedos estirados—. Por eso la voz es purísima y con un registro sin precedentes. Tienen cuerdas vocales de niño y cuerpo de hombre.

Y de pronto Lucrezia lo entiende. Ha leído algo sobre esa costumbre en la Antigüedad, pero no sabía que todavía se practicara en su época. Se ruboriza y una peculiar sensación de ahogo le atenaza la garganta. Echa una breve mirada a los cantores, que están junto a los candelabros, a las muñecas largas y finas, a las caras lampiñas y atemporales. No puede evitar imaginárselos de niños, a punto de ser operados sin saber lo que va a suceder. ¡Qué dolor y que sufrimiento habrán soportado solo por el capricho de un hombre rico! ¡Qué desamparo y qué confusión! ¿Habrían podido negarse? ¿Quién les practicaría la operación?

Se impone el silencio en la sala; la gente vuelve a sentarse y reanuda las conversaciones en voz baja. Los cantores se preparan para actuar otra vez.

Cuando las primeras frases musicales flotan por encima de ellos

Alfonso pone la mano sobre la de Lucrezia, que descansa apoyada en el mantel. La inquietud por la castración de los *evirati*, que han recibido el mismo trato que animales de exhibición, forcejea un momento con la sencillez y la sinceridad de este gesto.

La mano de Alfonso cubriendo la suya así, enlazando los dedos con los de ella, tiene un peso enorme y significativo. Le parece que significa que la quiere, que la ama… pero también se lo parece a toda la sala, a todos los allí reunidos. Hacer esto aquí, delante de toda la corte, con todos sus amigos y colaboradores, cortesanos y guardianes, criados y pintores, músicos y poetas mirando, es una auténtica declaración, un mensaje de compromiso y de amor, y tal vez, también, de renovación. Tal vez ella, la nueva duquesa, pueda remediar la escisión que ha causado en la corte la vieja duquesa, la evidente inestabilidad, la desdicha, el cisma religioso, el intento de anexión de sus hijas, la hermana ausente.

De la mano de su marido, resplandeciente con el vestido de boda, Lucrezia es tan feliz que cree que brilla como una linterna en la oscuridad. Alguien la quiere: un hombre, un hombre poderoso y erudito. Ella, Lucrezia, ha invocado el amor, se lo ha inspirado a un duque. Lo que más le gustaría es poder escribirlo para que lo leyera Isabella, para que cualquiera pudiera leerlo: «Me dio la mano en la cena, delante de toda la corte». Ve que Nunciata se ha fijado y que vuelve la cabeza a otro lado. Ve que la mujer de los pájaros en el pelo clava la mirada un momento en las manos unidas y le susurra algo a su compañera al oído con una expresión distorsionada por la ira y la envidia en su bonita y astuta cara. Ve que el hombre que se comió el higo se limpia ahora los dientes con un pequeño hueso de pollo. Ve que Nunciata tira de la manga al poeta que, hastiado pero cortés, se inclina hacia ella para oír lo que le dice. Ve a Elisabetta en el otro extremo de la sala sorteando sillas e invitados sentados, dirigiéndose hacia alguien que se encuentra al lado de una columna. Es un soldado de uniforme: Ercole Contrari, el jefe de la guardia, al que le han presentado hace una hora más o menos. Reconoce el bigote y el atractivo y armónico rostro. Se apoya en la columna con un brazo y, cuando Elisabetta pasa por su lado, se inclina hacia ella. Le susurra algo, pero ella finge que no lo oye y vuelve la cara resueltamente hacia el salón, hacia las mesas, hacia las filas y filas de invitados. Sin embargo, Lucrezia ve que Contrari alarga la mano con un papel doblado y que Elisabetta, retorciendo el brazo por detrás de la espalda, lo coge diestra y rápidamente, lo esconde en la amplia manga arrocada del vestido y sigue su camino como si no hubiera pasado nada. Es un movimiento tan suave, tan aprendido, pero tan cargado de

peligro para los dos que a Lucrezia se le escapa el aire del pecho. Mira a Alfonso, pero él sigue pendiente de los cantores; mira a Elisabetta, que va a sentarse con unas primas en el otro lado de la sala con una expresión serena, pero los ojos… ¡ay, los ojos! Le brillan traidoramente de felicidad y embeleso.

Los *evirati* inclinan la cabeza, abren la garganta y derraman notas que ascienden hasta el techo como las golondrinas de apuntadas alas que sobrevuelan el foso.

Por la noche, mucho después de que el banquete se haya terminado, de que los invitados hayan abandonado el gran salón para irse a la cama, de que la servidumbre haya recogido las mesas, fregado los platos, las cazuelas y los asadores y barrido las baldosas, de que todo el mundo, entre los muros del *castello*, se haya retirado a su habitación, Alfonso se duerme en la cama de Lucrezia con un brazo encima de ella.

Soporta el peso hasta que está segura de que su marido se ha dormido profundamente y se deshace del brazo, coloca una almohada en su lugar para no despertarlo. Está a punto de salir de entre las colgaduras cuando le tiran del pelo hacia atrás y, por un momento horrible, cree que Alfonso se lo ha agarrado y la arrastra de vuelta a la cama.

Pero, al darse la vuelta, ve que sigue dormido, que tiene cerrados esos ojos que todo lo ven, y las manos abiertas. Es el pelo, que se ha quedado atrapado entre el pecho de Alfonso y el colchón.

Lo rescata con cuidado, se libera mechón a mechón.

En la otra habitación, un plateado resplandor crepuscular ilumina el suelo. Lo cruza de puntillas, se imagina que le va a teñir los pies y que por la mañana descubrirá que ha dejado brillantes huellas delatoras a su paso.

Se sienta al escritorio y saca un rollo de papel vitela y una hoja suelta. Afila una pluma y amontona las limaduras pulcramente. Se pasa la parte de las plumas por los labios, de un lado a otro, notando cómo se separan y se vuelven a juntar los filamentos.

No sabe lo que va a hacer: escribir una carta, dibujar, leer, aprenderse una poesía de memoria… Solo sabe que sentarse ahí, delante de la arqueta, con su tinta, su carboncillo, su cortaplumas, el papel y los pinceles le da una paz que no encuentra en ninguna otra parte.

El sueño no se le acerca; es un corcel al que no puede atrapar ni poner riendas; la expulsa, vuela lejos de ella si se acerca, rechaza sus zalamerías. No sabe si es por la cena, tan pesada, por el hombretón despatarrado en medio de su cama o por la llamativa luz de color

blanco azulado que llega a sus habitaciones.

Moja la pluma en la tinta y espera a que se seque mirando, inmóvil, la cara de moneda de la luna, que se ha pegado por fuera a su ventana. Moja la pluma otra vez. Ha decidido escribir a su madre en vez de a su hermana.

Queridísima madre:

Es más de medianoche y pienso en todos vosotros. Espero que cuando leas esta carta te encuentres bien de salud y mejor de ánimos. Todo mi cariño para ti, para padre, para Francesco, Isabella, Giovanni, Garzia, Ferdinando y Pietro.

Por favor, diles que me escriban siempre que puedan. Quisiera saber todo lo que sucede. ¿Qué tal los perros de padre, los gatos de la habitación de los niños y la pequeña poni de color castaño? ¿Quién la monta ahora? Por favor, que no sea Pietro: seguro que le clava los talones con mucha fuerza, pero ella es tan buena que no se lo merece.

Llegamos ayer a Ferrara, donde nos esperaban los ferrareses por cientos. El pueblo de Alfonso le es muy fiel: estaba muy atractivo y señorial en su caballo cuando recorríamos las calles. Ojalá lo hubieras visto. He conocido a sus hermanas, a dos (la madre y la mayor se han ido a Francia, aunque no sé por qué; tal vez padre sepa algo).

Hoy se celebró la *festa*. Hubo música (*evirati*: ¿los has oído cantar alguna vez?) y se recitaron poesías. En la otra cara de esta hoja he escrito una lista de los platos que se sirvieron, y también un boceto para ti de un vestido de dama ferrarés. Tal vez a Isabella le interese. Como puedes ver, tienen unas costumbres muy distintas de las nuestras.

El *castello* es enorme, un gran cambio después de la *delizia*. ¡Temo perderme entre tantos pasillos y escaleras! Mis habitaciones están en la torre del sureste, un piso por encima de las de Alfonso. Me las prepararon sus hermanas, que son encantadoras. Si quieres, puedo hacer un boceto de ellas para ti la próxima vez que te escriba.

Cuéntame cosas de Sofia. Espero que las rodillas no le molesten demasiado cuando el tiempo se pone húmedo.

Rezo por todos vosotros y tengo ganas de veros. Mil abrazos y muchos más besos.

Con todo el afecto, de tu hija, Lucrè.

Lee la página. Qué sosa y apocada le parece: preguntar por los gatos, los perros y los hermanos, la lista de platos, la tontería del membrillo y el *cinghiale* y los fruteros de higos. Aborrece el yo que se

encuentra en esas palabras. Cualquiera podía haberlas escrito.

Lo que en realidad desea es saber si esta noche llueve en Florencia. Si han empezado las tormentas de otoño. Si padre se baña en el Arno. Si los estorninos cubren el cielo de la plaza al final del día, si la luz sigue entrando en haces oblicuos en su habitación al anochecer, justo antes de desaparecer por debajo de los tejados de la ciudad, si la echa de menos, aunque solo sea un poco, si alguna vez se para alguien a contemplar su retrato.

Funde el lacre al calor de una vela e imprime su enseña en las gotas líquidas: el emblema de su padre, un escudo con seis *palle*.

Terminada la carta, la deja a un lado, mira atrás, abre otra vez la arqueta y saca una pequeña *tavola* cuadrada, una que alisó y lijó ella misma la semana pasada. Está intacta; pasa los dedos por la suave superficie, la sopesa. Coge una tiza roja y traza unas líneas de lado a lado y de arriba abajo, esboza un objeto puesto de pie, estrecho, de dos caras. Una columna. A su lado emerge primero una forma triangular que, con unos retoques de tiza se convierte en una cabeza, unos brazos, una figura.

Muele unos pigmentos, los mezcla con unas gotas de aceite. Coge un pincel fino y pinta una cara delicada en forma de corazón, un cuello estrecho, una barbilla diminuta, unos ojos entornados, una expresión soñadora. Detrás de esta mujer pone a un hombre que apenas se ve, que se confunde con una sombra azul; esta segunda figura se inclina sobre la primera y tiene un rostro tierno y amable.

Le proporciona una gran satisfacción terminar la *tavola* de un palmo, pero también un gran temor. La mira un largo rato; a medida que la pintura se seca y se solidifica, las facciones de la pareja se vuelven permanentes, el hombre, inclinado hacia su amada para siempre; ella, sonrosada de placer.

Toca la pintura con un dedo para asegurarse de que está irrevocablemente seca y de pronto la luna se cubre con un velo de niebla, como si al astro de la noche también lo alarmara lo que ha creado la mano de Lucrezia.

Mira atrás, a ver si la puerta de la alcoba está cerrada, a ver si Alfonso está observándola. A continuación, coge un pincel de cerdas duras, lo carga con un oscuro marrón verdoso, el color de la sombra del bosque y, como si barriera, cubre la imagen de oscuridad y hace desaparecer a los amantes, los sella en una tumba de pintura. Desaparecen el vestido de la mujer, la mano del hombre, el rostro de ambos, la columna. En un momento no queda nada, lo ha enterrado todo para siempre, el único rastro de que existió alguna vez son las leves ondulaciones de la capa de pintura, como rocas en el fondo de

un lago.

Limpia los pinceles con un trapo, ordena el escritorio; pone la *tavola* a secar, ya sin imagen, apoyada en un jarrón; apaga la vela, se asegura de haber borrado todas las huellas y vuelve a la cama.

No entiende lo que hace Alfonso todo el día en el *castello*; lo único que sabe es que está mucho más ocupado que en la *delizia*. Se levanta temprano para hacer ejercicio, generalmente en compañía de Leonello y dos o tres jóvenes. Recorren a caballo los terrenos de caza, fuera de las murallas de la ciudad, o ejercitan la esgrima en el patio. Después va a su despacho a leer la correspondencia, a escribir cartas e instrucciones, a atender peticiones y encargos, a dar órdenes a la guardia, secretarios, oficiales, consejeros, políticos, arquitectos, cardenales y concejales, a trabajar incansablemente, con determinación, para someter el ducado a su control. Emisarios, cortesanos, militares y embajadores van y vienen a lo largo de toda la jornada. A menudo come allí mismo a mediodía, si tiene mucho que hacer. Emilia le cuenta todo lo que oye decir a los ayudantes de los secretarios, que hablan con los mozos, que a su vez hablan con los soldados, y estos con las cocineras, que después se lo cuentan a las doncellas: Alfonso ha puesto espías en todas partes, incluso en las regiones colindantes, la provincia está suficientemente pacificada, pero la corte es harina de otro costal.

A veces pasa el día entero sin verlo, solo un momento cuando cruza por el patio con una actitud seria y preocupada, flanqueado por los oficiales; o cuando la saluda al salir al claustro a tomar el aire y él entra por las puertas a lomos de un caballo exhausto; o cuando se despide de ella por la mañana en el dormitorio.

También va a la capilla de los pisos inferiores una vez al día, le ha contado él, no para asistir a misa ni para confesarse, sino para sentarse en el último banco a escuchar el ensayo de los *evirati* a las órdenes del maestro de canto. Alfonso le ha contado que este maestro se encuentra entre los mejores del mundo: es austriaco, se lo han mandado de Viena, e impone estrictamente una sesión de dos horas todas las mañanas, que dedica a ejercicios vocales e improvisaciones armónicas. Por la tarde ensayan repertorio para presentarlo en las reuniones de la corte, según el deseo del duque. Alfonso le cuenta que le gusta sentarse allí; le aclara las ideas, dice, le apacigua la cabeza. Si alguna vez tiene que tomar una decisión política, económica o familiar difícil, asistir a las sesiones de la capilla lo ayuda a encontrar soluciones.

Después de los cuatro o cinco primeros días en el *castello*, Lucrezia se da cuenta de que aquí va a disfrutar de largos momentos

de libertad. No puede creerlo. Los días tienen muchas horas que puede dedicar a lo que desee. Puede sentarse al escritorio y dibujar lo que ve por la ventana, o lo que se imagina, o los objetos que haya colocado —una esfera, un guante de cuero, un telescopio, una paloma muerta de las cocinas, el esqueleto de una ardilla que encontró cerca de la *delizia*— y pensar en la mejor forma de traspasarlo a la pintura y el lienzo. Puede mandar a Emilia a la botica a comprar ciertas cantidades de cochinilla o de cardenillo; la doncella regresa con cucuruchos de papel encerado llenos de pigmentos, muy bien envueltos, que contienen los ingredientes para un arcoíris, para osos y fieras, para lluvia y hojas, para pelo y piel, para cualquier cosa del mundo, si es capaz de dar con la mezcla exacta y la pincelada perfecta. Puede bajar a las habitaciones ducales por las escaleras secretas y salir a la terraza de los naranjos a contemplar las calles de la ciudad por las aberturas en forma de rombo que hay en los muros. La primera semana en Ferrara todo parece posible, al alcance de la mano. Estos días que pasa en el *castello* le dan una ardiente sensación de potencial: puede hacer lo que quiera, pintar lo que quiera. Le basta con poner la mano y coger lo que desee.

Sin embargo, las hermanas de Alfonso tienen otros planes para ella. Después de pasar unos cuantos días encerrada en sus habitaciones, concentrada en experimentar con miniaturas a vista de pájaro de diferentes edificios —la *delizia*, el *palazzo*—, Elisabetta empieza a mandar a buscarla casi todas las mañanas. Sus habitaciones están forradas de un tono rosa muy oscuro, como el interior de una fruta blanda, y Lucrezia tiene que sentarse a mirar mientras su cuñada termina de peinarse, se aplica ungüentos de belleza en la cara y en las manos y consulta a sus damas de compañía sobre vestidos, cartas, recitales, la próxima *festa*…

Coge a Lucrezia del brazo y pasean juntas por un lado del *castello*, de habitación en habitación, bajando por unas escaleras o subiendo a un claustro privado. Elisabetta a veces le pide que le coja unas flores de los naranjos de la terraza de las habitaciones ducales.

—Estas flores —le dice, cuando Lucrezia le lleva una cesta llena— son muy buenas para dar brillo a la piel. Aunque —añade con una sonrisa— a ti no te hace ninguna falta.

Le pregunta por su infancia, por sus hermanos y hermanas, por la ciudad de Florencia, donde nunca ha estado, aunque ha oído hablar de su encanto y de sus exquisitos monumentos. Presta mucha atención a las respuestas de Lucrezia y recuerda los detalles de su familia, el nombre de todos, la edad y las aficiones de cada uno.

—Tal vez —se atreve a decir Lucrezia, porque sería una grosería

no decirlo— puedas ir algún día.

—Me encantaría —responde Elisabetta con una sonrisa.

Lucrezia intenta imaginársela en el *palazzo* de sus padres: arrastrando sus estrechos vestidos por las baldosas, mirando con interés los techos dorados, volviendo la cabeza de un lado a otro con un crujido de gorguera de puntillas, conversando con Isabella o Eleonora con su voz modulada. No puede imaginársela y, con cierta inquietud, se pregunta si Nunciata querría ir también; se pondría a mirar con ojo crítico los opulentos frescos y estatuas, se estremecería con el alboroto de las vigorosas melodías que tocan los músicos para acompañar a los acróbatas. Aborrece la idea de que Nunciata les cuente a sus damas de compañía que la corte florentina es muy vulgar. Pensar en ella y en su perrito en el *palazzo* le inspira por primera vez el deseo de proteger a sus padres y el mundo que han construido a su alrededor.

Jamás llevará a Elisabetta ni a Nunciata allí.

Elisabetta procura que Lucrezia no pase demasiado tiempo en sus habitaciones y la acerca a la vida de la corte. No tienes que pasar el día aquí encerrada, le dice, entrando sin anunciarse, abriendo los postigos de las ventanas, echando a perder la luz que Lucrezia ha filtrado cuidadosamente para el trabajo que esté haciendo en ese momento. Elisabetta echa un vistazo al caballete, pero no dice nada más que un animoso «¡qué bonito!». Le coge la mano, ordena a Emilia que le quite el delantal de pintar y después se la lleva a un salón, donde los escritores hablan de poesía, los filósofos debaten sobre ética, un trovador recita una poesía o unas damas nobles cuchichean entre ellas sobre un marido, un amante o qué sastre es el más perezoso. En estas ocasiones, Lucrezia se queda sentada en silencio. Soporta las miradas de los hombres y mujeres de la corte, que analizan su postura, sus joyas, su valía, su porte cuando se levanta, su atractivo o lo que sea. Se olvida de la parte superficial de sí misma que capta estos dardos y lanzas, y afina el oído como si fuera una cuerda del laúd para oír solo lo que dicen otros: los filósofos o el trovador y sus versos sobre Ítaca. Si oye murmurar el nombre de Alfonso se niega a permitir la entrada en sus oídos a las palabras que lo rodean; no va a meterse en el estanque en el que se baña esa gente; ni siquiera va a volver los ojos hacia la puerta, donde se encuentra la fornida y erguida figura del jefe de la guardia, Ercole Contrari; no va a mover ni una pestaña cuando Elisabetta salga discretamente y él la siga poco después. Ve todas estas cosas pero no las reconoce, ni para sí ni para nadie.

En este aspecto, la única nube en el horizonte es Nunciata, que,

una mañana, de pronto, se da cuenta de que Lucrezia pasa mucho tiempo con Elisabetta al verlas pasar por la puerta abierta de la capilla, donde se encuentra ella sola con su perro. Lucrezia le está contando que su madre tiene la costumbre de rodearse de damas de compañía españolas, y que esto da lugar a muchos malentendidos lingüísticos entre ellas y la servidumbre del *palazzo*; Elisabetta se ríe, va del brazo de Lucrezia y dice que es una cuñada muy graciosa y que por favor le cuente más cosas. Cuando Nunciata llama a su hermana y le pregunta adónde van, Elisabetta, sin dejar de andar, dice mirando hacia atrás que Lucrè y ella van a tomar el fresco. Nunciata no tarda nada en seguirles los pasos hasta el patio; Elisabetta ha pedido que les traigan la mula blanca de Lucrezia para darle monda de naranja y migas de dulces. Elisabetta está trenzando las crines del paciente animal con cintas de colores y dice a sus damas que le cepillen la cola, mientras Lucrezia la sujeta para que no se mueva, y entonces aparece Nunciata con el perrito bajo el brazo y la cara brillante del esfuerzo. Mira con los ojos entrecerrados los adornos que le ponen a la mula, el paseo que le dan por el patio, preguntándose si deberían ir a buscar más cintas de un color más brillante, quizá, o incluso puntillas, Elisabetta propone avisar a Alfonso para que la vea, para que se distraiga un poco. Lucrezia se deja llevar por esta alegría y empieza a asentir, pero entonces interviene Nunciata.

—No creo —dice, dirigiéndose solo a Elisabetta, o eso parece— que nuestro hermano agradezca que lo molesten, sobre todo para semejante frivolidad. ¡Un poco de sentido común!

Su voz es un jarro de agua fría: la alegría, la chispa, desaparece. Le quitan las cintas, le dan las riendas al mozo y se dispersan por el patio.

Después de esto, Nunciata se asegura de pegarse siempre a ellas. Procura llegar temprano a la habitación de su hermana para poder ir ella también a buscar a Lucrezia. Asiste a cada reunión que propone Elisabetta, aunque no para de bostezar y de moverse en toda la declamación o recital, y casi siempre se sienta en medio de las dos, habla por encima de Lucrezia cuando quiere decirle algo a Elisabetta, responde por ella cuando Elisabetta le hace una pregunta: es un trío desigual; Lucrezia añora los días en que estaba sola con la adorable y animosa Elisabetta. Esta relación a tres bandas, con dos peleándose por ganar su atención, le resulta confusa e incómoda, un eco lejano de la pareja distante y excluyente que formaban Isabella y Maria.

Parece que a Elisabetta le divierte este afán de su hermana y disfruta con ello; cada día se le ocurre un rincón más remoto del *castello* para esconderse, y le dice a Lucrezia en voz baja que Nunciata

jamás las encontrará allí. Está celosa, le susurra Elisabetta, encantada, apretándole la mano, escondidas las dos detrás de las cortinas de una ventana de su salón. Pero cuando Lucrezia escribe a su madre pensando que a ella también le parecerá divertido, le desconcierta la seria respuesta que recibe y que le aconseja no bajar la guardia:

Queridísima Lucrè:

No te dejes engañar, no creas que esa rivalidad entre las hermanas de Alfonso se debe a que te tengan un gran afecto. No confundas nunca ese proceder con el cariño. Recuerda que, en la corte, toda alianza es siempre por interés, por cobrar poder. El fin que persiguen es ganarse la confianza de la mujer de su hermano, la duquesa consorte. Se acercan a ti porque quieren estar cerca de él, quieren asegurarse su posición. Te consideran una forma de llegar a él. Procura no mostrar ningún favoritismo en ningún momento. Sé ecuánime y guarda una distancia prudencial. La duquesa eres tú, no ellas. Pregúntate por qué buscan tu favor con tanto afán. ¿Sospechas fundadamente que alguna de ellas actúe en contra de su hermano de un modo u otro? ¿O de ti?

Rezo por ti todos los días.

Recibe todo el afecto de tu madre.

Lucrezia esconde esta carta inmediatamente en un cajón, bajo llave. La saca de vez en cuando para repasarla. ¿Tendrá razón su madre? Tal vez sea solo que a Elisabetta le gusta estar con ella y que Nunciata se ve excluida. Pero las dudas empiezan a tirarle de los bordes del pensamiento siempre que está con las hermanas de Alfonso. ¿Qué quieren de ella? ¿Tienen intenciones ocultas, como asegura su madre? Esas invitaciones que le hacen, la compañía que le ofrecen, ¿serán pasos de un juego de poder sofisticado e invisible?

Cuando Elisabetta empieza a llevarse a Lucrezia a montar fuera de los límites de la ciudad todos los días y Nunciata no puede acompañarlas porque no le gustan los caballos, esta le manda una dama de compañía a sus habitaciones. Una tarde aparece Clelia sin previo aviso, precisamente cuando Lucrezia acaba de llegar de un paseo a caballo y, con una profunda reverencia, dice que le han pedido que haga compañía a la duquesa Lucrezia. Entra en la estancia y su tono respetuoso se ve traicionado por la forma en que lo mira todo: con una curiosidad sin disimulo; se fija en la mesa de pintar, en el caballete, en la colección de plumas de ave, en el marfileño y delicado cráneo de zorro del alféizar. Tiene los ojos ligeramente saltones y los abre tanto que se le ve la esclerótica alrededor de todo el iris; le parece que mueve los pies de una forma curiosa, golpeando las suelas contra las baldosas, y suspira profundamente de vez en

cuando. A Emilia la humilla su presencia; Lucrezia la ve merodeando, observando a Clelia mientras hace algo, como disponer ropa o lustrar zapatos. Empiezan a competir entre ellas en detalles imperceptibles, o eso creen, como llevar a la duquesa la bebida por la mañana, cortarle el pan, hacerle la trenza o ajustarle el corpiño. Cuando Nunciata le hace una visita para saber si le gusta la nueva dama de compañía le cuenta que Clelia es prima de una familia noble venida a menos en tiempos difíciles. «Ha recibido educación —recita, mirando a Emilia con menosprecio—, es una compañera perfecta para ti.» Lucrezia se ve obligada a inventarse recados para que Clelia se vaya y poder pintar, hacer bocetos o leer, porque si no, se queda en la habitación haciendo ese ruido con los zapatos o mirando por la ventana sin dejar de suspirar, como si deseara estar en cualquier otra parte.

—Dale un poco más de tiempo —le aconseja Elisabetta, y le da un golpecito en el brazo cuando Lucrezia le cuenta lo molesta que le resulta la dama de compañía—. Se acostumbrará. Y tú te acostumbrarás a ella. Ha hecho maravillas con tu atuendo y tu peinado, ¿no te parece?

Ese día llevaba un peinado al estilo de Ferrara, parecido al de Elisabetta, con alas curvas a los lados de las sienes y muchas horquillas puntiagudas para sujetarlo en la coronilla. No sabe muy bien si le gusta y la sensación de tanto peso en equilibrio encima de la cabeza la obliga a mantener el cuello rígido. Pero no lo confiesa, solo asiente, sonríe y dice que sí, que le dará más tiempo a Clelia.

Elisabetta hace un gesto de asentimiento y se despide: tiene que irse, ha quedado. Mira a Lucrezia como diciendo, ya sabes, ¿verdad? ¿Lo has averiguado? Y Lucrezia se levanta para acompañarla a la puerta, acompasando los pasos a los de su cuñada, indicándole en silencio que sí, que lo sabe y que jamás se lo dirá a nadie.

Esa noche Alfonso se presenta en sus habitaciones más temprano de lo habitual. Lucrezia todavía no se ha ido a la cama. Cuando entra él Emilia le está quitando la gorguera alfiler a alfiler y Clelia le desata la *cintura* que se había puesto para cenar.

—Por favor —les dice a las doncellas, que se han detenido un momento—, continuad.

Se sienta en una silla, encima de varias prendas, pero ninguna de las tres mujeres se atreve a señalarle que está aplastando la ropa. Cuando Clelia guarda la *cintura* en su estuche, que está en la mesa al lado de él, Alfonso la coge y se pasa por los dedos los eslabones y los rubíes incrustados.

—Hoy —dice de repente— llevas el pelo distinto.

Lucrezia está ya en camisa y faldas, de pie en medio de la

habitación.

—Sí —responde ella, y se vuelve a mirarlo—. Es un peinado nuevo para mí.

Espera que diga que le gusta, o que no tal vez, o que es igual que el de Elisabetta, pero guarda silencio.

Se levanta, todavía con la *cintura* en la mano, se acerca a la ventana y retrocede como si quiera verla desde todos los ángulos.

—Tengo grandes noticias para ti —le dice con una sonrisa—. Mañana por la mañana llega el Bastianino para pintar el retrato.

—Sí, algo me han dicho —contesta Lucrezia— y…

—¿Ah, sí? —Deja de andar—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Nunciata. Me dijo que…

—¿Y cómo lo sabe ella?

—Creo que dijo que… —Lucrezia se arrepiente de haber hablado — una amiga suya le ha hecho un encargo al Bastianino, pero que se le va a retrasar porque estará aquí con nosotros, en vez de…

—Ya.

Da una vuelta por la habitación, de la chimenea a la ventana y hasta una silla pasando por la puerta. Las doncellas agachan la cabeza y se mueven con presteza; Lucrezia sabe que quieren salir de la habitación, alejarse de Alfonso. Está a punto de despedirlas —cuanto antes haga Alfonso lo que ha venido a hacer, antes podrá quedarse sola— cuando habla él otra vez.

—Según dicen, pasas mucho tiempo con mis hermanas.

Lucrezia lo mira. ¿Es una pregunta o una afirmación? ¿Cuál será la mejor respuesta en este caso?

—Pues… sí… eso creo.

—¿Con Nunciata?

—Sí.

—¿Solo con Nunciata o también con Elisabetta? —Le mira el peinado mientras habla y después a la cara otra vez.

—Con las dos. Al principio solo con Elisabetta, que… —Deja la frase inacabada porque de pronto le parece que no pisa terreno seguro.

—Sigue, sigue.

—Que… Bueno, que fue ella la primera que… vino a hacerme compañía. Cuando llegué me recibió con mucho afecto, y después… Nunciata… —vacila, no sabe cómo contarle las cosas; no sabe qué es lo que quiere oír Alfonso ni si ella va a decir una inconveniencia sin querer—. Nunciata… parecía que quería unirse a nosotras. Y ahora…

—¿Ahora? —la anima a seguir.

—Las dos… ella… Ahora las dos tienen la gentileza… de… de

hacerme compañía y…

—¿Siempre estáis las tres juntas?

—A veces.

—Y otras veces ¿qué? ¿Solo con Nunciata o con Elisabetta? —Lucrezia asiente—. ¿Nunca hay nadie más con vosotras?

—No —dice enseguida—. Sí. A veces vienen también las damas de Elisabetta. O… algún cortesano, como el poeta que le gusta a Nunciata.

—¿Con cuál de las dos dirías que pasas más tiempo? ¿O más o menos es lo mismo?

—Quizá… un poco más con…

—¿Elisabetta? —Vuelve a mirarle el peinado.

—Seguramente, sí.

—¿Qué hacéis las dos juntas?

—Paseamos… alrededor del claustro. Me invita a… reuniones en su salón.

—Y de vez en cuando salís juntas del *castello* ¿no es así?

—Sí, así es.

—¿A caballo?

—Sí.

—¿Para montar un rato?

—Sí.

Alfonso hace un gesto de asentimiento al oír esto y va soltando la *cintura* eslabón a eslabón. Al final la deja en su estuche, le coge la mano a Lucrezia y la conduce hacia la alcoba.

—Vamos —le dice—, es tarde, seguro que estás cansada.

—¿Podría su excelencia tomarse la molestia de levantar la barbilla un poquito? Más. Un poquito más. Bien, bien, maravilloso. Ahora volved el rostro hacia la ventana, lentamente, por favor, lentamente. ¡Sí, eso es! Quedaos ahí, por favor, excelencia.

El pintor se encuentra en medio del *Salone dei Giochi*, la luz entra a raudales por las ventanas. Lucrezia, con la mirada dirigida hacia la pared, los pies juntos, los brazos en alto como un nadador a punto de lanzarse al agua o un acróbata que se prepara para un salto, ve con el rabillo del ojo que el hombre no se mueve.

—Sí —murmura el pintor, moviendo los dedos como si sostuviera unos pinceles invisibles, como si ya hubiera empezado a pintar mentalmente. Después, sin volver la cabeza, se dirige a alguien que está a su espalda.

—¿Lo veis, excelencia? Creo que esta pose puede ser mejor que la anterior: ahí tenemos la curva de la mandíbula, la elegancia del cuello, aunque no sé cómo voy a dar con la pintura que reproduzca

ese arrebol de la garganta. Es exquisito ¡tan exquisito...! ¡Y esa frente!

Alfonso, vestido hoy de colores oscuros, se mueve entre las sombras de los rincones. Examina los bocetos colocados en una mesa larga, se inclina a mirar uno, después otro, pasa por toda la fila y vuelve a empezar. Anoche le dijo a Lucrezia que el Bastianino era el autor de los frescos de esa mismísima alcoba. Tras un silencio que duró un abrir y cerrar de ojos Lucrezia logró hacer un gesto de asentimiento. Lo cierto es que no le gustan: niños de pecho a lomos de delfines, seres marinos cabalgando sobre serpientes, hombres de rostro impasible en pleno combate… A su entender, resultan curiosamente estáticos y demasiado carnosos. Sin embargo, Alfonso le ha dicho que el Bastianino era el pintor idóneo para su retrato; qué feliz coincidencia, dijo, que hubiera decorado las paredes de su hogar y ahora fuera a retratarla a ella también.

Hace ya unas horas que Lucrezia tiene que posar sentada, de pie, con los pies cruzados, con las manos unidas, con las manos separadas, con la cabeza adelantada, o a un lado, con brazo arriba o abajo, con la muñeca vuelta…, mientras el pintor hace un boceto. Después le cambia la postura y le hace otro.

Ha llegado al *castello* por la mañana con gran cantidad de equipaje a hombros de unos cuantos aprendices. Lucrezia los miró a todos: varios chicos jóvenes, uno enfurruñado y Maurizio, que les indicaba dónde dejar el material, dónde colocar las conchas, dónde el papel y los lienzos. Llevaba el mismo jubón azul que el día en que lo conoció, en el pasillo de la *delizia*. Ni rastro de Jacopo. Sintió un pinchazo de preocupación en el pecho: ¿estaría enfermo, le habría sucedido algo? Echó un vistazo a la puerta de entrada, pero no había nadie, después miró a Maurizio otra vez, inquisitivamente. Seguro que se había dado cuenta de cómo miraba, porque le hizo un mínimo gesto de asentimiento como diciendo, no temáis, se encuentra bien, no le ha sucedido nada malo.

El pintor, el Bastianino, se acerca a ella, le levanta un brazo o un pliegue de las faldas, cambia la posición de la *cintura*, estira la puntilla de la garganta. Y Alfonso mirándolo todo con las manos a la espalda. A Lucrezia le parece una situación ridícula: es muy curioso que Alfonso consienta que otro hombre le toque el vestido, la mano o las joyas a su mujer. Si este hombre no estuviera haciéndole un retrato, no sería imposible que Alfonso desenvainara la daga que lleva en el cinturón y lo rajara de arriba abajo: ha oído que otros han muerto por menos.

El Bastianino murmura de vez en cuando, «Con licencia de su excelencia» al acercarse a ella y, sin esperar a que Alfonso se la dé,

inserta los dedos en el puño de la manga de Lucrezia para bajar la puntilla, o le toca la mejilla o la sien.

Lo que Alfonso no sabe es que el Bastianino le pellizca disimuladamente la barbilla o lo que sea: solo una presión secreta, mínima. La primera vez que lo notó levantó la cabeza y lo miró, asustada, y él la estaba mirando con picardía, como provocándola. Luce un bigote alicaído, pelo tirando a largo, que empieza a encanecer por las sienes, mejillas sonrosadas y unos vivos ojos verdes. Lucrezia conoce muy bien a esta clase de hombre que no puede resistirse a coquetear con una mujer, aunque sea la duquesa consorte de su mecenas, aunque tenga treinta años menos que él, aunque arriesgue la vida al hacerlo. Eleonora lo miraría fríamente hasta que bajara la vista —se lo ha visto hacer muchas veces a hombres como él— y después le diría a Cosimo que «no hay que fiarse de ese hombre».

Lucrezia no vuelve a mirarlo, no quiere verle los ojos. Se sienta en la pose elegida mientras el pintor, su marido, los aprendices y varios cortesanos la observan, hablan de ella y opinan sobre lo que le faltaría a este retrato: ¿más oro, más joyas, una bola, un relicario, un animal, una mesa, un libro? ¿Qué es lo que daría la impresión deseable? ¿Cómo plasmar la Casa de Ferrara en todo su esplendor? El pintor hace bocetos, Maurizio da consejos, Alfonso va de un lado a otro. Nunciata, con el perro bajo el brazo y acompañada del poeta Tasso, se sitúa cerca de Alfonso y mira desde detrás del Bastianino. Se encoge de hombros con desdén, como si no le gustara lo que ve, y le susurra algo a Tasso, que sonríe y mueve la cabeza con indulgencia. Hacia el final del día, entra Leonello por una de las puertas y se pone al lado de Alfonso; mira los bocetos, después a Lucrezia y vuelta a los bocetos, sin decir nada.

Ella está tan quieta como puede, se desentiende de lo que sucede en el salón, da rienda suelta a los pensamientos. Se convierte en otra persona, se va a otra parte, como hace por las noches, con Alfonso, cuando deja en su lugar solo la piel y el hueso, solo las capas externas. Todo lo demás se retira, huye, se aleja. Piensa en la mula blanca, en el tintineo de las bridas cuando cabalga por el bosque; piensa en Sofia, en que estará poniendo los platos y las cucharas en la mesa, o tal vez pidiendo a una compañera que le frote los pies; piensa en el querido insectario de su madre, en la digestión rezumante de los gusanos, en los pegajosos hilos de seda; observa cómo la inquieta superficie del foso refleja su simulacro plateado en las paredes y el techo de este salón. Después le llama la atención algo que ve fuera, por la ventana, que la devuelve al presente, a la habitación.

En la estrecha muralla de la torre opuesta ve dos figuras que se

acercan la una a la otra, parecen muñecos recortados en negro contra el cielo azul. La mujer va hacia el hombre y este hacia aquella; se encuentran a medio camino. Sus cuerpos se funden, la luz que había entre ellos se eclipsa.

Naturalmente, son Elisabetta y Contrari. Reconoce el paso rápido y el perfil de su cuñada; él tiene el cuerpo ancho de un guardián y el sombrero con plumas. Está allí con ellos un instante, con la sensación del viento en la torre, con la impaciencia del abrazo robado; ella es Elisabetta, ella es Contrari; la atraviesa la intensidad de su amor.

Los contempla un poco más antes de devolver la mirada a la habitación.

Alfonso la mira directa y escrutadoramente a los ojos.

Lucrezia intenta sonreír, pero de pronto el corazón se le va a salir del pecho. ¿Será posible que Alfonso haya adivinado algo? ¿Por su expresión o por la forma en que miraba hacia fuera? ¿Cómo podría?

De todos modos, algo ha notado, porque ahora es él quien mira por la ventana, a las murallas, a la torre, al cielo, y Leonello también.

Lucrezia se atreve a mirar: ve a Elisabetta sola. Contrari se ha ido. Aliviada, suelta el aliento que contenía. Quizá no pase nada malo.

Alfonso ve a su hermana ir de un lado a otro de la torre. Se queda pensativo, con la cabeza inclinada a un lado y los brazos cruzados. Cuando Elisabetta desaparece de la vista por el arco del centro de la torre, él vuelve a la habitación. Lucrezia lo ve descruzar los brazos y acercarse al Bastianino. Mira con detenimiento, midiéndolo, el boceto en el que está trabajando el pintor y después coge el papel y lo retira del caballete.

—Creía que lo había dicho con toda claridad —murmura, casi sin mover los labios—. Quiero algo que dé a entender su… ¿cómo decirlo? Su majestad, su linaje. ¿Lo entendéis? No es una mortal cualquiera: tratadla como se merece. Tened la bondad de procurar que quede plasmado en el retrato por encima de todo. Quiero que todo el que lo mire sepa al instante lo que es ella: regia, refinada, intocable.

El Bastianino se queda boquiabierto un momento, perplejo, pero enseguida se recupera.

—Naturalmente, excelencia —dice, e inclina la cabeza—. Haré cuanto pueda por complacer vuestros deseos.

Alfonso hace un gesto de asentimiento. Tira el boceto a un lado y sale de la habitación sin mirar a nadie.

A primera hora llega una nota a su puerta con letra de su marido: van a retratarla con un traje hecho para la ocasión, que llegó anoche, tarde. Que tenga la bondad de ponérselo, además del regalo de compromiso, y baje al salón. Firma la misiva «tu Alfonso».

La falda del traje está colgada de un gancho de la pared en la alcoba cuadrada. El corpiño y las mangas van por separado, están doblados encima de la cómoda y de la mesa. Al cruzar el umbral, a Lucrezia le da la sensación de que es una mujer despedazada en cuatro partes, colocadas con primor encima de los muebles.

Emilia está emocionada, bate palmas de contento, se acerca a la falda y acaricia la susurrante seda, levanta una manga, la deja otra vez, parlotea sobre la finura de la tela, los bordados, los atrevidos motivos. Incluso Clelia logra esbozar lo que puede pasar por una sonrisa. Tampoco ella puede contenerse y toca el vestido.

Lucrezia se pone de pie para que la vistan. Levanta los brazos, los baja, se da la vuelta, inclina la cabeza, pero sigue mirando al cielo, que está gris y revuelto, promete lluvia.

Cuando Emilia y Clelia la llevan ante el espejo ve a una persona que la mira con una expresión levemente perturbada. El vestido es estilizado, la falda cae y gira a su alrededor. Un cuello alto le tapa el suyo, casi no puede mover la cabeza: las puntillas se le clavan en la garganta. Los brazos no se ven, están enfundados en unas enormes mangas abullonadas que suben por encima de los hombros y terminan justo por debajo de las muñecas: las manos parecen patitas blancas de ratón, inútiles, que asoman por debajo de los rizados y adornados puños. Nunca se había puesto nada semejante: la cintura la corta por la mitad, las enormes mangas y las faldas recogidas le hacen parecer intrascendente y leve como un junco. No reconoce a la persona que es con este traje. No se parece a los vestidos que ha traído de Florencia, pero tampoco a los que suelen ponerse Elisabetta, Nunciata y las demás mujeres de la corte. ¿Qué significa —se pregunta levantando un brazo y tocando el orillo con un pie— que su marido haya encargado esto para ella, que quiera que aparezca así en el retrato de casada? La tela misma es de lo más inquietante: rojo oscuro con un grueso motivo adamascado de color negro que, si se mira mucho, parece esconderse detrás del rojo un momento y sobresalir después para imponerse. ¿Es negro sobre rojo o rojo sobre negro? Por más que mire no lo ve claro, no sabe si el intrincado motivo negro aprisiona el rojo o lo libera. La marea un poco, le inspira dudas, como si las relaciones y los límites entre las cosas empezaran a desaparecer, a entremezclarse.

El Bastianino se encuentra en el *Salone dei Giochi*, entre los frescos de hombres que luchan y pelean. Al verla le dedica una amplia sonrisa, enseñando una boca de dientes lobunos. «Sí, sí —dice, cruzando los brazos y apartándose el pelo de los ojos con un movimiento de cabeza—, es perfecto, excelencia, perfectísimo. Va a

ser un retrato magnífico.»

Alfonso apoya un pie en una banqueta; tiene un libro o cuadernillo en la mano, pero no lo cierra. Mira a Lucrezia por encima de lo que estaba leyendo. El Bastianino la conduce a una silla, le arregla los pliegues alrededor de las piernas sin dejar de recitar una retahíla de cumplidos hiperbólicos, alisándole las faldas, moviendo el orillo a un lado y a otro, retirándolo un poquito para que se vea la punta de los zapatos. Le coloca un cojín en la espalda que la obliga a sentarse más erguida, le pone un brazo en la mesa.

Después retrocede tres pasos rápidamente, luego uno más, más despacio, y aun otro.

—Así —dice, y levanta los brazos como si fuera a lanzarse a abrazarla—. ¿Lo veis?

Dos figuras se acercan a él: Lucrezia las ve avanzar desde lados opuestos del gran salón; una es Alfonso, que ha dejado el sitio en el que leía, cerca de la chimenea; la otra viene del fondo del salón, donde el Bastianino ha dejado su material. Una es alta, con largas piernas y botas que resuenan en las baldosas del suelo; la otra es más fornida, con una espesa mata de rizos y unos zapatos que se deslizan por el suelo sin hacer ruido.

Una es su marido; la otra, la que ve cuando el trémulo reflejo del foso la atrapa, es el aprendiz Jacopo.

Lucrezia toma conciencia inmediatamente de lo ridícula que debe de estar ahí sentada, encerrada en un lago de refinamiento. El corpiño le aprieta, el cuello almidonado le pica, el rubí que le cuelga del cuello tiembla. Jacopo no la mira. Se sitúa detrás del Bastianino y, como mucho, mira el suelo que hay delante de Lucrezia, el orillo del vestido. De su mano sobresalen, como si fueran armas, un pincel, un palo de carboncillo, una paleta, un cuchillo, un frasco pequeño, quizá sea un líquido para limpiar los pinceles y los lienzos. Tiene la piel de los nudillos despellejada, enrojecida y con salpicaduras de colores: rojo de rubia, amarillo de oropimente. Se pregunta brevemente qué habrá estado pintando para mancharse con esos colores. ¿Las alas de un querube? ¿Los pétalos de una flor? ¿El animalito predilecto de la familia de un mecenas?

Un movimiento a un lado de Jacopo la distrae. Alfonso asiente con una mano metida en el *giubonne*. Después sonríe; es, de entre todas sus variadas aunque escasas sonrisas, la que más le gusta a ella: indefensa, espontánea, grande, en la que participa toda la cara y transforma el gesto imponente en algo vivaz y atractivo.

—Ahí está —murmura Alfonso, y las palabras llegan a los oídos de Lucrezia, que se encuentra en el lado opuesto, y le sonríe—: Mi

primera duquesa —añade.

Todavía está sonriendo cuando ve que el Bastianino frunce el ceño sin comprender y mira al suelo. Jacopo vuelve la cabeza lentamente hacia Alfonso, cosa muy sorprendente: ¡atreverse un plebeyo mal vestido a mirar al duque tan de cerca!

Pero Alfonso enmienda lo que ha dicho: «Mi maravillosa duquesa»; el Bastianino adopta de nuevo su sonrisa obsequiosa, Jacopo mira a otra parte y Lucrezia tiene la sensación de que el extraño zumbido de temor y tensión se aleja de ella como una barca en un río.

«Maravillosa» y no «primera», eso es lo que quería decir, está segura. ¿Por qué iba a decir «primera» si es su mujer, la única que tiene? Un lapso lingüístico, un traspiés de la lengua. También a ella le pasa continuamente, las palabras se insertan por sí solas sin avisar, se cuelan sin permiso ni voluntad. Cosas inapropiadas que se dicen sin querer. Alfonso quería decir «mi maravillosa duquesa», porque «mi primera duquesa» no tiene ningún sentido en absoluto: es como si creyera que habrá otras en el futuro. Y eso es una idea tan absurda, tan extraña, que es imposible.

Ha querido decir «maravillosa». Está convencida.

Cuando vuelve a la realidad Alfonso se ha ido. Clelia y Emilia están en el asiento de la ventana, la una cosiendo una prenda blanca con hilo azul, la otra pinchando apáticamente con la aguja algo que parece una rosa bordada, que era de Isabella, después suya y ahora, de Clelia. El Bastianino se ha sumido en el silencio, se ha concentrado en el lienzo, en sus pinturas y perspectivas. Jacopo a veces dibuja y a veces escribe en un tablón largo que sostiene entre la cintura y el brazo. Ve que trabaja con la mano izquierda, mirándola y escribiendo, mirándola y dibujando.

En cierto momento se acerca hasta ella, le parece que mira la caída de la tela a la altura de la rodilla, los pliegues que forma al descender hasta el orillo como una cascada. Le gustaría decírselo, preguntarle: ¿estás estudiando las arrugas de la tela, los cambios de color, la forma en que los dobleces interrumpen el dibujo, que luego continúa más abajo? ¿El dibujo de la tela te parece horrible? Porque a mí sí. Es como si me confinara, como si me encerrara entre su simetría y sus florituras. Lo ves, ¿verdad? Estoy segura de que sí, aunque no sabría decir por qué lo sé. Lo sé y ya está.

Lo observa, está ahí de pie, a su lado, con salpicaduras de pintura incrustadas en la piel de la mano derecha y semicírculos de color debajo de las uñas como bandas de arcoíris separadas; el estilo entre los dedos de la mano izquierda, que no para, y esa forma de apoyar la

punta de la lengua en la comisura de los labios cuando piensa. Esa lengua la intriga, ese instrumento humano que en su caso está inactivo, no se usa. En cambio parece igual que cualquier otra. A juzgar por su aspecto sonrosado y sus motitas, ¿quién diría que es distinta…?

Jacopo va a frotar algo de la página, mueve la mano y se le cae el estilo al suelo. Con un pin pin pum rebota en las baldosas hexagonales, primero sobre una punta, después sobre la otra, hasta caer a los pies de Lucrezia.

Y su oído, siempre agudo, siempre atento, capta algo más. Jacopo murmura con toda claridad una imprecación, un insulto a sí mismo, en una lengua que ella conoce, un dialecto aprendido en la infancia, en el *palazzo*, en las habitaciones de los niños, en boca de sus ayas napolitanas: «Torpe, necio».

Jacopo se arrodilla con el tablón apoyado en la cintura, sin mirarla, y busca el estilo en el suelo.

Lucrezia echa un vistazo alrededor. Las damas de compañía están en el otro lado de la habitación, Clelia bosteza, Emilia sigue cosiendo. El Bastianino está detrás del caballete, los guardianes, en la puerta, apoyados en la pared con cara de aburrimiento. Lucrezia coge aire levemente.

—¿Sois de Nápoles? —susurra, casi sin pronunciar las palabras, sin mover los labios, en su dialecto.

Jacopo levanta la cabeza bruscamente. Lucrezia no recordaba esos ojos marítimos verde azulados ni las angulosas facciones de la cara, como cinceladas en mármol.

—Sí —dice, tan quedo como si respirase las palabras en vez de pronunciarlas—. Lo era. ¿Cómo lo…?

Sin terminar la frase echa un vistazo hacia atrás. Lucrezia mueve el pie a un lado imperceptiblemente, pone la punta encima del estilo y lo empuja hacia debajo de las faldas. Jacopo lo ve y, tras una vacilación, sigue fingiendo que busca.

—Mi aya —susurra, a modo de explicación—. Entonces, ¿habláis este dialecto?

Jacopo mira al suelo y describe semicírculos con la mano por encima de las baldosas.

—También sé hablar como ellos, más o menos —levanta la cabeza para mirar al Bastianino—, si quiero. Pero… —Mira a Lucrezia, que recuerda el tacto de su débil pulso bajo los dedos, la respiración ronca y difícil— no quiero.

—¿Cómo es posible —empieza a preguntar Lucrezia— que…

La interrumpe el Bastianino, que llama a Jacopo. «¿Qué te pasa?

¿Por qué te arrastras así por el suelo?»

Lucrezia levanta el pie del estilo; la mano de Jacopo desaparece un instante debajo del orillo y sale con el estilo entre dos dedos. Pasó el momento, la ocasión de hablar ha terminado; se han dicho las últimas palabras.

Sin embargo, Jacopo, al ponerse de pie, dice al aire que rodea a Lucrezia, en la lengua de Sofia: «Jamás olvidaré que me salvasteis la vida».

Y se va, se aleja hasta el fondo del largo salón. Ella lo mira, observa su paso, parece que tuerce un poco un pie. Lleva bajo el brazo un tablón con imágenes de sus muñecas, del cuello, de la mejilla, de la cuenca del ojo. Las tiene, se ha apoderado de ellas: las pondrá a buen recaudo, procurará que no les suceda nada malo. Este pensamiento le produce una suave calidez que se le filtra por todo el cuerpo.

Lucrezia sale a caballo con Elisabetta y su escolta por la estrecha calle que va del *castello* a las murallas de la ciudad y a los terrenos de caza. La primera helada del año cubre las ramas, las hojas de hierba, los cerrojos y las manillas del *castello*. El aire frío anuncia la llegada del invierno. El bosque está más quieto que nunca, como si la baja temperatura le hubiera impuesto silencio. Lucrezia pone el caballo al trote: quiere que el mundo dé vueltas, quiere que los claros huecos entre los árboles se fundan en uno solo.

Elisabetta, con una capa de montar forrada de piel y capucha de plumas, se queda atrás; Contrari cabalga a su lado sujetando las riendas firmemente con una sola mano. Así conversan horas y horas, inclinando la cabeza la una hacia el otro.

Hay algo en ellos que le recuerda a Cosimo y Eleonora. La forma en que Contrari agarra la manga de Elisabetta con un dedo. La ternura con que la mira, con un amor capaz de ablandar a un hombre físicamente fuerte. La forma en que Elisabetta adivina que Contrari va a decir algo antes de que abra la boca siquiera; intuye sus palabras antes de que las pronuncie. Lucrezia lo ve y le resulta conocido; echa de menos tener una relación semejante con otra persona; le gustaría que alguien la mirara como si fuera algo muy singular y valioso, que hiciera la tontería de ponerse en el sombrero una ramita de acebo solo porque ella se la ha dado, que le pregunte su opinión sobre una cosa u otra.

Cuando mira atrás desde la silla le parecen dos espíritus antiguos del bosque, con el reflejo verde del follaje en el rostro, ese follaje en continuo movimiento.

Una noche, incapaz de dormir, abre las colgaduras, se levanta de la cama, pasea por la alcoba y sale al salón. Pasa por delante del cuartito

en el que duerme Emilia, que está cerrado. Descorre el pestillo de la puerta y se asoma a las escaleras.

Calcula que aún no es medianoche. Parece que todavía hay actividad en el *castello*, aunque no mucha. Se oyen pasos a lo lejos, se alejan de donde está ella; tal vez sea un criado al que han llamado a un dormitorio a última hora. Llega un cuchicheo de voces en el patio.

Tiene la misma sensación que siempre, hasta donde le llega la memoria: la tentación de explorar, de moverse. Lo piensa un momento y entra de nuevo. Retrocede varios pasos, abre con cuidado la puerta de Emilia. La doncella duerme boca abajo, con la cara contra la paja del jergón, rodeándose la cabeza con un brazo.

Recoge del suelo, cerca de la cama, un vestido marrón, un delantal, una cofia.

Se pone el vestido por la cabeza —ni muy grande ni muy pequeño, un poco suelto en los hombros—, después el delantal. Se coloca la cofia; es bastante grande, tiene forma de flor de lis; se puede bajar mucho para ocultar el rostro.

Sigilosa, sin hacer ruido, va a las escaleras, la ropa de la doncella le roza los tobillos. Procura andar deprisa, con la cabeza gacha y las manos juntas al frente. Es una doncella; lleva tela ruda sobre la piel; sabe lo que tiene que decir si alguien le pregunta. Su señora no puede dormir y le ha pedido que vaya a la cocina a buscar leche y miel.

Leche y miel, leche y miel. Recita estas palabras para sí mientras baja por las escaleras, cruza un pasillo, deja atrás la hilera de ventanas que dan al foso, cuya superficie está helada. Pasa por delante de los centinelas, uno dice una grosería y el otro se ríe. Se cruza con una criada, una mujer mayor que carga con dificultad un cuenco de agua del que sale un hilillo de vapor. Saluda a Lucrezia como si la conociera, pero no se detiene.

Lucrezia recorre las torres, después vuelve por donde ha venido, baja un piso y luego otro. Oye los ladridos del perrito detrás de una puerta y a Nunciata diciéndole palabras tiernas, dándole bocaditos de su plato. Deja atrás a tres cortesanos que hablan acaloradamente de un nombramiento y de por qué se lo ha llevado otro en vez de ellos. Ve a la mujer que se pone pájaros en el pelo: sale de la habitación de un caballerizo real con el vestido arrugado y descalza.

Nadie la mira más que un instante. El disfraz es perfecto. ¡Cuánta libertad solo con desprenderse de su identidad y ponerse la ropa de Emilia! ¡Qué suerte ha tenido! Puede ir a cualquier sitio, participar en cualquier cosa. Estas personas no ven a las criadas, no creen que puedan tener juicio ni emociones. Una criada con vestido marrón es lo mismo que una mesa o un tedero de la pared. De pronto se le abren

las puertas de lo privado, de la vida oculta del *castello*, del revés del bordado, con todos los nudos, trampas y secretos al descubierto.

Una hora después vuelve a su habitación sin aliento, descansada, con la piel cosquilleante y la cabeza nutrida y calmada, todo a la vez. Va a devolver la ropa a Emilia y a meterse en la cama, a retirarse a su espacio privado, a pensar en todo lo que ha visto.

Sin embargo, la noche en la que oye el ruido terrible está dormida: no es consciente de haberse dormido, pero seguro que sí, porque sale de repente de un sueño como un náufrago del agua. No está en Florencia, dando la vuelta por el adarve, como creía, sino agachada en un sitio oscuro y frío. Al principio no sabe dónde se encuentra porque la oscuridad es total. Palpa alrededor. ¿Alfonso está en la cama? ¿Está en la habitación? Encuentra un espacio vacío, el borde de un cobertor y después el roce de las colgaduras de la cama.

¿Qué es lo que la ha despertado? Vuelve la cabeza a los lados, quiere identificar lo que ha oído y si era real.

La respuesta llega en forma de ruido: un grito agudo y desesperado que sale de las mismísimas entrañas del alma de una persona. Rasga el silencio nocturno del *castello* una y otra vez, acuchillando el aire, arrastrando unos dientes serrados y afilados por los oídos de Lucrezia.

¿Qué ha podido pasar? Se levanta a toda prisa, aparta las colgaduras, abre la puerta. En la oscuridad del salón se encuentra con Emilia, que corre hacia ella con el pelo enredado y la cara contraída de miedo.

—¿Lo habéis oído? —dice.

—Sí.

—¿Qué ha sido?

Se abrazan. La doncella tiembla, se lleva una mano al pecho como para tranquilizar el corazón.

Otra vez el mismo grito, más fuerte ahora, seguido de palabras: «¡No, no, no!».

Es una mujer desesperada de angustia. Lucrezia va hacia la puerta con Emilia de la mano.

—Por favor —gime la mujer—. ¡No, por favor!

Lucrezia pega la oreja a los paneles de madera de la puerta.

—¿Quién es? —susurra Emilia.

—No sé.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la guardia? ¿Vamos a…?

—Silencio —dice Lucrezia sin dejar de escuchar.

La mujer, sea quien sea, pide clemencia, dice que pare, por favor, que pare.

Lucrezia toca el pestillo y lo descorre.

Emilia se da cuenta de que quiere salir e intenta detenerla.

—Mi señora, no, no debéis, no…

—Suelta.

—No salgáis.

—Tal vez necesite ayuda.

—Pero está pasando algo malo y…

—Suelta te digo —le ordena Lucrezia.

Emilia la suelta. Lucrezia descorre el pestillo, abre la puerta y sale.

Al principio lo único que oye es el torrente de su propia sangre. Después percibe una refriega, tal vez en el piso inferior, entrechocar de armas, barullo de muchos pies que van rápidamente de un lado a otro, que salen y entran por una puerta, que recorren un pasillo. Un retumbar de voces de hombre hablando en un tono apremiante.

Después, una voz de mujer, desgarrada, suplicante, ahogada en lágrimas: «Te lo imploro».

Lucrezia está dispuesta a bajar las escaleras a ver quién es esa mujer, a intentar ayudarla en lo que pueda: algo se podrá hacer por esa desdichada. Pero entonces oye lo que dice con toda claridad: «Alfonso, por favor».

El nombre le golpea la cabeza, cada vocal es como un puñetazo en la sien. ¿Alfonso está ahí abajo? ¿Lo está viendo? ¿Intenta detener lo que sucede, sea lo que sea, o lo está mirando, tal vez incluso participando? No se lo puede creer. Seguro que lo ha oído mal.

—Alfonso —dice la mujer de nuevo—, te lo ruego. Por favor no lo hagas.

Un portazo en el piso inferior, pasos que bajan un piso más. Y silencio.

Lucrezia se queda un momento en el pasillo, en medio del aire helado del *castello*. Después se va tropezando hasta la puerta de su habitación y, sin prestar atención a las preguntas de la doncella, corre todos los pestillos, uno tras otro.

Al día siguiente se percibe una quietud en suspenso en el *castello*, en los salones impera un silencio que oprime las paredes desde el interior. Lucrezia no da su acostumbrado paseo matutino por la terraza; Elisabetta no manda a buscarla, no le pide que vaya a sus habitaciones; no ve a Nunciata soltando al perro en el claustro para que tome el aire de la mañana. Incluso la ciudad, o los fragmentos que se divisan desde las altas ventanas de Lucrezia, parece apagada entre los retazos de niebla gris que se demora en las esquinas de las calles y en las orillas de la plaza.

Le dejan el desayuno a la puerta. El acostumbrado cuenco de leche tibia, con su piel de nata amarillenta y arrugada y su textura sedosa y opaca, le revuelve el estómago. Lo deja de nuevo en la bandeja sin beberlo.

Emilia anda de puntillas, estira las colgaduras de las paredes, quita el polvo a los cuadros de Lucrezia, a los paquetes de pigmentos, a los frascos de linaza. Clelia está en un sillón junto a la ventana y suspira hondamente de vez en cuando mientras borda ineptos pétalos alrededor de un vestido de Lucrezia.

Lucrezia la manda a las habitaciones de Elisabetta con un mensaje: ¿Le apetece dar una vuelta por la terraza?

Clelia vuelve diciendo que no le han abierto la puerta.

En mitad de la larga mañana un criado de los pisos de abajo llama a la puerta para decir que guarden en la caja el vestido del retrato, que se lo van a llevar, y también para darle a la duquesa un mensaje: que se quede en sus habitaciones todo el día hasta nueva orden.

Lucrezia se levanta de la silla y se acerca a la puerta, donde está Clelia hablando con el criado.

—¿Por qué tengo que quedarme aquí? —pregunta—. ¿Quién ha dado la orden?

El criado hace una inclinación de cabeza y dice: «Lo manda su excelencia el duque. Dice que lamenta no haber podido venir a decíroslo en persona, pero…».

—¿Lo ha dicho el duque? ¿Por qué?

El criado, temeroso, es incapaz de dirigir la mirada a un sitio determinado.

—No… no sabría deciros, mi señora, solo me han mandado que…

Le fallan las palabras e inclina la cabeza otra vez, rojo de vergüenza.

Lucrezia quiere agarrar a este hombre por la manga y exigirle que le cuente lo que sabe, lo que significa la orden. Pero se tira del corpiño y adopta una actitud de calma.

—¿Por qué tienen que llevarse el vestido? —le pregunta—. ¿Adónde lo van a enviar?

—A la… —tartamudea el criado— a la *Sala dell'Aurora*, donde su excelencia estará esperando. Creo que… es para… el retrato de su excelencia.

—¿El retrato? —Aprieta los labios, la cabeza le da vueltas—. Puedes irte —le dice—. Llevaré el vestido yo misma.

—Pero su excelencia ha dicho… —replica el criado, blanco como la nieve.

—Sé lo que ha dicho, pero aun así voy a bajar.

Les dice a Emilia y a Clelia que preparen el vestido. Ve cómo cierran la caja, ve el último destello de la seda rojo oscuro, del damasco negro, que esta mañana parece sobresalir y dominar sobre el delicado rojo. Después les pide que la acompañen; va delante de ellas con la caja y la cabeza alta, se dirige a la *Sala dell'Aurora*.

Es una estancia cuadrada y no hay nadie, los rostros pintados de las deidades miran al vacío. Lucrezia sigue andando hacia el centro mismo de la sala. Justo cuando cree que ha llegado se abre la puerta.

Se vuelve y ve a su marido, acompañado por tres consejeros y Leonello. Hay algo grave e imponente en ellos, en la forma de caminar en formación, como si transportaran algo muy pesado entre todos.

Alfonso cruza la estancia en silencio, asimilando lo que ve: su mujer, las doncellas, el criado recadero, la caja con el vestido. Tiene un aspecto inmaculado: calzas negras, *giubbone* negro, botas negras.

—Queridísima mía —murmura al llegar a su altura.

La mira, después mira la caja y a las criadas, recoge información, calcula lo que significa la situación.

Se acerca más aún a ella, le coge la mano y le hace una breve inclinación de cabeza.

—No esperaba verte —le dice.

Qué palabras tan suyas, piensa Lucrezia. Tres solamente, una frase aparentemente neutra, pero cargada de significado. Parece que solo haya dicho que le sorprende verla, pero lo que en realidad da a entender es el disgusto porque haya decidido bajar sin más a su despacho. Y se pregunta por qué no quiere verla ahí. Por qué razón ha ordenado que se quede en sus habitaciones.

—He pensado —le responde— en traer el vestido personalmente para asegurarme de que llegaba sano y salvo, y por si se me necesitaba para el retrato.

Alfonso no mueve ni una pestaña; todavía no le ha soltado la mano, que se calienta al contacto con la de él.

—Si hubiera sido el caso —replica— habría mandado llamarte.

—El cambio de aires me sienta bien —dice ella, con un encogimiento de hombros.

Alfonso asiente, le suelta la mano, se vuelve hacia la mesa en la que han dejado la caja. La toca.

—¿Es el vestido?

Parece que pregunta a las doncellas, pero, como no las mira, Emilia no se da cuenta y no responde. Alfonso espera, es la viva imagen de la paciencia y la tolerancia, con una mano todavía en la caja, hasta que Clelia se adelanta, hace una reverencia y dice: «Sí,

excelencia».

—¿Por qué…? —Lucrezia se dirige a la espalda de su marido: va a preguntarle por qué motivo debe quedarse en sus habitaciones; sí, va a preguntárselo, pero tiene la sensación de que, en vez de enfrentarse a él, es mejor dejarle hablar, que dé toda la información posible, así que cambia la pregunta—: ¿Es preciso que se lleven el vestido?

—Es lo que se suele hacer —dice—. Para que no tengas que posar tanto tiempo ni pierdas la paciencia. El Bastianino se lo llevará unos días a su taller y lo pintará allí. Después —se vuelve hacia ella— lo traerá de nuevo, cuando termine el retrato.

Lucrezia ve por primera vez que tiene una herida en el lado izquierdo de la cara. Debajo del pómulo, justo enfrente de la oreja, hay tres arañazos recientes, vívidos, profundos.

—La cara —exclama, acercándose a él—. ¿Te has…?

—No es nada. —Se toca las lívidas líneas—. Ya ni me acuerdo.

—Pero necesitas un ungüento o una…

—No es nada —repite—. No te preocupes.

—Alfonso —le dice en voz baja, incapaz de resistir más—, estoy… tengo que preguntarte una cosa. —Él no responde, solo la mira fijamente—. Anoche oí un ruido espantoso, esta mañana he mandado recado a Elisabetta, pero no me ha contestado. ¿Qué ha sucedido?

—Salid, por favor —dice sin moverse.

Lucrezia, estupefacta, cree que esa orden en tono tan imperativo es para ella. Pero Leonello, los consejeros, el criado y las doncellas se levantan sin un momento de vacilación y salen de la estancia.

Y entonces Alfonso y ella se quedan solos en la bella habitación en cuyo techo Aurora, con su carro dorado, arroja a la negra Noche.

—En la vida —empieza él en un murmullo apenas— a veces suceden cosas que pueden parecer inexplicables. No te inmiscuyas. Tengo el deber de afrontar toda amenaza a nuestra posición y a nuestra reputación. No es cosa tuya. Ordené que te quedaras en tus habitaciones y sin embargo estás aquí. Lo que sucedió anoche fue…

Al oír tan asombroso discurso a Lucrezia empiezan a temblarle las piernas debajo de las faldas, pero en ese momento los interrumpe alguien que abre la puerta del fondo del salón.

Jacopo, el aprendiz, se dirige hacia ellos con la gorra en la mano. Alfonso lo mira de soslayo, alarga la mano y señala la caja.

—Ahí lo tienes —dice.

Jacopo se desvía entonces del centro, donde se encuentran Lucrezia y Alfonso, y pasa por un lado. Saca de su bolsa una correa y empieza a atarla alrededor de la caja.

—Pasarán muchas cosas —continúa Alfonso, como si Jacopo no

estuviera presente, y Lucrezia recuerda que tal vez todavía tenga la impresión de que el aprendiz es sordo, además de mudo— que es mejor que ignores. Pero te pido que te asegures de que la brújula de tu lealtad señale siempre en la dirección debida: eres mi mujer y huelga recordarte que tu primera y principal obligación siempre soy yo. Nadie más. Ni tus damas, ni mis hermanas ni nadie. Soy tu marido y también tu protector, sí. Por tanto, permíteme, por favor, que te proteja.

Ve que Jacopo, que está detrás de Alfonso, lo mira de reojo, y después a ella. Se carga la caja al hombro. Lo hace despacio, con mucho cuidado, alargando el tiempo todo lo posible. Se dirige lentamente hacia la puerta y en algún momento parece que va a dar media vuelta, pero, al parecer, lo piensa dos veces. Reajusta la mano que sujeta la correa y la que sostiene la caja, y de pronto a Lucrezia se le ocurre que se lleva su vestido, que pronto levantará la tapa, en el taller, e inhalará el aire que ha quedado ahí atrapado, el aire de su habitación; tocará la tela, la levantará, la sacudirá, la examinará para saber qué pigmentos combinar para plasmarla en el retrato del Bastianino. Se la imaginará a ella dentro del vestido, pensará en cómo se sujeta en su cuerpo, en cómo caen los pliegues sobre sus piernas; lo contemplará, lo estudiará; no pensará en otra cosa todo el día y se le colará en los sueños por la noche.

—Estoy seguro —dice Alfonso— de que tu padre hace lo mismo: proteger a tu madre de los elementos de su gobierno que considere…

—Al contrario —lo corta Lucrezia con ardor, olvidándose de quién es y de con quién está hablando—, mi padre siempre se lo cuenta todo a mi madre. Le pide consejo en muchas cuestiones, es ella la que gobierna cuando él se ausenta, le pide su opinión, la tiene en cuenta y la…

—Muy conmovedor. —Lo dice con los labios rígidos—. Pero tu padre es un hombre y yo soy otro. Y tú, amor mío, no eres más que una niña.

Más allá del hombro de su marido, que se cierne sobre ella y le tapa casi toda la vista, ve que Jacopo ha llegado a la puerta del salón. Parece dudar en el umbral un par de segundos, con la mano en el tirador.

—Así que, por favor, ten la bondad de regresar a tus habitaciones, tal como se te ha ordenado, y de quedarte allí hasta que te diga que puedes salir —insiste Alfonso, rozándole la línea de la mandíbula con la uña del pulgar—. ¿Entendido?

Lucrezia asiente, bajando rápidamente la barbilla. Jacopo abre la puerta, sale, la mira por última vez y cierra. Ella tiene que contener

una necesidad imperiosa de alejarse de su marido y echar a correr en pos del aprendiz. En un instante de locura desearía haberse escondido dentro de esa caja, haberse plegado con el vestido para que Jacopo pudiera sacarla en secreto del *castello*, cruzara las puertas y el puente levadizo con ella y se la llevara a otra parte.

—Sí —tiene que decir, y ladea la cabeza para mirar a Alfonso; le ve el pelo, que todavía tiene las marcas del peine, y los arañazos en carne viva de la cara, como si le hubieran clavado las uñas—, entendido.

Cuando llega a la habitación despide a las doncellas. Se arropa con la toquilla y se acerca a la ventana, desde donde ve una parte del foso, el puente levadizo y algunas calles que parten de la plaza, cada una en una dirección.

Parece que el invierno ha llegado bruscamente. No sabe si es que el clima del norte es así o si se debe a los húmedos vapores del valle del Po, pero en Ferrara las estaciones cambian de la noche a la mañana; un día es verano y al siguiente se caen las hojas de los árboles, después hiela y unos vientos helados buscan rendijas para colarse por paredes y ventanas. Está acostumbrada al clima de la Toscana, donde el calor y la luz van cediendo terreno poco a poco al otoño, y el invierno llega arrastrándose, como pidiendo disculpas.

Se queda en la ventana, con la mano apoyada en un cuarterón y la frente en el frío cristal. Una modesta nube de vaho aparece ante ella cada vez que espira, y desaparece cuando aspira.

Una formación de soldados desfila por el puente, tres filas de a dos, con la espada al hombro. Cruzan la plaza y desaparecen por una calle lateral. Un hombre de capa negra se acerca por el puente y el portero le franquea la entrada. Salen dos criadas con sendas cestas, en el centro de la plaza se separan y la más alta le dice algo a la otra, que hace un gesto de despedida con la mano.

Después unas ruedas crujen en el puente. Sale un carro a toda prisa, tirado por un caballo picazo; lo lleva un criado, que va de pie y azota al animal en el lomo con un látigo; otros tres galopan al lado del carro; se dicen cosas unos a otros, se hacen advertencias. Varios soldados corren detrás del carro con el sombrero en la mano, la cabeza al aire y una expresión desesperada y angustiada.

Lucrezia estira el cuello cuanto puede y se pone de puntillas para ver lo que llevan en el carro: un bulto alargado, rectangular, cubierto con mantas.

Se da cuenta de que esto es lo que estaba esperando. No sabe muy bien lo que significa, lo que quiere decir: nada de todo ello. La prisa de los criados, lo alarmados que parecen, esa forma cruel de dar

latigazos, la carrera desordenada de los de a pie, que siguen el carro incluso ahora, que cruza la plaza a toda velocidad; después da la vuelta a una esquina y se lo traga un hueco estrecho entre viviendas.

Se queda mirando fijamente ese hueco hasta mucho después de que los soldados hayan renunciado a seguirlo y vuelvan lentamente al *castello*, uno con el brazo en los hombros de su camarada, hasta mucho después de que el carro haya desaparecido. No mira a ninguna otra parte, como si el carro pudiera reaparecer para explicarlo todo, como si el criado que lo llevaba pudiera estar tranquilo y la carga fuera completamente inocente y normal.

Debate consigo misma, con sus ojos, con lo que han creído ver, con lo que podrían haber visto, con que pueden haberse equivocado. Pero ella lo sabe; en el fondo lo sabe. El bulto que transportaba el carro era largo y estrecho, con los bordes cuadrados. Como una caja o una cama. O como un ataúd.

Se queda mucho rato en la ventana. Ve el ir y venir de los ferrareses, que cruzan la plaza hacia un lado, después hacia otro. Ve a los niños, que van de la mano de sus padres. Ve a una mujer que lleva una bala grande de tela a la espalda, a un hombre que hace rodar un barril empujándolo con los pies, descalzos y sucios, a una niña tirando de un perro atado con una cuerda, a dos hermanos cargados con haces de leña. Ve que el cielo pierde luz y los edificios de piedra adquieren sombra.

Todavía está en la ventana cuando regresa el carro. Ahora el criado va sentado en el borde y deja al caballo cruzar el puente tranquilamente; lleva el látigo recogido, enrollado bajo el brazo. Vuelve de vacío.

Cuando llegan Emilia y Clelia la encuentran ahí, tiesa de frío. La llevan a una silla, le frotan las manos y los pies, que están helados, y Emilia le da cucharadas de caldo caliente a la boca. Clelia la regaña por coger tanto frío.

Ha sucedido algo, les dice una y otra vez. Sé que ha sucedido algo.

Emilia evita mirarla, se concentra en el caldo, en buscar mantas, en encender fuego.

Lo sé, es lo único que dice Lucrezia.

¿Cómo lo sabe?, murmura Clelia al oído de Emilia.

Ahora no penséis en eso, le dice a Lucrezia, mientras le da golpecitos en el brazo. No penséis en nada.

Pero cuando Clelia se va a las cocinas a pedir agua para el baño de Lucrezia, esta se vuelve a Emilia, la agarra por el hombro, la obliga a sentarse a su lado y le dice: cuéntame lo que ha pasado. Sé que lo

sabes.

Emilia suplica, no, no preguntéis. Es mejor que no penséis en ello.

Lucrezia insiste, cuéntamelo.

Emilia propone jugar a las cartas o que Lucrezia se ponga a pintar. ¿Quiere mi señora que le traiga papel?

Lucrezia dice: Emilia, tu madre me amamantó, tú y yo somos hermanas de leche. Me conoces desde hace más tiempo que yo misma. Hemos hecho muchas cosas juntas. Por favor, cuéntamelo.

Emilia se toca la cicatriz de la cara con un dedo, después con otro; baja la mirada; habla a trompicones. Le cuenta que, en la cocina, ha oído decir a una criada, que se lo ha oído a un hombre que sirve en el despacho del duque, que su excelencia el duque descubrió que Ercole Contrari había —Emilia vacila, busca las palabras— había comprometido el honor de la hermana del duque, mi señora Elisabetta. Y que el duque había condenado a muerte a Contrari, el jefe de la guardia.

Emilia se calla de repente y a Lucrezia le parece que todavía no ha terminado.

Sigue, le dice.

No, susurra Emilia, negando también con la cabeza.

Sí, dice Lucrezia. Cuéntamelo.

Emilia continúa con voz trémula, y como mi señora Elisabetta no se arrepintió y se negó a condenar a Contrari diciendo que lo amaba y que él la amaba a ella, el duque ordenó —hace una pausa, traga saliva —, ordenó que Contrari fuera estrangulado hasta la muerte y que mi señora Elisabetta fuera obligada a verlo.

Lucrezia no se pierde ni una palabra, ningún sonido aislado, ni una sílaba, ningún hueco entre palabras. Las repite mentalmente, frase a frase. Las examina con detenimiento, con toda su atención, para estar segura de lo que significan, de lo que quieren decir, para entender por completo todo lo que le cuenta Emilia.

Y, empieza a decir, aunque no está segura de lo que quiere preguntar, pero se oye seguir preguntando sin su conocimiento ni su consentimiento, lo han… ¿lo han hecho?

Emilia asiente. El duque ordenó que lo hicieran dos hombres de Contrari. Esta tarde, en el *Salone dei Giochi*. Pero… no pudieron. Y lo hizo Baldassare.

¿Baldassare?, repite Lucrezia. ¿Leonello Baldassare?

Sí.

Y ¿mi señora Elisabetta…?

Estaba presente.

Y ¿mi marido?

Estaba mirando. Ordenó a los guardianes que la sujetaran para que no huyera.

Lucrezia se obliga a hablar. Les pide a la boca y a la lengua que emitan palabras. Les dice a Emilia y a Clelia, que ya ha vuelto, que ha cambiado de opinión, que no quiere bañarse, que quiere estar sola, por favor.

Se van, Emilia sale de espalda y cierra la puerta.

Lucrezia se pone de pie, mira los hilillos de vapor, que dibujan florituras en el aire por encima de los baldes de agua caliente, que Clelia ha mandado traer de las cocinas. Se retuercen y dan vueltas como serpientes al son de una flauta, buscan el camino hacia la ventana y se desprenden de la piel vieja, que se pega a los fríos cuarterones. En un momento la vista de la plaza se ha sumido en la sombra y Lucrezia ya no está en una habitación de la torre, sino en un ataúd, aislada del mundo.

Echa a andar rápidamente entre el vapor de agua, va a la alcoba, se pone el manto y los zapatos. Se cierra la capa alrededor del cuello, se pone la capucha. Sale por la puerta, al pasillo.

Anda a paso vivo por el suelo de ladrillo, sujetándose el borde de la capucha para que no se le caiga, pasando del círculo de luz de un brasero al siguiente como una polilla de alas oscuras. Oye voces en un pasillo perpendicular al suyo y se guarece en un nicho, aplastándose contra la pared.

Tasso, el poeta, se acerca con una mujer a su lado; Lucrezia la reconoce, es una dama de compañía de Nunciata. Va del brazo del poeta arrastrando la toquilla por el suelo; Tasso parece cariacontecido, alicaído, casi indiferente a la persona que lo acompaña.

—… ha llamado al médico —dice la mujer, mirando a Tasso a la cara—, pero ella no lo quiere recibir.

—Qué situación tan terrible —dice Tasso con su voz resonante—, tan trágica, tan desalentadora.

—Apurémonos —dice la mujer, temblando, mirando hacia atrás —. Vamos. Parece un pecado andar por aquí una noche como esta.

Desaparecen por una esquina y Lucrezia sale del nicho. Siente un rechazo instintivo por esa mujer, pero al mismo tiempo sabe lo que ha querido decir. Esta noche hay un ambiente raro en el *castello*; parece que el aire de las habitaciones huela mal, que esté saturado, pesa como si cargara con todo lo que ha sucedido allí. Predomina un silencio antinatural, que rompen a intervalos extraños unos ruidos amortiguados y misteriosos u otros que retumban a lo lejos. El eco de los pasos de Lucrezia al bajar las escaleras parece rebotar en las paredes, astillarse y distorsionarse, convertirse en un taconeo

monstruoso que le llena el pecho de alarma.

En el piso de abajo aprieta el paso, casi corre. Si Alfonso la viera, si Baldassare o cualquiera de sus hombres se cruzara en su camino, si Alfonso fuera a la alcoba y la encontrara vacía… ¿qué pasaría? No tiene ni idea.

Le da igual. Le da igual. Que la vea, que lo sepa. Le da igual.

Echa a correr repitiéndose estas palabras, se le cae la capucha, aporrea la puerta de las habitaciones de Elisabetta y pasa por delante de la dama de compañía que le abre y le dice que lo siente pero que hoy Elisabetta no recibe a nadie.

Jadeando, entra en las habitaciones. Esta noche las colgaduras de color rosa parecen haber captado la oscuridad de alrededor y se ven moradas.

La dama de compañía intenta convencerla de que se vaya a fuerza de ruegos y disculpas. No le va a poner la mano encima, eso lo sabe, pero abre los brazos para proteger la alcoba de la mirada intrusa de Lucrezia.

Pero ella sabe cómo afrontar esta situación: a pesar de todo, es hija de su madre. Levanta la barbilla y mira a la mujer altivamente. Soy la duquesa de este castillo, dice su actitud, y te has interpuesto en mi camino: Lucrezia lo sabe, la mujer también.

—Aparta —dice Lucrezia—, por favor.

Con un suspiro, la mujer se arrima a la pared murmurando disculpas todavía.

Se oye un leve crujido en la alcoba y una tos o un gruñido. Lo que Lucrezia, a la débil luz, tomaba por un montón de ropa encima de un escaño se mueve de pronto.

—Eres tú —dice una voz apagada y disgustada.

Lucrezia vuela al escaño y se arrodilla en el suelo. En la penumbra ve un rostro hinchado y cetrino, redondo como la luna llena. Cree que se ha equivocado, que es Nunciata la que yace ahí, pero enseguida reconoce los anillos de la mano que ha cogido, es Elisabetta, su misma frente alta, sus mismos ojos oscuros, que son como los de…

—¿Cómo te atreves a entrar aquí? —dice Elisabetta con una voz nueva, ronca—. ¿Qué quieres?

—Tenía que verte —contesta Lucrezia apretándole la mano— . Me han dicho… lo siento mucho, lo siento muchísimo… No puedo creerlo, no puedo…

—Entonces eres más necia de lo que creía —replica Elisabetta secamente.

Retira la mano, se da media vuelta y hunde la cara en las

almohadas.

Lucrezia, dolida, retrocede. Espera un momento, arrodillada todavía. Sabe que la dama de compañía está por allí, detrás de ella, dispuesta a acompañarla a la puerta.

—Estás muy afligida —dice Lucrezia—, lo comprendo, y…

—¿Ah, sí? —responde Elisabetta con una carcajada breve y amarga—. ¿De verdad? Me obligaron a verlo. Me sujetaron para que viera cómo lo asesinaban con sus propias manos.

—No tengo palabras para…

—Dime, ¿quieres a mi hermano?

—Sí…, sí, claro —vacila Lucrezia.

—¿De verdad?

—Pues…

Elisabetta se sienta. Lucrezia está perpleja otra vez al ver lo cambiada que está su cuñada. Tiene el pelo enredado, le cuelga en una maraña por un lado de la cara; parece mucho más corto de lo que creía y se da cuenta de que el moño alto que suele llevar debe de ser falso, hecho con el cabello de otra mujer. Alrededor de los ojos, la piel está enrojecida y furiosa, como si se la hubiera frotado con un paño rasposo.

—No tienes la menor idea de lo que es el amor —le dice—. No eres más que una niña. —Le pone la mano en la mejilla y le toca el lóbulo de la oreja—. Una niña bonita, una niña tonta cubierta de joyas y sedas, como un monito.

Lucrezia tiene la sensación de ser una bandera en un parapeto, que el viento agita de un lado a otro. No entiende el rumbo que lleva esta conversación ni lo que puede ocurrir.

—Siento muchísimo lo que ha pasado, lo que…

Elisabetta le acerca la cara, le echa encima un aliento amargo y metálico que le hace pensar en una ventana rota, toda astillada y resquebrajada.

—Se lo contaste, ¿verdad? —le susurra, pegada a ella, mirándola a los ojos—. ¿Por qué? Creía que éramos amigas.

—Somos… somos amigas —balbucea Lucrezia, abrumada—. ¡Yo no se lo he contado! Te lo prometo.

—¿Es cierto? Alguien se lo dijo y yo creo que fuiste tú.

—No, yo no. Jamás se lo habría contado, jamás.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, Elisabetta. Él… —se esfuerza en encontrar las palabras— no sé cómo, pero ve la verdad, lo esencial de las situaciones. No sé cómo lo hace, pero mira a cualquiera y ve el secreto que más desea guardar. Sabe quitar las capas que se ponen las

personas para ocultar secretos, sabe…

A Elisabetta se le escapa una exclamación de repulsa y se echa hacia atrás bruscamente.

—Tienes razón. Él es exactamente así.

Se lleva las manos a la cara, se la tapa y hace una pausa. Cuando las retira, su hermoso rostro sigue devastado y estropeado, pero ya no refleja amargura.

—Te creo —murmura.

Distraídamente le coge la mano a Lucrezia. Una lágrima le resbala por la mejilla, y después otra y otra más. No se toma la molestia de enjugárselas, las deja caer hasta que forman unos círculos oscuros en la camisa.

Lucrezia se arrodilla a su lado, le aprieta la mano. Y de pronto Elisabetta dice una cosa inesperada:

—Pobre Lucrezia —musita, sin mirarla todavía.

—¿Yo? —responde Lucrezia—. Eres tú la que…

—No, no. —Elisabetta suspira, se estira un pliegue de la camisa —. Yo me voy en cuanto amanezca. Me voy a Roma, a casa de Luigi, mi otro hermano. Quizá no vuelva nunca más. No estoy casada con Alfonso. Puedo irme. Tú no.

Lucrezia tiene otra vez la sensación de que sopla un viento caprichoso, impredecible, que la mueve en todas direcciones.

—Estoy bastante satisfecha con…

—Verás, pequeña Lucrè —le canturrea, atrayéndola con un dedo, acercándosela tanto que las frentes se tocan—. No tienes ni idea de lo que es capaz —respira, aprieta la frente contra la de Lucrezia con tanta intensidad que le hace daño—; para gobernar como él, con tanta determinación, hay que ser completamente despiadado. Se ha hecho con el control de la corte en muy poco tiempo, pero ¿a qué precio? ¡No sabes las cosas que le he visto hacer! —Cierra la mano y se da tal puñetazo en el pecho que Lucrezia se estremece—. No tiene nada aquí. Nada. Y ¿sabes otra cosa?

—¿Qué?

Elisabetta sonríe de una forma horrible y dolorosa.

—Jamás en su vida —sisea— ha dejado encinta a una mujer. Ni a una sola, no…

—Quizá tú…

—… a ninguna de las que viven aquí ni a ninguna otra en ninguna parte. ¡Jamás! ¡Ni una sola vez! ¿Me entiendes? Corre el rumor de que jamás tendrá un heredero, que el ducado no podrá seguir en nuestro linaje, y eso lo enfurece infinitamente, porque siempre sabe lo que se dice de él, no sé cómo, pero lo que sí sé es que

le echará la culpa a alguien. ¿Sabes a quién?

La presión de la frente de Elisabetta y el olor que emana de no haberse aseado desbordan a Lucrezia.

—A ti —continúa maliciosamente, casi disfrutando—. La culpable serás tú, así que ten cuidado, Lucrezia. Ten muchísimo cuidado.

La empuja para que se vaya y hace una seña a la mujer, que sigue en la esquina.

—Estoy cansada —le dice—, acompáñala a la puerta.

Lucrezia llega a sus habitaciones, cierra la puerta; enciende una vela y se la lleva a la cama; corre las colgaduras; no contesta cuando llaman Emilia o Clelia. No abre cuando le llevan el desayuno, ni cuando oye el traqueteo de lo que debe ser el carruaje de Elisabetta, que se va, ni cuando intentan persuadirla por el ojo de la cerradura, ni siquiera cuando Nunciata llama con los nudillos, exigiéndole que las deje entrar.

No descorre los cerrojos hasta que Emilia le susurra por el ojo de la cerradura que su excelencia el duque y el *consigliere* Baldassare se han ido a Módena y no volverán hasta dentro de unas semanas.

Pide a Emilia que le prepare las pieles: tiene la idea de que lo que más necesita es salir al aire libre. No soporta estar en esa habitación, encerrada entre paredes, y Alfonso no está para decirle que se quede. Necesita ver el cielo; necesita que el viento la despeine. Sabe que no le permitirán salir del *castello* —los guardianes de las puertas no la dejarían sin el permiso explícito de Alfonso—, por eso busca cualquier espacio abierto al que pueda ir. Se va a la terraza de los naranjos, pasea de lado a lado de los muros serpenteando entre los árboles, ahora sin hojas ni flores. Sube las escaleras de piedra de todas las torres, una detrás de otra, y da vueltas y vueltas por las murallas. Va de terraza en terraza mirando la ciudad, los tejados, los canalones y, más allá, el llano valle a un lado y las cumbres de los Apeninos en el otro.

Por primera vez, sin saber cómo ni por qué, la asalta una gran añoranza de su casa. La anega, la ahoga, como si hubiera roto una ola contra su cabeza. De repente lo único que desea es estar en los pasillos del *palazzo* de Florencia, recorrer las habitaciones y las terrazas. Con una punzada aguda y enervante como un dolor de muelas echa de menos la vista desde el adarve, la perspectiva de la plaza, la cabeza de las estatuas, el olor oculto del Arno. No se imagina que, en su ausencia, ha empezado el invierno en Florencia. ¿Estarán cayéndose las hojas de los árboles? ¿Los ciudadanos se habrán puesto la gorra de lana? ¿La guardia suiza habrá sacado las capas de abrigo? Mientras recorre compulsivamente las terrazas del *castello* repasa su vida con su

familia. Ahora estarán preparando las habitaciones de los niños para la hora de comer. Ahora mi padre estará haciendo ejercicio. Ahora mi madre saldrá a pasear con sus damas. Ahora llamará a Isabella para que le haga compañía en el salón. Ahora Sofia se quitará los zapatos y apoyará los pies en una banqueta junto al fuego.

¿Cómo puede ser que sucedan todas estas cosas sin estar ella allí? Mientras serpentea entre los árboles no le encuentra sentido a que su familia esté en un sitio y ella en otro. Es una más; tiene los ojos como los de su padre y los de sus hermanos, la misma frente y la misma nariz que su madre y que su hermana; su retrato está colgado como el de los demás. Es una más. Aquí no es una más, entre estas gentes que se hieren, luchan, se destierran y se encarcelan unos a otros, que matan e intrigan, que se van y que urden maquinaciones.

Hacia el final del primer día de la ausencia de Alfonso, Emilia y Clelia se cansan de las caminatas incesantes de Lucrezia. Clelia no es nada aficionada a las alturas y no quiere pasear por las murallas; se queda en la torre gimiendo, implorando a Lucrezia que baje, que entre, que coma algo y descanse, que a su excelencia no le gustaría que estuviera tanto tiempo expuesta al frío, que se disgustará si se entera cuando regrese. Emilia, aunque no le gustan los estrechos pasos de las murallas, no abandona a Lucrezia. Tiembla, cubierta solo con una mantilla fina; Lucrezia insiste en que se ponga alguna de sus pieles, pero Emilia se niega. No estaría bien, señora, le dice. Se pega a la pared, avanza lo mejor que puede detrás de Lucrezia, sin mirar al vacío, dando golpecitos a Lucrezia en los apretados puños, apartándose de los ojos el pelo que le alborota el viento, intentando convencerla de volver a las habitaciones para que coma un poco de caldo y beba un poco de vino.

Pero el deseo de estar en Florencia, de no estar aquí, es tan fuerte que Lucrezia enferma. No soporta ni pensar en comer; no puede quedarse quieta. No puede sentarse a la mesa ni acostarse; si lo hace, le vienen a la cabeza imágenes de Contrari, de su bien parecido rostro distorsionado por la agonía de la muerte, del cuello lleno de moratones, o de las manos de Baldassare, de sus gruesos nudillos y sus cortos dedos, o de la bella Elisabetta, despeinada y demacrada de pena. No puede estar bajo techo, a pesar de los ruegos de sus damas. La tristeza siempre intenta atarle pesos en las muñecas y en los tobillos, por eso tiene que moverse, tiene que andar más deprisa que ella.

Y anda por las terrazas, por las murallas, y mientras anda se concentra en recrear mentalmente una parte del *palazzo*. El recorrido entre dos ventanas de las habitaciones de los niños —el tablón más

alto que cruje cuando llueve, el borde del mantel, la suave madera de las sillas, el ruido de los pasos de sus hermanos— o el techo pintado del salón, cada rostro, cada pliegue de la ropa, cada nube viajera.

Le pide a Clelia que le lleve la arqueta al claustro y una mesa pequeña. Cuando llegan estas cosas deja de pasear, saca una hoja de papel y escribe una carta a sus padres. «Por favor —garabatea en tinta oscura; la brisa que sopla del foso mueve la pluma como si quisiera arrebatársela—, dejadme volver.» Piensa cuidadosamente lo que va a decir, con qué palabras. «Os echo de menos a todos —es lo que le sale de la punta de la pluma—. ¿Podéis mandar a alguien a buscarme?» Intenta pensar en la mejor forma de contar lo que ha sucedido aquí. No consigue dar con las letras del nombre —Contrari, le susurra la cabeza, Contrari, una y otra vez, hasta que enloquece—, así que lo llama el jefe de la guardia. Escribe: «condenado a muerte»; escribe: «obligada a verlo»; escribe, «Elisabetta se ha ido» y «era la única amiga que tenía aquí». Antes de firmar escribe también lo que la acongoja: «Creo que ya no estoy segura en este sitio».

Sella la carta y se la da a Emilia, no a Clelia, para que la mande. No confía en Clelia, nunca ha confiado en ella. Esa mirada maliciosa y disimulada que tiene, la forma de observarla todo el tiempo, las manos blancas, con las palmas siempre húmedas. De pronto ve con la claridad de la desgracia que siempre ha sido una espía de Nunciata, que le cuenta toda la información y todas las impresiones que tiene de Lucrezia. Da igual: no se la va a llevar cuando vuelva a casa; se irán solo Emilia y ella. Si su padre la reclama, Alfonso no puede oponerse. Quizá su padre mande unos caballos dentro de un par de días, y unos hombres que la acompañen, que la guíen por los Apeninos. Y después, tal vez a primera hora de la mañana, avisten Florencia a poca distancia, el Arno discurriendo entre las casas y los edificios, la cúpula reluciente al sol y las murallas del *palazzo* como fuertes dientes de oso. Sus padres la acogerán con alegría y alivio, se alegrarán de volver a tenerla con ellos, le dirán que la han echado de menos, admirarán lo mucho que ha crecido, lo hermosa y graciosa que está.

El tercer día de la ausencia de Alfonso una dama de compañía de Nunciata va a buscarla. Lucrezia se encuentra en la terraza ducal, en el lado noreste del *castello*; a su paso, ha ordenado que abrieran todas las ventanas, porque quiere asegurarse de que las habitaciones se limpien y las oree el aire fresco. La dama de compañía se asoma a una con el ceño fruncido. Ve a Lucrezia envuelta en pieles, paseando de un lado a otro de la terraza. Les dice a Emilia y a Clelia que hagan entrar a su excelencia en este mismo instante o se morirá de frío. Lucrezia no le presta la menor atención ni responde a los ruegos de Emilia de que

entre, de que descanse un poco.

Al día siguiente se presenta la propia Nunciata, llega jadeando por las escaleras y se planta en el umbral de la terraza de los naranjos, donde Lucrezia ha pasado el día moviéndose entre las ramas deshojadas de los árboles. Se cubre la cara con un paño para no contagiarse con lo que sea que aqueja a su cuñada. A través de la tela les dice que como Alfonso se ha ausentado la responsable de la duquesa es ella. ¿Qué es eso que le han contado de que Lucrezia se niega a quedarse en sus habitaciones? ¿Qué ideas se le ocurren? ¿Es por la muerte de Contrari? Lucrezia debe saber que tal exceso de dolor por la muerte de ese hombre es lo mismo que una traición. Debe ser siempre leal a Alfonso. ¿Acaso no se da cuenta?

Lucrezia, mirando a la ciudad, dice que no desea discutir, que no es asunto de Nunciata.

—¿No es asunto mío? —repite Nunciata con la voz amortiguada por el paño—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Nunca me has apreciado —dice Lucrezia alto y claro— y, de todos modos, pronto me iré de aquí.

—¿Adónde vas a ir? —pregunta Nunciata, enfadada, desde el umbral, temblando en la brisa invernal.

—Vuelvo a Florencia, claro está —dice Lucrezia, dando por terminada la conversación y pensando que ahora Nunciata se retirará.

Pero Nunciata no se va. Se queda hablando en susurros con Clelia. ¿Lucrezia ha contraído una fiebre? ¿Por qué hace esas cosas tan raras? ¿Qué tonterías son esas de irse a Florencia? ¿Es alguna enfermedad de la piel, catarro, dolor de garganta? Clelia hace gestos negativos. Entonces, ¿qué?, pregunta Nunciata. Clelia se encoge de hombros y dice que la duquesa tiene náuseas y que no quiere comer, que solo la puede convencer de que beba un poco de leche de vez en cuando. Nunciata deja caer el paño que le cubre la cara y mira a Lucrezia pensativamente, desde la pálida cara hasta los pies, y de pronto se va con otra idea en la cabeza, emocionada, al parecer por algún motivo.

Lucrezia no sabe muy bien cuánto tiempo pasa aquí. Recorre todos los claustros, todas las terrazas, todas las murallas del *castello* una y otra vez, solo entra al final del día. Pasa noches inquietas, se despierta de continuo, ve reducirse el fuego a brasas y cómo echan más leña. Al amanecer aparece hielo en las ventanas en forma de frondas de ramas largas y deshilachadas, como si unas plumas frías se aplastaran contra el cristal. Le llevan conservas y caldos calientes a la cama y ella los rechaza. En cuanto amanece se pone la ropa de más abrigo y sale a su terraza o a la de los naranjos, y Emilia detrás de ella.

Está subiendo las estrechas escaleras de la torre del suroeste cuando un criado le lleva una carta. Lucrezia distingue la letra precisa e inclinada de su madre y le quita la carta al hombre de las manos. Se sienta en un frío peldaño y la abre.

Es breve, está escrita con prisa y no ofrece invitación ni promete caballos. Se imagina a su madre a punto de salir de sus habitaciones para ir a ver a Cosimo a su despacho, detenerse en la mesa de su *scrittoio*, sacar una hoja de papel y garabatearla apresuradamente. Después la pondría en manos de una criada y, con impaciencia, diría, ya está.

Le tiemblan las manos mientras mira el mensaje por encima.

Mi querida Lucrè:

¡Qué desaforada y aprensiva era tu última carta! Debes tener mucho cuidado con esa imaginación que tienes, no darle rienda suelta: sin duda sabes que siempre has tenido esa tendencia, desde pequeña. No pierdas de vista que tu Alfonso es un hombre honorable, así que déjate guiar por él siempre. Lamento que su hermana Elisabetta te haya trastocado tanto: perder a una amiga es una cosa muy triste. Sin embargo, ahora, sin la rivalidad de la que me habías hablado, tal vez se te presente la ocasión de frecuentar más la compañía de Nunciata. Por encima de todo, querida mía, te aconsejaría encarecidamente que prestaras atención a tu posición en la corte, que solo podrás asegurar con firmeza mediante el nacimiento de un heredero. Estoy convencida de que la maternidad te procurará la paz y la seguridad que tanto ansías. Tu padre y yo estamos de acuerdo en esto.

Aquí, todo bien. Isabella nos ha enseñado a todos un nuevo juego de cartas y ahora le dedicamos más tiempo del recomendable. Esta tarde me hago una prueba para un traje nuevo: seda de color crema con un bordado de franjas. Los niños siguen avanzando en las clases. Todos te mandan recuerdos y rezan por ti.

Recibe todo el afecto de tu madre.

La lee dos veces, primero deprisa, después más despacio. La deja en el regazo y la mira hasta que empieza a verla borrosa y las palabras y las frases se diluyen en líneas negras como filas de hormigas.

Después acerca una punta de la carta al candelabro que arde en la pared de las escaleras. Parece que la llama no puede creer la suerte que tiene y se niega a consumir la página. Pero enseguida recobra el sentido, la agarra con fuerza y la devora encogiéndola por las esquinas, volviéndola negra.

Arde rápidamente, con alegría, proyectando un brillo anaranjado

y saltarín en los húmedos escalones; Emilia, alarmada, se abalanza sobre Lucrezia con una exclamación y le sacude la muñeca. Cuando la carta en llamas llega al suelo la doncella la pisa una y otra vez hasta que apaga el fuego.

El retrato de casada de Lucrezia, duquesa de Ferrara

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Baja con paso inseguro las escaleras de la húmeda habitación y deja a Emilia allí. Cuando llega al comedor se detiene en la puerta a recuperar el aliento, sujetándose al marco. Ahí está el Bastianino, en un lado del gran salón, de espalda, hablando del maravilloso encargo. Ha sido uno de sus predilectos, dice, y espera que a su excelencia le complazca el resultado la mitad que a él, que para un humilde pintor es un honor, un verdadero regalo pintar a una mujer tan virtuosa y bella, que jamás podrá superar tan…

De uno en uno, los hombres del salón la ven en el umbral: primero Baldassare, que está más cerca, apoyado en una mesa, cruzado de brazos; después los cuatro criados que esperan al fondo, luego los dos aprendices, Maurizio y Jacopo, que sostienen de pie entre los dos un objeto largo y plano envuelto en tela; por fin, Alfonso, que está sentado junto al fuego con las piernas cruzadas y un perro de caza dormitando a sus pies, y el pintor, tan enfrascado en contar la historia del retrato que es el último en darse cuenta de su presencia.

El hombre sigue hablando, las palabras flotan alrededor de los demás, los paralizan, hasta que vuelve la cabeza y, al verla, se calla.

La duquesa ve reflejado en las caras de sorpresa el testimonio de lo cambiada que está: pálida y ojerosa, en el arco que adoptan las cejas de Maurizio; el pelo dividido en dos trenzas despeinadas y recogido en la nuca, en el silencio del Bastianino. Baldassare la mira un momento nada más, descruzando y cruzando los brazos, y Lucrezia quisiera acercarse a él, pegarle con los puños y decirle sí, sí, ¿ves lo enferma que parezco? Pero ¿sabes una cosa? Sigo viva, no os vais a deshacer de mí tan fácilmente.

Nadie habla ni se mueve. Todo en la habitación queda en suspenso, como si fueran personajes de un cuadro, sátiros del bosque tal vez, o penitentes en la procesión de un santo. Y al cabo de unos momentos se rompe el encanto, si es que ha sido eso. Alfonso, que sabe mejor que nadie el rito que debe observarse en toda ocasión, lo que se debe decir y lo que se debe callar, vuelve a la vida. Descruza las largas piernas, se levanta de la silla y se acerca a ella tendiéndole la mano.

—Amor mío —exclama—, pareces muy enferma. Voy a avisar al médico.

—No hace falta. —Lucrezia alza la barbilla para mirarlo a los ojos —. Estoy mucho mejor.

Deja la mano reposando en la de él, pero la retira después, solo un poco vacilante, y se adentra en la sala, lejos de Baldassare.

—Preferiría que lo juzgara el médico. Estaba a punto de ir a verte a tus habitaciones porque no sabía por qué no habías bajado a desayunar esta mañana, pero el Bastianino ha llegado inesperadamente y, mira… —señala lo que sujetan los aprendices—. Ha traído tu retrato.

Lucrezia mira primero a Maurizio —su amable sonrisa, una paleta rota— y después a Jacopo. Se da cuenta hasta un extremo casi insoportable de la mirada de cada uno de los presentes, de que todas convergen en ella como hilos de telaraña, sedosos y pegajosos, de que todas son diferentes. La de su marido, un poco a su izquierda, de pie justo detrás de ella; la del pintor, que sin duda compara el aspecto que tiene hoy, demacrado y enfermo, con el de la mujer que plasmó en un cuadro hace solo unas pocas semanas; la de Baldassare a la espalda, donde las cintas del corpiño le cubren la columna vertebral; la de Maurizio, que rebosa lástima y amabilidad; y la de Jacopo, que no se parece a las demás. Es un rayo de comprensión que va de sus ojos a los de ella. Absorbe conciencia de ser y sabiduría como agua una planta. ¿Acaso ve que ella va a morir? ¿Acaso entiende que su vida en este mundo es limitada, muy corta? ¿Acaso ve todas esas cosas en su cara, en la forma en que la mira su marido, en la actitud de Baldassare, que está apostado en el borde de la mesa como un halcón a la espera de un viento favorable, mirando, mirando, siempre mirando?

—Veamos el retrato —dice Alfonso—, ahora que ha venido la musa que lo ha inspirado.

El Bastianino da unas palmadas como si no hubiera nada raro o singular en esta fortaleza húmeda y solitaria y hace un gesto impaciente a los aprendices.

Maurizio y Jacopo apoyan en una mesa el cuadro, todavía tapado, lo sujetan entre los dos y miran a su maestro esperando una señal.

El Bastianino, que siempre aprovecha los momentos espectaculares, se adelanta y, mirando una vez más a Alfonso, que está detrás de él, rasga el paño.

—Aquí lo tenéis —anuncia entrecortadamente, levantando un brazo, mientras el paño cae a sus pies—. Contemplad a la duquesa.

Ve entonces, sujeta por Jacopo y Maurizio, una imagen tan arrebatadora que casi se queda sin aliento. La mujer del cuadro se parece a ella, o a una versión de ella o a un ideal, no sabe cuál de las tres cosas. Es ella pero al mismo tiempo no lo es; el parecido es tan inquietante y sin embargo es tan distinta… Es Lucrezia, pero también otra persona. Esta niña es duquesa, se aprecia claramente en las joyas que le adornan las orejas, el cuello, las muñecas y la cabeza, en la

cintura de oro y perlas que la ciñe por el centro del cuerpo, en los adornos del corpiño, en los pliegues y en los bordados del vestido. El retrato dice a voces, esta persona que veis no es una persona cualquiera, sino una eminencia de noble linaje. Está de pie, mirando al que mira, sobre un fondo de campos y valles verdes de su provincia natal. Pero algo más acecha en el cuadro, casi como si otra persona flotara por encima. Lucrezia, de pie en el salón de la *fortezza*, lo percibe como el olor de una hoguera. La niña está al lado de una mesa en la que se ven unos libros apilados con una pluma encima. Tiene la mano cerca de los libros —sabe que es la suya porque lleva el anillo que le regaló Alfonso, y por las uñas, y por el pulgar que se desvía hacia la izquierda, el mismo que en ese momento se agarra con la otra mano— pero no se parece a otras manos de otros retratos, lánguidas e inmóviles. Esta mano tiene movimiento, se nota en los tendones, tiene algo entre el pulgar y el índice: un pincel; un pincel fino, con la punta estrecha, propio para un trabajo de detalle, para plasmar algo a la perfección. La mano lo sostiene con seguridad, con resolución. Es una mano que tiene una intención, es una mano viva. Y ahora ve que la mirada de la niña es lúcida, que tiene sentido. Se dirige a quien la contempla con una franqueza rayana en el desafío, la cabeza alta, los labios esbozando una sonrisa. El vestido, con sus voluminosos pliegues rojo oscuro y el motivo que lo aprisiona o se oculta detrás del color, parece sumiso e insignificante, lo domina por completo la atrevida expresión de la niña, como si hiciera una pregunta al que la mira: ¿qué quieres de mí? ¿Por qué me interrumpes? ¿Qué haces mirándome así?

Lucrezia contempla el retrato; lo mira fijamente; no puede apartar los ojos. Es al mismo tiempo escandalosamente público y profundamente privado. Exhibe su cuerpo, su rostro, sus manos, la mata de pelo, antes tan largo, que cae en ondas por ambos lados del vestido, insolente e indiferente a sus dibujos geométricos, pero también excava en lo que ella guarda en su interior. Le entusiasma, lo detesta; está muda de asombro y admiración; la sobrecoge su agudeza. Quiere que el mundo lo vea; quiere correr a taparlo otra vez con el paño que está a los pies del pintor.

Se vuelve hacia el Bastianino como para decirle ¿cómo lo sabíais, cómo lo habéis visto todo? Pero se da cuenta de que los demás están pendientes de una persona: el duque de Ferrara.

Alfonso está sopesando el retrato dándose golpecitos con el dedo en los dientes. Se separa un poco a un lado, tuerce la cabeza, se va hacia el otro lado. Se acerca, retrocede.

Lucrezia lo observa de reojo; ve la ansiedad del Bastianino, que

aumenta por momentos; se le empieza a mover un músculo de la mejilla; comprende que ha venido aquí, a la *fortezza*, siguiéndolos desde la ciudad, porque le hace falta el dinero. Tendrá deudas o necesitará material para un nuevo encargo… algo así. Ve que Baldassare se separa de la mesa y se acerca a Alfonso, no tanto para ver el cuadro —le echa solo una mirada de compromiso— sino porque barrunta que tal vez no le agrade, en cuyo caso habrá que decir algo y tendrá que ser él quien lo diga. Lucrezia se da cuenta de que tiene la sensación de estar ausente de pronto, de haber desaparecido del salón, de haberse evaporado. La duquesa está presente… en el retrato. Ahí está. Lucrezia es innecesaria; puede irse. Su lugar está ocupado; el retrato desempeñará su función en la vida.

Tal vez debido a esta sensación de incorporeidad, de desplazamiento, parece que se le agudiza la percepción, o tal vez es que ya está muerta, que ya ha pasado a otro reino, como si el alma hubiera rebosado y se hubiera derramado inundando todo lo que la rodea. Oye el crujido de las botas de Alfonso a cada paso que da; nota el aire que absorbe y que despide el pecho de Baldassare. Percibe el aburrimiento de los criados, que siguen en el fondo de la estancia, la monotonía espiral de sus pensamientos. Y mira a Jacopo y sabe que fue él quien pintó el retrato.

Fue él. Lo sabe. Mezcló los pigmentos, preparó el lienzo, lo alisó, lo estiró, aplicó las capas de *imprimitura*, decidió dónde caería la sombra, y también la luz, después hizo la composición para que concordaran la perspectiva y los colores, como concuerdan los nombres, los verbos y los participios al traducir una frase. Le pintó el pelo así, brillante, suelto, pintó la pluma encima de los libros pintados, le pintó un pincel en la mano pintada y el brillo y la vida en la mirada. Fue él. Tal vez el Bastianino añadiera una pincelada aquí o allá, tal vez dijera, así no, así tampoco. Tal vez Maurizio pintara los huertos y las colinas que se ven a lo lejos. Pero fue Jacopo quien lo hizo, él es el autor de esta obra.

Jacopo la mira como si le leyera el pensamiento, como si Lucrezia y él siguieran conectados, después de tanto tiempo, por el extraño incidente que vivieron juntos, en el pasillo de la *delizia*, el verano anterior.

A pesar del silencio, están pasando muchas cosas en el salón, alrededor de ellos, porque nadie se atreve a dar una opinión antes de que hable el duque. El Bastianino se pregunta si le pagarán, si le dirán que repita el trabajo, si podrá seguir contando con el mecenazgo del duque. Baldassare intenta averiguar el estado de ánimo de Alfonso, que últimamente es muy cambiante, y lo que Alfonso espera de él, y si

se le pedirá que despida al pintor y a sus ayudantes y en qué forma tendrá que hacerlo. Maurizio piensa que tiene ganas de irse, de volver a Ferrara, de salir de este sitio tan lúgubre.

Lucrezia y Jacopo se miran. Ella vuelve los ojos hacia el retrato y de nuevo hacia el aprendiz como haciéndole una pregunta. Él la mira a su vez, totalmente inmóvil, sujetando el retrato por el borde con ambas manos, como si no quisiera soltarlo jamás.

—Es —dice el duque cortando el silencio— una maravilla.

El Bastianino casi se desmaya de alivio, deja caer los hombros, dobla las rodillas y hace una profunda reverencia al tiempo que dice que se alegra muchísimo de que el duque esté satisfecho, que su júbilo es infinito, que su excelencia la duquesa ha sido un regalo, que ha disfrutado de cada momento del trabajo, que ha sido un placer, puro placer.

El duque asiente y dice que es el mejor cuadro que ha hecho hasta el momento, que parece viva, el juego entre los colores y la luz, la expresión de la cara de la duquesa —esa profundidad y esa determinación tan suyas— ponen de manifiesto la influencia de Michelangelo en el Bastianino. El duque está seguro de que lo percibirán también otras personas.

El Bastianino inclina la cabeza una y otra vez, sonriente. Ha sido un honor, le asegura al duque, quizá el mayor de su vida; agradece enormemente el mecenazgo de su excelencia, siempre, y si desea algo más, cualquier cosa, que su gracia no dude ni un instante en pedírsela.

Los hombres empiezan a salir de la sala de uno en uno. Primero Alfonso, que sigue hablando de Michelangelo, de las pinceladas; después el pintor, que chasca los dedos a la espalda para que los aprendices dejen el retrato en el suelo, apoyado contra la pared; después Baldassare; después los criados. Desfilan todos por la puerta, el Bastianino se demora un poco para preguntarle a Baldassare si sería posible, si a su excelencia no le resulta inconveniente, recibir el pago, un adelanto del pago, un pago parcial, lo que sea será muy bienvenido, y él, el Bastianino, no concibe mayor felicidad que ponerse a disposición de su excelencia para el futuro.

Lucrezia, sola en el salón, se encuentra débil de pronto; se arrastra hasta una silla, le fallan las piernas y se sienta justo a tiempo para evitar caerse. Se agarra a los brazos de la silla y nota el polvo de serrín del relleno, sabe que el veneno de la noche anterior todavía acecha en su sangre, olisqueando a ras de suelo como una manada de lobos. Arriba, filas y filas de bloques de piedra formando arcos que se curvan sobre la solitaria figura. Aunque en realidad no está sola. Enfrente, apoyada contra la pared, está ella: otra ella, la ella anterior.

Una ella que, cuando esté muerta y enterrada en una tumba, perdurará, la sobrevivirá sonriendo eternamente en la pared, con una mano preparada para empezar a pintar.

Un ruido de pasos le hace volver la cabeza. Y ahí, procedentes del umbral y acompañados por un fragmento de voz de Maurizio, que dice, «Seguro que lo hemos dejado en el salón», aparecen los dos aprendices. Maurizio se dirige enseguida al retrato y recoge la tela del suelo, la sacude y la dobla uniendo las esquinas. Lucrezia lo contempla hipnotizada, agarrada todavía a los brazos de la silla, cuando se da cuenta de que Jacopo está a su lado.

—Estáis en peligro —le dice.

Al oír el dialecto, el de Sofia, le entran ganas de llorar. Sorprendida, mira al aprendiz: los ojos acuáticos, la frente despejada, los bordes deshilachados del jubón; pero esta vez es ella la que se queda sin palabras, la que no logra hablar.

—Yo… —Lo que quiere decir se le muere en la garganta. Intenta señalar en dirección a la puerta, a Alfonso, pero una letargia se apodera de su brazo y no lo logra; el brazo se le cae al regazo—. Sí —consigue articular, dando por fin a la boca la conocida forma del dialecto—, pero no se puede remediar.

Jacopo la mira. No necesita más información, tal como sabía ella, pero al momento echa un vistazo a la estancia y vuelve a mirar a Lucrezia.

—Queda muy poco tiempo—murmura el aprendiz—, volverán dentro de un momento, así que prestad atención. En la parte de atrás de las cocinas hay una entrada para la servidumbre. Maurizio y yo rellenaremos la cerradura con algo al salir.

—¿Qué? —dice ella en su propio idioma, distraída y estupefacta ante su imagen, espléndidamente ataviada, que la mira desde enfrente, asomando por detrás de la persona que intenta dominar el desvarío de un paño rebelde; ante el dolor de cabeza que le clava unas garras de ave de presa; ante lo frío que es el aire cuando respira y le carga los pulmones de escarcha; ante las palabras que le acaba de decir esa voz tan ronca y cruda.

—Para que podáis abrirla —añade él rápidamente—. Yo os esperaré fuera, entre los árboles, en cuanto caiga la noche. Me quedaré hasta el amanecer. Después será muy peligroso.

—¿Me esperaréis? —repite ella con la lengua hinchada y torpe—. ¿Qué significa eso?

La mira con una expresión deferente y preocupada. Después la toca donde se encuentran el cuello del corpiño y el hombro. Ella se estremece, asustada. Por una parte, siente el deseo de castigarlo con la

voz, de decirle, ¿cómo te atreves? No me toques, los de tu clase no pueden acercarse a mí. ¿Tienes la menor idea de lo que haría mi marido si te viera, lo que haría mi padre…?

Pero el tacto de sus dedos —ha visto que hoy los tiene manchados de verde, manchas irregulares de forma y tamaño, como si la mano fuera un océano tachonado de islas ignotas— le produce en la piel una sensación que nunca había tenido. Es lo opuesto a la convulsión que tuvo anoche: es leve, palpitante, y emite círculos concéntricos de calor que se expanden por el brazo y el cuello. Es suavidad, es atención. No se parece en nada a lo que sintió en la cama de la *delizia*, ni en el *castello*, ni aquí, en la *fortezza*. Es un tacto que derriba un muro que se levantó dentro de ella, que se abre paso entre la maraña de espinos que ha cultivado alrededor del corazón por necesidad y falta de atención. Es un contacto que elimina obstáculos, que los barre, que los tira al aire.

Abre la boca para hablar, para decir que no entiende el significado de esas palabras, que tiene que expulsarlo de sus pensamientos, pero también que, si pudiera, si tuviera la menor de las posibilidades…

Maurizio, que está enfrente, murmura. Basta, Jacopo, basta, a lo mejor viene alguien, vamos, vámonos ya de aquí.

Jacopo aparta la mano, retrocede y ella hace el mayor esfuerzo por no agarrarlo del brazo. La piel del borde del cuello del corpiño se queda herida y desnuda.

—No podéis quedaros aquí —le susurra él en la lengua del lejano sur—. Lo sabéis. Debéis iros lo antes posible. Procurad venir por todos los medios.

Y se van sin mirar atrás, y ella se queda sola otra vez.

Una presencia maligna y depredadora

El castello, Ferrara, 1561

Después de recibir la carta de su madre Lucrezia deja de sentir la necesidad de moverse. Sigue pasando el tiempo al aire libre, pero ya no pasea, se queda mirando el cielo. Come poco, no desea la compañía de ningún cortesano. Una noche, después de cenar, Nunciata ordena a los *evirati* que canten, pero, antes de que terminen, Lucrezia se va so pretexto de estar cansada. ¡Descansa —dice Nunciata a voces al verla irse—, sobre todo descansa! ¡Necesitas descansar!

Esa noche, encerrada en su cama del *castello*, sueña que va por un sitio húmedo y neblinoso de calles estrechas y canales de agua inmóviles. La acompañan niños, que andan delante y detrás de ella. No tienen una forma corpórea clara, pero sabe, con la lucidez de los sueños, que son niños, los que no han nacido todavía, los que esperan como actores preparados para entrar en escena, aguzando el oído, aguardando el pie, su señal. A pesar de los temores diurnos en relación con la concepción y la maternidad, desea tocarlos, notar sus cuerpecitos al lado del suyo, acariciarles el sedoso pelo, besarles los pliegues de la mano: estos impulsos le laten por todo el cuerpo y le dan la sensación de un río que traspasa sus orillas para formar pequeños afluentes que discurren en direcciones inesperadas. Los niños del sueño que van a visitarla desde un futuro incognoscible evitan que los toque, se esconden en los portales de los edificios o se desvían por curiosos puentecitos de piedra y la mano de Lucrezia palpa únicamente aire húmedo. Los rostros no se distinguen, miran a otra parte, los flexibles dedos se escurren entre los suyos. ¿Dónde estáis?, intenta preguntarles. ¿Qué sitio es este? ¿Cómo puedo encontraros y cuándo vendréis? Pero ellos no responden o no la oyen. Están ocupados, se llaman unos a otros sin dejar de caminar por callejones y embarcaderos, mientras las voces pasan de un lado a otro como lanzaderas: el aire neblinoso, el telar; las palabras, un hilo fantasmagórico.

En la habitación, antes de irse a la cama, Emilia quema resina de ámbar en un cuenco. Quiere que Lucrezia duerma bien y mucho tiempo. Su madre siempre le decía que el sueño tiene virtudes curativas.

Unos hilos grises de humo se extienden por encima de la cama en la que se encuentra Lucrezia, con los ojos cerrados, aferrada a las mantas.

Sueña que está en un cuadro de los que adornan las paredes de su padre, andando descalza por el suelo oscuro y regado de hojas y flores de primavera: blancas, rojas, de un delicado amarillo. En el sueño le

preocupa aplastarlas con los pies, así que pisa con cuidado, eligiendo el camino, teme notar que troncha un tallo o arruga pétalos al pasar. Oye voces de mujeres que cantan entre el denso follaje; entrevé sus túnicas finas y claras mientras dan vueltas unas alrededor de otras, bailando con soltura. Pero la esquivan, siempre están delante o a un lado. Entre las ramas acecha una presencia maligna y depredadora: lo sabe o lo recuerda, no está segura, pero exhala un aire helado entre los troncos de los árboles que le lame con insistencia los brazos desnudos. La conciencia de que no puede bajar la guardia, de que tiene que evitar a ese ser cueste lo que cueste, le da vueltas en la cabeza como el humo. Tal vez sea un semidiós, o la personificación de un elemento, o un espíritu de los árboles empeñado en vengarse o en cobrarse una presa. Busca a las mujeres de las túnicas claras, o tal vez ha venido por ella. Es imposible saberlo. ¿Las mujeres pueden salvarla? Tampoco lo sabe. Despeja el camino de hiedra y ramas con las manos heladas y sigue andando con la esperanza de que no suceda nada malo. Es importante no pisar las flores y no tocar la fruta que cuelga, baja, por encima de su cabeza: esto es lo único que sabe.

El *castello* la envuelve en su silencio, Lucrezia está en la cama, encogida sobre sí misma; Emilia en su jergón, con la boca abierta, roncando suavemente. Nunciata duerme en el piso inferior, de lado, con el perrito entre los brazos. Mucho más abajo, en la caseta del foso, un guardián se despierta al oír una sola llamada en la enorme puerta de madera, y después otra. Prácticamente dormido, avisa a su compañero, se levantan, bostezan, abandonan los juncos sobre los que dormían.

Las cadenas del puente levadizo no chirrían cuando los guardianes las bajan: engrasan el mecanismo varias veces a la semana. Es parte de su trabajo. Es importante —les ha dicho siempre el *consigliere*— que el puente suba y baje sin despertar a nadie, para que el duque pueda entrar y salir cuando le plazca sin alertar a todo el mundo.

Los guardianes, medio dormidos todavía, se quitan la gorra y hacen una profunda inclinación de cabeza cuando dos caballos entran en el *castello*.

Lucrezia está soñando otra vez. Ahora se encuentra en una estructura redonda, un molino tal vez. Se oye ruido de moler, de piedra contra piedra. Ve a Sofia a la izquierda, que se dobla por la cintura mientras da vueltas y vueltas a una rueda que sujeta con las manos. Es un trabajo extenuante y tiene la cara cubierta de sudor; agarra la rueda y jadea. Lucrezia se acerca, quiere ayudarla, pero Sofia le hace gestos negativos con la cabeza. Sin mirarla, le dice: «Ya sabes lo que tienes

que hacer».

El ruido de moler se intensifica y Lucrezia, en el sueño, quiere taparse los oídos con las manos. «No lo sé —grita, sobreponiéndose al ruido—. ¿Qué tengo que hacer?»

Sofia se vuelve y la mira severamente. «Ya lo sabes», le dice.
Se despierta sobresaltada, recobra la conciencia de repente y su boca repite las palabras: Dímelo, dímelo.

No hay nadie en la habitación. Una luz limpia y blanca suaviza los contornos de los muebles y tamiza los colores de las telas. Se nota en el aire un olor de resina quemada y las paredes parecen extrañamente desnudas.

Vuelve la cabeza y ahí está Alfonso, sentado en el borde de la cama, cerca de ella, tocándole la cadera con la mano. Al parecer ha vuelto de Módena, pero ¿por qué?, si le habían dicho que estaría ausente quince días más. ¿Qué hace aquí? No lo ve desde que entregó el vestido del retrato, cuando le ordenó que no saliera de sus habitaciones. ¿Cuánto hace de eso? ¿Una semana o tal vez más?

—No quería despertarte —murmura—. ¿Has dormido bien?

Perpleja, lo ve inclinarse hacia ella, cada vez más cerca. ¿Qué quiere hacerle? La cara y el torso se aproximan más y más y ella se encoge entre las almohadas, pero no hay vía de escape, no es posible aumentar la distancia entre los dos.

Alfonso le da un beso breve en la sien, después se retira sin haberse percatado aparentemente de su rechazo.

—Estabas soñando —le dice— y murmurabas algo… pero no lo he entendido. Parecía algo grave.

Sigue hablando, le cuenta cómo se estremece su perro cuando duerme, parece que sueña con cazar conejos, le cuenta que Nunciata tenía pesadillas de pequeña y que por eso las niñeras se desesperaban, porque las despertaba todas las noches con sus gritos. Y lo extraño que le parecía que Nunciata se debatiera y chillara.

A Lucrezia le asombra que, después de la larga ausencia, esté en la habitación con tantas ganas de hablar. ¿Se le ha olvidado lo que pasó con Contrari, lo que pasó entre ellos dos? ¿No se acuerda de que le ordenó no salir de sus habitaciones? También le asombra que vuelva a ser el duque al que conoció en las murallas aquel día, el que iba del brazo de su hermana. El hombre que puso cara de ratón. Es el hombre con el que se desposó en el altar de Santa Maria Novella hace menos de un año. Tiene muchas encarnaciones y no está segura de haberlas visto todas todavía. Una es este hombre: simpático y divertido, que ladea la cabeza, que sabe conversar, cogerle la mano, tratarla con cariño y consideración, que se remanga las mangas del

giubbone y enseña la piel morena de las muñecas.

Piensa en todo lo que desea decirle: que quisiera irse, volver a Florencia, que lo que le hizo a Elisabetta y a Contrari fue bárbaro, inhumano, que jamás podrá volver a quererlo, que aborrece lo que le hace por las noches, que la horroriza la idea de darle un hijo, que quiere irse lejos, muy lejos de él. Estas frases le pasan por la cabeza como el viento frío en el bosque del sueño. Pero no las puede atrapar, no puede pronunciarlas ahora, que está sentado aquí, tan amable, tan afectuoso, sujetándole la mano y preguntándole qué tal está, diciéndole que lamenta que no se haya encontrado bien, que ha llamado al médico porque no quiere que contraiga ninguna enfermedad.

Este hombre sin duda es distinto del que ordenó la muerte de Contrari. No pudo haber sido él. Este es su marido, que la ama, o eso parece; ese fue el gobernador de Ferrara. Son el mismo hombre; son hombres distintos, el mismo, pero diferentes.

—Me han dicho que tienes náuseas y que no puedes comer. ¿Es cierto?

Está muy cerca de ella, sujetándole el brazo, con una media sonrisa en la cara.

—Pues… No, es más… —intenta ordenar los pensamientos—. ¿Quién te lo dijo?

—Me escribió Nunciata. ¿Es cierto?

—Estoy… He perdido el apetito.

—El médico está aquí fuera —le dice con una gran sonrisa, poniéndose de pie—. ¿Puedo decirle que entre?

Lucrezia está confusa. ¿Por qué le ha escrito Nunciata para decirle que ha perdido el apetito? Y ¿por qué de repente Alfonso está tan encantador y atento con ella?

—No necesito al médico —protesta ella—. No me hace falta…

—No temas nada. Es el mejor de toda la región. Te cuidará muy bien. He mandado salir a tus damas, pero yo me quedo aquí contigo todo el tiempo.

Lucrezia se sienta en la cama.

—Alfonso, ¿por qué…?

El médico cruza el umbral de la puerta y hace una profunda inclinación de cabeza, primero a Alfonso, después a Lucrezia. La calva le reluce, lleva un maletín rígido, de cuero.

—Excelencia —dice, acercándose a la cama—. Su excelencia el duque me ha pedido que os examine. ¿Me permitís tomaros el pulso?

Inclina la cabeza otra vez al final de estas palabras y, cuando ella asiente, unos dedos helados le cogen la muñeca.

El hombre espera mirando al techo. Después le pide que abra la boca para verle la lengua. Le mira los dos oídos, se arrodilla y toma nota de lo que hay en la bacinilla de debajo de la cama. Le pone una mano en la frente, en el brazo; le pide que le enseñe el pecho y el abdomen. Le palpa el estómago, al principio con cuidado, después ejerciendo más presión.

—¿Y bien? —pregunta Alfonso cuando el médico le indica a Lucrezia que puede bajarse la camisa.

Lucrezia ve que el hombre está tenso, tiembla de una forma inusual, se le marca un tendón del cuello, los ojos se le iluminan con una luz ávida.

—Creo que es improbable que su excelencia esté encinta. El estómago está blando, las venas no se han agrandado; me arriesgaría a decir que su excelencia tiene un exceso de humor bilioso. Parece que ha perdido el ánimo y quizá le convendría…

Alfonso estampa la mano contra la pared y Lucrezia y el médico se asustan.

—¿Creéis que el ánimo es lo que me interesa? —escupe Alfonso.

Da medida vuelta, de espaldas a los dos, con la cabeza gacha. El médico mira a Lucrezia sin saber qué decir y Lucrezia responde con un silencioso encogimiento de hombros, como diciendo, yo no puedo ayudaros.

El médico se endereza como reuniendo valor y cambia de tema.

—Comprendo que esto sea una decepción para su excelencia, pero no debemos dejarnos llevar por la desesperación. No hay motivo para que su excelencia no quede en estado de buena esperanza muy pronto. Es joven, goza de salud. Tiene un color excelente, no le falta ni le sobra peso. Su rostro es bonito y sonrosado y goza de buena circulación: todo indica que pronto concebirá.

Alfonso se vuelve. Se ha metido la mano entre los botones del *giubbone*, la mano que estampó contra la pared, como si quisiera refrenar un impulso, evitar delatarse otra vez. Dedica a Lucrezia una mirada evaluadora y sale de la habitación haciendo al médico un gesto para que lo siga. La puerta entre la alcoba y el salón se cierra.

Lucrezia aguza el oído un momento y, cuando capta voces al otro lado de la puerta, sale de la cama y pega la oreja a los listones.

—… ya casi un año —dice Alfonso en voz baja; debe de estar yendo de un lado a otro porque el volumen de la voz sube y baja y, además, se oyen también los pasos—, tiempo más que suficiente, ¿no creéis?

—El cuerpo de las mujeres es un instrumento delicado —responde el médico— y se precisa tiempo y cuidados para producir la música

deseada…

—Según vos, ¿cuánto tiempo más hasta que produzca un hijo? —inquiere Alfonso.

El médico hace una pausa como si calibrara la situación en la que se encuentra, los pros, los contras y las posibles implicaciones para su persona.

—Disculpad, excelencia —dice el médico— que os haga semejante pregunta, pero ¿con qué frecuencia yacéis con ella?

—Depende. A menudo. Todas las noches.

—Si me lo permitís, os aconsejo un sistema regular cada cinco días, con un periodo de abstinencia entre una vez y la siguiente. De este modo la semilla se enriquece y madura y cae en el suelo fértil de la mujer. Todo lo que supere esta medida acarrea un exceso de ansia, que hace mella en el cuerpo y el cerebro del hombre.

—¿Cada cinco días?

—Sí, excelencia. Y que ella hable con su confesor en el periodo de abstinencia para que esté debidamente absuelta. Se ha demostrado que es un método sumamente eficaz, según la ciencia grecorromana. Además, y con todo el respeto y la venia de su excelencia, en esas ocasiones se considera que lo mejor es que el hombre se ciña únicamente a los abrazos de su mujer, que no gaste sus energías en otras…

A Lucrezia le llama la atención que Alfonso interrumpa al médico en este momento, que hable al mismo tiempo que él y no le deje terminar lo que quería decir.

—Sin embargo, a ella le pasa algo —musita Alfonso, y Lucrezia se lo imagina frunciendo el ceño, yendo de un lado a otro—. ¿Acaso no lo veis?

—¿A qué se refiere su excelencia?

—Algo que no es bueno.

—¿Algo que no es bueno? —repite el médico, vacilante—. No estoy seguro de que…

—No es fácil de definir. Hay algo en ella, algo desafiante. A veces la miro y lo percibo… como si un animal viviera detrás de sus ojos. Yo esto lo ignoraba antes de los esponsales, no tenía la menor idea. Me aseguraron que era una mujer equilibrada y que gozaba de buena salud. Parecía tan dócil, tan encantadora, tan joven e inocente. Pero ahora que lo veo no sé cómo no me di cuenta. Temo que siempre habrá algo en ella que no se doblegará ni se dejará gobernar.

—Mi señora da la impresión de ser totalmente… —dice el médico en tono neutral.

—Sospecho —Alfonso habla en un tono tan bajo que Lucrezia

tiene que esforzarse para oírlo— que evita quedar encinta por voluntad propia, por algún desorden del carácter. ¿Es posible que una mujer tenga el ánimo tan trastornado que no haya esperanza de que la semilla de un hijo prenda en sus entrañas?

Lucrezia oye la vacilación del médico antes de responder.

—Nunca he oído tal cosa —dice al fin, comedidamente—. Mi señora procede de una familia excelente. ¿Tal vez aludís a cierta tendencia al exceso emocional en la duquesa?

—Es posible. Sería una forma de decirlo.

—Os aseguro que es muy común entre las mujeres jóvenes. Me atrevería a decir que la vuestra tiene un exceso de calor. Su sangre es muy caliente, condición que puede afectar al estado mental de la mujer. Esto tiene tratamiento, desde luego. Por lo general es fácil de remediar. Recomiendo una serie de sangrías, aplicación de ventosas y una fórmula de hierbas y minerales que yo mismo le prepararé. Que coma cosas frías, un poco de carne de ave, verduras, carne roja, queso y leche a diario. Ni especias, ni caldos, ni pimientos ni tomates. Rodeadla también de cosas amables y fructíferas. Nada de imágenes de animales salvajes, como las que he visto en la pared de la alcoba. Esos huesos, plumas y artefactos salvajes deberían retirarse de su vista. Que haga ejercicio suave una vez al día y que descanse después de las comidas, en la cama, y después de despertarse. Nada de emociones fuertes, ni baile, ni música ni ocupaciones creativas, ni lectura, salvo textos religiosos.

—Muy bien.

—Estoy seguro de que lo que tanto deseáis sucederá.

Se oye un arrastrar de pies, un recrujir de tela, como si el médico se dispusiera a marchar y retrocediera haciendo una reverencia. Lucrezia está a punto de volver a la cama, por si Alfonso entra de nuevo en la alcoba, cuando oye decir al médico: «Ah, y recomiendo que le corten el pelo».

—¿El pelo?

—Es del color del fuego, excelencia —dice, como si le desagradara—, y tiene mucho. Da mucho calor, inflama. Necesitamos enfriarla, no lo olvidéis, contenerla. Os aseguro que cortarle el pelo la ayudará.

Le mandan un puñado de criados, que llegan con cajas y sábanas. Clelia supervisa la retirada de los cuadros de las paredes: la garduña, regalo de compromiso, los bocetos de Lucrezia de la mula blanca, un cuadrito de un zorro, una escena de una cierva perseguida por perros, el retrato de una mujer con un cachorro de leopardo que se encontró en un salón de la *delizia* y se llevó a sus habitaciones. Cuando

empiezan a desmantelar sus colecciones de plumas, muestras de minerales y fragmentos de corteza, Lucrezia se levanta como movida por un resorte y se interpone entre los criados y sus tesoros. Como hacen caso omiso de sus protestas, se pone a coger todo lo que puede, a llenarse los brazos y las manos, pero, antes de darse cuenta de lo que sucede, entran dos guardianes del pasillo y le quitan las piedras y las plumas, le ponen las manos encima, la retienen. Emilia grita, no la toquéis, no os atreváis, apartaos de ella, y Clelia la regaña, le dice que se calle, y la cara de los guardianes es gris y desgraciada, como la de las gárgolas, y Lucrezia se va al asiento de la ventana, se acurruca y esconde la cabeza entre las rodillas.

Le quitan el manojo de púas rayadas de puercoespín, el musgo y los líquenes secos, el plato de huesos de albaricoque, tan limpios y pulidos que brillan, y lo meten todo en cajas y se lo llevan.

En su lugar, Clelia cuelga un cuadro de un cuenco con limones e higos, una escena clásica de hombres que sujetan lanzas solemnemente, en círculo, y una representación anodina de la Virgen con un halo descomunal que sostiene pasivamente a un Niño Jesús envuelto en un paño.

Se llevan los libros «para evitar emociones», le explica Clelia, y sus cuadritos, el papel vitela y las tizas. Le dejan un poco de papel y tinta para escribir cartas.

Traen un paquete de hierbas con instrucciones: que las tome antes de la cena. Clelia echa agua caliente encima de las hierbas secas, que despiden un olor nauseabundo.

Lucrezia mira el tazón. Es un líquido verde oscuro con partículas negras flotando en una superficie espumosa. Se lo lleva a la boca, pero el olor es tan repelente, tan fuerte, que le dan arcadas antes de probarlo siquiera.

—Bien, eso es —dice Clelia, que la mira desde el otro lado de la estancia—. Os purgará del calor sobrante. Ya empieza a hacer efecto.

Lucrezia contiene la respiración, inclina el cuenco, intenta tragar. La tisana es espesa y viscosa; una mezcla de sabores encontrados de mantillo, menta amarga y anís picante le inunda la boca y le envuelve la lengua y las vías respiratorias. Le dan arcadas otra vez, tose, escupe y nota que una parte del líquido se le cuela hasta el esófago; el resto se va garganta abajo.

—Rápido —dice Emilia, que está a su lado—, comed esto. —Le da un trocito de queso—. Os quitará ese sabor.

Lucrezia se mete el queso en la boca; la suavidad lechosa se lleva la acritud de las hierbas del médico. Se estremece y devuelve el tazón a Clelia.

Después de la comida del mediodía se presenta un secretario con un recado de su excelencia: la duquesa debe reposar.

Emilia y Clelia la acuestan en la cama, la arropan y meten los faldones de las mantas por debajo del colchón de plumas. Ahí se queda, con una furia dentro que se incendia y crece. Tumbarse así en pleno día, mirando el dosel de la cama. Es insoportable. No puede hacerlo.

Llega Clelia con unas tijeras, que semejan dos grullas de pico muy largo, y con órdenes del duque de cortarle el pelo en cumplimiento de los consejos del médico.

Lucrezia coge las tijeras, las sopesa, introduce los dedos en los huecos que hay entre las patas y el pico de las grullas.

No permitirá que nadie lo haga: ni Clelia, ni Emilia, ni Nunciata, que se presenta con la intención de empuñar las tijeras, casi como si disfrutara con la idea de cortar esos mechones de pelo de Lucrezia. Es por tu bien —le dice, e intenta quitarle las tijeras de las manos— ya lo verás. Enseguida quedarás encinta y no echarás de menos todo este pelo ni un poquito.

Lucrezia contesta que, o se lo corta ella misma o no se lo corta nadie.

Se pone delante del espejo con el pelo suelto. Advierte lo largo y abundante que baja por la espalda, le acaricia las piernas y cae desde la cabeza hasta los tobillos. Un día, con un mechón en la mano, su madre le dijo que era «su único tesoro», como si no pudiera creer que la menos prometedora de sus hijas hubiera merecido semejante don. Lucrezia sabe que era la envidia de sus hermanas, que nunca consiguieron tenerlo tan largo. Maria e Isabella se preparaban lociones de malvavisco y ramitas de sauce y se las aplicaban en el pelo la una a la otra, pero cuando la melena les llegaba a la cintura, se les abrían las puntas y se les secaba. Por otra parte, Lucrezia nunca se hacía nada más que cepillárselo de vez en cuando, pero tenía una mata frondosa y reluciente, con ondas y meandros como un río dorado rojizo. Maria le cogía unos mechones y se los ponía en la cabeza diciendo: «Te lo voy a cortar y me lo voy a poner yo», amenaza que siempre hacía llorar a Lucrezia —la idea de ver a Maria por ahí con su pelo en la cabeza sujeto con horquillas le parecía una traición, una violación— y Sofia tenía que acudir a separarlas.

Maria no cumplió su amenaza. Pero ahora Lucrezia tiene que cortárselo y Maria nunca se lo podrá robar.

Se mira en el espejo. Está pálida, sin sangre en las venas, los ojos enormes en las cuencas. Da miedo, está decidida. Ve la cascada de cabello, el sol que invade las ondas y los rizos, que habita entre los

tibios espacios. El médico ha dicho que le da calor, que la capa de pelo le da calor; que le crea sentimientos rebeldes, que le trastoca el orden natural, que le descompensa los humores.

Coge unas guedejas con una mano y empuña las tijeras con la otra. Detrás está Emilia, la ve en el espejo, ve que se estremece y se tapa la boca. Nunciata sigue parloteando de embarazos y de la continuidad del linaje familiar y de que siempre hay que hacer sacrificios en la vida, y se inclina hacia delante sin perder de vista a su cuñada.

A Lucrezia le tiemblan los dedos un poco, tal vez no por el rechazo, es más un estremecimiento crudo. Va a hacerlo, está a punto de hacerlo. No quiere, pero no ve otra salida. Si no lo hace ella lo hará otro, pero no está dispuesta a consentir que se lo corte nadie. Si tiene que ser así, lo hará ella. Es su pelo, es su cabeza. Que se lleven los cuadros y las pinturas; que le llenen el cuerpo de remedios, de comida fría y de otras cosas, además; que le toqueteen y le palpen el estómago y que le miren la garganta; que la encierren en sus habitaciones, pero el pelo se lo corta ella sola antes que permitir que se le acerque nadie con las tijeras.

Abre las tijeras y las introduce desde la oreja, se dispone a cerrarlas de golpe.

No, grita Emilia, ahí no.

No tan cerca de la cabeza, advierte Nunciata, no hace falta que esté tan corto.

Emilia se adelanta y señala con los dedos un sitio en el brazo de Lucrezia, mirando a Nunciata en el espejo, pidiéndole aprobación. Nunciata hace un gesto negativo. Emilia pone el dedo por debajo del hombro de Lucrezia, que es, se dice Lucrezia, por donde lo lleva Emilia cuando se lo suelta.

Nunciata asiente después de pensarlo un momento.

Lucrezia coloca las tijeras en el sitio indicado y, sin cerrar los ojos, las pone en acción.

El ruido es más fuerte de lo que esperaba. Un «chaaasss» limpio y metálico.

Los mechones cortados huyen, acobardados, de las afiladas tijeras. Los tiene ahí, en la palma de la mano: toda una vida creciendo: la parte más oscura y cercana a la cabeza es la del comienzo de la edad adulta, tal vez; la más clara y alejada es parte de la infancia. Le parece extraordinario que estos mechones hayan estado unidos a ella tanto tiempo, desde que era pequeña, en las habitaciones de los niños, hasta ahora, hasta aquí, en esta habitación, en este momento, donde su vida ha terminado.

Deja el mechón con cuidado en un cofre que tiene al lado y se vuelve hacia el espejo.

Chis, chas, chis dicen las tijeras, las dos hojas trabajando en combinación, pero también la una contra la otra, y enseguida desaparece todo el pelo, cortado a la altura de los hombros, y lo que ve en el espejo no es Lucrezia, sino otra persona, un títere o una criatura del bosque, de ojos grandes y rostro blanco y asustado. Una inválida, una penitente.

Deja el último lustroso mechón en el cofre y se pasa la mano por el pelo, ya cortado. Las puntas están afiladas y le pican los dedos. Le sorprende lo ligera que nota ahora la cabeza, la facilidad con que se vuelve, el frescor que se le cuela por el cuello desnudo.

Detrás de ella, Emilia llora mientras recoge las guedejas cortadas. Dice que las van a guardar, que se pueden usar para algunos peinados sujetándolas con horquillas a la cabellera que le ha quedado y así parecerá como siempre, si se hace bien y Lucrezia quiere.

—No, no quiero —dice Lucrezia.

—Pero, mi señora…

—Quémalas.

—No puedo. No…

Nunciata deja el perro en el suelo y se acerca.

—Alfonso ha dicho que quiere el pelo.

—¿Alfonso? —inquiere Lucrezia, volviéndose.

—Sí. Me ha pedido que…

—¿Por qué?

—¿Qué se yo? —replica Nunciata, exasperada—. No somos quiénes para oponernos a sus caprichos.

Lucrezia ve que Clelia coge el cabello de las manos de Emilia, lo ata, lo peina, lo enrosca sobre sí mismo y lo envuelve en un paño. Luego Nunciata se lo lleva estirando el brazo al máximo y se va con el perrito ladrando atado a la correa.

Lucrezia siente un fuerte impulso de arrebatarle el paquete, de guardarlo, de destruirlo. No le gusta que se lleven una parte de sí para dársela a Alfonso. ¿Qué va a hacer con el pelo? ¿Guardarlo en un cajón, o bajo llave en un armario?

La puerta se cierra al salir Nunciata y el pelo ya no está. Lucrezia da media vuelta. Las criadas barren el suelo, limpian los cofres, retiran los platos, preparan el bebedizo de hierbas diario: el día ya es la tarde, continúa y termina como todos los demás, como si nada hubiera cambiado.

Las acogedoras habitaciones están vacías. Lucrezia va de una pared a otra, de la alcoba a la ventana que da a la plaza. No mira el cuadro de

la Virgen ni el del cuenco de fruta: limones hinchados, higos a punto de reventar. Evita mirarlos. Si no le permiten tener sus propios cuadros no dejará que sus ojos contemplen estos.

Extrae cierto consuelo de esta pequeña rebelión.

Puede salir de sus habitaciones un cuarto de hora, al claustro, a tomar el aire, siempre y cuando se abrigue con las pieles y se proteja de los húmedos vientos invernales.

Anda tan deprisa como puede, nota el paso de la sangre espesa por las venas y los rápidos latidos del corazón en el pecho. No pierde de vista el reloj de sol, observa el avance de la sombra. El guardián la avisará cuando se le acabe el tiempo y tenga que volver a sus habitaciones.

Emilia idea una forma de peinarla que oculta la gran cantidad de pelo que ha perdido. Trenza mechones en la frente para dar la impresión de abundancia, se los pasa por encima de las orejas y sujeta las puntas con una diadema de perlas del baúl de bodas.

Clelia dice que no le gusta. Al día siguiente la peina ella; se moja los dedos y se lo retira hacia atrás formando rizos.

Emilia opina que ese estilo no resalta el largo cuello de su señora.

Al tercer día Lucrezia dice que se va a peinar ella sola.

Las criadas la observan de soslayo, enfurruñadas, sin mirarse la una a la otra.

Lucrezia se inventa recados y las manda a lugares lejanos del *castello* o les pide que le traigan cosas de las cocinas o que le lleven golosinas a la mula a los establos. Cualquier cosa con tal de deshacerse de ellas un rato y quedarse a solas con sus pensamientos.

Cada cinco días Alfonso va a su cama. También él despide a las doncellas, pero por otros motivos.

Ya no se acerca quitándose la ropa por el camino ni retira los cobertores para contemplarla. Se arrodilla al lado del lecho, insiste en que ella haga lo mismo y, con las cuentas del rosario entre los dedos, dirige la oración. El acto en sí es rápido, intencionados y cuidadosos sus movimientos.

No nombra el pelo ni una sola vez.

Después, siempre es amable. Le cuenta lo que ha sucedido en la corte, las canciones que se cantaron durante la cena, quién recitó tal poema, quién tiene una aventura amorosa con quién. También habla de asuntos de Estado, tanto de Ferrara como de fuera. Dice que ha ido al taller del Bastianino a ver el progreso del retrato de casada y que está muy satisfecho con los avances. Le pregunta cómo se encuentra: ¿tranquila, más tranquila, sin calor, más fresca? ¿Percibe algún cambio en sí misma, en el cuerpo? ¿Desea comer o beber alguna cosa

en especial? ¿Puede hacer algo por ella?
Le recuerda que tiene la obligación de confesarse. Puede salir de sus habitaciones para ir a ver al confesor.
Las visitas de Lucrezia al confesor menudean. Por primera vez insiste en ir a misa al menos una vez al día.
Cuando va y viene de la capilla todos comentan que eso está muy bien, que pida un hijo a Dios. Todo el *castello* ruega por la bendición de un heredero para la pareja. La guardia, las doncellas, la servidumbre, los ayudantes de cámara, todos miran con respeto a la pequeña duquesa cuando se santigua ante el altar.
Para ir a la capilla tiene que bajar un tramo de escaleras hasta un claustro, después otro más y cruzar la terraza de los naranjos. Pasa por la puerta de la *Sala dell'Aurora* y por otra más pequeña. Lo hace muy despacio, siguiendo las instrucciones del médico. No debe correr, debe ahorrar energía. A menudo entrevé a algunos cortesanos, a la servidumbre que se afana de la cocina al comedor, del salón a la portería. Llega a ver fácilmente unas quince o veinte caras más.

Cuando vuelve a su habitación hace esbozos de estas caras, rápidos, con la tinta y el papel de escribir cartas, y después quema las pruebas.
El médico va a visitarla regularmente. Al principio Lucrezia aborrece estas visitas, que le toquetee el cuerpo, que le apriete el punto del pulso, que le ponga copas calientes de cristal en la espalda, que extraiga información de su piel, del cuello, de la lengua.

Sin embargo, al cabo de un par de semanas empieza a agradecer el cambio, la distracción de la monotonía. Le pregunta por su familia, el nombre y la edad de sus hijos, si la perra preñada ya ha tenido cachorritos y qué tal está su mujer, si se le ha pasado el dolor de las piernas. Si su hijo mayor tiene todavía señales de melancolía. Si su hija sigue negándose a estudiar música.

La sangre menstrual llega el día que se la esperaba. Alfonso tarda una semana en ir a verla.
Cuando el tedio es insoportable Emilia juega con ella a unas cartas que Lucrezia trajo consigo de Florencia; tienen imágenes de torres, puentes y árboles. Los bordes están gastados de tanto jugar con ellas en las habitaciones de los niños del *palazzo*; se las frota contra las mejillas, las huele por si les quedara algún rastro de Sofia, de Isabella o de sus hermanos.

Después de jugar —y Emilia lo hace bien, entiende las reglas y la estrategia rápidamente— Lucrezia se sienta a la ventana y apuesta a ver si la gente que pasa por las calles va a torcer a izquierda o a derecha. Emilia le lleva papel y tinta y se da la vuelta, finge que no ve

que su señora se pone a dibujar en vez de escribir una carta.

Y si Lucrezia grita por la noche, Emilia acude y la abraza con fuerza, como hacía Sofia. Le aparta el pelo de la frente, le pasa un pañuelo por la cara y dice, vamos, vamos. Le cuenta historias que le contaba su madre: de hadas que conceden deseos y de duendes que tenían una espada mágica. Le cuenta que a las criadas del *palazzo* de Florencia Lucrezia les imponía mucho respeto, que algunas incluso la temían.

Y así Lucrezia deja de llorar. Y le pregunta por qué.

Porque, le dice Emilia, corría un rumor sobre vos. Alguien juraba que cuando erais pequeñita os vio tocar a un tigre. Y que el tigre no os hizo nada, que se dejó acariciar. Siempre decían que habíais encantado a la fiera como una maga. Imposible, claro, pero…

No, imposible no, dice Lucrezia, ni mucho menos.

Después cierra los ojos y se duerme. El anaranjado flanco rayado de un animal que recuerda remotamente, con largas patas y una mirada ambarina y trémula entra y sale de sus sueños.

No acaba de saber qué siente cuando piensa en quedarse encinta. Quiere que este confinamiento en sus habitaciones, estas hierbas y estas visitas del médico terminen de una vez y, al parecer, solo será posible si concibe.

Pero pensar en que el cuerpo se le va a hinchar a medida que el niño crezca, en darlo a luz, en cuidar de su educación, de su salud, de su vida, y en que después deba concebir otro… la sobrepasa, cree que no está preparada. Recibirían a un varón con gran júbilo y alivio, lo sabe, pero entonces lo moldearían para un solo destino: ser duque. A una niña se le exigiría hacer lo mismo que ha hecho ella, desarraigarse de su familia y de su lugar de nacimiento para arraigar en otra parte en la que tendrá que aprender a medrar, a reproducirse, a hablar poco y hacer menos, a quedarse en sus habitaciones, y a cortarse el pelo, y a evitar las emociones, y a contener la estimulación y a someterse a todas las caricias nocturnas que le salgan al paso.

¿Qué sentiría si estuviera encinta? ¿Cómo recibiría la nueva? Le permitirían salir de la alcoba y tomar parte en la vida de la corte otra vez. Pero en su cuerpo brotaría una persona, un ser completamente aparte sobre cuya cabeza se amontonarían toda clase de esperanzas. El hijo de Alfonso, el heredero de Alfonso, el futuro duque de Ferrara.

La sangre menstrual llega otra vez, con varios días de retraso, con insolencia y despreocupación.

Ante semejante calamidad se convoca al médico de nuevo. El médico solicita examinar los paños. Lucrezia espera en el borde de la silla, mirando a un lado, con las manos debajo de las piernas, mientras el

médico informa a la descontenta Nunciata, que está sentada en el escaño, y a Alfonso, que está de pie junto a la ventana, vuelto de espalda, de que la sangre menstrual es «poco espesa» y sí, está «demasiado caliente».

Le dan otro brebaje de hierbas que tiene un regusto ácido y huele a levadura.

El médico ordena que le permitan dibujar niños de pecho, no más de una o dos veces al día. Niños fuertes y sanos, dice, y varones.

Llena páginas y páginas de niños. Caritas blandas, inocentes, brazos y piernas como perlas. Niños que ve desde las ventanas del *castello* o en sueños, andando por un canal o por un puentecillo arqueado. Niños de pecho a espaldas de sus padres, en la cuna, a caballo; niños de pecho que levantan el vuelo extendiendo unas alas plumosas y se funden con el cielo y sobrevuelan las copas de los árboles.

Nunciata, que parece disfrutar con su papel de única hermana que le queda a Alfonso, que está encantada de irrumpir en las habitaciones de Lucrezia varias veces al día para informarle luego de lo que hace su mujer, aparece por detrás de ella para ver lo que está dibujando.

Frunce el ceño al ver a los niños volando por el aire.

Lucrezia coloca una fila de copas de vino en el alféizar de la ventana, las llena con diferentes cantidades de agua y crea una escala musical completa dando un golpecito con la uña en el borde de cada una. Se dedica horas a esto, lo hace una y otra vez, hasta que logra sacar varias melodías.

Clelia la observa en silencio desde el otro lado de la habitación, devanando lana enrollada en el respaldo de una silla.

Lucrezia coge un puñado de muestras de minerales, que se quedaron olvidados en su *credenza* y, al ver que han perdido el brillo, las pone en un plato con agua.

Al día siguiente el nivel del agua ha bajado.

¿Será que se la han bebido los minerales?

Fascinada, se arrodilla, coge una y la sacude, a ver si oye agua dentro.

Emilia le dice que es imposible, que las piedras no beben. Es el calor del aire lo que se lleva el agua. Clelia dice que esa es una idea fantasiosa. Nunciata arruga la nariz y dice que jamás en su vida había oído una tontería tan grande.

Pero Lucrezia está segura. Las piedras beben. Echa más agua en el plato y lo tapa con un paño.

Tal como esperaba, al día siguiente falta la mitad del agua.

Se lo cuenta a Alfonso mientras él se viste. Le dice que si quiere ver los minerales. Él vuelve la cabeza y la mira un largo rato, de pie entre

la cama y la ventana, sorprendido en el acto de abrocharse la camisa. Su expresión es inescrutable, fija, con el pelo caído sobre un ojo y los dedos quietos, en posición, sujetando todavía los lados de la camisa. Casi parece triste y Lucrezia querría preguntarle, ¿qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

Entonces parece que olvida lo que le había pasado por la cabeza. Se abrocha la camisa rápidamente, se retira el pelo de la cara y se sienta en una silla enfrente de la cama, cruzado de brazos y con una pierna encima de la otra.

—Me parece —dice, y carraspea un poco— que el tratamiento de este médico no te sirve de nada. ¿Estás de acuerdo?

Lucrezia se sienta con la espalda recta; tiene que apretar las manos debajo de las mantas para contener las ganas, para que no se le noten. Ten cuidado, se dice, aparenta calma.

—Lo aborrezco —se oye decir, a pesar de la intención que tenía —. No soporto estar encerrada así. Es intolerable. Tienes que dejarme salir, tienes que devolverme la libertad. —Se clava las uñas en las palmas… que no parezca que te calientas, adopta una actitud fría—. Quiero decir que no estoy segura de que esos remedios me sirvan para algo. Creo que…

—He consultado a otro médico de… —Alfonso vacila un momento, como si quisiera recordar algo, y esa clase de pausas en sus discursos son insólitas; Lucrezia se acordará de este detalle más tarde — Milán —dice al fin— que aconseja todo lo contrario. Recomienda un cambio de aires, comida sencilla y ejercicio. Por eso creo que debemos irnos al campo, los dos, una corta temporada, a ver si recuperas la salud. Y podemos descansar… juntos, lejos de la corte y de todas las preocupaciones.

—¿Al campo? —repite Lucrezia mirándolo—. ¿Quieres decir…?

No puede terminar la frase porque una felicidad insólita le cierra la garganta. Se le llena la cabeza de imágenes de la *delizia*, de los luminosos caminos de los jardines, de sus habitaciones con ángeles en el techo, de los amables criados de la villa ofreciéndole bandejas rebosantes de dulces, de paseos en la mula con las riendas rojas, del pasillo en el que dejó caer agua de miel en la boca inerte de un joven moribundo.

—¡Ah! —dice, incapaz de evitar el picor de las lágrimas en los ojos—, me encantaría. Sí, el campo. Por favor. Vamos al campo.

Quiere decirle que allí eran felices. No había sucedido lo de Contrari, Elisabetta no se había ido, no había médicos ni medicinas ni obligación de descansar, Clelia no estaba allí para espiarla, ni Nunciata para darle órdenes, y Alfonso era una persona

completamente distinta: la quería y ella todavía no lo había decepcionado. Tal vez fuera posible recuperar una época en la que vivían los dos en armonía. Tal vez él desee recuperar todo eso. Tal vez allí su cuerpo haga lo que ansía él, lo que espera todo el mundo. Tal vez todavía logre que este matrimonio triunfe.

—Muy bien. —Se levanta y se sube las botas—. Nos vamos mañana.

Si le sorprende tanta prisa, no piensa en ello. Emilia y Clelia llenan cajas y bolsas de vestidos, camisas y mantos. Lucrezia ordena que le devuelvan las pinturas y los pinceles y ella misma los envuelve y los prepara para el viaje. Mira un momento alrededor, convencida de que tiene que envolver en un paño la cola dorada de un diminuto pez de cristal y tal vez el zorro verde mar, pero de pronto se acuerda de que no es posible: los *animaletti* se perdieron, se rompieron hace mucho tiempo.

Se va a la *delizia*, se dice una y otra vez, a la *delizia*. Allí puede pasear por donde quiera y tal vez Alfonso y ella consigan crear una unión más sólida. En cualquier caso, se va de estas habitaciones; no verá más los amenazadores muros del *castello*, sino otras cosas.

La sorprende que no haya un carruaje preparado en el patio, solo un par de guardianes, unos burros cargados con el equipaje y dos caballos: uno para ella y otro para Alfonso.

Él está dando órdenes: que un mozo sujete las bridas, que aprieten bien la cincha de esa silla. El puente levadizo ya está bajado: pero no es el que usa siempre Alfonso, que es grande y da a la fachada del *castello*, sino otro que hay a un lado, tan estrecho que solo puede pasar un jinete.

—¿No vamos en un carruaje? —le pregunta.

—No —responde él, y la coge del brazo—, me ha parecido que así sería más fácil, y más rápido. —La lleva hasta el caballo y la ayuda a montar. Mientras ella asegura las riendas y se ajusta los guantes, Alfonso le habla de las doncellas—: Solo vendrá una con nosotros —dice, y, señalando a Clelia, añade—: Esta se queda.

Lucrezia mira hacia atrás y ve a Clelia, que hace una reverencia y se retira en dirección a las habitaciones de Nunciata. Emilia la sigue con la mirada y procura disimular su euforia.

—Vámonos —le dice Alfonso tirando de las riendas—. La servidumbre nos seguirá.

Cruzan el foso por el estrecho puente lateral, entre edificios, dejan atrás la fachada blanca y rosada de la catedral. Un júbilo extraño y febril la embarga ante la inmensidad del cielo, la vista del pueblo, que ya está en la calle a esa hora temprana, los puestos alineados en las

calles, la ropa, las manos, la nariz y los zapatos de gente a la que no ha conocido ni nunca conocerá.

Los ciudadanos se detienen a mirar, a ver pasar al duque en un caballo alto, a contemplar a la joven duquesa, envuelta en pieles. La pareja cabalga por las calles a la par, flanqueada por la guardia.

Salen al camino por las puertas de la ciudad. Alfonso pone el caballo al trote y la yegua de Lucrezia lo sigue. El campo va pasando por los lados: huertos vacíos; ramas deshojadas, ennegrecidas por la lluvia; sinuosas cercas de piedra que señalan los límites de las granjas; campos llenos de barro; casas con los ojos cerrados; el crujido de la silla, el viento, que quiere arrebatarle el sombrero e insertarle los dedos entre la ropa y la piel, las finas agujas de la lluvia en la cara.

Van por el camino del río y Lucrezia cree reconocer un cruce determinado en la cima de un repecho suave, una formación rocosa que parece una hogaza de pan. Después de una curva encuentran unas tierras de labor dispuestas en bancales, en las que una cabra atada los mira un momento con ojos tristones, pero enseguida desvía la vista como fingiendo que no los ve; por el otro lado discurren las aguas de color marrón grisáceo del río Po.

—¿Vamos por el mismo camino que la otra vez? —pregunta Lucrezia.

En esta parte del trayecto van más despacio porque el terreno es más rocoso; oyó a un guardián decirle a otro que no quería que los caballos sufrieran.

—¿La otra vez? —repite Alfonso.

—Cuando volvimos de la *delizia*.

—No —le responde—, claro que no.

—¿Por qué «claro que no»?

—Es que no vamos a la *delizia*, así que, como es lógico…

—¿No vamos a la *delizia*? —Quiere obligar al caballo a parar, pero un guardián la lleva del ronzal—. ¿Adónde vamos?

—A Stellata.

Lo dice con una expresión confusa, como si a Lucrezia se le hubiera olvidado a propósito, aunque en realidad está segura de que no se lo había dicho.

—¿Dónde está Stellata?

—Un poco más allá de Bondeno. Muy cerca.

—¿Es una villa? ¿Como la *delizia*?

—Es un refugio de campo, un sitio muy bonito a la orilla del río, y tiene forma de estrella. Por eso se llama así. De pequeño pasé muchas temporadas allí. Mi padre me llevaba a montar y a cazar. Pensé que te gustaría verlo. Un cambio de ambiente, un poco de aire

campestre, aire sano.

—Pero… —Lucrezia quiere protestar, pero lo que dice es—: ¿Cómo va a saber Emilia adónde vamos? Le dije que íbamos a la *delizia*, no a…

—¿Quién es Emilia?

—Mi doncella.

—¿La que se ha quedado en el *castello*?

—No, la otra. Viene conmigo desde Florencia. Tenía que seguirnos, así que…

—No te preocupes. La acompañarán adonde vamos y… —Deja la frase en suspenso y hace un gesto con la mano enguantada—. Es aquí, ¿lo ves? Ahí se ve una de las puntas de la estrella.

Entre las ramas deshojadas Lucrezia ve un trozo de muro oscuro y alto con forma de punta de flecha, curiosamente geométrico para ser un edificio rural. Se parece mucho al *castello* de Alfonso, tiene las mismas murallas y arcos que se repiten, como si una parte de la estructura se hubiera derrumbado y la hubieran transportado, piedra a piedra, y la hubieran plantado entre los árboles.

—Parece… —busca una palabra adecuada, no quiere hablar negativamente de un sitio tan querido para él desde la infancia— imponente, como una fortaleza o…

—Eres una niña muy inteligente —le dice con una sonrisa—. Hace mucho tiempo era una fortaleza, desde aquí se vigilaba la navegación del río.

Arrea al caballo chascando la lengua, siguen en dirección a la *fortezza* y pasan el puente, él primero, ella detrás.

La pintura que se ve y la que no se ve

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Lucrezia se va y deja atrás el retrato terminado en el salón vacío; oye a Alfonso y a Leonello fuera, en el patio, despidiéndose del Bastianino, deseándole un buen viaje de vuelta a Ferrara. Sube las escaleras de una en una y llega agotada a la habitación. Emilia la sujeta por la muñeca, la regaña, le dice que no tenía que haber bajado, que tenía que haberse quedado en la cama.

Lucrezia no le hace caso y se sienta al escritorio, se derrumba de lado, con la cabeza apoyada en un brazo. En esta postura tiene otra perspectiva de los bocetos que hizo anoche. Con los ojos al nivel de los dibujos, los ve de lado. ¿De verdad fue ella la que dibujó esa mula, ese unicornio? ¿Qué la emocionó tanto de esos animales? No hay manera de acordarse. Ahora le parecen desprovistos de vida, son solo unas líneas en una página lisa.

Cierra los ojos. Emilia revolotea a su alrededor, le pone mantas sobre los hombros, le dice que debería irse a la cama, que necesita descansar.

Abre los ojos y ve los trazos de tiza, el casco trasero de la mula, la superficie de madera de la mesa con sus nudos, sus anillos y su grano de aluvión, la luz crepuscular que llena la estrecha ventana, una mano con los dedos doblados que yace, muerta, al lado del estilo, un anillo con una diminuta piedra lunar, un puño de puntilla.

—Venid a la cama —le dice Emilia—. Yo os ayudo.

Lucrezia se niega con un gesto de la cabeza y le llama la atención el ruidito que hacen las horquillas al rozar la mesa. Observa cómo se acercan al estilo la mano del anillo y el puño de puntilla. Los dedos lo cogen. El estilo se levanta y se acomoda contra la protuberancia del músculo de la mano. La punta se dirige a un papel, hace una marca horizontal que se afina y termina en una curva. Debajo hace otra marca, que se encuentra con el final de la primera. Se mueve otra vez y describe un trazo seguro, y otro más y aun otro: unas patas que andan, que terminan en unas zarpas fuertes, cuatro, que corren a toda velocidad. Lucrezia observa la mano, que crea una cara vibrante con un entramado complicado en un lado. Estos trazos pueden parecer simples rayas a quien no sepa mirar, o barrotes de una jaula, pero para ella es un camuflaje. El animal del dibujo enseguida se ve rodeado de una frondosa vegetación, de lianas y grandes flores, y esta sorprendente aparición se pierde enseguida, se mezcla con la selva.

—Muy bonito —dice Emilia mirando por detrás de ella—. ¿Es un leopardo? —Lucrezia, sin levantar la cabeza del brazo, hace un gesto negativo con la cabeza—. Dibujáis muy bien, pero creo que

deberíais…

—Iba a ser el panel central de un tríptico —musita Lucrezia hablándole a la mesa.

—¿Hummm? —dice Emilia mientras le desata el cierre del cuello para quitarle las pieles y los mantos de los hombros.

—No podré terminarlo —dice Lucrezia, y ve que la mano se le afloja, que el estilo se le cae, que el papel se enrolla por sí solo, que el tigre desaparece—. Nunca estará completo.

Pero Emilia no le hace caso. La ayuda a ponerse de pie y de repente el dolor de cabeza se agudiza, la agarra con más saña, le clava las uñas en los nervios de los ojos, en los músculos que van del hombro al cuello. Nota que la sangre abandona la cabeza, los hombros y los pulmones, que se encharca inútilmente en las piernas. Tiene que agarrarse a un poste de la cama para no caerse.

Emilia la desviste por la espalda, le quita el corpiño, las mangas, y sigue regañándola; ha oreado y calentado la cama, le dice; la acuesta y la arropa.

Lucrezia tiene frío, mucho frío; en su vida ha tenido tanto. Las piernas están insensibles, los dedos, helados. La respiración pita y silba en el pecho, los dientes castañetean. Le duelen todas las articulaciones del cuerpo, todas las partes que se unen y se doblan: es un dolor profundo, que la arrastra. Tal vez no vuelva a moverse nunca más.

Emilia le pone mantas y capas encima, pero el frío no remite. La doncella cierra las colgaduras del dosel de la cama, enciende el fuego. Después se mete en el lecho con su señora para darle calor, le frota los pies con los suyos, le sopla aire caliente en las manos cerradas.

—Vamos, vamos —le susurra al oído—, todo se arreglará.

Lucrezia se vuelve de cara a la pared, dando la espalda a Emilia, con la mandíbula muy apretada. La inunda la desolación, completamente.

—No —logra decir apretando los dientes—, no se arreglará. Voy a morir aquí y…

—No digáis esas cosas —protesta Emilia.

—… No volveré a ver Florencia.

—¿Por qué lo decís? Vamos, vamos, os encontráis mal, pero enseguida os recuperaréis. No es más que una calentura, por el viaje y…

—Envenenada —musita Lucrezia.

Emilia se estremece, le acaricia la frente hasta que el entumecimiento la acerca a la inconsciencia.

—Dormid —le dice Emilia—. Descansad.

—No abras la puerta —musita Lucrezia—. No descorras el cerrojo. Haz lo que sea, pero que no entre aquí.

Se despierta mucho más tarde. La habitación está a oscuras, las ventanas están oscuras. Se sienta, tiene la boca reseca y la cabeza despejada, limpia como una copa: una única nota resuena dentro. Se frota la cara. El dolor de cabeza se ha ido, pero le ha dejado una sensación de expansión en el cráneo, una claridad singular, como si el sufrimiento se lo hubiera limpiado.

Tiene pensamientos afilados como diamantes, cortados con precisión, pulidos y lúcidos. Se suceden unos a otros como si estuvieran ensartados en un hilo.

Está hambrienta, le ruge el estómago, plano y vacío.

Está en la *fortezza*.

La muerte va a venir a buscarla, quizá no esta noche ni mañana, pero muy pronto.

Nadie va a salvarla.

Alfonso mandará a uno de los suyos. Probablemente a Baldassare. Solo podrá ser alguien de su absoluta confianza.

O tal vez complete el trabajo él mismo.

Va a morir: Alfonso quiere que así sea. Es inevitable. Es su sino.

Como impulsada por este pensamiento, se levanta de la cama en la que duerme Emilia a su lado, el pelo suelto le oculta la cara.

Se queda quieta un momento en la helada habitación. ¿Por qué se ha despertado?

Vuelve la cabeza lentamente hacia la ventana, después hacia la puerta, conteniendo el aliento, aguzando el oído por si se oyen pisadas, voces o ruidos en las escaleras. ¿Vienen por ella? ¿Ya es la hora?

No oye nada. El edificio en forma de estrella se estira y extiende lejos de ella, en silencio, dormido. No se oye absolutamente nada, ni un ruido humano ni de cualquier otra especie. Como si estuviera ya en suspenso en el Cielo.

Pero le rugen las tripas, como si el estómago se royera a sí mismo suplicando algo de comer. Debe de tener el cuerpo vacío. Vive únicamente del aire.

Espera un poco más para asegurarse de que no hay nadie acercándose a la habitación. Después se dobla por la cintura y, con decisión, coge el vestido que se ha quitado Emilia. Se lo pone por la cabeza.

Tiene que comer algo, si quiere pensar en qué hacer. Necesita encontrar algo de comer, y rápido, antes de que se despierte alguien. Tiene que procurarse algo por sí misma para estar completamente

segura de que puede comerlo sin peligro.

Le da la sensación de que hay otra Lucrezia en la habitación, una que todavía se esconde en la cama, que se queja y le pregunta qué demonios hace, que le implora que se quede aquí, segura y abrigada. Le cuenta a esa niña que se ha puesto el vestido de la doncella para ir a buscar algo de comer, que necesita recuperar fuerzas. Parece que hay además otra Lucrezia, la tercera, la del retrato, que le pregunta dónde cree que va y la mira con arrogancia, levantando una ceja. A esta Lucrezia, la duquesa consorte, le horroriza que se ponga un vestido tan tosco. Se le acerca con un indignado recrujir de la *chioppa*, tendiendo las manos, blancas como azucenas, para detenerla.

Pero ella es más rápida. La niña del vestido tosco la esquiva por un lado y se aleja de la cama. Abre el cerrojo y sale.

Un aire negro y húmedo impregna la *fortezza*; unas corrientes mohosas, cargadas de esporas, se alargan como zarcillos, se le enroscan en los pies, la rozan. El edificio cruje y susurra en el helado frío nocturno. Se ata las cintas de la cofia de Emilia y alarga una mano buscando la pared, baja las escaleras.

Todo parece vacío, desierto, pasillos llenos de oscuridad, pero Lucrezia no se deja engañar. Hay soldados, criados, ayudantes y oficiales detrás de las puertas, a la vuelta de las esquinas, en cada nicho y hueco de la fortaleza.

Esto, oye decir con claridad a alguien dentro de la cabeza, es lo más peligroso que has hecho en tu vida.

Si la descubrieran… ¿qué pasaría? Si Alfonso o cualquiera de sus hombres la encontrara; si detuvieran e interrogaran a una mujer vestida de criada y vieran que en realidad era la duquesa…

Baja un tramo de escaleras de puntillas, cruza un rellano cuadrado, después otro. La cocina está en alguna parte, detrás del salón, lo sabe, bajando un poco y a la vuelta de una esquina. Cuando está a punto de salir del segundo tramo oye algo que le hiela la sangre en las venas.

Pasos, veloces y resueltos, que vienen de la parte del salón.

Se aplasta contra la pared. No vengas por aquí, por favor, no vengas. Ve pasar por el principio de las escaleras un farol con una sola vela corta, después el brazo que lo sujeta, después el hombro vestido de cuero, después un pecho, una cara de perfil y una cabeza de pelo leonado.

Baldassare.

Lucrezia se agarra a la pared con las manos, con la frente, como si fuera a escalarla, como una lagartija, como si fuera a desaparecer por una grieta, si pudiera. Baldassare se acerca por el pasillo, veloz, ágil,

casi de puntillas. Lleva un saquito o una bolsa pequeña de algo en la mano, y el farol en la otra.

Es imposible creerlo, es horrible verlo, pero se detiene. Las botas se paran, el hombre espera sin moverse, alumbrando con el farol. Retrocede un paso, luego otro, hasta que vuelve al pie de las escaleras. Está justo al lado de Lucrezia, tan cerca que podría tocarlo con solo alargar la mano, tan cerca que podría oírla respirar.

Lucrezia atisba entre las sombras, con la mejilla pegada a la pared, sudando unas gotas heladas y resbaladizas. El pánico la envuelve como una nube de insectos. Es el fin, aquí mismo, en este instante. Va a morir en estas escaleras; la va a agarrar por la garganta y nadie lo verá, nadie podrá contar lo sucedido, nadie se acordará ni relatará su final. Qué estrecho y delgado tiene el cuello. Qué tarea tan fácil para un hombre como Baldassare. La privará de la vida en unos segundos y la dejará tirada como un trapo.

¿Subirá las escaleras? Si decide ir por aquí todo estará perdido. La descubrirá a dos pasos de distancia; le preguntará qué hace ahí, adónde va; la reconocerá porque él ve a través de los disfraces. No le cabe la menor duda.

Parece que Baldassare aguza el oído. Vuelve la cabeza a un lado y al otro. Echa una mirada atrás, al pasillo; vuelve la vista hacia arriba, a las escaleras.

Lucrezia se queda muy quieta. Apenas respira. No se mueve: ni los ojos, ni los dedos, ni la cara. Nota una leve corriente de aire gélido que corre por el suelo y se pregunta si se pondrá en su contra, si la delatará moviendo la tela de las faldas. Sin embargo el corazón late entre las costillas haciendo un ruido estridente, como si quisiera llamar la atención a Lucrezia, advertirla de que el hombre que, con toda probabilidad, ha recibido el encargo de asesinarla, está muy cerca.

De reojo le examina las manos: uñas cortas, el músculo del pulgar, los huesos y articulaciones que unen los dedos a la palma, el anillo en el meñique con el grabado del águila de Alfonso. En ese momento le parecen extraordinariamente poderosas, horriblemente capaces.

Con una de esas manos levanta el farol por encima de la cabeza. Escruta el pasillo. Se vuelve a mirar atrás otra vez.

Después se pasa los dedos por el pelo y sigue adelante, se aleja de ella a paso vivo, como si tuviera prisa por llegar a algún sitio.

Ella espera hasta que se lo traga la oscuridad, hasta que las paredes de piedra de la *fortezza* dejan de repetir el eco de sus pasos, y baja por fin el último tramo, llega al pasillo y sigue adelante, en el

sentido contrario a Baldassare.

Ya falta poco. Ya falta poco. Si Baldassare está despierto, haciendo algo, tal vez haya otros ocupados en otras cosas. Algún oficial, quizá, o algún criado. O incluso el propio Alfonso.

Para llegar a las cocinas tiene que pasar por la puerta del salón. Mientras se acerca se acuerda del retrato, estará allí apoyado contra la pared, esperando a que lo cuelguen. Se pregunta qué pasará con el retrato, qué tal lo tratarán cuando ella se muera. ¿Alfonso lo mandará al *castello*? ¿Lo colgarán en alguna parte? ¿Lo mirará de vez en cuando? ¿Los ojos lo taladrarán con una mirada inquisitiva y él podrá soportarlo?

Pegada a la pared del pasillo, pasa por delante de la puerta del salón, da la vuelta a una esquina, baja una suave cuesta y se cuela por una puerta baja.

Nada se mueve en la cocina. Los jamones cuelgan del techo. Las cazuelas están boca abajo en la mesa, cerca de un pan empezado. Una brasa cónica se consume en la enorme chimenea. Hay una cesta de cebollas, con sus capas secas y tostadas, abandonada en un taburete. En el suelo, cerca de la chimenea, duermen dos criados sobre esteras de lana, envueltos en su capa, con la gorra puesta y bajada hasta la cara.

Lucrezia se queda junto a la mesa con una mano en la corteza hinchada de la hogaza. Tendría que volver arriba ya. La puerta está detrás de ella, la que se adentra en la *fortezza*. A lo mejor todo se arregla. A lo mejor se ha equivocado con las intenciones de Alfonso. Podría concebir un hijo, podría darle un heredero, podría seguir siendo la duquesa. Podría.

Y de repente, un pensamiento completo: se acuerda de lo que ha dicho Jacopo cuando estaba a su lado en el salón y le puso la mano en el hombro. Que atascaría con unos trapos la puerta de la servidumbre y la esperaría en el bosque.

Se conmueve al recordar, es un estremecimiento de la cabeza. Qué absurdo. ¿Cómo iba a ser posible semejante cosa? Raya en lo ridículo creer que sería tan fácil perforar el perímetro de la *fortezza*, que Alfonso consentiría semejante brecha en la seguridad. Un aprendiz de pintor jamás podría imaginarse de lo que son capaces los hombres como Alfonso para salvaguardar su seguridad. Podía haberle dicho que siempre hay guardianes con él, que hay gente cuyo único cometido es patrullar por los edificios todos los días y todas las noches para que no suceda nada imprevisto. Jamás en la vida se les pasaría por alto un detalle tan sencillo como una puerta mal cerrada.

Coge el pan y lo guarda en el bolsillo. Coge unas lonchas de

jamón curado de una fuente y las pone con el pan.

Después vacila. A su espalda aguarda el silencio de la *fortezza*, su habitación, sus bocetos, su marido, los soldados de su marido, Baldassare, que anda por ahí. Al frente, la cocina, los criados dormidos, el fuego casi apagado y una escotilla practicada en el grueso muro defensivo. Debe de ser la puerta que decía Jacopo, por la que habrán salido Maurizio y él, la ruta por la que se han ido.

Es más o menos cuadrada, de tablones gruesos ensamblados entre sí y atrae la mirada como el punto de fuga de un dibujo.

Se dice que la proposición de Jacopo no habría funcionado de ninguna manera, aunque lo hubiera dicho con tanto interés, aunque lo hubiera intentado. Pensar que con unos trapos se podría vencer todas las defensas que Alfonso tiene a su disposición, pensar que un aprendiz podría burlar los esfuerzos de un duque, de sus hombres, de su ejercitada guardia, de una *fortezza* construida para repeler cualquier ataque, es pura locura, ni más ni menos.

Y sin embargo ahí está, pasando por encima de los criados dormidos, tocando a la tenue luz un grueso pestillo, después otro y hasta el tercero, leyendo con los dedos su longitud y su grosor, abriéndolos. Después agarra el aro de hierro del pomo. ¿Girará? ¿Jacopo dijo en serio que así la cerradura no funcionaría?

Intenta girarlo. No cede, y no le sorprende, no, en absoluto, no la decepciona, no la desanima ni un poco siquiera, porque ya se lo esperaba. No obstante, va a intentarlo de otra forma, por si acaso, por última vez, antes de volver arriba con la cena improvisada para enfrentarse a lo que tenga que ser, porque no tiene alternativa. Nunca ha tenido alternativa. Intenta girar el pomo una vez más, con decisión, y percibe… que algo se desliza, se mueve en las entrañas del mecanismo. Se oye un ruido metálico, sordo, y la cerradura cede.

Se queda quieta, respira, vuelve a respirar. Mete los dedos en la cerradura y saca los trapos que encuentra de uno en uno, los mira cuan largos son, arrugados y aceitosos, y no da crédito a sus ojos. Es increíble, es imposible que unas cosas tan insignificantes puedan impedir el funcionamiento del mecanismo de una cerradura de hierro tan grande. Abre la puerta hacia dentro, por probar, porque no es posible que no esté cerrada con llave, no puede ser. Alfonso jamás consentiría semejante descuido, semejante riesgo. Es grotesco pensar que en sus dominios pueda quedar abierta una entrada o una salida.

La puerta se abre hacia dentro un poquito, lo justo para que entre por la rendija el aire de fuera, activo y brioso, y se abra paso hasta la cocina, que está detrás de ella.

Se agacha, pasa y se encuentra en la losa del umbral. Está en la

capa externa de la *fortezza*, a cierta distancia del suelo, en un extremo de uno de los brazos de la estrella. Es el muro lateral opuesto al río y al puente levadizo principal. Una escotilla secreta para la servidumbre, para comerciantes, para aprendices de pintor de la corte.

Se agarra a las jambas de la puerta; el pan le hincha el vestido. Hace una noche fría, heladora, un viento racheado se abalanza sobre los árboles y los inclina unos hacia otros y después los separa. Unas nubes de bordes azules pasan como barcos en un mar negro, tapando y destapando puntos de estrellas, mapas ilegibles en el cielo.

A su espalda está la muerte, la suya. De eso está tan segura como del color de sus ojos y de que el pelo le crece desde una punta que queda ligeramente a un lado del centro de la frente. Delante, lo desconocido. También la muerte, no le cabe duda, pero una muerte distinta. Si va, si salta de la losa al suelo y echa a correr hacia los árboles, Alfonso irá detrás de ella. Mandará soldados y guardianes y le darán caza como a una alimaña.

Tal como lo ve ahí, agarrada al muro exterior de la *fortezza*, puede elegir la muerte por envenenamiento, sigilosamente, en su habitación, tal vez con fiebre y espasmos insoportables, inaguantables, vomitando en una bacía, y la muerte ahí fuera, en un rincón del bosque o en el camino, en campo abierto, mientras Alfonso la alcanza a caballo, tal vez blandiendo la espada. Dará media vuelta y se enfrentará a él, lo mirará a los ojos, lo desafiará a que lo haga, desafiará al que se tiene por su dueño. Eso es lo que hará, llegado el momento. Eso es.

Lo que ignora ahí, en la losa, es que Alfonso jamás irá detrás de ella. En este mismo momento está con Baldassare, subiendo las escaleras de caracol hacia la habitación de Lucrezia; apaga el farol al llegar arriba. Abre la puerta, cruza la habitación, que está tan oscura que necesita pararse un momento para que los ojos se acostumbren. Baldassare va a su lado, señala el bulto de la cama, que apenas se ve. El pelo desparramado, la mano abierta, dormida, los cobertores hasta la barbilla. Alfonso se arrodilla. Le besa las puntas del pelo, se santigua, retira las mantas, coge una almohada y juntos, entre Baldassare y él, asfixian a la joven duquesa.

No va a ser fácil. Ella gritará y forcejeará. Luchará. Los arañará, les pegará con los puños y con los pies. Clavará las uñas en la almohada; se retorcerá y se doblará bajo las cuatro manos. En un momento sacará la boca de debajo de la almohada y la oirán gritar roncamente en la densa oscuridad; estará a punto de zafarse de ellos. Baldassare maldecirá y jurará; se tirará encima de ella para dominarla, para que se quede quieta. ¿Quién iba a decir que la pequeña duquesa

tenía tanta fuerza y tanta capacidad de lucha?

Con todo, no es rival para los dos. Son hombres en la flor de la vida, con un cuerpo preparado y letal. Están acostumbrados a trabajar juntos; confían el uno en el otro, se conocen tanto que cualquiera de ellos sabe lo que va a hacer el otro. La duquesa no puede ganar, pero aun así, lucha. Alfonso siempre ha dicho que había un elemento indomable en el espíritu de Lucrezia. Tardan más de lo que calculaban, pero, como era de esperar, al final lo consiguen.

Cuando por fin se queda quieta, después de que Baldassare le aplaste la cara y el torso con su peso varios minutos, hasta estar seguro de que ya no respira, se levantan, se sacuden la ropa, se la estiran en la oscuridad. Baldassare se limpia la cara con un pañuelo junto al fuego; Alfonso se alisa el alborotado pelo, se coloca las mangas. Después se van y cierran la puerta. Baldassare no enciende otra vez el farol hasta que están fuera de la habitación. Bajan las escaleras sin mirarse. Ninguno habla.

A la mañana siguiente una criada de la cocina descubre a la duquesa muerta en la cama y da la alarma. Una gran consternación se apodera de la *fortezza*. Ninguna criada del campo, excepto las que sirvieron la cena, ha visto nunca a la duquesa, pero aun así lloran y se lamentan por el joven cadáver, tan vapuleado y maltratado a causa del ataque que ha matado a la joven señora, con la cara tan deformada. Arreglan la cama, la peinan y le ponen bien la camisa antes de mandar recado al duque.

El duque se encierra en su habitación, inmovilizado por la pesadumbre, pobre hombre, susurran los criados entre sí.

La única persona que puede entrar o salir de esa habitación es el *consigliere*, su primo, Baldassare. Mandan cartas a Ferrara, al papa, y a Florencia. El propio duque Alfonso, con el corazón destrozado, escribe a los padres de Lucrezia para contarles la horrible noticia de la muerte de su hija. Una enfermedad breve, una fiebre, un ataque, unos humores en el cerebro, el aire húmedo. Está desolado y encomienda su alma al Cielo.

Llega un ataúd a la *fortezza* en un carruaje. Nadie quiere amortajarla, porque la enfermedad la ha desfigurado tan brutalmente… está irreconocible, se dicen las criadas unas a otras. Nadie diría que es la misma mujer del retrato, que todavía está apoyado en la pared del comedor. Alguien propone que lo hagan las damas de compañía de la duquesa, pero, desafortunadamente, les dice Baldassare, se han quedado en Ferrara. Finalmente acuden tres mujeres del pueblo y amortajan a la duquesa en el comedor, bajo la mirada del retrato, que, según dicen las mujeres, es demasiado trágico

de ver.

Después mandan el cadáver de la duquesa a Ferrara, acompañado por el duque y sus hombres, que cabalgan detrás con la cabeza gacha.

Entretanto, sale de Florencia un emisario acompañado por el médico de la corte. Los manda el gran duque, que les ordena que se den prisa. Cosimo le pide al médico que averigüe cómo y por qué ha muerto su hija tan de repente, tan inesperadamente: Cosimo quiere información, quiere saber quién es el culpable de la muerte de una mujer joven y sana. El médico lleva una carta dirigida a Alfonso II, duque de Ferrara, lacrada con el emblema del gran duque de la Toscana, en la que le pide que consienta al médico examinar el cadáver. Recorren el mismo camino que recorrió Lucrezia no hace ni un año, cruzando los montes Apeninos y después el valle.

El duque Alfonso no los recibe personalmente cuando llegan a Ferrara, sino que manda al patio a recibirlos a su consejero de confianza, Leonello Baldassare. Baldassare les comunica que el duque lo lamenta profundamente, pero que el dolor por el fallecimiento de su esposa lo retiene en sus habitaciones.

El médico florentino y el emisario son conducidos al gran salón del *castello*, donde está el féretro en una mesa. El olor dulzón y pegajoso de la descomposición se percibe desde la entrada, es abrumador. El criado que está en la puerta se disculpa diciendo que hace cinco días que la duquesa falleció. Lo que ven los enviados en el féretro está descolorido, hinchado, ennegrecido y magullado. Casi no parece humano: materia en descomposición envuelta en un vestido de color de rosa con un adamascado oscuro. El médico se fija en el rosario de la duquesa, enrollado en las manos, en el color amoratado de las uñas, en la trenza de pelo claro a la altura de la garganta: es curioso que la muerte destiña el cabello; no queda rastro de los rojizos mechones de la duquesa, pero él ya ha visto este fenómeno en otras ocasiones. Al emisario, que está detrás de él, le dan arcadas y procura disimularlo tapándose la boca discretamente con un pañuelo.

Estremecidos, partirán del *castello* de Ferrara. Volverán e informarán al gran duque de lo que han visto y omitirán lo relativo a la putrefacción, el olor y las arcadas. La duquesa parecía en paz, le dirán, como si descansara. La habían amortajado convenientemente, estaba hermosa: duquesa hasta el último momento.

En Florencia se ofrecerá una misa en Santa Maria Novella, donde se había celebrado la boda de Lucrezia. Su madre llorará durante toda la ceremonia; su padre, pálido y con los dientes apretados, le dará la mano.

El ataúd de Lucrezia, duquesa de Ferrara, desfila con gran

ceremonia por las calles, desde el *castello* hasta un monasterio del sur de la ciudad. Los ferrareses flanquean todo el recorrido, le arrojan flores, lloran, miran compasivamente el serio rostro del duque, tan estoico, tan valiente. La duquesa recibe sepultura en el panteón familiar, debajo de una losa de mármol en la que se ha grabado un emblema con la mitad del de su padre y la mitad del de su marido, y la leyenda: Esposa de Alfonso II, duque de Ferrara.

Cuelgan el retrato de casada en la alcoba del duque, siempre cubierto con una cortina de terciopelo. Nadie puede abrir esta cortina para ver el rostro de la duquesa si no es con el permiso expreso del duque. La tiene ahí, oculta a la vista de los demás. Alfonso se retira de la corte y del mundo unos cuantos meses, tal vez como se esperaba después de semejante pérdida. No está en el *castello* ni en la ciudad. Se dice que se ha retirado a una de sus casas de campo; también se afirma con certidumbre que se ha encerrado en sus habitaciones del *castello* y que se pasa las horas lamentándose ante el retrato de su difunta esposa.

Un día un ciudadano distingue su familiar silueta en el adarve que rodea la torre —alto, aguileño, con las manos a la espalda—, está contemplando la provincia. Vuelven los ensayos diarios de los *evirati* al fondo de la capilla del *castello*. A finales de primavera, a primera hora de la mañana, se oye el repique de cascos de caballo cuando el duque y sus hombres salen a cabalgar.

Hacia finales del verano por las calles de Ferrara corre el rumor de que el duque ha iniciado negociaciones con una familia austriaca para pedir la mano de su hija.

Lucrezia, duquesa de Ferrara, cierra tras de sí la puertecilla oculta de la *fortezza*. Salta de la losa, el vestido marrón se hincha alrededor de las piernas. Llega al suelo, de hierba helada, y echa a correr casi antes de posar los pies en tierra.

El terreno es irregular, está lleno de agujeros, matojos y charcos, pero ella sigue adelante, tropezando, dolorida y débil a causa de la enfermedad, cayéndose casi, pero levantándose otra vez.

Jacopo la espera entre los árboles… cree. Estará allí, tiene que estar allí. Se lo prometió, igual que prometió atascar la cerradura.

Jacopo y Lucrezia se irán hacia el noreste por caminos recónditos hasta una ciudad incierta en la que se encuentran y se entremezclan la tierra y el mar, en la que las calles son de agua, las casas parecen flotar sobre rollos de tela de color turquesa, donde aprenderá a impulsar una barca, de pie en la popa, con las faldas remangadas hasta las rodillas y una pértiga húmeda entre ambas manos, mientras las viviendas se deslizan por las orillas con infinitos retratos de

personas en la ventanas, unas encendiendo velas, otras mirándose mutuamente, aupando a niños a hombros, posando cacharros en el suelo, sacudiendo prendas de ropa en el aire, viviendo, comiendo, amando, hablando…

Más tarde, mucho más tarde, la ciudad se volverá loca por unos cuadritos determinados. Son pequeños, tan pequeños que caben en la mano, y algunos coleccionistas prefieren no colgarlos en la pared, sino colocarlos en una mesa para poder tocarlos y pasárselos de mano en mano, como una novedad o un tema de conversación. Casi todos son de animales: visones, gatos, monos, arrogantes pavos reales, moteados guepardos, mulas, corderos, bueyes y palomas. La capa de pintura es fina, pero resalta en la *tavola* de una forma intrigante gracias a las pinceladas meticulosas y amorosas de su creador. Quienes los coleccionan —los ricos, los disolutos, los aristócratas, los gobernantes, los nobles y las nobles, los cortesanos, los banqueros, los príncipes, las cortesanas— susurran entre ellos que, según dicen, debajo de la última imagen se ocultan otras secretas, a veces muchas, a veces ninguna. Solo los más atrevidos, o quizá los más desconsiderados, han intentado frotar la pintura con un trapo empapado en vinagre y alcohol y destruir el trabajo, disolver los colores, borrar y limpiar las alas iridiscentes y los picos ocre, el resplandeciente abanico de plumas o el brillante pardo oscuro de los pellejos, el brillo vivo y vigilante de los ojos de los animales. Dicen que quienes se han atrevido han descubierto una escena muy diferente debajo: composiciones clásicas de deidades en guerra o paisajes nunca vistos por el ser humano, o trípticos de retratos que miran a quien los mira. En estas miniaturas que hay debajo siempre se ve en particular el rostro de una mujer, tal vez entre una multitud o como una dríada en el fondo del cuadro. Allí está, casi siempre mirando de lado, dirigiéndose al que mira con una expresión enigmática, indescifrable, siempre como si no pudiera creer la suerte que tiene de ser una ninfa que nada en un mar cálido o una campesina con una cesta de melocotones. Pero otros que se han tomado la molestia de disolver estas pinturas no han encontrado nada, solo la *tavola* muy bien lijada, hasta dejar el grano sedoso.

Mira, esta es Lucrezia, una pequeña figura en un rincón de un paisaje con un río, un bosque, un edificio imponente. Va andando a campo abierto en una oscura noche de invierno, y corre, corre con todas sus fuerzas hacia el compasivo manto de los árboles.

Nota de la autora

En general se considera que el poema de Robert Browning «Mi última duquesa» se inspira en Alfonso II d'Este, duque de Ferrara; esta novela se inspira en Lucrezia di Cosimo de' Medici d'Este, duquesa de Ferrara.

He procurado recurrir a lo poquísimo que se sabe de su breve vida, pero, en nombre de la ficción, he introducido algunos cambios.

Lucrezia nació en Florencia, en el Palazzo Vecchio. En 1550, cuando tenía cinco años, la familia del gran duque Cosimo I de' Medici se trasladó a la otra orilla del río, al Palazzo Pitti. Yo los he situado en la primera localización por motivos de coherencia del relato.

La verdadera Lucrezia se casó con Alfonso II a la edad de trece años, en mayo de 1558 (su padre pagó una asombrosa dote de doscientos mil *scudi* de oro, unos cincuenta millones de las actuales libras esterlinas). Se quedó en Florencia con su familia dos años más, mientras Alfonso iba a Francia a dirigir las campañas militares en favor de Enrique II. En 1559, cuando murió su padre, Alfonso heredó el ducado y volvió a Ferrara; fue a Florencia el verano de 1560 a buscar a Lucrezia para acompañarla a su corte. He unido la boda y la partida en un mismo momento, por lo que, en esta novela, Lucrezia se casa y se va a Ferrara enseguida a la edad de quince años.

Es cierto que el gran duque Cosimo I tenía una colección de animales exóticos en los sótanos del Palazzo Vecchio; la calle que hay detrás se llama *via dei Leoni*. Varios biógrafos apuntan a la posibilidad de que el olor de los animales fuera el motivo de que Eleonora insistiera en trasladarse al Palazzo Pitti. La historia de la tigresa y los leones se inspira en un incidente que tuvo lugar en la torre de Londres, donde se encontraba la real casa de fieras, cuando un cuidador abrió sin querer la puerta que separaba las dos jaulas.

Las dos hermanas de Alfonso II que se quedaron en la corte ferraresa después de la partida de su madre no se llamaban Elisabetta y Nunciata, como aquí, sino Lucrezia y Eleonora. Me he tomado la libertad de rebautizarlas para evitar confusiones con los otros personajes del libro.

El escabroso final de la historia amorosa entre Ercole Contrari, jefe de la guardia, y Elisabetta / Lucrezia d'Este sucedió en 1575, no en 1561.

El único retrato de Lucrezia que se expone en Europa, en el momento de escribir este libro, se encuentra en la galería Palatine, a dos calles de la Casa Guidi, donde residió Robert Browning en Florencia. Es un cuadro pequeño, del tamaño de un libro de tapa dura,

que encargaron sus padres poco antes de que su hija se trasladara a Ferrara, atribuido al taller de Agnolo Bronzino. Está pintada sobre un fondo oscuro, luce joyas de Medici y de Este; tiene una expresión ligeramente incierta, aprensiva. En los archivos de la Galleria degli Uffizi existen otras versiones de este retrato; también hay otra, de mayor tamaño (y, en mi opinión, menos halagadora), de Alessandro Allori en el Museo de Arte de Carolina del Norte.

El retrato de casada de Lucrezia, que es la base del poema de Browning, es, hasta donde alcanzan mis conocimientos, totalmente inventado. Si alguna vez sale uno a la luz tendría mucho interés en saberlo.

Un último apunte sobre el uxoricidio en la familia de Lucrezia: la única hermana que sobrevivió, Isabella de' Medici Orsini, murió repentina y sospechosamente a la edad de treinta y cuatro años, en 1575, en una cacería con su marido en una villa de campo ubicada en Cerruto. Según el registro oficial, escrito por su hermano Francesco, que en aquel momento era gran duque de la Toscana, sucedió «por la mañana, cuando se estaba lavando el pelo… [Su marido] la encontró de rodillas y murió inmediatamente». Como era de esperar, existen opiniones diferentes sobre la causa de la muerte. La escena del final de esta novela, cuando Alfonso y Leonello perpetran el violento rito en la alcoba de la *fortezza*, que deja el cadáver irreconocible, se inspira en otro relato de la defunción de Isabella: el de Ercole Cortile, que actuaba de espía en la corte florentina por cuenta de Alfonso II, duque de Ferrara, nada menos. Investigó por su cuenta, hablando con testigos oculares del suceso y escribió al duque diciendo: «Mi señora Isabella murió estrangulada a mediodía. La pobre mujer se encontraba en la cama cuando acudió mi señor Paolo… Debajo de la cama se había ocultado el caballero romano Massimo, que lo ayudó a matar a mi señora».

Pocos días antes de la muerte de Isabella, su prima Dianora —que estaba casada con Pietro, el hermano menor de los Medici— también murió en circunstancias misteriosas en una villa de campo de Cafaggiolo. Pietro escribió a su hermano Francesco con una compostura siniestra: «Anoche, a las siete, mi mujer sufrió un accidente y murió, así que su excelencia puede tranquilizarse y decirme lo que debo hacer, si volver o no». Decía que había muerto asfixiada accidentalmente en la cama. Ercole Cortile escribe de nuevo a Alfonso II y es más explícito: «la estranguló Don Pietro con la correa del perro… y al final murió, después de mucho pelear. Don Pietro lleva la marca: el mordisco que le infligió la señora en dos dedos».

Al parecer, tanto la muerte de Isabella como la de Dianora

contaban con la aprobación tácita de su familia. Nunca se pidió cuentas a Paolo Orsini, el marido de Isabella, ni a Pietro de' Medici, el marido de Dianora, por la muerte repentina e injustificada de sus respectivas esposas.

Alfonso II, duque de Ferrara, se casó dos veces más.

En ninguno de los dos casos hubo descendencia.

«No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente.»

VIRGINIA WOOLF

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El retrato de casada*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

Nota biográfica

Maggie O'Farrell (1972) nació en Coleraine, Irlanda del Norte. Ha publicado las novelas *After You'd Gone* (2000), *My Lover's Lover* (2002), *The Distance Between Us* (2004, ganadora del premio Somerset Maugham), La extraña desaparición de Esme *Lennox* (2007), *La primera mano que sostuvo la mía* (2010; Libros del Asteroide, 2018; ganadora del premio Costa de novela), *Instrucciones para una ola de calor* (2013), *Tiene que ser aquí* (2016; Libros del Asteroide, 2017), el bestseller internacional *Hamnet* (2020, Libros del Asteroide, 2021; galardonada con el Women's Prize for Fiction y el National Book Critics Circle Award) y *El retrato de casada* (2022; Libros del Asteroide, 2023), así como un libro de memorias, *Sigo aquí* (2017; Libros del Asteroide, 2019).

* Traducción de Esther Benítez, Alianza Editorial.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El retrato de casada*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Hamnet, Maggie O'Farrell

Sigo aquí, Maggie O'Farrell

Tiene que ser aquí, Maggie O'Farrell

Table of Contents

Portada
El retrato de casada
Referencia histórica
Un lugar agreste y solitario
Las desventuradas circunstancias de la concepción de Lucrezia
El primer tigre de la Toscana
Venado al vino
Siete galeras cargadas de oro
El final de la comida
Todo cambia
El verdadero designio del viaje
Leído en las páginas de un libro
En un lugar oscuro
La duquesa Lucrezia el día de su boda
Tierra reseca
Hombre dormido, gobernante en reposo
Un sinuoso meandro del río
Agua de miel
Con la cabeza alta
Las hermanas de Alfonso II vistas desde lejos
El retrato de casada de Lucrezia, duquesa de Ferrara
Una presencia maligna y depredadora
La pintura que se ve y la que no se ve
Nota de la autora
Colofón
Nota Biográfica